VIOLA ARDONE

Tanta vida todavía

Traducción de Marilena De Chiara



RANDOM HOUSE

VIOLA ARDONE

Tanta vida todavía

Traducción de Marilena De Chiara



RANDOM HOUSE

Para Giaime, una vez más.
Siempre.

Me voy a la guerra dejando una ciudad
sin dejarla; simulo la eternidad
llevándome junto a las maletas
dos abrigos.

PATRIZIA CAVALLI,
Mis poemas no cambiarán
el mundo

PRÓLOGO

Febrero de 2022

Uno. Antes de cruzar la calle, mira a la derecha y a la izquierda.

Dos. El pasaporte está en el bolsillo interior de la chaqueta; el dinero, en los calcetines.

Tres. Un secreto no es una mentira.

Cuatro. Dirección y número de teléfono están detrás de la foto de Mate. Tú la perdiste de pequeño, pero ella hará que no te pierdas.

Cinco. El móvil, solo para las emergencias.

Seis. Ten cuidado con los golpes de frío, a los de fuego ya estás acostumbrado.

Siete. Cuando haya desaparecido, sabrás que estoy volviendo hacia ti.

Ocho. Tu Tato.

Nueve. Te quiere.

Diez. Siempre.

PRIMERA PARTE

KOSTYA

1

Nací con la guerra y nadie me puede parar.

Corro y corro y corro como este tren caradura. Está la policía, están los soldados, están las sirenas y luego las bombas. Solo soy un niño, digo, y paso y corro y corro y corro, y a la policía y a los soldados y a las sirenas y luego a las bombas les hago chao chao con la mano y los mando al diablo.

¿Cómo te llamas? Me llamo Kostya. ¿Cuántos años tienes? Casi diez. ¿De dónde vienes? Vengo de Mariúpol, los cohetes machaca-tripas me los como en el desayuno y luego eructo como una metralleta.

Me quedo mirando la palma de mi mano y empiezo un directo imaginario para los seguidores que no existen todavía: número uno, porque no tengo un canal para hacer streaming, y número dos, porque mi Tato-pies-apestosos me hizo prometer que no usaría el móvil, si no se descarga enseguida. Practico para cuando, algún día, sea el rey de las redes sociales y viva en la abundancia, con mujeres guapas y cerveza a chorros, dos razones más que suficientes para estar en este mundo, como dice siempre Danylo, el compañero de alegrías de mi Tato.

El tren me lleva a salvo, mi Tato cabezón me ha metido aquí. El número de teléfono de la Babusia está escrito con boli azul detrás de la foto de Mate. Llévala siempre contigo, no te descuides, por favor. Sí, Tato. La dirección de la señora italiana donde vive ella, en boli

rojo un poco más abajo, no arrugues el papel, ten cuidado. Está bien, Tato. Tu pasaporte está en el bolsillo interior de la cazadora de plumas de auténtica oca ucraniana, no lo pierdas, no te descuides. Claro, Tato. El dinero está escondido en los calcetines, no lo desperdicies, por favor. Por supuesto, Tato. Repite de nuevo: llegar a la frontera, pasar los controles, encontrarte con mi leal amigo Victor Kaminsky y su coche Dacia destartalado, llegar a Italia. Y estarás a salvo. Solo en caso de emergencia llamas a la Babusia, si no ella me machaca los que tú sabes con sus preguntas. Y no te pierdas, ¿entendido? Sí, dije con la cabeza. ¿Miedo? No, dije con la cabeza. Yo soy como la guerra, le dije, nadie me puede parar. Me puso la mochila en los hombros, era ligera, yo soy fuerte. ¿Y tú, Tato?, le pregunté, ¿tienes miedo? No escuché la respuesta, el tren silbaba y me temblaban los oídos.

Arriba, arriba, suban, gritaba un hombretón en uniforme, me cogió un poco a contrapié, pero entonces me lancé a bordo, qué podía hacer, el tren se movió, cuando miré por la ventanilla mi Tato corazón-de-oveja ya había desaparecido. Lo hizo bien, es inútil quedarse mirando a alguien que huye. En la mochila: *čeburek*, empanada de carne; pan con pepino y tomate; queso de oveja; una botella de agua del grifo con sabor a hierro. En el fondo, debajo de la ropa de recambio, la foto de Mate: mi Tato y yo la sacamos del marco de mi mesita de noche, siempre estuvo ahí, desde que yo era pequeño, muy pequeño, pero ya medio huérfano.

Extiendo y doblo las piernas, nunca se quedan paradas porque yo corro y corro y corro también por la noche, doy patadas como un caballo cabezón, mi Tato tuvo que poner un cojín en medio de la cama para no despertarse con las piernas azules como un pulpo gigante.

A quien dice que mi Tato es el vago más grande de toda Kiev yo

le contesto que se limpie la boca con vodka antes de hablar. Es cierto que se lo pasa bien con la cerveza y las chicas de vida alegre, con las carreras de perros y con la Play, pero el resto del dinero que nuestra Baba nos envía desde Italia lo guarda en una lata, en la repisa más alta de la cocina, para comprar algún día un coche deportivo de dos plazas —una para él y una para mí—, y entonces nos iremos juntos por ahí como actores famosos con las gafas de sol y la camisa blanca desabrochada en el pecho.

Pasa el revisor y le planto el billete delante de la nariz, lo mira y lo gira entre sus dedos de frankfurt, dice que es válido solo hasta la primera parada. ¿Por qué no me bajé? ¿Dónde tengo que ir? ¿Viajo solo? Solo, contesto. Mi Mate está allí arriba en el cielo parando las bombas enemigas, mi Tato partió voluntario para defender nuestra amadísima patria y yo qué hago, según tú, ¿me quedo esperando que la casa se me caiga encima o que aquellos crueles caras-de-peste me cojan y me lleven a los territorios ocupados?

Ojos-de-buey se quita el sombrero y me lo pone en la cabeza. Se dobla en una reverencia que casi se le rompen los pantalones por la barriga que tiene y llama a otro que lleva uniforme como él. Me llaman pequeño héroe que viaja solo y me preguntan si necesito algo, y yo, no, gracias, no necesito nada, aunque una docena de galletas de chocolate y una Coca-Cola helada me irían muy bien, pero, lástima, no tienen dulces ni refrescos en este tren. Entonces Ojos-de-buey me saca un billete nuevo que llega hasta Leópolis, casi donde acaba Ucrania, pero no mi viaje, que es largo, muy largo, me dijo mi Tato hace dos noches mientras mirábamos juntos el trayecto en la pantalla. ¿Podrás? Sí podré. ¿Seguro? Dije que sí con la cabeza. Y nos pusimos a jugar a la Play.

De esta Babusia adonde tengo que ir no sé nada de nada, vino a vernos una vez, pero yo era demasiado pequeño para acordarme.

Llama a menudo, y envía dinero desde Italia para hacernos la vida más cómoda, como dicen los amigos de mi Tato cada que vez que abren cervezas pagadas con el sudor de la frente de ella. Solo vi una foto suya, pero era joven y las chicas se parecen todas porque son guapas, con el tiempo se les pone cara de perro cocker descontento, gritan, hacen preguntas que machacan los que tú sabes y te entran ganas de mandarlas al diablo. Mi Mate, en cambio, siempre será joven y jamás tendrá otra cara que no sea la que llevo en la mochila.

2

Estación de esto y estación de aquello, grita cada tanto Ojos-de-buey. La gente sube y no baja, es porque todos estamos escapando. Me he comido mi pan con pepino, he bebido un poco de agua con sabor a hierro, he mirado por la ventanilla: desde el cristal, el paisaje es como un videojuego sin 4G, confuso y desenfocado; las calles, taladradas por las bombas; los edificios, más ruinas que muros. En los balcones de las casas que siguen en pie las persianas están bajadas para no ver lo que pasa abajo en la calle, los tiestos en las barandillas ya no tienen flores.

Los únicos hombres del vagón llevan la gorra y el escudo de los trenes, a los demás que intenten cruzar la frontera se los llevan de vuelta y corren el riesgo de acabar en la cárcel, me lo dijo mi Tato, por eso tuve que irme solo.

Nadie le creía cuando anunció que se alistaba como voluntario. Solo sirve para beberse el dinero de la Babusia, decían, ella lleva veinte años rompiéndose la espalda en las casas italianas y él, en vez de buscarse un trabajo, arrastra al gato por la cola, como se dice

aquí, malgasta su tiempo, año tras año. Pero un día volverá, heroico, con el uniforme y el casco y la medalla y un montón de dinero, y entonces sí que a todos se les quitarán las ganas de desperdiciar su aliento de pescado podrido. Es mi oportunidad, me dijo. Lo sé, Tato. Es dinero de la guerra, pero sigue siendo dinero. Lo entiendo, Tato. De otra forma, jamás me iría lejos de ti, se lo prometí a la Mate en su lecho de muerte. Claro, Tato. Me alisto antes de que me convoquen ellos y luego, cuando todo acabe, te alcanzo en Italia para bailar tarantela y comer pizza, nos tumbamos cómodos al sol y nos damos la vuelta solo cuando tengamos la piel oscura como gitanos. *Amico grazie prego buongiorno vabbene*.

Por la noche, después de haber mirado la foto de Mate y jugado a la Play, cogíamos el pequeño libro de las palabras útiles que nos había enviado la Babusia un par de años antes y repetíamos desde el principio. *Quant'è? Buonanotte. Salute. Al ladro. Tanti auguri*. El libro pequeño también está en la mochila, así cuando llegue a Italia pareceré un joven ya cultivado y no una escoria extranjera que escapó con un billete falsificado por el tramposo de su padre.

Uno due tre diciassete cinquantadue cento. Lunedì martedì mercoledì. Settembre ottobre dicembre. Duemilaventidue. Altolà. Grazie prego mammamía.

El teléfono está en el bolsillo lateral, no tengo que usarlo antes de llegar a mi destino: Nápoles, la Odesa italiana. Prometido, Tato. Lo cojo solo un momento, paso el dedo índice por la superficie lisa, me entran ganas de encenderlo para escuchar el tin-tin de los mensajes de Pavlov, Sergej y los demás compañeros del colegio de quienes no me despedí, hace unos días que ya no había ni clases online, no había internet en todo el barrio. Podría jugar un minuto a *Minecraft*. O abrir TikTok. Miro mi reflejo en la superficie negra como si me tomara un selfi y guardo el móvil. Subo y bajo la cremallera de

la chaqueta, me aburro, el tren baja la velocidad cada tanto, se para, retoma la marcha. El viaje es más largo de lo que pensaba, el camino entre mi casa y yo, entre mi escuela y yo, entre mi Tato y yo ya es tan largo que no podría volver andando. Quizá también para mi Mate fue lo mismo, su enfermedad no la advirtió de que no había vuelta atrás.

Las mujeres hablan entre ellas como ovejas que pastan la misma hierba seca. Oigo pronunciar nombres de ciudades extranjeras: Przemyśl, Lublin, Varsovia, Cracovia. Y luego Kosice, Bratislava, Zagreb, Milán. Me armo de valor y nombro la mía, nadie la conoce. Repito: jamás la han oído. Y dónde está, dice una. En el sur de Italia, mi nuera trabaja allí, contesta en mi lugar una vieja cola-de-rata con el pelo recogido y las gafas. No digo nada más, me pongo los auriculares, finjo escuchar música, aunque el móvil esté apagado, solo noto la blandura del cerumen que se pega y se despega de los auriculares, pero el tiempo no pasa, como en un videojuego que se ha crasheado, el cielo ni siquiera empieza a oscurecerse y este día no acabará nunca. Detrás de la colina grisácea, un dragón plateado levanta la cresta y resopla por la nariz nubes de lluvia. Las gotas golpean el cristal, cientos de disparos minúsculos por minuto que resbalan y caen lejos, proyectiles que no duelen.

3

Buongiorno, mi scusi, grazie, prego, ciao, come stai, permesso, auguri, fame, per favore, sí. Quando costa?

Afuera está oscuro, el tren va un poco más rápido que cuando

salimos. Una chica rubia mayor que yo me hace una señal con la mano desde la parte opuesta del vagón, vuelvo la cabeza hacia el otro lado, no tengo ganas de hablar.

—Eres el hijo de Roman, te conozco. —Se acerca.

—Yo a ti no.

—Mi madre conoce a tu padre, una vez te vi en la calle.

Indica a una mujer que duerme con su gran culo aplastado en el asiento, como una vaca somnolienta.

—Te estudié bien, por eso me acuerdo de ti.

—Se ve que tienes tiempo que perder.

—Teníamos que convertirnos en hermanos.

—Te equivocas. Yo soy único.

—Ella estaba segura de que se casarían. —Apunta con el dedo hacia la madre.

Esta noticia me coge un poco a contrapié, toco la mochila en el punto en el que puse la foto de mi Mate. Ella era guapa y de culo pequeño, al menos eso creo.

—Mi Tato se ha ido a la guerra, no se casa ni ahora ni después, cuando vuelva será un héroe, vendrá a Italia, haremos vida de ricos y buenas noches, caballeros, *buonanotte ai signori*.

—Eres pequeño, te lo crees todo.

—¡Para ya! Yo a esa no la vi nunca —señalo a su madre—, y además a él le gusta entretenerse solo con las mujeres de vida alegre, no necesitamos a otra Mate. ¿Acaso tu madre es una mujer de pago?

La chica deja de machacarme los que tú sabes con sus preguntas, pero no vuelve a su asiento. Abro de nuevo el pequeño libro de las palabras útiles y finjo leer, pero ya la duda caradura se me ha metido como un mosquito en un ascensor.

—¿Y dónde vais?, cuéntame un poco. —Intento sacarle un poco

más de información y ella pica enseguida. Hablar con las mujeres es como hundir un cuchillo en mantequilla, dice siempre mi Tato.

—Polonia, tenemos que llegar hasta Cracovia, a casa de una amiga de mi madre. ¿Y tú?

—Yo también voy a Cracovia, a casa de mi tía. —A los desconocidos nunca hay que contarles la verdad, me ha enseñado mi Tato.

—¡Viajemos juntos, entonces! ¿Tienes pasaporte?

Golpeo dos veces la mano sobre el bolsillo interior de la chaqueta y sonrío, luego me giro hacia el otro lado del cristal para hacerle entender que la conversación se ha acabado.

El tren frena de nuevo, se para, arranca, se tambalea. La guerra lo ralentiza todo, menos la muerte. Pero yo nací en la guerra, ¿qué puede hacerme? Ni a mí ni a mi Tato, que pronto volverá ganador, héroe decorado por nuestro presidente bajito. Y entonces me tomaré un millón de selfis, tendré millares de *likes* en mi perfil y Sergej y Pavlov y todos sabrán que él no es una inútil pelusa de lana en un jersey desgastado. La guerra engendra a los héroes.

La chica rubia ha vuelto a su asiento y parece que se ha dormido. El tren está entrando en otra estación, los edificios tienen las caras de los boxeadores después de la pelea —ojo morado, nariz rota, sin un diente, ceja partida—, solo que el dolor no lo sienten ellos, sino las personas que los habitan. Tantas casas hemos cambiado mi Tato y yo desde que empezó la guerra, hace muchos años, nosotros huyendo cada vez hacia delante y ella siempre detrás de nosotros, como una mancha de aceite que se expande por el suelo sin nadie que la cubra de serrín y entonces llega un pobre tonto en bici, o peor, en moto, se sale de la carretera y se parte la cabeza.

De Mariúpol tuvimos que escapar de noche, me lo contó mi Tato,

yo tenía poco más de un año y medio, es un milagro que nos salváramos. Nos fuimos a Kiev, la gran capital de las cúpulas doradas y el río Dniéper y el zoo natural con incontables animales, incluido el bisonte cornudo. La guerra nos alcanzó también allí, cuando los tanques cruzaron nuestros confines, los caras-de-peste lanzaban bombas desde arriba, sonaba la sirena y había que escapar de nuevo. Cogíamos a Mate de la mesita, la petaca con el vodka y nosotros también nos íbamos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Bajar a la oscuridad de la tierra, buscar el sueño que ya no estaba, esperar a las bombas que a veces caían si no era una falsa alarma, quedarnos un poco más por seguridad antes de volver a la superficie como ratas asustadas. Mi Tato me entregaba siempre la foto de Mate y me decía cierra los ojos y piensa mucho en ella, así el mundo se arregla.

En los túneles del metro había quien rezaba, quien lloraba, quien contaba sus historias porque esa era la costumbre, y abajo la vida seguía como la de arriba, pero sin el azul del cielo. Y nadie, nadie, nadie menos yo pensaba en los incontables animales del gran zoo natural que temblaban en las jaulas con todo aquel ruido, se preguntaban qué diablos estaría pasando y ni siquiera podían comunicarse entre ellos porque entre las bestias, se sabe, cada una tiene su lengua.

Escapa hoy, escapa mañana, siempre escapando, y mi Tato dijo que ya era el momento de retomar lo que era nuestro. Decidió alistarse en el ejército junto a su amigo Danylo y me metió en este tren para ir donde está mi desconocida Babusia. Porque es cierto que naciste con la guerra, me dijo anoche apretándome las manos hasta que me hormiguearon, pero la guerra acabará antes que nosotros. Cantamos una estrofa de nuestro himno glorioso y luego de cabeza al bar para tomar la última cerveza con sus amigos pies-

apestosos.

4

Bajad, todos abajo, fi-fi, silba Ojos-de-buey. Fin de trayecto, fin de Ucrania, fin del mundo. Me pongo la mochila en la espalda, ahora pesa más que cuando salí, aunque me comí el *čeburek* y medio trozo de queso. Quizá soy menos fuerte. Cuando bajo del tren no sé dónde ir, hay gente que corre en todas las direcciones, algunos se abrazan antes de despedirse, las mujeres cogen a los niños de la mano. Yo estoy solo. En la confusión he perdido de vista también a la chica rubia con su madre, mejor así, que no somos parientes. Me envuelvo en la chaqueta de verdadera pluma ucraniana, pero tengo tanto frío, tal vez la oca sea tan falsa como el billete del tren, pero mi Tato está lejos, ya se encontrará en el centro de reclutamiento donde le habrán dado uniforme, casco y chaleco antibalas, como vimos en la tele, listo para empezar el entrenamiento.

Todos caminan rápido y parecen saber siempre dónde ir, yo me paro en una esquina, saco a Mate de la mochila y la aprieto contra mi pecho, me protejo del frío con la cara que más amo: la que nunca conocí. ¿Lo llevas todo?, me pregunta ella a través de la foto. Digo que sí con la cabeza. ¿El número de la Babusia aún se puede leer? Le doy la vuelta al cartoncillo para revisarlo y levanto el pulgar. ¿Estás listo para retomar el viaje? Digo que no con la cabeza.

Sigue siempre a la multitud, me recomendó mi Tato antes de la salida. Parecía todo tan fácil cuando lo planificábamos, pero aquí la multitud está como enloquecida, la estación de Leópolis es enorme, por la puerta podría pasar un gigante. Los pocos hombres que

estaban en el tren se agachan para despedirse de los niños, no pueden seguir más. Pórtate bien, les dicen a los hijos, escucha a mamá, nos vemos pronto. Tienen la cara medio escondida por la visera de la gorra, pero se ve que lloran, las lágrimas no salen solo por los ojos. Los adultos apestosos a veces me dan un poco de pena, no encuentran las palabras para expresar sus pensamientos.

Me meto en el río de los que se dirigen hacia la salida, intento buscar al amigo de mi Tato que tiene que llevarme a Italia, pero las chaquetas de plumas falsas son centenares y de todos los colores, muchos hombres esperan a los pasajeros con unos carteles en la mano, ninguno lleva escrito mi nombre. Cada vez que llega uno nuevo, grito fuertísimo: Victor, Victor Kaminsky. Nadie contesta. Tal vez mi Tato me jugó otra de sus bromas, como la del billete del tren que solo era válido para una parada y la chaqueta de verdadera pluma de oca ucraniana que en verdad es sintética. No es que sea un mentiroso, es que le gusta disfrazar las cosas para que parezcan mejores de lo que son. A veces tiene la cabeza en las nubes, por eso temo por él, para morir en la guerra se necesita muy poco.

Las luces de la estación tiemblan, ellas también deben de estar cansadas de todo ese ir y venir, de madres que arrastran a hijos, de padres que esconden las lágrimas bajo la gorra, de medias promesas que nadie podrá mantener, porque en el fondo es la guerra la que decide por todos.

Me siento en la entrada sobre un cartón abandonado, me saco el gorro para que respiren los pensamientos, y lo aprieto entre las manos. Quien huye es más generoso, no se lo piensa dos veces antes de vaciarse los bolsillos. La cara de huérfano la tengo desde que nací, así que en poco tiempo recojo un buen montoncito que usaré para comprar más comida, con la barriga llena se razona mejor, dice siempre mi Tato.

La chica rubia del tren y su madre no las he encontrado, el amigo de Tato con el coche viejo aún no ha aparecido. En la manga de la chaqueta de plumas falsas se posan toques de blanco, ha empezado a nevar.

5

La vida es como la Play: cuanto más juegas, más trucos aprendes para pasar de nivel. Tienes razón, Tato. Solo que este es un *game* desconocido. Anoche, a esta hora, nos estábamos preparando dos hamburguesas enormes con su pan y sus patatas fritas, revisábamos la mochila y hacíamos planes para cuando nos reencontremos después de la victoria, luego nos acostamos vestidos, como hacemos desde que empezaron los bombardeos, no conseguía dormir y me di cuenta de que tú también estabas despierto, pero no por miedo a las sirenas. Entonces te dije que no te preocuparas, que seguramente lo conseguiría. Era mentira, Tato.

Las calles fuera de la estación están a oscuras, los coches pasan a toda velocidad, perros y gatos vagan libres, se paran de vez en cuando para buscar el olor de su dueño, olor a hogar, luego continúan deambulando. La guerra los ha dejado solos, hay que escapar llevándose solo lo necesario. Una última caricia, se cierra la puerta y el gato al principio no sabe qué hacer. Te las sabrás arreglar, le dijo mi Tato a nuestro Pomodoro, yo era pequeño, pero me acuerdo de él, tenía el pelo rojo y la cola cortada, por una pelea en el patio con una pandilla de gatos más grandes. Tenemos que irnos, eres libre, le dijo. Pero él no quería ser libre, quería una cama y un plato con su nombre. Mientras yo escapaba en los brazos de mi

Tato, veía la casa que se alejaba y a Pomodoro con su breve cola, erizada por la sorpresa como un punto de exclamación, ni siquiera un maullido de despedida, los gatos saben cuándo es hora de irse. Luego saltó por la barandilla del balcón de al lado y desapareció. Yo también camino perdido, voy hacia delante y hacia atrás, huelo el aire buscando el olor a hogar, mi casa está lejos, el olor se ha perdido. Mi Tato me liberó a mí también.

Saco el móvil del bolsillo de la mochila, había prometido que lo dejaría apagado, pero es una emergencia. La pantalla se ilumina y ya me siento un poco en casa, cada vibración me da un pequeño escalofrío de calor, mi mundo aún existe, Pavlov, Sergej, las actualizaciones de los juegos, las notificaciones de las redes sociales y por fin un mensaje de audio de mi Tato. Victor tuvo un problema en la frontera, me dice, pero que no me preocupe, cerca de la estación hay un hotel barato, me envía el enlace con la ubicación, el dinero que llevo en los calcetines será suficiente. Mañana por la mañana tendré que llegar a la frontera, no es difícil, me bastará con subirme a un autobús, hay muchos que van hacia esa dirección, hay que seguir a la multitud. Victor me esperará en Przemyšl, la primera ciudad polaca al otro lado de la frontera, para llevarme a Italia. No debo tener miedo, me recuerda, porque mi Tato me quiere. Siempre.

Intento llamar para escuchar su voz una vez más, pero la línea está cortada, en los últimos días es siempre así, desde la invasión caradura todo se volvió más difícil. Yo también grabo un mensaje de audio. Está yendo todo bien, le digo, has hecho lo correcto al confiar en mí. Pulso enviar y un segundo después lo borro. No es verdad que esté yendo todo bien, al contrario, está todo mal, la noche, el frío, las calles desiertas, los gatos perdidos. Contesto con un pulgar levantado, así al menos se preocupa solo un poco. Espero su respuesta, en la pantalla solo aparece un tic gris. Yo también solo

tengo un tic gris, me fui y no llegué, perdido en el lugar secreto donde esperan los mensajes pendientes, en un *cloud* solitario o en un copo de nieve que aún no se ha posado. No me queda más remedio que seguir los puntitos azules del navegador como piedrecitas que mi Tato dejó a propósito para mí, pero en el mapa todo parece cerca, la vida fuera de la pantalla es demasiado grande para cualquiera.

Camino y camino y camino, recorro la calle principal, giro a la izquierda, luego a la derecha, de nuevo a la izquierda, persiguiendo las canicas azules en la pantalla. Las luces a mi alrededor están más apagadas y las calles, desiertas. Un perro me sigue, cojea de una pata, de vez en cuando se para, no encuentra a su dueño. Me acerco a él con gestos de amigo, pero me mira con ojos llenos de odio, me muestra los dientes afilados y luego ladra. Es el miedo, que nos vuelve malos. Le pongo la palma bajo el hocico para que sienta mi olor, como me explicó mi Tato, hay que dejar claro que la mano no oculta un arma para ser aceptado. El perro la huele, luego ladra de nuevo, la retiro rápido, pero es un movimiento equivocado, él gira la cabeza despellejada y agarra mi mano al vuelo. El dolor es fuertísimo mientras sus dientes se hunden en la palma, como la vez en que Pavlov me clavó la punta del compás en la yema del índice, sin querer, dijo él. Ante mi grito, el perro se asusta, nos miramos a los ojos, sorprendidos, él tampoco se esperaba que me atacaría. Mi mano no sangra, solo tengo un agujerito en la parte externa de la palma, algo rosa en los bordes. Si un perro desconocido te muerde, tienes que ir al hospital para que te pongan la inyección, me digo con la voz de mi Tato, pero es de noche, no sé dónde estoy y en los hospitales seguro que no tendrán tiempo de ocuparse de un agujerito hecho por el diente de un perro. No sé qué hacer y entonces hago la única cosa que sí sé hacer: corro y corro y corro,

con el móvil apretado en la mano que no ha sido herida. El perro me persigue ladrando, por suerte la pata enferma ralentiza su carrera y al poco lo dejo atrás.

El hotel que me ha sugerido Tato está al fondo de la calle, desde aquí veo el letrero azul. El mordisco ya me duele menos, el agujero no es tan profundo, me lo lamo porque la saliva es desinfectante. Después de haberme perforado el dedo, Pavlov se lo puso en la boca, todo sucio de boli y rotuladores y restos de goma de borrar. Y ahí entendí que lo había hecho a propósito, porque si no le habría dado asco.

En el cruce hay un coche parado, un Dacia azul con una abolladura en el lado, parece que esté esperando a alguien, tal vez sea justo ese Victor que ha conseguido cruzar la frontera. Lo alcanzo y me subo un poco el gorro para que me reconozca, por si mi Tato le envió una foto mía. Soy yo, grito, soy Kostya, acabo de llegar a la estación, soy el hijo de Roman. Ninguna respuesta. Me acerco y miro dentro, veo a un niño idéntico a mí, con mi mismo pelo, también los ojos son casi iguales, solo que más asustados, las mejillas más blancas. Intento sonreírle y él hace lo mismo, luego la ventanilla se baja, mi reflejo desaparece y en su lugar aparece el rostro de una niña morena con trenzas, muy delgada. Al volante hay una mujer rubia y, a su lado, un hombre, lleva una cobra tatuada en la nuca rapada. No es el coche de Victor, me digo desanimado, es una familia, viajan juntos, tato, mate e hija huyendo hacia la frontera. Pero luego la niña empieza a gritar, señala con ambos bracitos a los tipos sentados delante e intenta pedirme ayuda, pero no la entiendo porque habla rápido y está llorando. La rubia al volante se gira, le dice algo con una sonrisa falsa, el de la cabeza de serpiente se inclina hacia el asiento trasero, habla ruso él también, le da un empujón a la niña y hace que se siente. Mientras cae hacia atrás

consigo ver que en la otra mejilla tiene una marca morada, luego el coche parte a toda velocidad, la ventanilla sube y el llanto se queda en el aire como una sirena antiaérea.

Y entonces corro y corro y corro, la mochila me golpea la espalda, las piernas me tiemblan en los pantalones, la mano sudada aprieta el móvil que sigue indicándome el camino con su voz mecánica, pero yo no la escucho. Corro sin mirar atrás, solo sigo el letrero azulado del hotel y rezo para no oír detrás de mí el motor del Dacia destartalado. Recorro las calles oscuras prestando atención a los coches. Mira a la derecha y a la izquierda antes de cruzar. Claro, Tato. Está bien, Tato. Seguro, Tato. Dejaste que me fuera diciéndome que sería tan fácil como un juego de estrategia, pero es que yo no tengo una vida extra. ¡Para nada, Tato!

Delante del hotel me detengo para retomar el aliento y secarme el sudor. Detrás del mostrador hay una mujer mayor con el pelo gris y los ojos pequeños, muy pequeños, me armo de valor y le pido si puedo quedarme a dormir.

—Tengo dinero.

Me agacho para sacarlo de los calcetines y lo pongo junto al que he recogido gracias a las limosnas en la estación. La señora cara-de-pulga me mira con sospecha.

—Con esto no pagas ni una cama para perros, y de todas formas está todo lleno.

Le explico que solo es una noche, que estoy viajando para ir a Italia con mi abuela, que mi padre es un héroe de guerra.

Ella hace preguntas que me machacan los que tú ya sabes.

—Y entonces llamemos a tu Baba, déjame hablar con ella, no puedo esconder a un niño en mi hotel.

—No, porque padece del corazón —me invento—, y si se entera de que estoy perdido en un hotel en el culo del mundo a estas horas

y con esta nieve y sin mi Tato, no me daría ni tiempo de llegar a Italia antes de que se muriera.

Cara-de-pulga está a punto de morirse ella mientras escucha la historia, y entonces también le digo que mi Mate se ahogó en el Dniéper delante de mis propios ojos después de haberse resbalado en una placa de hielo, en invierno, hace cinco años. He pensado que era demasiado hasta para ella y no he continuado, pero se lo ha tragado como si fuera un vasito de vodka. A la gente le gusta conmoverse por las desgracias de los demás, como ver una película de terror comiendo una bolsa de *kabanosy* picantes. Al final deja que me quede.

—¿Cómo es posible que te hayan dejado ir solo? ¡Esta guerra está volviendo loco a todo el mundo! Pero mañana por la mañana llamamos a tu Baba.

Cara-de-pulga tira una manta de cuadros de hace ciento setenta años en un sillón decorado con pelos de perro y me da las buenas noches. Nunca había dormido en un depósito para maletas, pero hasta es más cómodo que compartir la cama con Tato, y no echo de menos la humedad de nuestro tugurio, así que extiendo las patas y el sueño me lleva consigo en un instante.

6

Me despiertan al amanecer los ruidos de la gente que se va, es el momento de irme yo también, pero antes quiero echar un vistazo a las maletas del depósito. Abro algunas de las que no tienen candado: nada de dinero, los fugitivos lo llevan encima, solo consigo dos camisetas de lana; una bolsa de snacks con sabor a queso y

tomate; un cargador que puedo revender porque no se adapta a mi móvil de cuatro duros; un tubo de pasta de dientes consumido para no llegar a Italia como el pobre de mal aliento que soy y un paquete de cigarrillos que le habría ido de perlas a mi Tato, lo intercambiaré en cuanto tenga ocasión por chocolate o por un par de calcetines limpios.

Cierro la mochila y me deslizo por la puerta intentando hacer menos ruido que un caracol de puntillas, me pongo justo detrás del mostrador, luego, apenas la mujer, que no es la de ayer sino otra cara-de-lémur, se aleja un momento, salto fuera y estoy en la calle.

Corro y corro y corro, la nieve no me ralentiza porque yo nací en ella. Cuando estoy lo suficientemente lejos me paro y cojo un poco de nieve, la amaso como una pelota y vamos, a la cabeza de un viejito, un *didúss* con el gorro de pelo bajado hasta las orejas.

—*Buongiorno, nonno* —le grito en mi italiano, lo dejo aturdido mientras se quita el hielo del cuello de la camisa y que se vaya al diablo.

Corro y canto, aunque esté solo, aunque mi casa esté lejos y no sepa dónde ir, porque nadie me puede parar, como a la guerra, como al hambre, como al picor. Corro y salto, las piernas van solas, soy más rápido que un disparo, a los drones cabeza-de-muerte les hago chao chao con la mano, y *buonanotte ai signori*. Corro y les hago bee-bee a las mujeres que hacen cola para comprar un trozo de pan, bee-bee a los soldados en uniforme que no están en el frente, bee-bee a los niños con mochila y bata listos para ir a la escuela.

La última vez que fui, resultó que ya no había escuela. Me llevó mi Tato, es el sueño de cualquier niño, reía, ver su escuela destruida. Él es bueno como una *paska* con aquel relleno delicioso de uva blandita, pero de vez en cuando le sale una sonrisa extraña.

Detrás del cancel solo quedaba un quintal de migas, como un cracker enorme de mantequilla y cebolla en el fondo de la mochila hundido bajo el diccionario de inglés. Me acordé de cuando una mañana el maestro me puso un broche en el cuello del uniforme. Delegado de clase por un día, había anunciado delante de todos, porque yo era un amante de los libros, leía montones durante la hora del patio, en nuestra casa de los libros ni siquiera había el polvo. Por la noche mi Tato, para comprobar si el broche era de verdad de metal precioso, lo había mordido con los dientes. Al día siguiente se lo devolví al maestro con la marca de su muela, el maestro lo cogió y por suerte no dijo nada, de otra forma habría tenido que fingir que había sido mi perro, aunque en verdad no tenía perro. Al final de la jornada, me prestó otro libro.

Delante de la escuela destruida nos quedamos en silencio, luego trepé por encima del cancel y me puse a buscar hasta que se me despellejaron los dedos y me sangraron los nudillos. No conseguí encontrar el broche entre todos los trocitos de cracker.

Mi carrera acaba cuando empieza la cola. No reparten ni ropa ni comida, aquí llegan los autobuses que van a la frontera con Polonia, leo en un cartel, y entiendo que reparten salvación. Avanzamos ordenados, con los gorros que tapan las orejas, ya no nieva, pero el aire está helado, como si tuviera bloques de hielo colgados de cada pie. Hablar es malgastar energía, de modo que me quedo callado, un puntito más claro en una flecha larguísima de mujeres y niños que indica la dirección de salida de nuestro país. Mientras esperamos, alguien cuenta su historia, la casa destruida, el marido lejos, las cosas que faltan, después de que los tanques cara-de-peste cruzaran la frontera. Para mí y para mi Tato no cambió mucho, nosotros ya éramos pobres, ya habíamos perdido a mi Mate y había guerra en Mariúpol desde antes que el resto del mundo lo supiera.

Ahora todos la ven, se hizo más grande, como una enfermedad que se deja reconocer solo cuando la fiebre sube y ya es difícil de curar.

Ante mí hay un mar de personas, pero una por una las supero a todas, meto la marcha como en la Fórmula 1 con el motor a tope. Brum brum brum, tengo ruedas muy lisas que evitan los agujeros sin necesidad de una parada en boxes, tomo la recta y la curva y la cuneta y tomo la bajada y ahora una piedra cara-de-culo-viejo, acabo fuera de la pista, doy una vuelta de campana, vuelco, resbalo lejos. *Game over.*

7

Una raya de sangre me pinta los pantalones, como si un francotirador invisible me hubiera alcanzado en la rodilla, aguanto las lágrimas, quien está en guerra no llora. Me levanto con dificultades, me tambaleo, vuelvo a caerme, me adelanta una madre con la hija lactante, luego tres *babusse* que parece que hayan salido de casa en pijama y bata, y finalmente la mujer del tren que viene hacia mí con su hija rubia.

—Te buscamos en la estación, pero habías desaparecido. —Se agacha para examinar la herida de mi rodilla.

—No es nada, estoy descansando un poco —digo para no demostrar que estoy contento por haberme reencontrado con ellas.

—Déjame ver. —Acerca la mano.

Tapo el desgarro, pero no puedo ocultar el rojo que se ensancha en los pantalones. Eran los únicos buenos, una lástima.

—Tenemos desinfectante. —La madre mete la cabeza en una maleta de ruedas verde y saca una toallita húmeda—. No quema —

aclara mientras me la restriega por la herida. No es verdad, pero no me quejo: es la primera vez que una mamá me cura.

Me pongo de nuevo en la fila, con ellas, sin correr más, por la rodilla dolorida y para no volver a perderlas. Dice la madre que el autobús nos llevará cerca de la frontera, luego habrá que pasar los controles y por fin estaremos a salvo.

Cuando miraba el mapa en el ordenador con mi Tato, todo parecía más fácil: subir al tren, esperar a su amigo Victor Kaminsky, llegar a Italia. En cambio, escapar es como un puzle hecho de muchas piezas que hay que encajar. En los mapas solo hay líneas y colores, los problemas no existen.

Cuando llega nuestro turno, la mamá bovina sube primero y compra un billete para mí también, nos sentamos al fondo del autobús, que se llena en un nanosegundo.

—Y entonces ¿qué has hecho? ¿Dónde has pasado la noche? —me pregunta.

—Estuve con un amigo de mi padre, Victor Kaminsky —me invento sobre la marcha—. Lástima que se le habían acabado las galletas y me he quedado sin desayunar.

La hija rebusca en su mochila y me ofrece un bollo de chocolate. Si mi Tato se hubiese casado de verdad con su madre, ahora sería mi hermana.

Alguien desde la primera fila, tal vez el propio conductor, entona el himno nacional y todos se unen, también mamá bovina y mi hermana momentánea. La letra me la sé, la aprendimos uno de los últimos días de escuela, cuando los tanques caradura ya estaban ahí fuera, listos para entrar. Cierro los ojos y finjo que estoy en clase, con Sergej, con Pavlov, con el broche en el cuello del uniforme y el maestro que escribe la letra del himno en la pizarra para que nos la aprendamos de memoria y de momento lo único que se ha

deshecho es el paquete de crackers hundido en el fondo de la mochila, bajo el diccionario de inglés, y no las aulas, las pizarras, el patio.

Dos horas después nos ponemos abrigos y gorros y bajamos del bus.

—Tienen que ponernos un sello en el pasaporte —me explica la bovina.

—Lo sé, me lo dijo mi padre, y él por regla general dice una verdad por cada tres mentiras.

Ella me mira con sospecha, tal vez está pensando en la promesa de boda que le hizo y no sabe a cuál de las dos categorías pertenezca.

Nos toca otra fila que se mueve con paso de perezoso, al fondo se entreven una barrera de alambre de espino y unos soldados cara-de-bronce que se ponen a hablar con otras mujeres, piden informaciones e intercambian noticias sobre el viaje. Yo me quedo inmóvil, me aburro, las piernas me queman porque no puedo correr y empiezo a saltar para combatir el frío. Enciendo el móvil, pero solo un minuto, mi Tato recibió el pulgar levantado que le envié y me pide que le dé noticias. Estoy en la frontera, escribo, misión cumplida. Envío, luego borro. Todo okey, tecleo en cambio, ¿me mandas un selfi con uniforme y casco?

Alguien trajo unas cartas y se pone a jugar en un banco de madera, en la maleta de ruedas o en la mochila aparcada en el suelo. Unos niños se persiguen en la nieve, tienen mamás que piensan en ellos, yo tengo que pensar en mí mismo, solo. Llega la tarde, llega la noche y aquí seguimos, en fila. Acabo durmiendo en una furgoneta junto a la mamá bovina y su hija, según parece estábamos destinados a ser parientes. A nuestro alrededor empiezan los coros y las nanas, unos voluntarios nos traen algo caliente que

sabe a caldo y luego pan con dentro carne o queso, no sé, hasta los sabores se pierden cuando se mezclan con el frío. El conductor dice que no puede seguir con el motor encendido para calentar el interior, porque no quiere gastar gasolina antes de cruzar la frontera, por suerte una mujer joven reparte mantas polares.

Ya es noche cerrada, es la segunda que paso solo, y siento nostalgia de todo: de nuestra cama de matrimonio con la almohada en medio, del hedor a cloaca que llega desde el lavabo, de la sirena que nos dice que hay que levantarse y escapar al refugio. Esta noche hasta echo de menos a una mamá que no conocí.

8

La madre y la hija se restriegan el rostro con un líquido perfumado que sale de una ampolla. Yo no, gracias, soy un chico. La verdad es que tampoco en casa, con Tato, estaba yo muy acostumbrado a lavarme mucho por la mañana. Bajamos del camión, hoy el aire es aún más frío, envueltos en las mantas parecemos un montón de *pirožki* rellenos, nos ponemos de nuevo en fila y casi tres horas después llegamos a la barrera.

—Documentos en mano, no os amontonéis. ¿El menor con quién viaja? —le pregunta a mamá bovina un agente que se parece al jinete de jabalí de *Clash Royale*, pero sin martillo.

—Está con nosotras. Me lo confió su padre.

Detrás, las mujeres empiezan a resoplar porque ralentizamos la cola, somos otro obstáculo que superar, su tiempo perdido.

—No basta con que se lo confiara de palabra, se necesita un certificado escrito.

El guardia cara-de-purga estudia también su documentación y las deja pasar, yo me quedo bloqueado en el nivel inferior de este videojuego. Bovina y la hija se detienen del otro lado, nos miramos desde los bordes opuestos de una línea invisible, dibujada por las caras de los niños, de las mujeres y de los viejos que intentan cruzarla, por el olor de sus cuerpos amontonados. También la frontera es una guerra. La madre susurra algo al oído de la chica rubia y le tira de la mano, ella dice que no con la cabeza, se quedan allí.

Me dejan sentado en un banco de madera, nadie piensa en mí, como si no existiera, al rato me acuerdo del paquete de cigarrillos que saqué de una de las maletas del depósito del hostal, intento ofrecérselo al guardia para que me deje pasar.

—Los menores no pueden fumar —me grita y agarra el paquete.

Los menores no pueden viajar solos, los menores no pueden cruzar la frontera, los menores no pueden fumar cigarrillos. Pero la guerra sí, la guerra está bien hasta para los recién nacidos chupaleches colgados del cuello de sus mamás. Todos los demás me adelantan y me quedo bloqueado entre dos mundos, el de la guerra y el de la paz. La frontera solo es una injusticia más. Llamar a la Babusia a Italia es inútil, y mi Tato ya estará de viaje para empezar el entrenamiento, con el fusil, la pistola y las botas de agua. Se equivocó al confiar en mí, no soy capaz de huir solo.

El guardia revisa la hora, su turno se ha acabado, me deja prisionero detrás del alambre como un animal salvaje en el zoo abandonado de Kiev que brama al viento. Su sustituta tiene el pelo castaño, atado en una coleta, y lleva pintalabios. En cuanto el cara-de-purga se aleja, voy hacia ella y le explico todo desde el principio: el tren, el autobús, el padre voluntario, la madre muerta y una tía que me espera en Cracovia. Ella coge mi pasaporte, luego mira a

bovina y a la hija, sentadas en un gajo de sol del lado opuesto de la barrera.

—¿El chico está con vosotras?

Dicen que sí con la cabeza y se le acercan, la guardia me roza el pelo con la mano.

—Mi hijo salió hace dos días, lo envié a Alemania con la familia de mi marido —nos cuenta—. Cuando lo llamo no quiere hablar conmigo, prefería quedarse aquí con nosotros, tiene tu edad, tal vez no hicimos lo más justo.

—No hay nada justo, es la guerra —le digo, pensando en mi Tato.

Ella no dice nada más, hojea las páginas del pasaporte y después de un rato finge haber encontrado un papel que, en cambio, ha sacado del bolsillo de su americana, una especie de juego de magia que vi en un vídeo de YouTube. No le sale perfecto, de todas formas, se ve que no es una profesional. Abre el papel, finge leerlo de arriba abajo.

—Todo en orden, puedes irte, he encontrado el permiso.

Bovina y la hija se miran con los ojos desorbitados. Dos horas de espera y ahí estaba. La madre extiende la mano para adueñarse del famoso papel. La guardia no se lo entrega.

—¿Os quedáis en Polonia?

Sí, sí, asiento, aunque sea mentira.

—Entonces no lo necesitáis, me lo quedo yo, por protocolo. —Y vuelve a meterse el papel en el bolsillo del uniforme—. Suerte —me dice en voz baja mientras me estoy yendo, y me guiña el ojo.

Vista desde este lado del alambre, la frontera solo era una línea dibujada para mantener separadas a personas que comparten las mismas desgracias. Frente a nosotros está Europa, a nuestras espaldas, la guerra. Debería saberlo el tramposo de mi Tato: he

conseguido recorrer aquel metro de camino gracias a un folleto de ofertas para la compra en el supermercado. Estaría orgulloso de mí, por fin.

9

Marchar, no correr, caminar, esperar. Ahora estamos en Polonia, que quiere decir salvación. El número escrito con el boli azul por mi Tato detrás de la foto de la Mate está un poco difuminado, como todo lo que se ha quedado del otro lado: la casa, la escuela, los amigos. Desde Medyka caminamos más de tres horas para llegar a Przemyšl, de aquí salen los autobuses y los trenes hacia las otras ciudades, dice mamá bovina, y yo espero encontrar por fin al amigo de mi Tato que me llevará a Italia, si es que de verdad existe. Por suerte hace sol, aunque el aire sea frío. Me duelen los pies, me duele la barriga, me duelen los recuerdos. ¿De qué sirve salvarte si te falta todo lo demás?

La estación es diez veces más pequeña de la de Leópolis, pero está diez veces más atestada de adultos de mal aliento, sobre todo mujeres amontonadas en las entradas y las salidas, con muchos niños al lado. Una pancarta en nuestra lengua dice «Aquí estáis a salvo», lo leo y lo releo, pero no me convence. «A salvo» es cuando no necesitas que te protejan, de otra forma es «en peligro». Entrar es casi imposible, somos como unos perros rottweiler enormes de patas torcidas que presionan para meterse en una caseta para chihuahuas. Me abro paso empujando las espaldas que tengo delante, consigo llegar a la ventana lateral y apoyo la frente contra el cristal para espiar en la sala de espera. Niños envueltos en

abrigos, abrigos de pelo y chaquetas planean de un lado a otro de la sala como pajaritos sin alas, con plumas de oca falsas, los brazos de los adultos los levantan para que pasen por encima de las personas amontonadas y aterricen al fin en las camillas y colchones que traen los voluntarios. Algunos están enteros, otros hechos pedazos. Una niña rubia en una silla de ruedas aprieta una muñeca que se le parece, otro con el gorro verde de lana tiene un brazo vendado, uno más mayor lleva una venda en el ojo izquierdo. Yo también quisiera convertirme en un niño volador, qué feliz sería.

—El mundo tendrá que pediros disculpas —le dice mamá bovina a su hija, que mientras tanto me ha alcanzado—, por haberos enseñado el miedo antes que el coraje.

Luego me agarra por debajo de las axilas y me levanta a mí también, la ventana se abre, el calor del interior me embiste la cara junto con el sudor áspero de la gente amontonada. Otros brazos me cogen, paso de mano en mano ligero como un globo en el parque de atracciones, navego por un río de cabezas. Vistos desde las alturas, los miedos se vuelven más pequeños, pero solo por poco, las mismas manos sin nombre que me han levantado me hacen aterrizar al otro lado de la sala. He perdido de vista a bovina y a la hija, aquí dentro hace calor, dos mujeres vestidas de blanco reparten sopa y té oscuro. Cojo un plato y un vaso, los aprieto para que no me los quiten en la confusión, me siento en una esquina, me quito la capucha y está bien así. Nací con la guerra, pero no puedo detenerla.

Las madres tienen miedo de perder a sus hijos mientras se agitan en la muchedumbre en busca de comida, agua, una manta, un pañal para los más pequeños, entonces los regañan, no te alejes, dicen, quédate cerca, pase lo que pase, y si no me ves, quédate donde estés, quieto, inmóvil, como un palo plantado en el suelo, que

ya vengo yo a buscarte. Y ellos se quedan allí, endurecidos por el miedo en sus monos de esquí colorados, lápices de altura variada que cayeron rodando del estuche.

Y hay una vieja, una *baba* con la cabeza espolvoreada de nieve. Estaba a punto de subir al tren hacia Cracovia, se afana gritando, alguien se ha llevado a su perro, se lo han robado y ella, para perseguirlo, dejó solo a su nieto y ahora ha perdido al niño y también al perro. Parece que a la *baba* le vaya a explotar la garganta de tantos gritos, por suerte llega un guardia con el perro reencontrado y aparece también el nieto, pero ella no para de gritar porque, mientras tanto, el tren se ha ido y tiene que volver a hacer la cola. Pero ya tiene al perro y al niño. No se puede tener todo.

Con la barriga llena es más fácil, así que me escabullo para ir a buscar a mamá bovina y a su hija. El jefe de estación ha hecho una cometa con dos trozos de madera en forma de cruz y una bandera de rayas de todos los colores que significa paz, me ha dicho la voluntaria que se la regaló, la cola es una bufanda azul y amarilla. Los niños van saltando detrás de ella, yo tengo tantas ganas de jugar como de un bocadillo de pescado podrido, la cometa se eleva en el cielo, cae, retoma el viento, pero se estrella de nuevo, la cola azul y amarilla acaba en el barro, como nuestra pobre patria. Alguien la arregla y un golpe de viento más fuerte hace que se eleve con su estela celeste y dorada, tranquila y silenciosa, no como los drones cara-de-cuernos en el cielo de Kiev que bajaban zumbando, enormes insectos teledirigidos. Luego el viento giraba y aquel zumbido de mosquitos chupasangre se volvía más fuerte, hasta los perros buscaban un lugar para esconderse y ladrar. Y yo pensaba que, en algún lugar, había alguien que los manejaba y se divertía jugando a la guerra. Para todos los demás, es un juego que solo se puede perder.

10

Los trenes están llenísimos, hay poquísimos autobuses, primero suben las mujeres embarazadas, las ancianas, las enfermas. Después, los moribundos, y luego les tocará a los sanos, aunque sanos aquí no haya muchos. Volver a irse es aún más difícil que llegar.

Bovina y su hija están en la cola para comprar los billetes para Cracovia, yo voy hacia el aparcamiento de los autobuses, allí estacionan coches y furgonetas, me han dicho. De vez en cuando alguien se para, los conductores gritan como en el mercado. Oksana. Kateryna. Natalya. Olena. Un pariente ha venido a buscarlas, un amigo, en un coche de alquiler. Entonces recogen sus cosas, vuelven a contar a los niños, el perro sigue aquí, la gata está en el transportín colgado de la maleta de ruedas. Se van. Se despiden de las que durante una hora o una noche o una semana han sido sus parientes más cercanas, intercambian los números de teléfono. Nos volveremos a encontrar, la victoria está cerca. *Slava Ukraïni*, Gloria a Ucrania. Yo me pongo a buscar a aquel Victor de pacotilla, cuanto más tiempo pasa, más me parece que estoy esperando a un fantasma. Enciendo el móvil, queda menos de la mitad de batería y de mi Tato no hay noticias. Eran mejor las bombas, me digo. Mejor los edificios derrumbados, mejor dormir en la barriga de la tierra, pero al lado de mi Tato cabezadura, en vez de acabar perdido aquí. Grabo un mensaje de audio: estoy bloqueado en la frontera con Polonia, tu amigo no apareció, aquí todo es más grande de lo que pensábamos. Misión fallida, lo siento. Nada de Italia, nada de Babusia, nada de *pizza amico ciao*. Pero está esta mujer gordita con su hija, dice que tenías que casarte con ella, imagínate si me lo creo, son amables, puedo ir a Cracovia con ellas, siempre es mejor que

quedarme solo, siempre es mejor que los misiles y las bombas. ¿Qué hago, Tato mío? Voy con ellas, ¿vale? Contesta si puedes, que me preocupo. Y, sobre todo, ten cuidado. También el ejército es más difícil de lo que pensabas.

Me siento en uno de los escalones de la entrada, me gotea la nariz por el frío, rebusco en la mochila, no hay pañuelos. Pero yo nací con la guerra, a las lágrimas les hago chao chao y las mando al diablo, me seco con el dorso de la mano helada, borro el mensaje de audio y apago el móvil. Estoy a punto de volver a entrar en la sala de espera cuando llegan cuatro furgonetas destartaladas. Un último intento: ¡Victor! ¿Victor? ¿Victor Kaminsky? Ninguno de los conductores se gira. Llaman a los pasajeros, leen sus nombres en una lista y en pocos minutos las plazas están ocupadas. Me toca seguir esperando, pero ¿esperar a qué? Hace cada vez más frío y también ese poco de sol ha desaparecido.

La primera furgoneta va a Varsovia; la segunda, a Eslovaquia; la tercera, a Brno, pero no arranca, no queda gasolina y las mujeres bajan entre gritos y quejas a nuestro Señor Dios. La cuarta furgoneta va a Italia, anuncia el conductor, pero está parada porque falta un pasajero. Un viejo *didúss*, un abuelito que se negó a irse en el último momento, explica la hija, prefiere morir en su casa, con las zapatillas amoldadas a su pie nudoso, en vez de irse a comer comida barata a casa de gente extranjera. El conductor abre los brazos, habrá que buscar a otra persona que pague y llenar la furgoneta.

—El dinero está aquí —añade la hija.

El conductor lo cuenta y es verdad, también está la cuota del viejo *didúss*.

—Mi padre decidió ofrecer su plaza a un joven necesitado.

Sin pensarlo ni un instante, doy un paso al frente, es mi ocasión. Y que el amigo Victor, el coche hecho polvo y las indicaciones de mi

Tato se vayan al diablo. Soy huérfano, menor de edad y estoy sin dinero, les cuento a todos para convencerlos. Pero de la multitud que espera surgen otros, todos huérfanos, todos menores de edad y todos sin dinero, exactamente como yo. Y entonces yo corro y corro y corro, luego salto a la furgoneta, me acurruco entre dos mujeres, cada una con un niño sentado en las piernas y le grito al conductor: ¡vamos, salgamos! Él se moría de ganas de tener luz verde porque inmediatamente arranca el motor y la furgoneta se mueve. Dejamos allí a los demás huérfanos menores de edad, a las demás madres con niños, a las demás abuelas con bastón. No he tenido tiempo de despedirme de la chica rubia y de su madre, ni siquiera estoy seguro de que esta plaza me correspondiera precisamente a mí. En la guerra se salva el más listo, no el más bueno, dice mi Tato. No sé si es otra de sus mentiras, sin duda se salva el más rápido. Y por eso yo corro siempre.

—¿Cuándo llegamos? —le pregunto diez minutos después al conductor, que no me contesta.

—Si todo va bien, mañana a esta hora —dice la mamá a mi derecha.

—Incluso antes, puede ser —añade la que está a mi izquierda.

—¿Todo este tiempo? ¿Y qué hacemos mientras tanto? —Mis piernas se agitan debajo del asiento.

—Intenta descansar —contesta la primera, con la mirada señala al recién nacido que chupa su leche, afortunado.

—Yo soy mayor y no tengo a mi mamá para que piense por mí.

—Nos contamos cada uno nuestra historia, ¿te apetece? —propone la otra, su hija tendrá un par de años menos que yo.

Como no puedo correr, empiezo a contar. Y hablo y hablo y

hablo, invento una historia bellísima en la que mi Tato es el general de los soldados que defienden la frontera de los crueles cara-de-peste y mi Mate es doctora en el hospital donde llegan los heridos hechos pedazos y ella los recompone a todos, sin perder ni uno.

La niña a mi lado se lo cree enseguida y aplaude, su madre sonríe y me hace una caricia, no hay nada que hacer, pienso, no se lo ha tragado, y me quedo en silencio, un poco decepcionado. Empiezan a hablar entre ellas, las madres intercambian historias sin generales famosos ni operaciones quirúrgicas milagrosas, historias reales, de guerra vivida. Y después de un rato, en la calidez de las charlas y en el balanceo de las curvas, me entra sueño.

Sueño que la vieja furgoneta me lleva de vuelta a casa en vez de a Italia, a mi habitación de Mariúpol, donde estuve cuando era muy pequeño, muy pequeño, pero ya en guerra. Y allí no me espera una vieja Babusia desconocida, sino que están mi Tato y mi Mate, solo que cuando la miro bien, ella no se parece a la de la fotografía, tiene la cara de mamá bovina, también está la hija rubia, se sientan a la mesa, a mi lado. «Somos una familia preciosa, ¿lo ves?». Acaba que el sueño era una pesadilla porque mi Tato se había dejado enredar y se habían casado y yo, por el disgusto, no conseguía tragarme ni siquiera un trocito de *varenyky* o de *holubtsi*.

Me despierto con el estómago ardiendo por el hambre y con un poco de remordimiento por no haberme despedido de la chica rubia y de su madre. La guerra trae el olvido, no es mi culpa, esperemos que mi Tato no se olvide de mí.

Las mamás también se han dormido, en el asiento delantero dos chicas charlan y tejen con agujas, como si estuvieran en el salón de su casa. La que habla tiene la edad de mi Mate en la foto, pero no es ni la mitad de guapa.

—Nos estamos perdiendo el futuro, la guerra ha detenido los

relojes. Nos estamos yendo a la espera del después, ¿y si ese después no llegara nunca?

La otra lleva un pañuelo atado en la cabeza, no contesta, cuenta y vuelve a contar los puntos como si fueran los días de su vida.

—Algunos amigos míos se enrolaron —sigue la primera—, pero cuando yo también me presenté en el distrito, me temblaron las piernas y di un paso atrás. El coraje no existe, esto es lo que entendí, solo existe el deber.

Mi Tato, pienso, coraje tiene poco y sentido del deber, aún menos. La chica que teje no contesta y la otra mira por la ventanilla, todos en la furgoneta estamos en silencio, como durante la hora de matemáticas.

Y yo corro y corro y corro, noche y día, en esta furgoneta caradura que parece no llegar nunca. Primera parada: área de servicio, gasolina. Segunda parada: comer, beber, hacer pipí. Tercera parada: dormir. El conductor dice: faltan ocho horas, seis horas, tres horas todavía. Cruzamos la frontera de República Checa, de Austria y, por fin, de Italia, me informan las mamás, pero esas son fronteras invisibles, sin alambre, basta con pisar el acelerador y pasar a toda velocidad como una estrella que cae en la noche, ya sin deseos que pedir.

11

La furgoneta se para.

—¿Última parada? —le pregunto a la mamá con el hijo lactante.

Me contesta que hemos llegado, el viaje se ha terminado. Cada uno recoge bolsos y maletas, nos despedimos con prisa, como si no

hubiésemos pasado dos días juntos. Adiós y *buonanotte ai signori*.

Para no quedarme solo, sigo a la chica del asiento delantero, la que perdió el coraje, y ahora también las ganas de charla, según parece.

—Es bella, Nápoles —le digo en cuanto bajamos de la furgoneta —. Tendría que haber mar, me dijo mi Tato, como en una pequeña Odesa.

—Estamos en Milán —dice la chica.

—¿Y cuándo llegamos a Italia? ¿Hay que subir a otra furgoneta?

Salto como un futbolista en la línea de banda, me duelen las piernas después de tantas horas sin moverme, estábamos tan apretados que no conseguí patear ni siquiera en sueños.

—Ya estamos en Italia. —Levanta las cejas.

—Pero Italia es Nápoles.

—Calcula que Milán es Leópolis, y Nápoles es Odesa. —Me muestra la línea azul en su móvil—. Aquí abajo, ¿lo ves? Seiscientos kilómetros —lee en la pantalla.

—¿Tú también vas allí?

—Yo voy a Bolonia, donde estudia una amiga mía.

No es que mi Tato sea realmente un mentiroso, solo es optimista, me digo para consolarme, pero en verdad estoy muy enfadado. Con los trenes que nunca me llevan donde tengo que ir, con el fantasma de Victor el conductor invisible, con el mundo entero, que es demasiado grande para viajar solo. Y estoy enfadado conmigo mismo, como cuando pierdo jugando a *Brawl Stars* con Volodia, que es el peor de toda la clase.

—Podemos coger el mismo tren —propone la chica del asiento delantero—, te compro el billete hasta mi parada, no tengo tanto dinero como para pagarte todo el viaje. Luego tú sigues hasta la última, que justo es Nápoles, no te puedes equivocar. Si pasa el

revisor, te vas al lavabo y esperas a que se vaya al siguiente vagón.

Esta nueva estación es la más grande de las que he visto hasta ahora: escaleras y pasarelas mecánicas, tiendas que venden ropa, zapatos, móviles, como si fuera un centro comercial. Todos tienen un lugar adonde ir y alguien que los espera. Yo ya no tengo ganas de correr, las piernas han dejado de buscar la calle, solo tengo cuidado de no perder de vista a la chica que camina delante de mí haciendo zigzag entre la multitud. Tenía razón el viejo *didúss* generoso, escapar no sirve, mejor quedarse con los pies enfundados en unas zapatillas nudosas esperando la hora final delante de la tele. El dinero es poco. Las reservas de comida en la mochila: acabadas. El número de teléfono de Babusia: difuminado. Si estuviéramos en un cuento de mi libro del colegio, aparecería mamá bovina con su hija rubia, diría: no importa si has saltado al primer asiento libre para salvar el pellejo sin ni siquiera hacer chao chao con la mano y nos has mandado al diablo. Nos iremos directo a Nápoles los tres juntos, a comer *la pizza pomodoro mozzarella amigo quanto costa bravo*. Por eso me gustan los libros, aunque mi Tato cabezadura dice que leer es una pérdida de tiempo. Porque las historias pueden acabar bien o mal, pero, como se dice: bien está lo que bien acaba.

La chica me hace una señal de que estamos en la vía correcta, el tren ya ha llegado. Busco en la mochila el pequeño libro de las palabras útiles, *entrata uscita partenze orari*. Una vez a bordo, ella se pone los cascos y hace una videollamada con la amiga que la espera en Bolonia. Todos los pasajeros miran su móvil, yo también enciendo el mío, la batería está cada vez más baja, aprovecho para cargarlo un poco. Hay un mensaje de Tato. ¿Dónde estás? ¿Todo okey? ¿Has llegado? Seis puntos interrogativos y ni siquiera un corazón. No está todo okey, no entiendo bien dónde estoy y no he llegado, escribo, pero borro enseguida. En cambio, pongo tres

pulgares levantados y envío. Tic gris, uno solo. Falta un poco más, escribo, y smile, guiño, envío. Otro tic gris, ninguna respuesta. Reviso las notificaciones y apago, ninguno de mis viejos amigos me ha escrito, unos pocos días de silencio han sido suficientes para que se olvidaran de mí.

El tren va más lento y la chica se despide. Saca su bolso del compartimento superior, se pone el abrigo y los guantes.

—Hasta la última parada, ¿entendido? —Digo que sí con la cabeza—. Aún faltan tres horas, más o menos. ¿Luego sabes dónde ir?

Saco a mi Mate del bolsillo, le doy la vuelta para enseñarle la dirección de la señora donde trabaja Babusia.

—Gloria a Ucrania —dice y se encamina hacia la salida.

—Gloria a los héroes —contesto, como me enseñó mi Tato. Pero sobre todo gloria a nosotros, que no somos ni soldados ni héroes, y nos salvamos como podemos.

El tren retoma la carrera, va mucho más rápido que los nuestros, se ve que aquí no hay guerra. La puerta del fondo se abre, entra un cara-de-ratón con birrete y uniforme, es el momento de salir corriendo. Agarro el abrigo de plumas y la mochila y dejo mi asiento, que desde este momento ya no es mío. Busco el lavabo entre un vagón y el otro, como me dijo la chica, no huele demasiado mal, está bien, cierro la puerta, bajo la tapa y me siento. Si llaman, digo *occupato*, intento poner voz italiana, cojo el libro de las palabras útiles, tengo tiempo de aprendérmelo de memoria en las horas de viaje que quedan. En el lavabo no hay ventanilla, el mundo allí fuera es un misterio, me imagino casas de *piernik* perfumadas de jengibre y canela, calles de chicle con farolas chupa chups y ninguna Baba Jaga cruel cara-de-peste al acecho para mordisquear los huesos de los niños que huyen de la guerra. Estoy cansado, pero aguanto,

espero media hora y cambio de vagón y también de lavabo, sigo así durante todo el resto del viaje. Algunos están limpios, otros dan ganas de vomitar, en el último alguien se dejó un par de gafas de sol, me las pongo, me miro en el espejo, ahora sí que parezco italiano de verdad. Al final me las quito y las dejo donde estaban, en el lavamanos. No he hecho todo este camino para robar.

Napoli Centrale aparece cuando ya es de noche, hay que bajar del tren, no hace tanto frío, hay personas que gritan y hablan con gestos. Me acerco al cara-de-sapo en uniforme, que también ha bajado.

—*Buongiorno,* ¿dónde está *Piazza delle Medaglie d'oro, Napoli, Italia*? —Y señalo a un grupo de mujeres rubias que acaban de bajar del tren, como si estuviera con ellas.

Él me muestra la pantalla del móvil y me indica la Línea 1. Hago okey con los dedos, voy saltando hacia las desconocidas y apenas él se gira, me escabullo como un glorioso misil lanzado por nuestro presidente bajito contra los crueles invasores cara-de-peste. El metro llega después de quince minutos de espera, está más lleno que el que va a Leópolis, ¿Nápoles también está en guerra? También aquí todos huyen, pero cada uno hacia su casa, hacia la mesa puesta, hacia un abrazo que los espera en cuanto salgan de las puertas automáticas que bip se abren, bip se cierran, una y otra vez. Cuento con los dedos el número de paradas e intento mirar por la ventanilla el nombre de la estación, tanta gente de pie habla y gesticula y me doy cuenta de que también tengo hambre y sed y sueño, así que finjo ser el protagonista de un videojuego en busca de piedras preciosas, en este trenecito amarillo, en este invierno de Nápoles que es como una primavera en Kiev, sudando en mi abrigo de plumas falsas de oca ucraniana que aquí, en la Odesa del sur, da demasiado calor, tenía razón mi Tato, al final.

Ante la enésima parada brusca, me tambaleo y acabo encima de los pies de una señora jorobada, podría ser ella la Babusia que busco, pero no, es una abuela italiana y aprieta el bolso como si dentro hubiera una caja enorme de gemas de *Brawl Stars*. Le pregunto por *Medaglie d'oro* y ella, un poco asustada, me dice que es la siguiente, luego el tren se para, yo caigo de nuevo, me levanto y paso justo a tiempo por las puertas. La escalera mecánica y estoy fuera. Abro la mochila y saco la foto de Mate con la dirección y el número escritos con boli. Doy tres veces la vuelta a la plaza, por fin encuentro el edificio, el portón está entreabierto y entro. Mis informaciones se han acabado, el viaje se ha acabado, acabadas también las fuerzas. Lo he conseguido, Tato mío, ¿has visto? Vuelvo a encender el móvil, le escribo un mensaje. He llegado, sano y salvo. Pero luego lo borro. No está claro que ya esté a salvo.

Empiezo a subir las escaleras, reviso los nombres en las placas doradas y los comparo con el que escribió mi Tato, pero ninguno se le parece. Solo queda un piso en la segunda planta, sin placa ni nombre. Esto me coge un poco a contrapié. Aunque tarde, me decido a llamar, solo una vez para no molestar, pero nadie contesta, vuelvo a intentarlo, y nada.

Me pongo la mochila debajo de la cabeza, como una almohada, me acurruco en el felpudo delante de la puerta y dejo de esperar otra cosa que no sea el sueño, y que se vayan todos al diablo. Estoy solo, estoy vivo, soy el superhéroe más grande de la noche, he llegado hasta el último nivel, pero no he ganado nada.

Bravo, quant'è, salute, amico, ciao.

SEGUNDA PARTE

VITA

12

A las cinco de la madrugada las tropas iniciaron la invasión en varias direcciones en las regiones de Jersón, Donetsk, Sumy, Járkiv, Chernígov y Kiev. Ciento cincuenta mil soldados se han concentrado en la frontera ucraniana. Y eso ha sido todo: Massimo Mezzanotte, informativo radiofónico.

No es justo estar solos, de noche. No es justo estar solos.

Yo nunca había estado sola, es un viaje por una tierra extranjera que no quiero hacer. Camino entre las personas, las escucho hablar y no entiendo la lengua, aunque sea igual a la mía. Como mi corazón es una jungla, me he convertido en la exploradora de mi soledad.

El doctor Pirozzi me recetó las pastillas, nunca había tomado pastillas antes, ni siquiera para los dolores de la regla. Me dijo: imagine que son para el mareo, tómelas hasta que pase la tormenta. La mente es una tormenta. ¿Usted viaja? Viajaba. Bien, prepárese para visitar un continente desconocido. ¿Cuál? Usted misma.

Salí de la consulta con la receta en el bolsillo de la chaqueta, como una carta de despido de la vida. Quería tirarla al primer contenedor de basura: yo misma soy la última persona en el mundo con quien me iría de viaje en este momento. No me gustan los medicamentos, no me gusta viajar y no me gusta estar sola, acéptelo, doctor Pirozzi. Me gustaba en otro tiempo, cuando seguía, como todos los demás, metida entre las páginas de los días,

esperando hojear la siguiente. Estuve en pareja durante toda mi vida, desde que ni siquiera sabía qué era una pareja. El primer chico con granos que se me acercó en secundaria, con una tarjetita apretada entre las manos sudadas, se salió con la suya. Sí, sí, sí. Mil veces sí, basta con que me arranques de mi soledad, que me sustraigas de mí misma. ¿Quieres ser mi novia? Sí. ¿Y qué tenían que hacer dos que «estaban de novios»? Caminar cogidos de la mano era incómodo, con doce años se pasa más tiempo corriendo que caminando. Y luego los besos, ni hablarlo, nos daban asco a los dos. Acabó que no hicimos nada, cada uno siguió con su vida de antes. Pero nosotros lo sabíamos, y lo sabían también los demás, que «éramos novios», y eso nos hacía especiales, más fuertes, era una condición de hegemonía espiritual sobre el resto de la clase. A eso me refiero, doctor, le dije a Pirozzi durante la sesión de las pastillas, antes de que me entregara la receta. Él me miraba fijo sin pestañear, como enredado en otro pensamiento. Entonces le hice una lista de todas las cosas que no me gustan, por si acaso:

las semillas negras de la sandía, sentarme del lado de la ventanilla y tener que pedirle permiso a un desconocido para ir a hacer pipí. Las frases que empiezan por «En mi opinión», y las que acaban por «en cierto sentido». Los que gritan «atención», en vez de pedir «permiso». El uso excesivo de los adverbios. Amablemente. Obviamente. Banalmente. Los que estornudan en público. Coger el ascensor. El olor a madera quemada en las noches de otoño, demasiado parecido al de la decepción. Los que se vuelven locos por la verdad, cuando bastaría con saber mentirse bien para arreglarlo todo. Cocinar. Los hombres con perilla. La vida interior.

No puedo más con mi vida interior, le dije al final. El silencio de Pirozzi no me molestó. Hay muchísimas cosas que no me molestan: la música clásica, los pequeños ovillos de polvo que asoman por

debajo de los muebles con un golpe de viento, las calles atestadas de turistas, esos agujeritos que siempre aparecen en las camisetas después de cierto número de lavados.

Al final de la sesión, en uno de aquellos momentos en los que sería oportuno mentir, Pirozzi me diagnosticó un principio de depresión y me prescribió las pastillas. No tengo que preocuparme, es bastante normal por lo que ocurrió. Quería preguntarle si una madre que está lejos de su hijo sigue siendo una madre. En cambio, antes de levantarme, le pregunté si «bastante» era un término médico. Pirozzi constató que el tiempo a nuestra disposición se había acabado y que nos veríamos la semana siguiente. No sabía si la semana siguiente estaría viva, no se lo dije porque una buena mentira es más honesta que una verdad incómoda, como en el punto nueve de la lista. La receta no la tiré a la basura, de otra forma habría tenido que tirarme también a mí misma, me la puse en el bolsillo de la chaqueta que llevo puesta desde que empezó el invierno. Antes o después pasará, me dije, no sabía si me refería precisamente al invierno, a aquel principio de depresión o a ambos. Tal vez a mí misma.

Estoy sola esperando el bus, ya nadie lo coge. No están del todo seguros de que haya terminado la emergencia y siguen a tope con el gel desinfectante y las mascarillas. Esas caras a medias sugieren algo prometedor, como si ocultaran una posibilidad remota: una boca carnosa, una nariz respingona, la ausencia de arrugas a los lados del mentón. Yo llevo la mascarilla de buena gana, aunque haya sobrevivido al contagio, y también a los que no sobrevivieron al contagio. A menudo la muerte es una antífrasis, se lleva a los recalcitrantes y deja en paz a los que son como yo. El autobús aparece tras la curva, saco la mascarilla del bolso y me la coloco en el rostro, me siento como un bandido que se pone el pasamontañas

antes de entrar en el banco. Mire, doctor Pirozzi, además de un principio de depresión, también tengo algo de sentido del humor, ¿acaso se irá con las pastillas? Solo me queda eso, eso y la piedad.

El 189 no va a donde yo tengo que ir, por otro lado yo no tengo un lugar adonde ir, subo en el primero que aparece, con un euro y veinte céntimos me doy un paseo por la ciudad, ida y vuelta. La frecuencia de paso de los autobuses es tan anarcoide que ni siquiera la empresa de transporte la considera un servicio público, sino una experiencia heurística, una suerte de safari humano.

Una vez dentro, elijo el asiento que más me gusta, individual o al lado del pasillo, pesco en el bolso la libreta negra que compré por consejo de Pirozzi. No sugirió que fuera negra, eso fue iniciativa mía, hacía más de reportera en la Patagonia que de urbanita deprimida. Me dijo que anotara mis pensamientos, incluso los más insidiosos. No me dio tiempo a preguntarle qué entendía por aquel atributo porque enseguida constató que el tiempo a nuestra disposición se había acabado y que nos veríamos la semana siguiente, y la semana siguiente me olvidé de preguntárselo. Pero no me olvidé de comprar la libreta en la papelería.

Pensamientos insidiosos no se me han ocurrido, me parece. Así empecé a escribirte a ti, Cicú, por la antigua costumbre de hablar contigo desde que eras una huella de destino impresa en mi útero, e incluso ahora que estás lejos, allí en Australia, entre canguros y cocodrilos. Dar a luz no se acaba nunca, el trabajo de parto dura toda una vida.

Querido Cicú: esta mañana en el 189 hay tres chicas cingalesas, un norteafricano y dos ucranianas. El norteafricano lleva pantalones blancos y zapatos polvorientos dos tallas más grandes, las cingalesas llevan el pelo recogido en brillantes trenzas negras y hablan en voz muy baja. ¿Te acuerdas, Cicú, de aquella compañera tuya de clase?

¿Te acuerdas qué pelo tan largo tenía y qué sonrisa hermosa? Siempre pensé que erais un poco novios, vosotros dos, pero no te lo pregunté y luego no hubo tiempo. No me acuerdo cómo se llamaba. Las dos ucranianas, en cambio, llevan mascarilla de tela, una de flores y la otra de rayas, las habrán hecho ellas con retazos. Se han girado un momento antes de bajar, me ha parecido que una de las dos era Irina, he levantado el brazo para saludarla, pero ella no me ha contestado, o no era ella o ha fingido no reconocerme porque estaba con su amiga y se avergonzaba de tener a una «señora» que el viernes por la mañana se divierte en el 189, en vez de ir a trabajar o a la peluquería como todas las demás.

Sabes, Cicú, ya no sé cuántos meses hace que no voy. No por miedo al contagio, todos llevan mascarilla y hay distanciamiento social y no se podría coger un resfriado ni siquiera pasándonos un pañuelo usado. No me importa mi pelo, eso es todo. No me importan mis pies, mis manos, mis cejas y mis dientes. Mi cuerpo ya dejó de interesarme, será también por eso que Pirozzi me dio las pastillas.

Sin embargo, para los demás la vida volvió a empezar desde ahí, desde todas esas tareas que no se pueden delegar en una conexión online. Pelo, uñas, pliegues del rostro, caries: la revancha de lo analógico corpóreo sobre lo digital inmaterial. Las clases en el instituto ya son presenciales, de las cinco de la tarde a las diez de la noche. De vez en cuando alguien da positivo y entonces todos nos quedamos diez días en cuarentena y nos conectamos desde casa, es más cómodo para aquellos de mis alumnos que trabajan, pero en el fondo nadie está contento, echamos de menos el olor a húmedo del aula y el parpadeo de las luces de neón. Esas cosas horribles que nos hacen soportable la vida.

Y está bien, Cicú, tal vez tenga razón Pirozzi, tengo un principio

de depresión. Las pastillas me las compré y empezaré a tomarlas, qué te crees. Es «bastante» normal, como dice él. Desde que papá se fue a Roma, yo me quedé sola, sola de verdad, aparte de Irina que viene tres veces por semana para ocuparse de la casa y tal vez también de mí, porque yo sola no sé estar, y entonces me subo a un autobús que va de Arenella a Ferrovia, de Ferrovia a Arenella con tal de no pasar otra mañana mirando fijamente la pared del salón y contando las flores en la tapicería del sofá, quinientas dieciséis en cada brazo, por si te interesa.

Querido Cicú: me despido, ahora bajo. La semana pasada compré una jaula toda blanca con dos columpios. Unos tanques rusos cruzaron la frontera con Ucrania. La jaula tiene unas volutas circulares de metal, amplias, un aire a antiguo y precioso, me costó solo quince euros en el chatarrero, imagínate. Me descargué una aplicación para citas online. Habrá una guerra, así dicen, parece imposible. Tal vez encuentre a mi alma gemela con un clic. Colgué la jaula en la cocina, donde siempre hay luz, al menos allí. Ya no tengo ganas de nada. Uno de los dos columpios es para ti.

13

La ciudad de Mariúpol, en Donetsk, está sitiada, mientras que en el interior del país una columna de tanques de cuarenta kilómetros que intenta llegar a Kiev es bloqueada por unidades de guerrilla ucranianas. El presidente convoca a la movilización voluntaria. Y eso ha sido todo, de momento: Massimo Mezzanotte, informativo radiofónico.

Apago la radio, necesito silencio. Llaman a la puerta, pero hago como si no pasara nada. Desde que Massimo se fue a Roma, el timbre ya no suena y las pocas veces que ocurre avanzo cautelosa hasta la mirilla, tardo, tan claro tengo que no es él. Me dejó, esta es la verdad, pero ambos preferimos decirnos que se mudó para no tener que ir y volver cada día. Es más práctico así, le confirmé cuando me lo hizo notar. El piso de Roma se quedó vacío cuando volvimos aquí, a la ciudad que dejamos recién licenciados y cargados de ambiciones. Habríamos podido venderlo, pero no lo conseguimos, en algunos casos no puedo significa no quiero. Y luego con el Covid y lo que ocurrió, nadie tenía ganas de hacer y deshacer proyectos, todo seguía congelado, guardado al vacío como nuestro dolor. Cuando Massimo habló de volver a Roma, entendí que me estaba dejando. Supe que no iría con él, que no volvería a pisar aquellas habitaciones, aquel barrio, la ciudad entera. Dos días después hizo las maletas, yo le ayudé porque después de tanto matrimonio, ciertas cosas aún se hacen entre dos, el cuerpo actúa de memoria: juntos alargamos los brazos hacia los estantes, juntos rozamos la tela de las camisas y las elegimos, juntos revisamos los jerséis para ver si estaban perforados por las polillas. Juntos llenamos la maleta. Está bien así, dijimos, es por poco tiempo. Massimo conoce las ventajas de una mentira honesta. Estaré bien, mentí yo en el umbral, después de haber apretado la yema en el botón del ascensor. Nos dimos un beso en la mejilla, como dos parientes que no volverán a verse pronto. Él desapareció junto a la maleta, yo cerré la puerta y empecé a entrenarme en la soledad.

El timbre suena de nuevo, pero yo no me muevo. La prisa de los demás ya no me concierne. La última vez que llamaron, a las ocho de la noche, apareció un joven con una corbata de rayas y las gafas de vendedor de pisos, llevaba unos folletos en la mano. «Buenas

noches, señora, ¿puedo robarle unos minutos?». Levantó el maletín del mármol del rellano y puso un pie dentro. «Váyase, tengo a un muerto en casa», dije la primera mentira que se me ocurrió y cerré la puerta. El joven balbuceó una disculpa y se fue corriendo. El fantasma del muerto en una casa desconocida lo perseguirá cada vez que coloque el índice en un timbre, ya le toca. No es justo llamar por la noche al dolor de los demás.

La mañana después de que tu padre se fuera me desperté en urgencias, y no se estaba nada mal. Mucha gente, pero muy distanciados los unos de los otros, ningún pariente molestando con charlas de cortesía porque las visitas aún estaban prohibidas, los médicos iban en bandadas, silenciosos en las zapatillas de caucho color pastel, gruesas como los chicles que de niños nos adormecían las mandíbulas. Al hospital llegué gracias a Irina, según me dijo un doctor joven, un poco demasiado, barbita escasa bajo la mascarilla, tenía una forma de arquear las cejas que me recordaba la tuya, Cicú, como un acento circunflejo. Después de unos minutos dejé de escuchar, si no acabaría escuchando hasta tu voz. Irina había llegado dos horas antes de lo habitual porque había decidido limpiar todos los cristales; si me lo hubiera preguntado, no la habría dejado. La suciedad deposita una hermosa pátina opaca entre el mundo y yo, y lo que está fuera, ofuscado así, da menos miedo. Desde que te fuiste, Cicú, siempre hay una película entre los demás y yo, una capa de dolor muy sutil e invisible que es una línea de separación, un más allá insalvable.

Irina primero había llamado al timbre, después había entrado con sus llaves, había cargado la lavadora, colocado la tabla de planchar y ordenado la poca ropa, toda mía, que permanecía apilada en el sillón gris, había pasado la aspiradora por el salón, llenado la palangana y sacado el limpiacristales del mueble de los detergentes.

Luego me había avistado en la habitación y, tras constatar que ningún ruido era capaz de despertarme, había deducido que había muerto o algo así. Ante la duda había llamado a una ambulancia y, después de depositarme en las manos de los doctores, se había dedicado a los cristales. En fin, Cicú, si sigo aquí es por culpa de Irina y de su sincronización. ¿Cómo se llamaba, pues, tu compañera de clase cingalesa, la de los dientes blancos y el pelo larguísimo que tal vez te gustaba un poco? Pesco del bolso la libreta negra y también escribo esta pregunta, en la página dedicada a las que te haría si estuvieras aquí y no allí, lejos, en Australia. Y, sin embargo.

—Irina, ¿por qué me salvaste? —le susurré cuando me dieron el alta del hospital.

—Aquel que «mueve el sol y las demás estrellas» ha sido generoso contigo, señora. Tú mujer afortunada, tú viva, por un momento. «Y no hagas más preguntas».

—Irina, ¿por qué te obstinas en hablar italiano como un poeta del siglo XIV?

—Yo leído libros Dante, trilogía entera, porque él es padre de lengua italiana y porque encontré gratis en contenedor de estación central cuando llegada de Ucrania. Y también porque amo género fantasía. Alguien tiró obra literaria de sumo poeta. Vosotros, italianos, tiráis todo, nada tiene valor. Yo leído tres veces en veintisiete días con ayuda de aplicación de traducción y en veintisiete días yo aprendí la lengua del sí.

—¿No era mejor leer la trilogía de una escritora italiana contemporánea para aprender la lengua?

—Escritora italiana no es padre de la lengua. Cuando intentado suicidio, ¿tú golpeado cabeza y perdido el bien del intelecto?

Por fin el timbre calla, pero empieza un toc toc amable. Nada urgente, en todo caso, inútil que me tome la molestia de ver quién es. Lo mejor de estar sola es que ya no te esperas malas noticias. El ruido sigue y yo lo ignoro.

A Massimo no le dije nada de mi suicidio, si no me lo habría encontrado piadoso al lado de mi cama. Vivir con el sentimiento de culpa de un hombre es peor que vivir sin él. Cuando volví del hospital, hice dos cosas: buscarme una compañía y buscarme un psiquiatra.

La primera selección me costó más trabajo que la segunda, un largo estudio de los pros y contras de diversos animales domésticos y semidomésticos. Gato: araña los sofás. Perro: hay que sacarlo tres veces al día. Conejos: por qué un conejo. Iguana: no estamos en Chichén Itzá. Peces rojos: mueren enseguida y no es el caso.

El loro me pareció una buena mediación entre la necesidad de compañía y el rechazo a ocuparme de un ser vivo. Lo llamé Massimo, como tu padre, Cicú, por costumbre. Me lo recuerda mucho, pero habla un poco más que él. Unos días después de que lo comprara, él también se escapó, me lo devolvió el vecino, el señor amable de gafas que vive en el otro extremo del rellano.

—Tengo algo que le pertenece, supongo —me dijo desde detrás de la puerta.

Estaba a punto de ponerle la excusa del muerto en casa cuando entendí de qué se trataba, de hecho, abrí y me lo encontré con Massimo encaramado en el brazo. El vecino llevaba una mascarilla en forma de pico que hacía que se pareciera de verdad a un ave.

—Aves para llevar, entrega a domicilio.

—¿Qué hace con mi loro?

—Su loro estaba en mi balcón.

—Habré dejado la jaula abierta.

—Solo no se fugó.

—Siento que le haya molestado.

—Para nada, si no tenemos en cuenta las groserías.

—¿Ha estado diciendo groserías delante del animal? ¡Cuidado, que aprende enseguida!

—El animal, se entiende.

—Imposible.

—Sin embargo, así es.

—Jamás lo he oído decir vulgaridades.

—Tal vez con usted se contenga, por amabilidad.

Cogí a Massimo con las dos manos como si fuera un recién nacido y me atrincheré detrás de la puerta.

—Cierro, si no se escapa de nuevo —dije, encaminándome hacia la cocina.

—No hay de qué —me pareció oír desde el rellano.

Puse a Massimo en la jaula y revisé que el cerrojo estuviera puesto.

—Tú también te querías escapar.

—Tú también —repitió.

—Sí, pero yo sigo aquí.

—Yo sigo aquí —rebatió.

—Pues no vuelvas a irte de paseo solo, porque yo no sería capaz de soportar otro abandono. Ya me he encariñado contigo, te quiero.

—Te quiero —me declaró Massimo.

Sabes, Cicú, hay ciertas cosas que tu padre ya no sabía decir.

El psiquiatra, en cambio, lo elegí en Facebook, tenía muchísimos likes y su consulta está muy cerca, se puede ir andando. Al principio, el loro estaba en una jaula muy pequeña, una especie de prisión

grisácea, por eso cogí la costumbre de dejarlo un poco libre, durante el día, asegurándome de que las ventanas estuvieran cerradas. Massimo estaba feliz, hasta hablaba más. Un día, en el mercadillo de segunda mano, en la acera del parque municipal, vi esta jaula blanca y espaciosa, con las volutas en espiral de hierro batido y los dos columpios. Me recordó cuando íbamos al parque y algún niño se plantaba ahí durante horas y la mamá lo empujaba fingiendo no darse cuenta de que la cola aumentaba. Siempre me fascinó la capacidad que tienen algunos de vivir como si el resto de la creación no existiera. La soberana indiferencia de los idiotas.

Pensé que habría sido hermoso tener en casa un columpio siempre libre. A Massimo le gustó. Tal vez le escoja una compañera, una lora bonita. Luego entré en la farmacia, planché con las manos la receta de Pirozzi y dejé que la doctora leyera el nombre del medicamento. La jaula nueva estaba escondida detrás del mostrador, por eso a sus ojos yo parecía una persona normal, no una de las que se van de paseo con enormes jaulas de columpios de matrimonio. La farmacéutica me escrutó y luego desapareció por una galería de antidepresivos ordenados en repisas.

El toc toc amable en la puerta se transforma en un toc toc decidido.

—¿Quién es? —grazno desde la cocina como la bruja de Hansel y Gretel, para desanimar al pesado.

Me contesta la voz de un niño:

—Kostya de Ucrania, huido de la guerra, llega con tren, pies, autobús, lavabo de tren, luego metro, más pies, ascensor y felpudo. Irina mi Baba. *Mia nonna*.

Entiendo enseguida que no es el caso de inventar excusas, voy a abrir y ¿a quién me encuentro, Cicú? A un hombrecito de no más de

diez años, el pelo rubio y sucio, el rostro blanquísimo, dos marcas oscuras bajo los ojos, aprieta con las manitas el diccionario que yo misma le regalé a Irina cuando vino a trabajar aquí. Me quedo muda por el asombro, el niño se fuerza a sonreír, los dos caninos que le están volviendo a crecer son un puñetazo bajo el esternón. Basta con abrir la puerta una mañana de principios de marzo para que los recuerdos vuelvan, decididos a hacerte daño. Él hojea el librito en busca de las palabras para hacerse entender.

—¿Equivocado de casa? Perdón. ¿Dónde Irina?

—Es aquí, no te has equivocado, es decir, ella no vive aquí, pero trabaja para mí.

No sé si entiende, sonríe, un poco tímido. Abro en el móvil la aplicación para traducir.

—¿Eres el nieto de Irina? ¿Tu abuela te dijo que vinieras aquí? ¿Te espera? —Separo cada sílaba y le muestro las frases en su lengua.

Dice que no con la cabeza, luego da un paso hacia atrás, tiene miedo de que lo eche.

—No ha llegado todavía. —Toco el cuadrante del reloj—. Ahora la llamo y la aviso. —Busco el número en la agenda, pero él agita las manitas delante de la cara.

—No, no. Esperar —me pide en italiano—, yo explico a ella, después.

No quiere que hable con ella, tal vez tenga algo que ocultar, quizá no sea verdad que es su nieto. Irina nunca me habló de él, o tal vez sí, no hago demasiado caso a sus chácharas. Las vidas de los demás nos parecen irrelevantes para las nuestras, vías paralelas destinadas a no cruzarse, hasta que vienen a llamar a nuestra puerta.

—¿De dónde vienes? ¿Quién te ha traído hasta aquí, a mi casa?

—Ucrania —repite, luego vuelve a hojear el librito—. Solitario.

Se rasca la nuca, lanza un vistazo al interior del apartamento.

—¿Quieres entrar? —pregunto, aunque preferiría que no, al menos hasta que llegue Irina, para entender qué está pasando.

Se lleva las manos a la ingle y aprieta un poco las piernecitas.

—¿Tienes que hacer pipí?

No contesta.

—¿Lavabo?

El flequillo rubio se mueve arriba y abajo varias veces y la carita se sonroja.

—Ven, después pensamos en la abuela.

Lo dejo entrar, le quito la mochila de los hombros y el abrigo sucio y lo acompaño. Mientras tanto, en la cocina busco algo para comer, es lo primero que recuerdo de los niños: a menudo tienen hambre.

He pasado casi cuatro años escondiéndome, Cicú, cerré bien las puertas, pero al final la guerra irrumpió igualmente dentro de mi propia casa.

14

Buenos días, soy Massimo Mezzanotte desde el informativo radiofónico. En curso la ocupación de la central nuclear de Zaporiya, la más grande del país. Mientras tanto, fracasan los corredores humanitarios, vuelve la ofensiva contra Mariúpol.

El niño llegó ayer por la noche, tarde, o al menos eso entendí. Tocó el timbre, pero yo no lo oí, me había tomado un somnífero, se

acurrucó en el felpudo y pasó la noche allí fuera. No debe de haber dormido casi nada, el pobrecito.

¿De dónde llegué yo, mamá? ¿Te acuerdas, Cicú, qué contestaba tu padre cuando eras pequeño? Te trajo la cigüeña, reía, te dejó en la puerta. Tú ibas a revisar el felpudo, un poco te lo creías y un poco no.

Le di pan y leche con azúcar, lo más parecido a comida de niños que tenía en casa, luego se sentó en el sofá, hice que se quitara los zapatos y la sudadera polar, no quiso ducharse, cayó rendido, le puse una manta, pero se la quitó poco después. También en sueños huía.

Cuando Massimo se fue, me pareció que todo se había acabado, por eso me tragué todas aquellas pastillas. Una cosa es estar sola sabiendo que, antes o después, llegará alguien; distinto es estar segura de que la única cara con la que me encontraré en casa será la mía, su reflejo en el espejo. Treinta años juntos, y luego ese lugar a mi lado que ya no le pertenece a nadie. Un muñón que duele. Sin embargo, hay momentos en los que el vacío y el silencio de mi casa me hechizan. La soledad es un vértigo de omnipotencia, el capital residuo de quien ya no tiene nada que perder. La casa vacía de noche es el lugar suspendido donde todo puede ocurrir o disolverse, incluso cruzar el pasillo para ir a beber un vaso de agua es una aventura mistérica que no necesita testigos, es entonces cuando la conciencia empieza a deslizarse cada vez más valle abajo. Es la dulce tentación de la deriva.

Antes de que se durmiera, le pregunté al niño cómo había llegado hasta aquí. Dicté las frases al móvil y le mostré la traducción.

—Mi Tato me dijo cómo.

—¿Quién es Tato?

—Mi Tato —contestó, luego buscó en su librito—. Papá. Ahora él guerra.

—Es un soldado. —Imité un paso de marcha y él levantó el pulgar—. ¿Y tu mamá?

No contestó, con las manos reprodujo una cruz, hubiera querido acariciarle el pelo, pero he descubierto que ya no soy capaz de expresar el amor a través de los gestos. ¿Qué hago contigo aquí?, le dije en italiano para que no me entendiera, pero tal vez lo entendió igualmente porque apretó los labios y dejó de mirarme, y al rato se tumbó en el sofá para irse casi enseguida al mundo de los sueños. De allí, al menos, no podía echarlo.

Cogí una silla y me planté frente al niño, como si lo vigilara, un pequeño prisionero. Me quedé mirándole, como si tuviera un botín robado en casa, una carga valiosa de la que deshacerme lo más rápido posible para no acostumbrarme a ella. Comparé sus rasgos con los de Irina, es impredecible y tortuoso el giro de los cromosomas, Cicú. Massimo se parecía a ti, tú te parecías a él. Es el único motivo por el cual estoy contenta de no verlo en casa. Un padre recuerda a su hijo y si el hijo no está, el padre recuerda a una ausencia. Para llenar el silencio, lo escucho por la radio, imagino que cuando dice «buenos días», me lo está diciendo a mí también. En los primeros tiempos de nuestra historia jugábamos a la palabra secreta. Cada vez que él salía en directo, le confiaba una palabra que habría tenido que meter en su discurso. Al principio eran palabras fáciles, luego el juego se hacía cada vez más complicado. Saborear, jeroglífico, baratija, habsbúrgico, conciso. Por la noche íbamos al bar de debajo de casa, todavía vivíamos en San Lorenzo, como todos los de nuestra edad con aspiraciones y poco dinero. Si

Massimo había conseguido meter la palabra del día, invitaba yo, si no, le tocaba pagar a él. Esto, Cicú, para decirte que hubo días bellos, bellos y desenvueltos. Y audaces y ligeros. Hay que saberlo, incluso bajo las bombas hay que recordar los tiempos de paz. Y más cuando estamos en guerra porque alguien no respetó los pactos o usó una pistola y los que pagan son siempre los mismos: este niño desconocido que duerme en mi sofá; los jóvenes en el frente poco mayores que él; los que huyen; los que se quedan; los que aprietan el acelerador en lugar del freno. También entre la vida y yo había pactos que no habían sido respetados, y me encontré en medio de una batalla.

Qué cosa más anacrónica, qué práctica tan anticuada, hoy, todo ese sufrir, resoplo mientras me siento en el otro sofá. ¿Cómo es, Cicú, que nadie ha inventado una pastilla, una aplicación, una varita mágica para dejar de sentir dolor, para dejar de morir? ¿Ni siquiera allí abajo, en la inmensa Australia, no la han descubierto todavía? ¿No hay remedio para el sufrimiento, es un mal crónico, como la alergia al polen?

Subo el volumen de la radio. También durante el confinamiento seguía el informativo. En esas charlas sin rostro buscaba una llave que me hiciera descubrir el misterio de los días recluidos, de las calles desiertas, del contagio oculto en el aliento de cada persona. El misterio de tu ausencia. No quería que acabara la segregación forzada, Cicú, si quieres saber la verdad. Pero la verdad no nos gusta, tiene demasiados ángulos, la mentira es redonda, se desliza fácilmente por encima de las cosas y no se enreda entre las complicaciones de la vida.

Yo animaba al virus, ya lo he dicho. Si todos nos quedábamos en casa, no era yo la única que se pasaba los días en pijama; si todas las parejas aisladas del mundo se partían en pedazos, tu padre y yo

no nos estábamos ya separando; si tantos morían, no lloraba sola. Pero la pandemia fue como un paracaídas agujereado, todo está volviendo a su lugar demasiado rápido, los felices de un lado, los infelices del otro. Yo me quedo en pijama, sola. El tiempo es una ballena en un vaso.

No es que eche de menos el amor, Cicú. Más bien es aquella convivencia pacata de los objetos, los cuerpos que se rozan con movimientos aprendidos durante días y días de ejercicio, un olor que es mío aunque no me pertenezca, el ruido del otro que llega de la habitación de al lado y que sé precisamente a qué acción corresponde: atarse los cordones, quitarse la camisa, hacer crujir los dedos de las manos, digerir con dificultad. Elegir juntos la película del domingo por la tarde. Intuir la presencia del cuerpo en su lado de la cama, saber que alargando una mano hasta podría tocarlo. Su voz que me cuenta cosas que no me interesan, la voz que compensa el silencio. Su ropa tendida en la cuerda del tendedero. La mía, sola, cuelga huérfana. No decirle tantas pequeñas cosas que son solo mías. Quien está solo no puede tener secretos.

El niño sigue durmiendo, enciendo la televisión esperando que por fin se despierte para poder entender mejor qué está pasando, pero su sueño es ancestral y completo, no deja descubierto ni siquiera un rinconcito de conciencia. Está en casa de una extraña y duerme tranquilo, tal vez porque es pequeño y tiene una confianza sólida en el mundo desconocido. La franja roja que corre bajo las imágenes del telediario advierte de que estamos en directo. Un tanque verde oscuro avanza, soldados en uniforme de camuflaje marchan con las armas que resplandecen al sol. Como si todo hubiera quedado oculto en una esquina ciega del campo visual del Occidente pacificado, listo para salir al descubierto en un momento de distracción de los humanos. La guerra, las armas, las bombas, las

casas en ruinas, los aviones, la muerte. Estaba ahí, siempre estuvo ahí, listo para repetirse.

Los minutos pasan, el niño está tranquilo en mi sofá, solo de vez en cuando agita los pies, corre hacia un destino desconocido. Yo también me tumbo, me tomo una pastilla y la carga del mundo se aligera.

15

—Pájaro cagado sofá.

Irina irrumpe en el salón gritando, me despierto de golpe, clavo los codos en el sofá, aún medio entorpecida por el efecto de los tranquilizantes.

—¿Cuándo pájaro vuelve a su casa a Amazonias? «Busca la libertad, que es bien preciado», dice también padre Dante. Esta habitación es jardín zoológico desde que Massimo marido se fue.

—Él tampoco era muy ordenado.

—Massimo marido no cagaba suelo como Massimo pájaro. Y no decía palabrotas. ¿Puedo apagar radio y tele? Yo dolor de cabeza.

—Me hacen compañía. ¿A ti no te pesa vivir sola? ¿No echas de menos a tu marido, a tu familia?

—Marido echo de menos como uña encarnada en dedo meñique del pie. Liuba hermana mía trabaja en América, bufete de abogado importante. Roman hijo mío espera dinero cada mes. Hombres siempre dan más trabajo. Si cogías loro mujer, señora, después de cagar también pasaba trapo. —Hace el gesto y se ríe.

Solo en ese momento me acuerdo del niño, la mochila, el pelo enmarañado y sucio, los caninos a punto de salir. La manta está en

el suelo y el sofá, vacío. Solo el pequeño diccionario ucraniano-italiano testifica su paso por esta habitación y me confirma que no lo he soñado.

Irina levanta el cubo y se va al salón, yo corro a la habitación, pero allí tampoco lo encuentro, luego oigo el ruido del agua en el lavabo tras la puerta cerrada.

—¿Estás aquí? —llamo con timidez.

—Ducha —responde la vocecita.

Me quedo pegada a la puerta, preocupada, como si pudiera estar en peligro ahora, en mi lavabo, después de haber llegado solo desde quién sabe dónde, pero no me arriesgo a entrar ni a alejarme. Por un momento me pregunto si aquel niño rubio, encontrado en el felpudo como si hubiera sido traído por la cigüeña, no será una alucinación debida a la forma de depresión diagnosticada por Pirozzi. Diez minutos después sale, se ha puesto la ropa y la mochila, tiene el pelo mojado, peinado hacia atrás como si fuera un adulto, echo un vistazo en el lavabo, no hay agua en el suelo, todo está en su lugar, solo la toalla de baño está un poco arrugada, pero colgada de su gancho.

—¿Babusia? —me pregunta—. *Nonna*.

—Ven, aquí. —Le señalo y hago el gesto de fregar el suelo.

Le muestro el camino y él me sigue de puntillas. Irina se gira y nos enfoca bajo el marco de la puerta, tarda unos segundos en entender.

—¿Desde dónde tú salido? —Deja caer la mopa, aprieta las palmas abiertas en las sienes—. ¡Yo no puedo creer! Y mi Roman, ¿qué ha pasado?

—Lleva aquí desde esta mañana, quería llamarte, pero me ha pedido que no lo hiciera, quería hablarte él mismo, en persona. Luego me he quedado dormida…

Irina se lleva una mano al pecho como si sintiera dolor y empieza a hablar en ucraniano, a acribillarlo con preguntas. El niño retrocede dos pasos, de vez en cuando se alisa el pelo todavía húmedo, esconde las manos en los bolsillos.

—¡Podía avisar a mí! —me dice con la voz rota por el llanto y la rabia—. ¡Podía pedir ayuda a mí! ¿O yo solo servir para enviar dinero todos los meses?

Él contesta con frases breves, de vez en cuando me mira en busca de complicidad, aunque yo no entienda la lengua.

—Lo habrá hecho para no preocuparte —intervengo.

—¡Hecho porque es un grandísimo burro, por eso!

El niño tiene el rostro más pálido que cuando llegó, me parece que tiembla, si aún supiera abrazar podría volver a empezar con él. Pero se controla, vuelve a explicarse, con calma, se ve que no tiene costumbre de llorar.

Irina escucha, pregunta, se toca la frente, las mejillas, agarra el móvil.

—Ahora me escucha, mi Roman, deja al niño irse solo. ¡Más sal en la cola de Massimo pájaro que en cabeza de hijo!

El móvil suena en vano, después de un rato se corta la línea. La abuela y el nieto se miran, unidos por la misma ausencia.

—¿Tú entiendes, señora, que mi Roman fue voluntario a la guerra? ¡Todo podemos esperar de hijos! Podía decirme que pequeño nieto de viaje. Podía pedir consejo antes de partir soldado. Todo es un juego para él. ¡Mi Roman hecho mayor pero no crece!

Irina intenta llamar de nuevo, el móvil de su hijo sigue desconectado. Después se acerca al niño y le pone una mano en el hombro, le dice algo en ucraniano, y él por fin se tranquiliza. Luego se levanta y va a terminar la faena.

—Porta bien y espera aquí —le dice en italiano, y él asiente—. A

casa dentro de poco.

—¿Casa?

—Casa mía, no esta. Aquí vive señora sola. Señora y loro —explica, y lo repite en ucraniano.

Él parece contrariado, su viaje aún no ha acabado.

Sigo a Irina por el pasillo.

—¿De verdad recorrió tantos kilómetros solo? ¿Cómo lo hizo?

—Necesidad da alas. Ahora, por favor, ir allí, señora, tú no tienes alas en pies y dejas huellas donde yo limpio. ¡Mi Roman tiene la cabeza como mopa! Se fue a la guerra y dejó a niño en tren. ¡Pobre de mí!

Me echa de la cocina y desde ahí la oigo ordenar:

—Massimo pájaro de nuevo en jaula, no abrir, por favor, al menos hasta que yo en esta casa.

Kostya se queda mudo, en una esquina.

—Ven —le digo—, ¿te gustan los loros? Le prometí que le encontraría una compañera.

Meto el índice entre las barras blancas. Massimo está ofendido, me muestra la cola, esconde la cabeza bajo el ala izquierda, se balancea despacio en uno de los columpios. No dice nada, y el niño tampoco.

—Acabado, señora, nosotros ir —me comunica Irina una media hora después. Le susurra algo en ucraniano al nieto, que la sigue de mala gana.

—El libro.

Me acerco para darle el diccionario. Él lo coge y agita la otra mano para despedirse.

Venga, hagamos las paces, le susurro al ave. Prometo que te liberaré cada vez que nos quedemos solos. Él se balancea mudo hasta que me ve salir al balcón, en la calle el niño sigue a la abuela

con las manos cogidas a las correas de la mochila. Después de un rato, a mi espalda, escucho repetir: nos quedamos solos.

16

Siguen las negociaciones para la paz en Ucrania, la gestión diplomática se anuncia larga y complicada. Mientras tanto, no se detienen los enfrentamientos y aumenta el número de víctimas entre militares y civiles. Massimo Mezzanotte, informativo radiofónico.

Irina escucha inmóvil, la espalda contra el marco de la puerta, los brazos apoyados en el palo de la fregona. Cuando la voz de Massimo especifica el número de muertos y desaparecidos, aprieta una mano contra su pecho y agacha la cabeza como si hubiera recibido un golpe en la nuca.

—Apagar, señora, por favor.

—Acabará pronto. —Bajo el volumen de la radio.

—Hacía mucho que ese preparaba el ataque —dice sin mirarme, como si yo fuera una cómplice—. Guerra no empezada ahora, guerra hace años ya, nadie lo dice.

—Habrá negociaciones, pronto se llegará a un acuerdo. La historia no se repite idéntica.

—Tú no entiende, señora. «Atila, azote de la tierra», como dice padre Dante, es capaz de todo. Esto es el inicio del infierno. —Dibuja con la mano un enorme hoyo excavado en el suelo. Sacudo la cabeza. No, el infierno no es lo que ella cree, no es un agujero en el centro de la tierra, sino un alambre negro clavado en la carne.

—Por suerte, mi Roman va a ayudar. —Una sonrisa triste asoma

en su rostro—. Yo hablé con él ayer noche, por fin. Pidió disculpas por haber enviado niño sin avisar, decisión improvisada, dijo.

—¿No podía dejarlo con su madre, en vez de mandarlo solo?

—Madre no está —me corta Irina—. Tú no entiendes, señora. Cuando guerra llama a la puerta, nada de tiempo para pensar, solo escapar.

Claro que lo sé, Irina, quisiera contestarle. Yo también me escapé de mi vida de un día para otro, cuando me explotó en la mano como una granada.

—Partido para adiestramiento ahora, lugar secreto, junto con su amigo Danylo, cabeza de burro como él, pero ahora son guerreros. Yo miedo, pero también orgullosa. Nuestra patria necesita ellos. Dice que no miedo por él, solo pensar en pequeño Kostya. Yo dije: está bien, pero no sé entre padre e hijo quién me preocupa más.

Va al lavabo a llenar el cubo, la radio empieza a retrasmitir música y yo la apago, me acuerdo de los tiempos en que aún era capaz de escuchar canciones.

—¿Y ahora cómo harás con él?

—¿Qué quieres que haga? ¡Nada que hacer! Madre no está, padre militar. Esta mañana dejado mirando televisión y hacer juegos estúpidos con el móvil.

—Será cuestión de meses, habrá acuerdos.

—¿Has escuchado palabras de Massimo marido, señora? ¿Has visto vídeos en televisión? ¿Piensas que es fiesta de Carnaval? Esta es una tragedia. Para nosotros y para vosotros. Esta es una guerra de todos. Él no parará. Si Ucrania pierde, también pierde Europa.

Vierte el friegasuelos en el agua, se pone los guantes. Sumerge el paño de microfibra en el cubo, lo estruja torciendo las muñecas y lo coloca en el palo.

—Niño es inteligente, yo pensado que a veces puedo traer aquí

para aprender italiano. Tú maestra, señora.

El móvil vibra en el bolsillo de mi pijama, debe de ser la aplicación de citas que me descargué, tal vez me avise de que tengo un match, de que alguien ha puesto un corazón en mi perfil. Piensa, Cicú, llevo el alma gemela en el bolsillo, según parece.

—Yo enseño a los adultos, no a los niños, habrá que matricularlo en el colegio, más bien, necesita estar con los de su edad.

Irina levanta las sillas para pasar la fregona, suspira.

—Pero estoy segura de que acabará pronto, tu hijo volverá a casa y el niño también.

—Tú, señora, muy buena —sigue ella—, pero estudiado guerra en los libros. Nosotros tenemos la guerra en casa desde hace muchos años, ahora peligro también para vosotros. Italianos solo pensar en fútbol y canciones de Sanremo. Siempre distraídos, nunca os dais cuenta de nada. «Ay, sierva Italia, albergue de dolor, burdel, no soberana de provincias».

—Italia burdel.

—¡Massimo! ¡Ahora ya sé de quién aprende!

—No lo digo yo, dice padre Dante.

—Hablas de los italianos como si fuéramos todos iguales.

—También italianos piensan que mujeres de Ucrania todas iguales, que extranjeros todos iguales, que pobres todos iguales, como pulgas de perro sin dueño que a nadie importan.

Me giro hacia Massimo, pero él no repite, la puertecita está de nuevo abierta y el columpio se balancea vacío. Tendré que ir a recogerlo a casa del vecino.

—Hecho todo —me comunica Irina después de vaciar el cubo con el agua sucia—, tú no caminar hasta que se seca.

Se pone el cortavientos gris y el gorro azul que le regalé para Navidad.

—Voy a preparar cena para el nieto, él solo todo el día.

Cierra la puerta, la escucho refunfuñar por las escaleras, cada vez más lejos.

Echo un vistazo al móvil, miro el perfil de Cucciolotto64: «Un vaso de Calvados para mí y otro para ti». Arriba, una foto ilustrativa con dos copas de tulipa. Apago el móvil, voy a tumbarme en la cama, los párpados me pesan en los ojos como persianas de hierro fundido.

La guerra no llegará hasta aquí, Cicú. No pasará nada de nada. Será como con el Covid. La humanidad tenía que extinguirse y, en cambio, aquí seguimos, pegados a la vida con la costra más dura, buscando el alma gemela como se elige un coche usado. Ni siquiera un año y aparecieron las vacunas. Tú sabes por qué no me la puse, no tienen nada que ver el miedo o el negacionismo, yo creía en la pandemia, y mucho, es más, era mi esperanza. Estaba convencida de que me contagiaría y moriría, y que toda nuestra historia al menos habría tenido sentido. En cambio, aquí sigo, todavía. Abandonada, por Massimo marido y Massimo pájaro. No es justo estar sola, Cicú. Y si tú no vuelves, nadie vuelve.

17

Nos hemos puesto en la cocina, donde hay más luz. No tenía hojas de rayas, he cogido unas blancas de la bandeja de la impresora y he trazado las líneas, una por una, con el lápiz, intentando que quedaran rectas. He usado otras hojas para dibujar las letras del alfabeto, mayúsculas y minúsculas, los números se escriben igual, creo. También he recuperado un bolígrafo rojo y uno azul, y unos

lápices de colores que he encontrado en un cajón.

Cuando nos mudamos aquí, tu padre y yo enseguida estuvimos de acuerdo: tenía que ser un lugar neutro, donde cada puerta no hablara de quien, antes de nosotros, la había abierto despacio o cerrado de golpe durante una pelea. Los muebles de esta casa no eran de ninguno de los dos ni de nuestras familias de origen, tienen un aspecto anónimo, no señalan nada, los recuerdos aquí dentro, si es que los hay, son de alguien más. Desde este barrio no se ve el Vesubio, y el mar estará en algún lugar, pero no aquí. Es una zona residencial que no percibe el olor de los callejones y de la salsa de tomate hirviendo durante horas el domingo por la mañana. La luz, en las horas del día que yo amo, se refleja en la piedra pulida de losas y adoquines, plasmando el hechizo de una ciudad somnolienta y brillante, eterna durmiente, sin ningún príncipe para despertarla. Es un barrio sin dialecto y sin historia, hay asfalto en el suelo, edificios de seis o siete pisos, hay poco de mi infancia en los ruidos del día, en el habla de la gente.

Esta mañana Irina y Kostya han llegado antes de lo habitual. Ella se ha puesto a trabajar, él me seguía a cada paso, tenía expectativas altísimas, los niños siempre nos sobrevaloran. He hecho que se sentara al lado de la ventana y le he ofrecido unas galletas de chocolate, le había pedido a su abuela que las comprara para él. Leche, pan y azúcar me parecían una merienda anticuada.

Nos sentíamos cómodos, tu padre y yo, en este apartamento pequeñito —habitación y salón, más los servicios—, que apenas basta para dos personas. El de Roma quedó suspendido: ropa en las perchas y en los cajones, platos y vasos en los muebles, libros en las estanterías. Lo dejamos todo como si nos fuéramos de fin de semana, pensábamos volver apenas la emergencia terminara, luego nos quedamos aquí, un poco a la fuerza y un poco por indolencia. El

dolor debilita los músculos, te mete ácido láctico en los pensamientos. Me siento siempre cansada, tal vez sean las pastillas, se lo preguntaré a Pirozzi en la próxima sesión.

El niño me observa, intimidado, pero a la vez me está estudiando como para ponerme una nota. Lo primero que le pido es que haga un dibujo. ¡Cuánto te divertía, Cicú, llenar hojas y hojas de animalitos graciosos de colores llamativos!

Prueba tres o cuatro lápices en el margen de la hoja, luego coge el gris oscuro y empieza a dibujar unas líneas. Lo dejo solo unos minutos, es él quien me llama.

—Señora, acabado.

Me acerco para contemplar su trabajo, en el centro de la hoja destaca un tiburón, pero sin aletas.

—¿Pez, *fish*? —pregunto, porque me ha dicho que sabe un poco de inglés.

Dice que no con la cabeza. Levanta el pulgar y el índice transformando las manitas en dos pistolas e imita el sonido: ratatatatá.

—Kalashnikov —explica, y gira la hoja para que lo vea mejor.

—Pensaba que era un pez.

Sacude otra vez la cabecita, luego se esfuerza por explicar en italiano.

—Mi Tato enviado foto ayer —dice con orgullo—. También una con él vestido de guerra —añade y coge el móvil para enseñarme las imágenes.

—Luego, quizá. —Lo detengo, parece decepcionado.

Al lado de su dibujo, hago uno yo, un pececito de verdad, con aletas, branquias y escamas doradas. Le pregunto si le gusta, él lo dibuja igual, y por fin el gris vuelve a ser el color de una carpa de plata y no el de un arma en el dibujo de un niño.

Luego aparto la hoja y cojo una de rayas, le pido que copie las vocales, después de haberlas pronunciado en voz alta. A E I O U. Él repite ensanchando y apretando la boca según el sonido, coge el lápiz y empieza. Cuando termina, le muestro unas palabras sin una letra y le pido que las complete con la correcta. …RBOL, escribo, y lo dibujo al lado con el verde y el marrón. Pronuncio la palabra en italiano, él en ucraniano, lo piensa un poquito y traza una A, me mira satisfecho y luego continúa. Espiral. Imán. Origen. Uva. Llena el espacio vacío marcado por los puntitos siempre con la letra correcta, sin dudar, luego repite en italiano. Una hora después la mesa está invadida por hojas y virutas grisáceas, restos de la goma de borrar.

—Más —pide con la obstinación de los niños, sonríe y deja entrever esos caninos como persianas subidas hasta la mitad.

La *a* es una casita; la *e*, una cucharita; la *i*, una varita; la *o*, una pelota bonita; la *u* es una sonrisa que brilla en tu carita. La cancioncita emerge de un baúl que pensaba haber perdido en la mudanza entre una vida y la otra, y en el lugar de este niño rubio, estás tú, Cicú, con los dedos regordetes imitas las vocales mientras yo las nombro. El tiempo es un grifo roto que gotea recuerdos.

—Ya está bien —le digo—. Estoy un poco cansada, tal vez tenga fiebre. —Me pongo una mano en la frente.

Lo dejo solo con los árboles, las espirales, los orígenes, las letras barrigonas y esbeltas, se vuelve un par de veces a mirarme mientras cruzo el pasillo. Me refugio en la habitación y cierro la puerta, como si todo esto —las casitas, las abejas, los elefantes, las ocas, las virutas de la goma de borrar, el olor de los lápices de colores, las manitas manchadas de boli rojo y azul— pudiera quedarse fuera, encerrado.

Me despierto a primera hora de la tarde, la casa huele a limpio, en la mesa de la cocina no queda rastro del paso del niño, y la jaula sigue vacía.

Doy una vuelta por la casa, luego me pongo las llaves en el bolsillo del pijama, cierro la puerta a mi espalda y cruzo el rellano: un esfuerzo titánico. En la placa de latón pone «Mantoni», y nada más. Me quedo mirándola, incapaz de apretar la punta del índice en el timbre o de golpear la madera con los nudillos, no tengo ganas de hablar con otro ser humano. Me quedo un momento contemplando mi balcón a través del tragaluz de las escaleras, como si no fuera mío, como si ahí viviera otra persona que se parece a mí, pero que no soy yo: una que no toma pastillas, que no huye de los recuerdos, que no tiene un loro con el nombre de su marido, una que no habla con los muertos. Una como yo era antes: profesora de instituto, bella sobre todo cuando sale de la peluquería o mientras mira una película en su cine preferido. Bella mientras aprieta el brazo de Massimo y le susurra algo divertido; bella mientras calienta la pasta al horno del día anterior y espera que tú vuelvas de la universidad; bella mientras se maquilla para encontrarse con su amante; bella mientras entrena en el gimnasio y levanta un peso que no habría imaginado poder desplazar. Pasa una nube, la luz se vuelve gris, en el cristal del ventanal aparece mi cara tal como es ahora, bella tal vez no lo será nunca más.

—¿Viene a recoger a Papillon?

La puerta se abre de repente, sin que yo haya llamado. Se me escapa un pequeño grito de sorpresa, no imaginaba que el vecino estuviera ahí detrás, espiándome mientras estaba perdida en mis fantasías. Massimo me mira de reojo, apretado en su mano.

—Pórtate bien, Papillon, vuelve a casa. —Me entrega el animal.

—Se llama Massimo. No Papillon.

—Claro, bromeaba, solo es una vieja película, usted es demasiado joven. Cuenta la historia de un fugitivo, por eso lo digo.

—Mire, señor Mantoni —me sonrojo porque nunca nos hemos presentado, he leído su nombre ahora, mientras esperaba atontada delante de la puerta—, mi animal doméstico no es un fugitivo, solo tiene un escaso sentido de la orientación. O es muy curioso. Conmigo está muy bien, qué se cree, no tiene razones para fugarse.

—Corrado, encantado. —Me tiende la mano en la que lleva el loro, se pone a reír y me ofrece la izquierda.

Mis brazos se quedan inermes a los lados de la cadera, luego me llevo los dedos al pelo, remuevo un mechón un poco al azar.

—Mi padre era gran fan del presentador, no solo porque compartimos apellido. Piense que hasta participó en el programa de televisión, *La corrida*. Tengo la grabación, si quiere verla alguna vez…

—Figúrese —lo interrumpo y mientras tanto intento coger al ave —. Yo me llamo Vita, y no porque mis padres fueran fans. Mi abuelo paterno se llamaba Vito y soy la única nieta.

—Vita Mezzanotte —deduce él, mientras echa un vistazo al apellido en mi placa.

Yo no lo contradigo, aunque Mezzanotte es el apellido de mi marido, en su momento fue también el mío. Cuando él hacía el turno de noche en la radio y yo le preguntaba a qué hora volvería, me contestaba: *Massimo mezzanotte*, máximo a medianoche. ¿Te acuerdas cómo nos reíamos, Cicú? Mis labios se contraen en una mueca que deja entrever los dientes, pero la difumino enseguida.

—Y ese sobrino suyo que vi hace unos días, ¿sigue aquí con usted?

—No es mi sobrino, llegó solo desde Ucrania, una historia increíble, de las que acaban en los diarios. Se quedará un tiempo con su abuela, mi asistenta. —Lo corto y me encamino hacia casa.

—Enciérrelo bien —me recomienda el vecino—. No al niño, al loro. No quisiera que se equivocara de camino y acabara quién sabe dónde. Yo, de todas formas, tendré el balcón un poco abierto, nunca se sabe.

Levanto los hombros y resoplo, meto la llave, media vuelta.

El vecino se despide y sonríe, los caninos le sobresalen un poco. Imagino su perfil en la aplicación de citas, si tiene uno. Corrado Mantoni, cincuenta y siete años, dientes irregulares, me gusta hablar con vecinas deprimidas y acoger a aves perdidas por las escaleras del edificio. Transformaré tu vida en una *Corrida*.

18

Buenos días a todos los oyentes de parte de Massimo Mezzanotte. Primer intercambio de prisioneros, un mes exacto después del comienzo de la guerra. Regresan a su país diez militares y diecinueve civiles.

Orietta se vino a vivir conmigo de forma permanente desde que Massimo volvió a Roma. La llamé así, a mi depresión: Orietta. Antes me visitaba de vez en cuando, pero como ahora estoy con ella todos los días, mejor ponerle un nombre. Una compañera de banco de la primaria se llamaba así, se daba muchos aires porque tenía el nombre de una cantante famosa, mientras que yo no. Vita, un nombre demasiado ancho como para quedarle bien a una niña, a

cualquiera. Le pedí a mi madre que me lo cambiara, quería llamarme Valentina o Valeria, o también Veronica o cualquier otro nombre que empezara por uve. Me contestó que tenía que quedármelo, como hizo ella. Se llamaba Agata, nunca le gustó, pero era el nombre de una escritora importante. Mi madre había leído un único libro, se lo regaló mi tío Attilio, el primo de mi padre, la única persona de la familia que había estudiado, trabajaba en un banco. Le trajo ese libro porque la escritora se llamaba como ella. Mi madre lo leyó enseguida, por miedo a que, en la siguiente visita, él le hiciera preguntas. Tardó más de dos meses y valió la pena, con tal de evitar la vergüenza de no saber contestar. Me lo contó a mí también, por seguridad, para no olvidarse de los detalles. Era una novela policiaca, pero al final no se entendía quién era el asesino. Mi madre dijo que habían sido todos los personajes, cada uno tenía una parte de culpa. Y ese descubrimiento la cambió, de algún modo. Empezó a pensar que todo funcionaba así, que las culpas siempre eran compartidas. De este único libro sacó su sabiduría. Imagina si hubiese sido una lectora voraz.

A Orietta me la imagino parecida a mi compañera de clase: ojos redondos y algo inexpresivos y un defecto de pronunciación que suavizaba las zetas y las volvía indistinguibles de las eses. Mi depresión sesea. Me despierto en pleno corazón de la noche, entre las tres y quince y las tres y treinta y cinco: es la hora de Orietta. Me siento con dos almohadas en la espalda y miro fijamente la oscuridad. Por la noche pasan muchas cosas que de día no podrías ni imaginar, Cicú, solo que ocurren en la cabeza, enredadas entre los lóbulos occipitales, la lámpara de techo y las persianas bajadas, como un moscón cautivo. Pasan las horas y Orietta me susurra con una voz muy dulce frases cargadas de dolor, hasta que siento la lúcida certeza de estar muriendo en ese momento exacto, en mi

cama, o de estar ya muerta y no ser consciente de ello. Me meto un dedo en la boca y con la punta de la uña cabalgo los dientes, muerdo para sentir dolor: el sabor de la sangre me sugiere que estoy viva, aunque no es seguro, sabemos tan poco de la vida. Entonces me decido a tragarme una pastilla y por la mañana vuelvo a dormirme. Me despierto cuando el resto del mundo está sentado a la mesa.

También por eso al final pedí el traslado a la escuela nocturna. Por eso y porque ya no podía estar entre gente joven. Alumnas y alumnos poco más jóvenes que tú eran demasiado ruidosos, olían demasiado a juventud, demasiado exuberantes. Estaban vivos, Cicú, y eso era demasiado. La misma sensación que experimenté frente a ese niño la mañana en que me lo encontré en el felpudo. Le pedí a Irina que no volviera a traerlo, se quedó decepcionada, pero no insistió. Y luego la guerra acabará, le dije, cada cual volverá a su casa. Yo no, pensé.

Me gusta la escuela nocturna, puedo dormir hasta tarde, tengo una razón para quitarme el pijama y puedo llegar al trabajo andando. Antes me gustaba conducir, ahora ni siquiera me lo planteo. Cuando eras pequeño, Cicú, llegamos hasta Capo Nord un verano en que papá estaba ocupado con la radio, ¿te acuerdas? Yo conduciendo, las canciones de *Festivalbar* en el estéreo, tú detrás leyendo los mapas en colores de los pueblos que habíamos atravesado. Ahora el coche está en el garaje, jubilado de la vida, como yo.

En la escuela nocturna me siento como un obrero que hace el turno de noche. Me gusta empezar el día cuando los demás vuelven a casa. Sentir el cansancio que se deposita en el cuerpo y en los pensamientos al compás de la noche que cae, temprano en invierno y más tarde en primavera. Cuando entro en el patio de la escuela,

mi cara ya está cansada, pero no más que mis alumnos, que acaban de salir del trabajo. Vienen a esa hora tardía un poco avergonzados, para remediar algo, intentar poner orden en una existencia que comenzó en el caos: antes el trabajo y luego el diploma. Toda gente que necesita conseguir el título, la madurez institucional, aunque ya la había conseguido en la vida. Unos con hijos, otros con un contrato temporal, otros con el paro.

Somos los últimos, nosotros, los de la escuela nocturna, después de que las mesas y las sillas hayan sido ocupadas, de mañana, por los que siguen el orden correcto de las cosas. Llegamos a escondidas y clandestinos, como amantes secretos. Los de la mañana tal vez no sepan que sus mesas y sillas tienen una doble vida.

Tantas cosas me gustan de la enseñanza presencial y las echo de menos cada vez que volvemos a la educación a distancia:

moverme en el aula de puntillas, lentamente, para no molestar. Encaminarme hacia la noche con otros adultos, cada uno con su pequeña esperanza. El olor del detergente friegasuelos barato. Cada pequeño ruido que retumba en los pasillos desiertos. Las frases escritas con tiza en la pizarra, restos del turno de la mañana, como mensajes en código para nosotros.

El primer año de escuela nocturna, en Roma, entrábamos en el aula que nos había sido asignada, nos instalábamos en los asientos de los de la mañana e intentábamos alcanzar sus pasos. El hecho es que ya salíamos con retraso, sin aliento por haber corrido tanto en la competición, eso lo aprendes con los años. Así, poco a poco, dejamos de intentar alcanzarlos, porque no era justo. Un día llegué antes y coloqué las mesas al lado de las paredes. En el centro, solo

dejé las sillas en círculo y esperé a que llegaran los demás, unos antes y otros después, según el tráfico que habían encontrado o las dificultades para aparcar. Dije: sentaos y escuchad. Así lo hicieron. Cogí un libro que encontré en tu escritorio, Cicú, lo dejaste ahí con el marcapáginas dentro, lo abrí y empecé a leer la primera página. Alguien estiró las piernas y cruzó los pies. Otro se durmió durante un cuarto de hora. Un señor de mi edad pidió comerse el bocadillo que le había preparado su pareja. Era la historia de un marinero inglés en su primer destino: «Solo los jóvenes conocen momentos semejantes».

Al día siguiente hice lo mismo, pero coloqué una mesa en el centro, con una botella de agua, unos vasos de plástico y unas galletas que compré en el supermercado, de esas latas que se llevan como regalo o para dar el pésame. Leímos y comimos. Todos estiraron las piernas, algunos cruzaron los pies, nadie se durmió. Al día siguiente, cuando llegué, las mesas ya estaban al lado de las paredes y las sillas en círculo, como megalitos alrededor de un dolmen. Mi coetáneo, el del bocadillo, cogió de la mochila el termo del café y los vasos de plástico pequeños y los puso en la mesa del centro. Una chica me preguntó qué había pasado con el programa escolar. Me recordó que habrían tenido que pasar el mismo examen que los de la mañana. Le contesté: lo sé, y le dije que al final aprenderían como los demás e incluso más. Y seguimos así, cada día: café en el centro, mesas en las paredes y el círculo de Stonehenge de sillas, las piernas extendidas como sombras proyectadas ante nosotros por el frío de los tubos de neón.

¿Puedo traer a mi pareja también?, preguntó una noche mi coetáneo. Contesté que entre clandestinos nadie está excluido. Hubo noches en que éramos muchos, la mesa en el centro se llenaba de comidas diferentes. Una tarta de mermelada, un pastel de carne con

espinacas, cuscús con cordero. Una vez, dos chicas de unos treinta años se quitaron los zapatos y pidieron permiso para ponerse zapatillas de casa, eran dependientas en una tienda de Zara.

En aquel círculo cerrado, donde cada silla lindaba con la siguiente en una secuencia ininterrumpida de soledades mayores y menores, nos sentíamos a salvo. Era nuestro confinamiento voluntario y momentáneo.

Después llegó el de verdad y las mesas se quedaron vacías, mañana y noche. Todos nos convertimos en clandestinos. Mis alumnos se conectaron online durante unas semanas, luego cada vez menos. Intenté llamar a mi coetáneo para entender cómo traerlos de vuelta a las clases, dijo que personas como ellos estaban acostumbradas a quedarse fuera. Su idea de futuro ya estaba mellada, pero frente a la pandemia, todos los deseos perdían consistencia, e incluso los que habían depositado su esperanza en el diploma se habían dicho que era un esfuerzo inútil. Lo pensamos todos, por otro lado. Después de un tiempo, dejé de conectarme yo también. Tu libro, Cicú, fue interrumpido de nuevo. Dos marcapáginas que ya no se moverían.

19

Bucha, horror a las puertas de Kiev: descubierta una masacre de civiles durante la ocupación, con cientos de víctimas. Eso ha sido todo: Massimo Mezzanotte, informativo radiofónico.

Guerra y vida son lo mismo: nunca se sabe dónde caerá la próxima bomba, me ha dicho Orietta esta mañana. Ha pasado más de un

mes desde el comienzo de la invasión, decían que acabaría pronto, hablaban de las Naciones Unidas, de la OTAN, de derecho internacional. Se dijeron tantas cosas, pero la guerra no se detuvo, las páginas de los diarios empezaron a llenarse de otras noticias, la gente dejó de colgar banderas amarillas y azules en los balcones.

Solo Irina sigue hablando de su hijo. Durante la última llamada, él le dijo que el adiestramiento había terminado, ahora está de viaje hacia su primer destino, justo en el frente oriental, me contó. Cuando esté ahí, ya no podrá llamarla a menudo: los enemigos pueden utilizar un móvil para localizar a los soldados y preparar un ataque. Como un cigarrillo encendido en las guerras del pasado.

Me puso delante de la nariz una foto suya: está posando delante de un tanque. Le pedí que la ampliara, pero él llevaba el uniforme de camuflaje, el casco y las mejillas estriadas con rayas negras. El cuerpo largo y esbelto, una mano en la cadera y la otra que empuña un arma que parece pesadísima, la rodilla doblada y la espalda ligeramente arqueada, parece una ese dibujada por un niño. Tu misma postura, Cicú, cuando te incomodaba posar ante el objetivo. Tuve que apartar los ojos antes de que empezaran a llorar. Irina repite cada información que recibe de su hijo, varias veces y con todo detalle, como queriendo acallar el miedo, su rostro está más tenso y cansado de lo habitual.

—Yo todo el día fuera de casa, pequeño Kostya siempre solo — me dijo anteayer mientras quitaba el polvo—. He pensado traerlo aquí de nuevo para estudiar italiano.

Las manos regordetas, las piernas que se mueven, incapaces de quedarse quietas, y después: los primeros pelitos en el labio superior; la voz que de blanca se vuelve cada vez más profunda; los dientes que faltan, los que crecen, pero torcidos; el aparato con las estrellitas de metal; los deberes para el día siguiente; el examen de

la selectividad. Nada pasa, todo sigue presente.

—Mañana hablamos —le dije—, ahora estoy agotada. —Y me despedí.

Levantarse del sofá no es fácil, Orietta me explica que nada sirve para nada y que en el mundo de afuera no hay razones suficientes para que lo visitemos. Visto desde aquí, el cielo es grisáceo, debe de tener razón ella. Apago la radio y miro fijo el techo. Las alas de Massimo golpean la jaula. Hace muchos años, cuando todavía enseñaba por la mañana, acepté una sustitución en la cárcel de menores. Creía que no habría mucha diferencia, eran chicos que se habían equivocado, pero chicos, al fin y al cabo. Tenía razón y a la vez no. Esas caras, esos ojos, esas bocas fruncidas por el disgusto —hacia nosotros los adultos, hacia el mundo tal como se lo habíamos preparado, hacia ellos mismos— eran parecidas a las de mis estudiantes de fuera. Pero los chicos de dentro tenían un doble fondo, donde custodiaban una rabia ya cargada y lista para disparar. Cuando acababa la clase, yo podía irme, ellos no. Y el ruido de la verja que se cerraba a mi espalda, tras cada entrada y cada salida, asumía siempre el sonido de algo definitivo, y de algún modo injusto.

Me levanto de mala gana y voy a liberar a Massimo, que sale por la puertecita y enseguida revolotea alrededor con gratitud.

—Ve, guapo, diviértete un poco, vive tú también.

—Vive tú también —me sugiere Massimo a su vez, como si aún pudiera ocurrir, como si mis ganas de vivir no fueran ya una vela arriada.

Como estoy de pie, me busco una ocupación. Me dijo el doctor Pirozzi anteayer, durante la última sesión, que debo esforzarme por

encontrar una, aunque sea mínima, cada día. Cuidar una planta, hacer la cama, completar un puzle. Le contesté que las plantas se me mueren, que la cama no vale la pena hacerla porque ahí paso el día entero, y que a todos los puzles siempre les falta una pieza. Me miró por encima de las gafas y me prescribió otra pastilla, para reemplazar a la anterior. Esta historia del puzle tuvo que haberle confundido el diagnóstico. Entonces me acordé de un alumno mío del correccional, un poco más pequeño que tú, Cicú, se llamaba Ahmed, llegó a Italia en barco. Una de esas historias que crees conocer ya, pero la verdad es que nadie sabe nunca nada. Había pedido a mis estudiantes que escribieran una composición, algo sencillo, un recuerdo de la infancia. De esos chicos y chicas ya erosionados por la vida esperaba que asomaran el niño o la niña que habían sido, y que se sintieran cómodos, al menos ellos, en aquellas mesas. No lo sé, tenía la impresión de poder arreglar las cosas, asignando aquella tarea. Todos se encorvaron sobre las mesas de fórmica verde, estaban tan fuera de lugar, dios mío, como animales salvajes en el zoo, pero escribían, cómo escribían, y el tiempo pasaba rápido: cuando se lee, el tiempo pasa el doble de rápido; cuando se escribe, el triple. Dos horas después me entregaron el ejercicio, sus caligrafías eran torcidas y tímidas.

Ahmed puso en la mesa una hoja en blanco. Solo había escrito su nombre, su apellido y la fecha. Creía que para él sería más fácil, era el más joven y entre él y su infancia había transcurrido menos tiempo. Le pregunté y no contestó, volvió a su asiento. Luego, cuando sonó la campanilla y los chicos volvieron a sus celdas, él se me acercó mientras me estaba poniendo el abrigo.

El niño ya no está, me dijo, el niño se perdió.

Entonces no entendí qué quiso decirme, Cicú, ahora sí. Yo también puedo decir lo mismo: Vita ya no está, Vita se perdió. Y no

la perdí cuando te fuiste, sino poco a poco, hasta que completar el puzle se volvió imposible, porque ya no se ve ni el dibujo inicial. Debe de ser la forma de depresión de la que habla Pirozzi: una mano invisible que cada día esconde una pieza.

La llave gira en la cerradura y yo voy a refugiarme a la cama.

—Señora, ¿sigue dormida o muerta de nuevo?

No contesto, finjo la respiración pesada del sueño. Irina irrumpe en la habitación, tiene esa forma de gritar como si yo fuera sorda.

—Señora va al sofá, yo cambio sábanas. —Abre el balcón—. Huele a ratón, huele a animal encerrado. Por cierto, ¿dónde Massimo pájaro? Jaula vacía. ¿Quiera dios que por fin se ha escapado?

Se sienta en el borde de la cama y me palpa un brazo. Me conviene moverme, antes de que llame otra vez a una ambulancia, pero Orietta está sentada en mi estómago, me empuja contra el colchón con todo su peso, me aprieta una mano en los ojos y otra en la boca. Siempre la imaginé pequeña y redonda y, en cambio, es una mujer gigante, el doble que yo de largo y de ancho, ahora me domina como la tapa de plástico de los contenedores para alimentos, hermética e impermeable.

—Señora, basta jugar. Yo aquí trabajo, no diversión.

Me pone una mano en el antebrazo, sus dedos son ligeros, por un instante me recuerdan a los de mi madre, rugosos por el jabón, pero delicados cuando manipulaba cosas que le eran queridas: la masa para la pizza, mi pelo, las páginas de su único libro escrito por la otra Agata.

Sus dedos suben, los noto deslizarse bajo la axila izquierda. Un sollozo inesperado parte del centro de mi pecho, explota en la garganta, y solo cuando sale por mi boca entiendo que es una

carcajada. Por un momento vuelvo a ser la niña que no sabía resistirse a las cosquillas. La tapa de Orietta salta y mi voz, el latido acelerado, las contracciones involuntarias de la carcajada, me devuelven al tiempo renunciado de la infancia, como en la redacción que les pedí aquel día a mis estudiantes recluidos. Aquí está la niña que fui. Se perdió, es verdad, pero sigue aquí, bajo esa capa espesa de dolor.

—Estoy bien, Irina, gracias.

—Nada gracias, señora. Si tú mueres, yo pierdo trabajo.

—Basta ahora, piedad, que me hago pipí encima.

—Solo falta pipí, señora, ¡que ya tengo que limpiar sofá cagado de pájaro!

Le agarro las manos y nos quedamos un momento mirándonos mientras sonreímos.

Luego me siento, Irina libera su sitio en la cama, retoma su cara seria y recoge la ropa desperdigada por la habitación para ponerla en la lavadora.

—Puedes traer al niño, si quieres —le digo—. Lo ayudo un poco con el italiano.

20

En los meses de educación a distancia me acostumbré a no salir de casa, los días eran como los polígonos regulares inscritos en la circunferencia trazada por el avanzar monótono de las manecillas del reloj: ningún cambio de la mañana a la noche y, a la hora de la conexión, solo tenía que acordarme de sustituir la camiseta del pijama por una sudadera azul. Volver al aula fue un trauma, las

primeras semanas tiré de certificados médicos, le hice creer a mi médico de cabecera que tenía miedo de salir y contagiarme. Ante la segunda petición, se quitó las gafas, un gesto que para mí siempre significó reproche.

—¿Tiene miedo de enfermar o de volver a vivir? —me dijo, expeditivo, y me envió de vuelta al trabajo.

El hecho de que hubiera sido el médico quien me obligara a ello me ofreció una excusa para retomar las clases, un poco como cuando es Orietta quien manda. Día tras día, salir de casa y recorrer a pie los pocos centenares de metros que me separan del portón de la escuela me pareció menos fatigoso. Vivir es por completo una cuestión de entrenamiento, si se mira bien.

Mis estudiantes llegan a las cinco y esperan a las diez para volver a sus casas, a sus vidas inestables, ¿acaso no lo son todas? De los doce alumnos del curso de este año, cinco son extranjeros, aprendieron italiano en la escuela nocturna, ahora han pasado al segundo nivel y esperan conseguir el diploma para encontrar un trabajo mejor o solo para saldar las deudas de su contabilidad personal. Dos chicos terminaron la secundaria en el reformatorio, uno, el rubio, trabaja en una pizzería y el otro, el de pelo rizado, lava los platos en un restaurante de Melito. Me cuentan que cuando estaban con la camorra tenían dinero, y ahora tienen hambre.

—La honestidad es para los pobres —dice el rubio.

—Pero mejor ser pobres que ricos en el cementerio —sonríe el de pelo rizado.

—Cojamos el libro —cambio de tema, la muerte no debería ser un tema de conversación entre jóvenes.

—¿Qué libro? —preguntan.

—¿Aún no lo habéis comprado? ¿Os repito el título?

—Si tuviéramos dinero para comprarnos los libros, no estaríamos

aquí —dice una mujer de la penúltima fila con las uñas afiladas como tacones de aguja y los labios como un bote hinchable. Es verdad, les digo, y acordamos que les traeré fotocopias la semana siguiente.

—Profe, ¿por qué viene a darnos clase a nosotros, por la noche? ¿Su marido no le dice nada? —El rubio se estira hacia delante mientras dibuja con lápiz su nombre en la mesa: Angelo.

Acerco la silla a la mesa y empiezo a dictar el ejercicio de análisis gramatical. Ya no tengo marido, habría querido decirle. Me dejó, volvió a Roma, trabaja en la radio y sobrevivió. No se lo reprocho. Tampoco le doy la razón. Hay que ser indulgente con las vidas de los demás.

La mujer con las uñas en forma de bayoneta empieza a parlotear con la compañera de banco, rubia y pálida, se parece un poco a Irina. Pido que estén en silencio y vuelvo a dictar.

—Doctora, perdone —me interrumpe—, estaba hablando con la amiga ucraniana, aquí, a mi lado, su familia vive bajo tierra desde… ¿desde hace cuántos meses, Svitlá?

Coloca dos dedos delante de su cara, las uñas mordisqueadas hasta la carne rosa.

—Si Svitlana tiene la guerra en casa, ¿de qué nos sirve el análisis gramatical?

Me pongo las gafas de leer, suspiro. Hoy no es un buen día.

Svitlana se suena la nariz, su compañera de uñas largas empieza a tamborilear con las garras en la superficie verdosa de la mesa. No sé cómo seguir con la clase, un cansancio blando me impide articular las frases, es Orietta que las ha tomado como rehenes.

—Todos venimos de la guerra, por eso estamos aquí —dice entonces una delgaducha con un pañuelo marrón en la cabeza, que hasta ese momento había hablado poco o nada. Samia, me parece

que se llama. Nos explica que su familia huyó de Siria, su hermana y ella han aprendido italiano, sus padres aún no. Necesitan a sus hijas para hacer cualquier recado, ellas son sus traductoras simultáneas hacia el mundo—. Quien va a la guerra no regresa a casa —añade, y todos asienten con la cabeza como animados por el mismo mecanismo interno; después Samia se encierra de nuevo en el silencio.

Vuelvo a ponerme las gafas, bajo la mirada hacia el manual y, con un esfuerzo sobrehumano, retomo desde el punto en que había sido interrumpida.

Página 128, complemento del nombre: de quién, de qué.

21

Dos semanas después, Uñas-largas se ha quedado sola en el banco, su compañera Svitlana está sentada en el asiento de Samia, cerca de la ventana, dice que así ve mejor. En realidad no la soportaba desde el principio, pero no tenía el valor de decírselo. Samia, en cambio, no completará el curso, se ha quedado embarazada y su marido la quiere en casa.

—Según yo, se lo hizo a propósito, el niño, doctora —explica Uñas-largas arrugando la nariz—, solo quería una buena excusa para obligarla a dejar la escuela.

Me da la impresión de que se ha retocado de nuevo los labios, esta noche parecen dos chuletas yuxtapuestas.

—Yo, modestamente, durante mis cuatro embarazos me quedé en casa solo en la etapa del parto, nunca dejé de hacer lo que tenía que hacer. Estaba embarazada, no enferma, ¿no es cierto, doctora?

—Abrid el libro en la página 350 —le pido al grupo—, para quien no tenga el libro, aquí están las fotocopias.

El rubio y el de pelo rizado están girados hacia la ventana mirando la lluvia que resbala por los cristales. Svitlana suspira y Uñas-largas se alisa el perfil de las uñas, que hoy son rojas con puntitos negros, diez gruesas mariquitas que se agitan en la mesa. Alguien bosteza ruidosamente.

—Está bien, leo yo, pero escuchad. Cerrad los ojos, quien quiera dormir que duerma, será que lo necesita. Los demás pueden escuchar la historia e imaginar. Hay un joven, el príncipe Andrej, y estamos en Rusia, no en la de hoy sino en la Rusia de hace doscientos años, antes de Putin, antes de Stalin, antes de la revolución. Había zares, guerra, como hoy. Era la época de Napoleón, os acordáis, lo estudiamos, ganaba contra todos, pero no allí. La estepa interminable, el «general» invierno, los suministros que tardan en llegar. Cuanto más avanzan los franceses hacia Moscú, más se alejan de Europa; cuanto más territorio conquistan, más se aíslan; cuanto más ganan, más pierden. Se enfrentan a los rusos en Austerlitz, que hoy estaría en República Checa, y ahí tenemos a este príncipe hermosísimo, inteligentísimo: se fue a la guerra cargado de entusiasmo, cree en la guerra, lleva la bandera en la mano. Partió voluntario, por amor a la patria, por superficialidad o solo por ser joven. Es poco más que un muchacho, aunque esté casado, pero piensa como un muchacho, la fiesta de la vida aún no lo ha decepcionado. Y entonces le hieren, cae, de pronto se encuentra tumbado en el suelo, no consigue moverse, intenta agarrarse al asta de la bandera como a un soporte, pero le parece como si estuviera agarrándose a la nada, se siente hombro con hombro con la muerte, tiene frío, suda. Ya está, piensa, me estoy yendo, así acaban las cosas, eso piensa, acaban sin terminar, sin un

motivo, tal vez ni siquiera antes había uno, un motivo para vivir. A su alrededor los hombres combaten, pero los ojos del príncipe no ven nada más que el cielo, alto, indiferente y silencioso, porque está en el suelo, aplastado por un dolor que anula todo lo demás: el ruido de la batalla; los gritos de los compañeros y de los enemigos, tan parecidos, aunque en lenguas distintas; el miedo a la muerte. Y entonces una iluminación: ¿por qué no lo había visto antes, ese cielo sublime? «Todo es vacío —le leo al grupo—, todo es engaño, todo menos este cielo infinito».

Dejo la explicación, apoyo la antología en la mesa, espero que las palabras de Tolstói se posen en los objetos y en las personas. Disfrutamos del silencio, solo el agua que golpea los cristales nos recuerda el paso del tiempo.

—Profesora, ¿finalmente el príncipe muere en guerra? —pregunta el rubio.

—No, no muere. Los jóvenes no mueren así.

Uñas-largas se desata el pelo negro y largo, lo aviva pasándole las garras por el medio como si fueran los dientes de un peine, y se mira en la pantalla del móvil como en un espejo. Suena la campanilla, el cielo infinito sobre nosotros se desvanece, vuelven las luces de neón desgastadas, la compra del viernes por la noche, el tráfico en la ronda. Alguien que espera del otro lado de la vida, detrás de la puerta de un apartamento en la periferia. Salgo bajo el agua con la capucha calada sobre la frente, me encamino a pie, lentamente. En casa solo me espera Orietta.

Mariúpol continúa bajo asedio, las tropas del regimiento Azov resisten atrincheradas en la acería Azovstal, último bastión de la resistencia ucraniana. Y eso es todo: Massimo Mezzanotte, informativo radiofónico. Pasamos a los deportes.

En las vacaciones de Pascua la gente vuelve a desplazarse, una excursión a la playa o a la montaña, pruebas técnicas de las vacaciones veraniegas del futuro. La escuela también acabará dentro de poco más de un mes, mis alumnos adultos pasarán el curso, eso espero, después de tantos suspensos fuera de las aulas. Yo seré devuelta a mi nada, para alegría de Orietta. Si fuera por ella, el mundo sería solo esto: confinamiento y deserción.

Durante el confinamiento —hacía un año y medio que te habías ido, Cicú— papá y yo empezamos a pensar en dejar Roma y venirnos un tiempo aquí, a Nápoles, porque es la ciudad en la que nacimos y porque a veces, cuando no se sabe cómo avanzar, se vuelve atrás, también ese es un camino. Aquí los días parecen paridos por el restregar incansable de los pasos en los adoquines, propagados junto con el radón que emana de los muros de toba, regenerados por los ruidos incansables de los vivos. No se puede estar solo en una ciudad que sufre insomnio, pensábamos, aquí siempre encuentras a alguien despierto para que vigile tu dolor.

Y luego creíamos que el virus no llegaría hasta aquí, como algunas cosas del Norte de cuya ausencia nosotros, los meridionales, nos quejamos a menudo, o imaginábamos que al final conviviríamos con la enfermedad, la gente de aquí abajo está convencida de que puede convivir con todo. Mientras tanto, el confinamiento caía sobre nosotros como un narcótico, como la visión de muchas lucecitas apagándose una tras la otra, y con ellas —por fin— podía apagarme yo también. Estaba autorizada a meterme en la cama, obligada a

encerrarme en casa no por elección propia, había que hacerlo por el bien común, no solo por el mío, lo decían en el telediario. La pandemia era la depresión colectiva, y en un mundo deprimido, el deprimido puede vivir de igual a igual con el mundo.

Lo que me gustaba del encierro era:

el boletín de las seis, las vidas transformadas en números que cada tarde nos anunciaban si nos íbamos a extinguir. Tener a tu padre tan cerca, sus ruidos en la habitación de al lado. El silencio definitivo de algunas horas del día en que me preguntaba si todavía estaba viva, si todavía había vida. El tiempo convertido en un antagonista común. Pensarte lejos, tú también confinado, obligado a no poder regresar.

Ahora que todo se ha reanudado, en cambio, es más fácil entregarme a Orietta que volver a meterme en el mundo. Al vecino entrometido que le enseña palabrotas al loro le he explicado que trabajas en Australia y que pronto iré a verte. Igual lo intento otra vez, Cicú: despido a Irina, me encierro y disfruto de la paz de los perdedores. Ella ya solo habla de la guerra, de la fuerza de su país, del coraje de los voluntarios que se van y de las mujeres que confeccionan bombas a domicilio como si fueran tartas, de su pueblo que no se rinde por el bien de toda Europa. Ayer consiguió hablar con su hijo, pero esta vez le pareció cansado, desanimado. El entusiasmo de las primeras semanas se ha desvanecido, según parece. Tenía una tos fea, me ha dicho esta mañana. Le aconsejó que se pusiera una camiseta más gruesa y que tuviera cuidado con los golpes de frío. Yo le habría dicho que se pusiera el chaleco antibalas y que se resguardara de los golpes de las armas de fuego, pero hay formas de miopía que permiten no ver la realidad, son las que no necesitan correcciones. Para ella, la victoria final de su pueblo no es una convicción negociable. Como la de que su Roman

volverá sano y salvo.

—A veces es más prudente rendirse —le he dicho esta mañana mientras ella tendía las sábanas al sol.

—Rendirse es morir —ha sentenciado alisando con las manos una funda de almohada antes de tenderla.

He cogido la cesta de plástico celeste y he empezado a pasarle las pinzas para la ropa.

—Tómate unas vacaciones, llévate al niño unos días al campo, aquí hay poco que hacer. —Ella ha sacudido la cabeza. Cuando la cesta de la colada se ha vaciado, he ido dentro, he juntado un poco de dinero y lo he puesto en un sobre—. Toma —he extendido el brazo—, nos vemos a la vuelta.

Irina ha sacado los billetes, los ha contado y doblado en dos, se los ha metido en el sujetador, con un gesto que solo le vi hacer a mi abuela hace mucho tiempo.

—Señora, dinero sirve para comprar zapatos y ropa nueva para pequeño Kostya, nada de campo. Y luego si yo me voy de vacaciones, a la vuelta no nos vemos seguro.

Las dos hemos mirado hacia el cajón donde guardo medicamentos y somníferos, después hemos cambiado de tema.

Cuando ha vuelto esta tarde con la excusa de limpiar los picaportes de las puertas, estaba también su nieto. Sin decir una palabra, se ha sentado a la mesa, con el libro de escritura y el cuaderno que le compró ella. Irina se ha puesto los guantes de goma y ha empezado a restregar con un producto que huele a rancio.

He marcado con una equis los ejercicios para hacer, él ha agachado la cabeza, un mechón rubio le ha caído en la frente y cuando, concentrado, ha apoyado la lengua en el labio superior, he huido a otra habitación con una excusa.

—Acabado —me ha llamado poco después.

Me he secado los ojos con el dorso de la mano y le he asignado otra página.

—En septiembre habrá que apuntarlo a la escuela —le he dicho a Irina.

—En septiembre se encargará el «que mueve el sol y las demás estrellas», como dice padre Dante. Mi Roman ha enviado mensaje, victoria cerca, él vuelve pronto.

El niño ha levantado las cejas, se ha mordido el labio, luego se ha alisado el pelo y ha seguido completando las fichas con mucho empeño.

Después de una hora y media, los pomos de las puertas brillan y la casa apesta a pipí de gato. Irina sustituye la ropa de trabajo por la de calle. El nieto se levanta y trota tras ella, un seguidor fiel.

—Señora, hoy yo termino un poco antes.

—Como quieras.

—Nosotros ir a la iglesia.

—Yo también iba de niña con mi abuela, me aburría. Era bonito.

—Esta iglesia es distinta, hay cura rubio que dice cosas también para nosotras.

—¿Nosotras las mujeres?

—Nosotras las de Ucrania.

Irina se acerca a la jaula de Massimo, lo agarra con decisión por las patas y se lo entrega a su nieto para limpiar la bandeja y la rejilla.

—Y organiza camión para enviar ayudas.

—¡Ayuda, ayuda! —grita Massimo, aprisionado en el pequeño puño del niño que, en cuanto la operación acaba, lo devuelve a su sitio con delicadeza.

—Hecho todo —sentencia Irina y se encamina hacia la puerta.

—Bien, nos vemos pasado mañana. Es más, tómate el día libre.

—Yo venir siempre, si no, encuentro la casa toda cagada como la jaula de Massimo pájaro.

Miro el ave, resignado a su destino cautivo. Yo también me siento en una jaula, rehén de esta mujer y de su obtuso sentido del deber. No me ayuda tener una casa limpia, preferiría posarme en el suelo como hace el polvo, un poco cada día. Tal vez sea tu padre quien no me la quita de encima, Cicú, le da otro salario para controlarme. Es típico de su carácter: abandono y sentimiento de culpa. Pagarle a alguien para hacer algo que él no quiere hacer.

Me retiro a la habitación y me meto bajo las sábanas, cabeza incluida, el niño me observa desde la puerta entrecerrada, sin juzgar.

—Ven con nosotros —pía con su vocecita, en un italiano aún incierto.

—En otra ocasión, no tengo tiempo —contesto a través de la tela de la sábana.

Oigo los pasitos que se acercan, el niño levanta un poco la tela y me destapa un ojo, me siento débil y sin voluntad, un molusco sin concha.

—Tiempo es ahora —decide.

Recoge un par de tejanos y una camiseta de algodón blanca tirados en el sillón a los pies de la cama y me los acerca. Luego se gira, mira hacia la puerta, espera que me vista. Como una niña reticente, me quito el pijama que huele a sudor y carne resignada, me quedo en bragas y sujetador, observo en el espejo mi cuerpo condescendiente de recién nacida con una sensación de pérdida y vergüenza. A medida que la piel entra en contacto con la ropa, recupera memoria. ¿Y sabes lo más extraño, Cicú? Los tejanos les sugieren a las piernas que se muevan y caminen para ir a hacer algo, como si de verdad tuviera de nuevo cosas que hacer. Y la

camiseta blanca con una frase roja en el centro parece cándida, ajena a todo —a mí, a ti, a Massimo—, solo espera retomar los mismos movimientos de antaño. Los zapatos, que el niño me ata agachado a la altura de mis pies, no saben nada de Orietta y de cómo me ató los tobillos para que no escapara. Los zapatos solo saben caminar y volverán a hacerlo, con tenacidad pasiva. Sin el pijama ya no soy una mujer horizontal.

—Nada difícil —dice él, y abre los brazos.

Me miro en el espejo y parezco realmente yo. Nos encaminamos los tres: Irina delante y el pequeño detrás, como si me escoltaran. Orietta se queda en un rincón de la habitación, rabiosa y ofendida. ¿Te lo habrías imaginado, Cicú? Estos dos han decidido formar conmigo una familia.

23

Cuando era pequeña cantaba en el coro de la iglesia, tenía una vocecita preciosa, al menos según sor Bianca, era la primera vez que me decían que tenía algo precioso. Iba andando, con la abuela Maria, el domingo las calles se perfumaban con el aroma de la salsa de tomate con carne. De las casas más bajas salía el olor penetrante del detergente, y de las radios encendidas, canciones en dialecto. En la iglesia hacía frío o fresco, según la estación. Sor Bianca me hacía una señal con la mano cuando aparecía entre las filas de bancos y yo iba hacia ella. Me sentaba al lado del chico de la guitarra, tenía el pelo rojo y durante un par de años estuve convencida de que estaba enamorada de él, la vida se me aparecía como un cofre lleno de posibilidades. Ensayábamos antes de la función. Con nosotros se

sentaba el monaguillo con su túnica blanca. Él no cantaba. Hablaba directamente con el cura, era más importante que nosotros. Me parece que canté en la iglesia durante un tiempo larguísimo. Quién sabe cuándo se acabaron los domingos, cuándo fue la última vez que fui joven.

Irina aquí conoce a todo el mundo, unos señores ancianos italianos y muchas ucranianas que se persignan tocándose primero el hombro derecho y después el izquierdo, a diferencia de los católicos, se distribuyen en los bancos mientras siguen charlando como si estuvieran en una fiesta de cumpleaños. Presenta el nuevo nieto a quien aún no lo conocía. Él sonríe, se aparta el mechón, cualquier ocasión es buena para alejarse y jugar con el móvil. Una vez lo he visto enviar mensajes, en cuanto se dio cuenta escondió la mano.

—Pero vosotras sois ortodoxas, ¿qué hacéis aquí? —le pregunto a Irina.

—Cura joven es bueno. Él dice la misa para todos, dice que la religión solo una, que Jesús Cristo solo uno, que la Virgen mía solo una. Y además organiza camión para llevar cosas a nuestros parientes a Ucrania y ayuda a nuestros parientes de Ucrania a escapar de la guerra.

Irina me deja sola para irse a saludar a otras amigas, me siento en el banco y enseguida Orietta me salta encima, aplastándome las vértebras como una luchadora de sumo, aquí también me ha alcanzado. Te había advertido que no te levantaras de la cama, me regaña, primero con un susurro y luego cada vez más fuerte. ¿Y cómo se te ha ocurrido irte de paseo con la asistenta? ¡En tus condiciones, además! ¿No notas que tienes fiebre? ¿No ves que estás ardiendo?

Me paso una mano por la frente, efectivamente está caliente.

Suspiro, me pesa la cabeza, el aire sale hirviendo de mis fosas nasales y los escalofríos suben desde los pies hasta el cuello. Tienes razón, Orietta, me he equivocado, no volveré a hacerlo. Si sobrevivo a esto, juro que no te desobedeceré de nuevo. Intento escapar, pero en cuanto me pongo de pie, el banco, el altar frente a mí, la nave, el confesionario se interponen y empiezan a bailar como en el mar, me noto las piernas blandas, me desplomo y me hundo. Irina se sienta a mi lado, me cuelgo de su brazo. No sé dónde está el niño.

—No estoy bien, tengo que irme a casa.

—«Cógete bien, porque por esta escala, de tanto mal tenemos que marcharnos».

—No entiendo nada, Irina, estoy a punto de desmayarme.

—No lo digo yo, dice padre Dante. Él siempre tiene razón.

Cierro los ojos, el zumbido en el oído se hace más fuerte, luego empieza una canción parecida a las que cantaba con sor Bianca, pero en una lengua que no conozco, Irina se une con su vozarrón. Cuando los vuelvo a abrir, un hombre joven con el pelo rojo y una cruz en forma de te sobre la túnica ha aparecido detrás del altar.

—Mira, señora, él es padre Mattia, él hombre santo.

No tengo fuerzas para levantarme e irme hacia la salida, Irina y las demás escuchan fascinadas al cura guapo y yo también me quedo. Me doy cuenta de que me sé la liturgia de memoria, los labios repiten automáticamente palabras aprendidas en un pasado lejano y me trasladan allí en la grupa del tiempo: tengo once años, los ojos fijos en la hoja con las canciones, leo palabras escritas a máquina con el temor de equivocarme pese a que los versos sean siempre los mismos. Eres tú mi vida, solo tú, Señor. El chico pelirrojo con la guitarra canta la segunda voz. Eres mi camino, eres mi verdad. El monaguillo espera en una esquina su turno para entrar a escena, el mundo es pequeño como el perímetro de esa iglesia de

barrio que huele a cera derretida e incienso, y el tiempo se comprime, llega hasta las palabras «podéis ir en paz», y después está la casa, está mamá con el delantal de cuadros, la pasta en el horno con las albóndigas pequeñas y el huevo cocido cortado en gajos finos, los deberes para mañana ya los terminé y aún me queda todo el domingo. Dios existe y canta junto a nosotros. Aleluya.

Cuánto tiempo se deslizó a mis espaldas, Cicú. Cuántas pocas cosas necesitaba entonces.

El cura empieza la homilía, su voz se vuelve más sincera, más suya. Hace dos meses que la guerra continúa, dice. Pero ellas, las ucranianas, no están solas, el Señor las custodia, una por una, protege a sus parientes en Ucrania. El Señor lo ve todo y no hace nada, quisiera precisar yo, pero me lo impido. Dice que hay justicia, incluso cuando no la vemos. Hay que orientar la mirada hacia el bien, dice, que es como el sol. No tenéis que dejaros cegar por la rabia, dice. Confiad, rezad.

Irina entreabre los ojos, como si lo viera de verdad, ese sol amarillo de justicia en un cielo azul: su bandera. Hubo un tiempo en que yo también lo vi. Después ocurrió el eclipse, quisiera decirle al cura guapo, pero qué sentido tiene medir el dolor propio con la esperanza ajena.

La misa acaba, le pido a Irina que me lleve a casa, desde el portón entreveo al niño que da patadas a una piedra como si fuera una pelota, está siempre solo, habla poco, en el fondo nos parecemos.

—Primero saludar a padre Mattia, luego casa.

Me arrastra hacia la sacristía, donde una fila de mujeres se disputa las atenciones del cura. Cuando llega nuestro turno, me noto de nuevo la fiebre. Orietta me salta al cuello y aprieta con todo su peso las vértebras cervicales, me aplasta contra el suelo. Han

pasado casi cuatro años desde la última vez que estuviste en una iglesia, me susurra al oído. Casi cuatro años desde que lo perdiste todo. La habitación se empequeñece, el techo baja, las paredes se estrechan, la mordaza me aprieta en cada lado y grito: ¡me ahogo!

24

—Mi hijo ha ido a cargar el camión, me ha dejado de guardia.

Un viejo con los bigotes amarillos y la camisa arrugada me mira fijo desde un sillón medio roto en una esquina de la sacristía, levanto el torso y consigo sentarme a duras penas. Por suerte Orietta no está en los alrededores, es un buen momento para irme.

—Bien, despídame de él. Yo me voy.

El viejo no me deja.

—No hay que estar triste a su edad. Usted es joven, consuélese.

—Usted, en cambio, me parece suficientemente maduro para saber que la edad depende de la cantidad de dolor que nos ha correspondido.

—Si es así, yo soy arcaico. —Se toca el bigote dos veces, luego se levanta, el sillón cruje, me tiende la mano—. Habla bien italiano, felicidades.

—Gracias. Soy italiana.

Debe de haberme confundido con una mujer de la comunidad ucraniana que se reúne aquí cada jueves.

—Lástima.

—Sí —contesto sin entender.

—Tuve una novia ucraniana, hace tiempo, luego ella se casó.

—El matrimonio está sobrevalorado —contesto, mientras me

encamino hacia la puerta.

—Una lástima, de verdad. —Me parece que sonríe bajo los bigotes.

—Que tenga un buen día. —Me asomo al interior de la iglesia para buscar a Irina.

—¿Ha perdido a alguien?

—A mi hijo. Está en Australia curando canguros.

—El mío está en la sacristía curando almas, la entiendo. Vivimos todos en la pérdida, pequeña. Hay quien pierde la calma, quien pierde el hilo, quien la razón. Hay que saber soltar.

El viejo con los bigotes amarillos está pegado a mis talones, ya no sé a qué santo encomendarme.

—No me ha dicho su nombre.

—Vita Mezzanotte, adiós. —Lo liquido.

—Yo Meraviglia, imagínese. Me refiero al apellido, usted puede llamarme Fausto.

Acelero el paso por la iglesia vacía, intento dejarlo atrás, pero él me alcanza.

—Vita es un nombre optimista, felicidades a su madre, debía de ser una mujer sabia.

—Mi madre leyó solo un libro.

—Se ve que era el correcto —asiente el viejo, y por fin me libera.

Fuera de la iglesia, el sol me explota a traición en la cara. En el patio una pequeña multitud de mujeres se amontona alrededor de un camión. Irina entrega una bolsa azul Klein con la cremallera amarilla.

—Para mi Roman —precisa.

El cura guapo la coge de sus manos y se la pasa al conductor, que la coloca junto a las demás. Sin la túnica, en sudadera y zapatillas, parece un joven papá que esté cargando la furgoneta a

punto de irse de vacaciones con su familia.

—¡Hasta nos ha tocado la guerra, pequeña!

El viejo está de nuevo a mi lado, no lo he oído acercarse. Agito la mano en dirección a Irina e intento alcanzarla. Las ucranianas terminan de entregar paquetes y bolsas para sus parientes, luego el camión se va y el cura guapo lo mira alejarse con satisfacción.

—¿Cómo está, señora? ¿Terminado de dormir? —me pregunta Irina en cuanto me ve en el grupo.

—No dormía, me había desmayado.

—«Y cayó como un cuerpo muerto cae», dice padre Dante.

Suspiro y la agarro de un brazo.

—Vámonos, basta.

Ella no se mueve, sus brazos son musculosos, de esos que no cambian de idea tan fácilmente.

—Padre Mattia, tú bendice a mi señora, por favor, ella de vez en cuando muere.

—Todos morimos un poco cada día. —Sonríe—. Bienvenida, señora. La casa de Dios está siempre abierta para todos.

—Gracias —balbuceo—. Tenemos que irnos. —Tiro de Irina, que por fin se desarraiga.

—De todas formas, ucraniana o no, podríamos salir juntos una de estas noches —me grita el viejo con los bigotes amarillos, que se ha quedado en el centro del patio, donde antes estaba la furgoneta.

—Pero ¡papá! —grita el cura guapo, y se lo lleva adentro.

25

Hoy, 16 de mayo, tras semanas de asedio, Mariúpol cae

definitivamente en manos del enemigo, los últimos defensores de la acería Azovstal se rinden y más de dos mil soldados ucranianos son capturados.

Nadie escucha ya la radio, nadie se interesa por Ucrania, las banderas amarillas y azules han sido arriadas, el Covid pasó, todo regresó a lo presencial. Yo quisiera seguir ausente, seguir viviendo a distancia. Hiciste bien, Cicú, en irte a Australia, allí las distancias son realmente enormes. Claro, tienes que arreglártelas con los canguros combativos, los cocodrilos hambrientos y las plantas carnívoras gigantes, pero al menos no hay tráfico por la noche ni agujeros en la calle ni metro averiado. La vida es más ancha allá en las antípodas, y se pasea cabeza abajo con las ventosas pegadas a los pies para no caer. Desde que te fuiste, cuántas cosas te has perdido: la pandemia, la guerra, mis tartas de pistacho. No es verdad: esas ya no las preparé más. Culpa de Orietta, me da tanto trabajo, una mala hierba invasora que me devora los días. Me pregunto de qué sirve vivir todos los días sin saltarse ni uno, leer un libro, tomar las pastillas del doctor Pirozzi, enseñarle tres palabras al día al niño rubio sabiendo que él también se irá, que para ellos la guerra acabará, antes o después, pero no para mí, para nosotros nunca hay tregua, Cicú. Esperar que sea mañana, que sea de noche, jugar al escondite con los pensamientos. Escribir en la libreta negra las cosas que hubiera querido y que no puedo decir. Soñar que lleguen hasta ti, allí en la salvaje Australia, mis pensamientos, mis esperanzas, todos los latidos.

Irina golpea los cojines para quitar el polvo. Cuando está preocupada trabaja el doble, debe de tener una Orietta al revés que la manda, una Orietta que la empuja a hacer, en vez de a renunciar. El niño hoy no está, lo ha llevado donde el cura guapo para que

corra un poco en el patio de la canonjía.

—¿Escuchado, señora? Guerra siempre avanza, dice Massimo marido. Muertos, heridos y prisioneros. Yo feliz cuando hijo se fue voluntario, por fin algo bueno, héroe para la patria. Pero ¿cómo lo hace una madre para vivir así?

Orietta me da un derechazo en el esternón y me corta el aire. Cruzo el salón para ir a mi cuarto, pero Irina me adelanta con el trapo en la mano.

—Hoy baldosas del lavabo —anuncia mientras bajo las persianas —. Apaga radio, señora, por favor, solo noticias de asco. Pero Ucrania es fuerte, esto nadie lo dice. Victoria cerca, ha dicho mi Roman esta mañana por teléfono. ¿Dónde está la esponja azul y verde? ¿Comió Massimo pájaro? Tú cogiste animal inútil: solo comer y cagar.

—Cagar —repite él.

La dejo en el salón picándose con el loro, apago la radio y cierro los ojos, Orietta me convoca y me entrego a ella sin oponer resistencia. Pirozzi dice que debo encontrar una ocupación, salir y caminar, llamar a una amiga, hacer deporte. Se ve que Pirozzi nunca conoció a Orietta. Insiste en que debemos desentrañar «el hecho». Esta es la diferencia entre Orietta y él. Orietta no pide nada, Orietta manda. Y es más fácil obedecer cuando una está débil. Métete en la cama, no hables, ahora duerme, ahora quédate despierta, mira fijo el techo, no te muevas, no te conmuevas, no respires, no contestes. El silencio es abono para la soledad.

Después de media hora, viene Irina.

—Acabado allí, ahora aquí. Señora va a otra habitación.

Me refugio en el lavabo, las baldosas brillan, el olor del detergente es penetrante. Giro la manilla del agua caliente y lleno la bañera. Me consuela el sonido que silencia la voz de Irina y las

órdenes de Orietta. Me siento en el borde del bidet con los codos clavados en las rodillas y la frente entre las manos. Te veo, Cicú, mientras salpicas agua en el suelo, el cuerpo liso y lúcido de un alevín de nueve años. El esfuerzo para convencerte de que salgas de la bañera para ir a cenar. Dos páginas de historia que estudiar todavía. No me gusta la carne, está cruda. Cinco minutos más, mamá, y luego apago la luz. Cinco minutos más. ¿A quién quieres tú? El primer curso de secundaria, he metido gol, la tos y el resfriado, esa niña en cuarto de primaria a quien le compramos bombones Baci Perugina, las operaciones en filas y columnas, el examen para ir al instituto, la puerta cerrada, los besos no, mamá, soy mayor. La fiesta de cumpleaños, el primer día de instituto, el cuerpo largo, los ángulos en el rostro donde dos meses antes había mejillas, ¿adoptamos un perro? No, un perro no. Salir con los amigos, ¿hasta qué hora? El tres en latín, el siete en ciencias, el examen de recuperación en septiembre, los besos en el portal con la novia, no he fumado, mamá, sí, he comido, sí, me he tapado, pero no hace frío, saqué la máxima nota, te he echado de menos, te echaré de menos. No llegues tarde. *Massimo mezzanotte*.

La bañera está llena, la memoria también, me asomo para mirarme en el espejo y veo a Orietta. Luego saco el tapón, un remolino se lleva los recuerdos y tú, Cicú, empequeñeces, como en una película hacia atrás: los brazos se vuelven gorditos; el rostro, redondo; el pelo, más liso, luego más rizado, menos voluminoso; la voz de ronca se vuelve clara, cantas una cancioncita, es *Dragon Ball*; y finalmente eres un recién nacido, un gusano de ternura y calor, luego el vórtice del desagüe se traga el agua y no hay nada más. Tendría que terminar así la vida, en un tibio vórtice azulino. Irina llama a la puerta.

—Señora, abre, por favor.

—¿De nuevo el lavabo?

—Creía que tú ahogar en la bañera.

—Estoy viva, no te preocupes.

—Yo no preocupo, yo pipí.

26

En la habitación empiezo a hacer scroll con los perfiles.

Marco, 47 años, agente inmobiliario, soltero. Pasión por el tenis y la pesca submarina. Traducción: medio fracasado en el trabajo, se consuela con el deporte.

Giorgio, 53 años, trabaja en un banco, ama las series de televisión americanas y la buena cocina. Es decir: busca a alguien que le dé de comer en el sofá cuando vuelve del trabajo, mientras se traga una temporada tras otra.

Aldo, 63 años, abogado, adora el sushi, los coches deportivos, es vegano y ama caminar. Un hombre lleno de contradicciones.

Nicola, Alessandro, Giancarlo, Andrea. Un equipo de amantes potenciales que se quedarán allí, en su perfección potencial, a salvo de la barriga, de los malos olores, de los problemas económicos, de los chantajes de las exmujeres, de los sueños fallidos, de la próstata engrosada y del descuido cotidiano de los días. Y ninguno, jamás ninguno de ellos se convertirá en la uña encarnada de mi meñique, como dice Irina.

Antes los hombres me gustaban, me enamoraba continuamente. Ahora ya no, son viejos. Más o menos como yo, es cierto. Pero a mí

los hombres me gustaban jóvenes, los de mediana edad me dan ternura. Consigo ver en su calvicie incipiente la pena que sintieron al encontrarse pelos en el peine cada mañana. La resignación impotente con la que conquistaron pantalones de una talla más grande, año tras año. La inocencia con la que fingen ignorar los pelos que brotan detrás del cuello o en el lóbulo de la oreja. Los cuerpos de los jóvenes nunca tienen que justificarse por nada, se mueven al pleno sol de su belleza. Cada cuerpo masculino era una exploración, el sexo, un misterio que se podía descubrir solo practicándolo. Pero esto no lo escuches, Cicú. Una madre, lo sabes, tiene el sexo de los ángeles.

«Me llamo Ugo, llévame a bailar y seré tuyo para siempre».

«Pasta a la carbonara, pero solo con *guanciale*. Soy Sandro y te cocino a fuego lento».

«Astolfo, nombre de fantasía. Te llevo a la Luna».

¿Qué piensas, Orietta, nos vamos a la Luna con Astolfo? Pero ella no me sigue el juego, está celosa. La depresión es una amante déspota y violenta que monopoliza los pensamientos y quema el tiempo alrededor. No pide nada a cambio, no tienes que lavarte ni peinarte ni maquillarte, tampoco tienes que hablar. Vas bien tal y como eres, es más: cuanto menos eres, mejor. Es exigente, pero tolerante, su única ambición es que te quedes con ella. Mire, doctor Pirozzi, para quien no tiene nada más, ya es algo. Orietta no me abandona nunca, como una madre tóxica y asfixiante, y yo la sigo dócil hacia un destino oscuro sin repatriación.

«No soy calvo, mi pelo es color carne. Armando ‘65».
«Salvo, nombre y verbo también».

Orietta me regaña, basta, dice, no deberías mantenerte con vida, me recuerda, no tienes derecho a desear. Tienes razón, contesto, pero solo me queda este punto de injerto con el mundo, esta hambre que sigue viva a pesar del dolor, a pesar del luto, mezclado con el sentimiento de vergüenza por el hecho de tener todavía un cuerpo, de tener hambre de un extraño que vea en mí la carne y no los pensamientos, la forma arqueada de los pechos y no la angustia. Olvidar el miedo por un puñado de segundos. La espera del encuentro, única luz encendida en la casa oscura.

Me armo de valor, hago clic en el corazoncito y Salvo está en la lista. ¡Ojalá fuera un verbo y no un nombre!

27

Tras la reunión del 23 y 24 de junio, el Consejo Europeo respalda la adhesión de Ucrania, Moldavia y Georgia a la Unión Europea y aprueba nuevos paquetes de ayuda. Mientras tanto, siguen los combates en el frente oriental con fuertes pérdidas para ambos ejércitos. Eso es todo, Massimo Mezzanotte.

Irina grita palabras incomprensibles, cruza el pasillo con paso marcial, con el móvil pegado a la oreja, emite sonidos guturales y angulosos. Se ve que está preocupada, pero no suelta su trabajo ni siquiera por un instante. Enciende la aspiradora y empieza a arrastrarla por toda la casa, la maniobra con los dos brazos como

una campeona de golf, sin dejar el móvil, que encaja entre la mandíbula y la clavícula.

Me tumbo en la cama y me tapo con la sábana blanca. Orietta me salta encima, últimamente se ha hecho más pesada, mi depresión ha engordado, como si las pastillas del doctor Pirozzi actuaran como revitalizante.

Cierro los ojos, llega el sueño y en el sueño llegas tú, Cicú: las manitas embadurnadas de chocolate, los rizos sudados detrás del cuello, te acercas para darme un abrazo, ser madre quiere decir ensuciarse. Encajas la cabecita entre mi mandíbula y mi clavícula, en la misma concavidad donde Irina ha puesto su móvil en busca de noticias de su hijo. Pero es un instante y desapareces, Cicú, vuelves a Australia a curar a tus canguros. Es un oficio difícil, alguien tiene que hacerlo, me digo. ¿Y no podías ocuparte de perros, gatos y loros?

—¡No es posible, de nuevo sofá cagado!

Entra como una furia, sujeta a Massimo pájaro por el cuello, él tiene el aire culpable de quien se arriesga a ir a la cárcel de por vida siendo inocente.

—Yo dije última vez, señora. Ya demasiados problemas en este mundo: hay guerra, hay pobres, hay fila en los servicios de salud para una visita de estómago, hay manchas de cal en el lavamanos, solo faltaba el salón cagado. «¡Quita, infame pajarraco!», dice también padre Dante.

Massimo acaba de nuevo entre rejas y se consuela balanceándose en su columpio, el otro se quedó vacío, no le cogí una compañera. Irina se asegura de que la puertecita de metal blanco esté cerrada y se queda mirando fijamente al loro con aire amenazador.

—Esta, casa de señora, y esta, casa de pájaro —pronuncia

lentamente cada sílaba, señalando por turnos mi habitación y la jaula.

—Esta, casa de pájaro —repite Massimo, silabeando a su vez.

Me giro del otro lado y miro las puertas del balcón mientras Orietta me aprieta en el pecho una mano cargada de anillos, mi depresión tiene gustos ordinarios.

—Señora allí.

Irina me ordena con un gesto imperioso que le deje el campo libre, pero luego se sienta en el sillón frente a mí, ninguna de las dos se mueve, escuchamos el revoloteo de las alas que procede de la pequeña prisión. Hoy ella tampoco tiene ganas, está blanda y lenta, como si le hubiera contagiado un poco de Orietta.

—Mi Roman ya no contesta al móvil, mensajes no llegan. —Irina sacude la cabeza—. He llamado al distrito militar, imposible tener noticias. —Levanta las cejas.

Alisa la sábana, los cristales de sus gafas están empañados, inclina la cabeza hacia un lado. De pronto me recuerda a mi madre, ella tampoco era capaz de llorar.

—Pero él no está muerto, él héroe, él combate para la patria. Una madre lo sabe, una madre siente corazón del hijo vivo.

Se levanta y da vueltas por la habitación moviendo objetos y recogiendo ropa, pero los gestos están vacíos, sigue pensando en su Roman, que se presentó en el comando militar, que pidió rellenar los formularios, que firmó para aprender a disparar, que tiene órdenes que obedecer, que lucha contra un enemigo con su mismo rostro y está obligado a girar hacia atrás las manecillas del tiempo para repetir una guerra que es la misma de hace cien años. ¿La ves a esta mujer, Orietta? ¿Sientes su fuerza? Vete con Irina, si te atreves. Vete con esta otra madre, orgullosa de su hijo que se fue a la guerra, intenta acercarte a ella y no encontrarás nada más que

esperanza. La depresión es la guerra de los pueblos en paz.

Irina ya no me hace caso, no me pide que me vaya al salón. Acepta mi permanencia en la cama como aceptó la decisión de su hijo, incomprensible y, sin embargo, obstinada. Coge la aspiradora de nuevo y la pasa por el suelo con meticulosidad, metiendo el morro en cada esquina, haciéndola desaparecer bajo los muebles como un perro en busca de polvo. El ruido nos impide hablar, mejor así, si no le diría algo malo y desesperado. Tú no aceptas la idea de perder a tu hijo, sin embargo, te alegraste cuando te dijo que se enrolaba voluntario, lo dejaste ir. Hay que mantenerlos cerca, muy apretados, a los hijos, pegados al pecho, no habría que parirlos nunca, sino esconderlos en el vientre como la madre Gea antes de vencer a Urano, porque darlos a luz significa en verdad entregarlos a la oscuridad, al mundo sucio y polvoriento, a la vulgaridad de las palabras inútiles, a la pistola y al cuchillo, a los coches que corren por la calle de noche, a las manchas en la camiseta blanca y a los pantalones cortos, a las habladurías de los mediocres, a los falsos amores, a la rabia de los demás y a la propia.

Se da a luz a un hijo creyendo que será para siempre, es este el engaño que mueve el mundo.

28

Los misiles rusos impactan en el centro de Vinnitsa, dejando más de 200 heridos y 26 muertos, incluidos tres niños. Eso es todo, Massimo Mezzanotte.

Es todo, y no lo echo de menos, como si nunca hubiese estado

conmigo. Treinta años juntos, un hijo, respaldarnos mutuamente en el trabajo, esperar que pase el dolor de muelas, comprar casa con la hipoteca a tipo fijo y conseguir cancelarla antes de tiempo con una satisfacción incrédula, las cenas en casa de los padres, sus funerales, el coche de segunda mano, el nuevo, cine o teatro, te llevo el sushi a casa, te amo, yo más a ti, envejecer juntos cogidos de la mano delante de una chimenea imaginaria de recuerdos, el calor de una cama compartida, cuando ambos estemos jubilados y volvamos a viajar, aquel lunar en forma de grano de café que podría encontrar con los ojos cerrados en tu clavícula derecha, las cosas que me hacen enfadar, las que nos hacen reír, ¿a qué hora vuelves, amor? *Massimo mezzanotte*.

Es todo. Una vida cualquiera, mi vida, no hay diferencia. Pensaba que sería peor, en cambio hace cinco meses que te fuiste y me parece una película que vi hace muchos años. Será culpa de la depresión, que no deja espacio para los recuerdos, todo el pasado es una ola lenta y gris que hace poco ruido. Y también este estar sola se ha vuelto un sillón deformado, demasiado cómodo para abandonarlo.

Irina guarda la aspiradora y se sienta para quitarse las zapatillas y ponerse las sandalias.

—Cura guapo regalado a pequeño Kostya un pez rojo. Yo no entiendo esta fijación por animales dentro casa. Pájaro, pez, perro, gato tienen que vivir libres, no hacer necesidades donde hacemos nosotros. Él dice compañía, él dice niño solo, dice echa de menos padre. Yo también siento falta, pero no ayuda una bestia en mi pequeña habitación. Yo cansada, señora. Cansada de la guerra.

Observo sus manos, tenemos la misma edad, pero las suyas son grises por la fatiga, los nudillos rojos, las uñas consumidas, aparto la mirada porque me parece verla desnuda, indefensa.

—Una vez tuvimos un capitón —empiezo a contar.

—¿Pez serpiente navideño?

—Lo traje a casa para la cena de Nochebuena cuando aún se movía en la bolsa verde. Mi hijo tenía cinco años, llenó la bañera, lo liberó ahí dentro y no hubo forma de freírlo y ponerlo en la mesa. Lo llamamos Gennarino, mi marido dijo que había recibido la gracia de san Gennaro acabando en nuestra casa. Vivió con nosotros hasta la primavera, en el baño de servicio. Le cambiábamos el agua, le dábamos de comer, nosotros a él. Cuando nos veía llegar por la mañana, movía la cola por la gratitud dibujando espirales negras en el esmalte blanco. Mi hijo estaba seguro de que lo veía sonreír de vez en cuando, Massimo quería librarse de él, sugería que lo devolviera al pescatero que nos lo vendió. Una mañana me lo encontré boca arriba, flotaba sobre la superficie del agua, derecho y brillante como un tubo de hierro fundido. A mi hijo le conté que se había escapado por el agujero del rebosadero. Dije que nos daba las gracias, que con nosotros había estado bien, le habíamos salvado la vida y lo habíamos acogido en la familia, pero en el fondo de su corazón de anguila echaba de menos a su mamá, a sus hermanos y también a su papá, el mítico capitán Capitón, por eso durante la noche había hecho un salto acrobático y se había ido. ¿Y dónde estaba ahora? Había vuelto al mar, a esas horas ya debía de estar en casa, los capitones nadan rápido.

Qué hermoso era poder inventar historias con el pretexto de consolar a un niño, qué hermosos son los niños cuando fingen creérselas, ojalá pudiéramos hacerlo nosotros también. Irina me mira pensativa, estará buscando la forma de acabar con el pez rojo y decirle a Kostya que se fue a Hawái.

—Desde aquel día —continúo—, cada verano él pasaba horas buscando a Gennarino en la orilla de la playa en Cilento o en Circeo.

Tal vez por eso se fue a Australia, para perseguir a su capitón hasta el fin del mundo.

Irina se levanta, se pasa la palma de la mano por el pelo medio rubio y medio gris para arreglarlo, un pequeño gesto de decoro antes de salir a la calle.

—Todos locos los animales de esta familia. Adiós y gracias. Nos vemos el lunes.

—Hasta el lunes, Irina —le digo en la puerta.

—Ven a la misa domingo, señora. Padre Mattia reza para final de la guerra, por nuestros hijos héroes que combaten y por todos los hijos del mundo.

—Yo ya recé, Irina. Sigue tú.

Espero a que se vaya y subo el volumen de la radio, me gusta el parloteo, aunque no escuche. A veces suena una canción que conozco y me acuerdo de cómo era ser feliz, entonces Orietta me regaña, cambia de emisora, dice, y me devuelve aquí, al día que no quiero vivir, al aburrimiento de mí misma y de los demás, a la indiferencia del hacer o no hacer, al pez rojo que ya no puedo comprar, y me sube la fiebre, esta febrícula que no me deja desde hace meses, como una somnolencia de la carne. Tengo calor, tiemblo, necesito tumbarme un poquito, ¿verdad, Orietta? Vamos, te sigo, volvamos allá. Bajo las persianas y cierro los batientes, me abandono en la cama, con un sorbo de agua me trago una pastilla, quizá dos. Y la noche cae solo sobre mí.

El doctor Pirozzi me mira fijo desde el otro lado del escritorio. Me ha preguntado por tres cosas para las cuales vale la pena vivir. Ningún rastro de vacaciones de verano aquí, en su consulta, es algo que me tranquiliza. Aprieto los dedos en un puño, no sé qué contestar, nunca me había hecho preguntas personales.

—Antes me gustaba hacer el amor. Pero ahora ya no soy capaz.

Pirozzi baja el mentón y vuelve a subirlo.

—El cuerpo ejecuta, pero la cabeza no participa, ahora manda Orietta y Orietta es frígida, creo.

Levanta un poco las cejas. «Frígida» es una palabra obsoleta, tal vez hasta sexista.

—La otra noche estaba con un desconocido de la aplicación de citas. «Adamo 61, seré tu primer hombre», decía su bio. Iba bien, me había depilado, me había puesto perfume, las bragas en conjunto con el sujetador. Y él también iba bien, era ese de la pajarería y la pasión por los carbohidratos. Vino tinto, tartaletas, todo correcto. Empezamos a besarnos, nos sentamos en el sofá, luego algo cedió dentro de mí. Como un tendón que se rompe durante un salto. Un dolor agudo, un corte, y me encontré a oscuras, doblada sobre mí misma. Él me quitaba las bragas, yo lo dejaba hacer, no me daba placer ni desagrado. Había perdido los sentidos: gusto, olfato, tacto. Ya no escuchaba la música de fondo, veía una pantalla negra. Era Orietta, ese estorbo que me aplastaba con su peso. Me tapaba la vista, me tapaba la nariz, vigilaba como un militar cada centímetro de mi piel.

»Cuando acabamos le pedí un taxi, me duché, me tragué la pastilla para dormir.

Pirozzi se quita las gafas, mira el sol aún alto fuera de la ventana. Intento imaginarlo desnudo, pero, por mucho esfuerzo que haga, siempre lo veo sentado detrás de la mesa.

—Es un síntoma de la depresión, el deseo volverá.

Cuánta simplicidad, qué frase ingenua. Si tú no vuelves, Cicú, ¿quién quieres que vuelva?

—Los síntomas ayudan a curar a las personas. Pero yo no tengo una enfermedad, mire, doctor, yo soy una enfermedad.

—Pero usted viene aquí una vez por semana.

Enfoco los diplomas colgados a su espalda, hablan de su vida, de sus estudios de medicina, de su fe tenaz en el psicoanálisis, de su disposición al fracaso.

—Había muchas otras cosas que me gustaban —intento contestar a su pregunta de antes—. Los libros, conducir, enseñar. Le había prometido a Irina que daría alguna clase a su nieto, pero no lo consigo. Ella también lo ha entendido, prefiere confiárselo al cura, cuando ella trabaja.

Pirozzi espira ruidosamente, le vibran los pelos del bigote y entiendo que no me gustan los hombres con bigote.

—Hace unos días ocurrió algo gracioso —digo para cambiar de tema—. Mi loro encontró a una compañera, o un compañero, no sabría decirle. Solo sé que, de un día para otro, en la jaula había dos en vez de uno. No es justo estar solos, él también lo ha entendido.

El doctor arruga la frente, estará pensando que se trata de otro síntoma de Orietta, me parece preocupado.

—Ha habido grandes cambios en su vida —decreta al final—, tiene que descubrir en qué se ha transformado, más que intentar recomponer la que ya no está.

Con este oráculo termina la sesión, pido la nueva receta, pago, vuelvo a casa andando, Cicú, hace mucho calor, las tiendas lanzan aire acondicionado helado, la gente hace cola para las últimas

rebajas, nadie encuentra ya la talla y el color que quiere, pero ahorrando unos pocos euros puede conseguir una modesta felicidad.

En casa me pongo con el ordenador, busco la lista de mis amantes del pasado. La guardé en una carpeta de título poco sugerente, «Analíticas». Dudo que a tu padre se le hubiera ocurrido jamás buscar, se interesaba por él mismo, no por los demás, y eso es bueno. Los generosos pretenden el triple de lo que están dispuestos a dar, se sienten en deuda con el mundo. En cambio, Massimo es un egoísta de buen corazón. Las traiciones hechas y recibidas se quedaron en la carne de cada uno, pecados de gula que eliminar al día siguiente con un poco de dieta. Nos quisimos tanto. Tanto, durante mucho tiempo y con pasión. Fuimos víctimas de la misma guerra, sin posibilidad de sobrevivir.

La carpeta la escondí tan bien que no volví a encontrarla. Junto al deseo, han desaparecido también los amantes, se ha mofado Orietta. Antes de apagar, reviso el correo electrónico, así, por costumbre, y aparece una línea en negrita, un email de parte de serena95@gmail.com.

30

Encontré esta dirección y escribo aquí. Es la que una vez usó él para compartir la tesis sobre el Risorgimento en la que trabajamos juntos en los tiempos del instituto. Si es correcta y sigue activa, este email es para usted. De otra forma, hablo sola, no sería la primera vez.

Hay unos audios adjuntos, basta con clicar para abrirlos. Le habría gustado que usted los escuchara. Los tenía

guardados en el móvil, luego pasó el tiempo, no pensé más en ello. Ayer por la mañana los volví a abrir y entendí que le pertenecían también a usted. Entendí que había otra persona con mi misma herida. No la misma, está bien, pero producida por el mismo corte.

No es que él y yo fuéramos novios, no sé cómo explicarlo. Además, qué es el amor, creo que es ese pensar en el otro incluso cuando no hay motivos para ello. Cuando bajas las escaleras, cuando un gato desconocido se te acerca para ronronear, cuando empieza a llover y esperas que al menos él, esté donde esté, tenga un paraguas. Es ese hilo rojo que sale del centro de una cabeza y llega al centro de la otra. Y no hay distancia, usted me entiende. No hay ausencia que corte el hilo.

Encontrar una manera justa de seguir adelante sería una forma de coraje. Yo todavía no la he descubierto.

SERENA

Los dientes muy blancos, el pelo negro y largo hasta las caderas. ¡Serena, así se llamaba! Venía a nuestra casa cuando sus padres estaban en el mercado, desde quinto de primaria, creció con nosotros. Has visto, Cicú, Serena ha venido a verme aquí también, a esta casa donde tú nunca estuviste.

Releo la carta hasta que las palabras se me imprimen en los ojos. Los archivos adjuntos son diez pistas de audio, cada una con tu nombre y un número progresivo. No hay fecha, pero tu voz está en aquellos archivos, llega desde lejos como un regalo tardío, una rebaja de verano.

Querida Serena:

La dirección es correcta, soy yo y aún sigo funcional, pero no del todo. La tesis de historia la recuerdo, la maquetamos juntos con el viejo ordenador de su padre. Yo también he pensado en ti en estos años, e imaginarte me hace un poco de bien y un poco me da miedo. Como el regalo que me has hecho, no estoy segura de que lo abra. La voz que guardo dentro es muy fuerte, pero podría no aguantar la competencia con un archivo de audio.

Te deseo lo que tú deseas.

VITA

Guardo los archivos y apago todo. Orietta me reclama, esta noche ya me ha concedido demasiado. Massimo pájaro está en su columpio, mira fijamente al otro loro que se balancea frente a él. El doctor Pirozzi sobrevalora los poderes de Orietta y, en cambio, tiene poca confianza en la iniciativa de las aves. Coloco un paño oscuro en la jaula para recrear una falsa oscuridad. Tomo un somnífero para recrearla también para mí.

31

Asesinados casi 50 prisioneros de guerra ucranianos del regimiento Azov en la explosión de la instalación carcelaria de Olenivka, en la región de Donetsk. Otras 130 personas resultaron heridas. Eso es todo. Massimo Mezzanotte, informativo radiofónico.

Bajo el volumen, hoy no tengo ganas de dejar entrar al mundo.

Busco el móvil para silenciarlo también, evitar que me alcance algún operador de telemarketing. Está en el lavabo, al lado del rollo de papel higiénico, lo cojo justo a tiempo cuando empieza a sonar, el número es desconocido. Un escalofrío, me tiemblan los dedos y casi se me cae al inodoro. Los números desconocidos no traen buenas noticias, incluso para quien, como yo, no tiene nada que esperar.

—¿Hola?

—Te he molestado. Solo quería saludarte, ¿cómo estás?

—¿Quién es? No oigo, ¿hola? ¡Massimo, para!

—¿Qué he hecho?

—Perdone, hablaba con el pájaro. El loro, me parecía que quería abrir de nuevo la jaula.

—¿Has comprado un loro y lo has llamado como yo?

—Massimo.

—Vita, ¿me oyes?

—¿Desde dónde llamas? No he reconocido el número.

—Desde la radio, último día y luego me voy de vacaciones. ¿Tú qué haces?

—Voy a darles de comer a los loros.

—Me refiero a las vacaciones.

—¿Vacaciones de qué?

—Creía que te irías a algún lado. Te gustaba irte.

Me gustaba la vida, me gustaba el vino tinto, me gustaba follar, me gustaba leer, me gustaba viajar, me gustaba hablar con mis amigas por teléfono, me gustaba escucharte roncar y que luego te pusieras de lado y volvieras a dormirte.

—Massimo, quieres decirme algo.

—¿A qué te refieres?

Llevar treinta años casados significa saber antes las palabras, y saberlas decir en lugar del otro.

—Que te vas con otra.

—¿Con quién?

—Con una compañera de trabajo, con una que conozco, pero con quien nunca pasó nada antes. O tal vez algo, no lo sé, nada serio, pero ahora que las cosas están así, tú en Roma y yo aquí, entonces es distinto, nuestros caminos y todo lo que nos tocó…

Massimo no contesta, reconozco su respiración cargada por la incomodidad.

—Querías decirme que estás con otra y que esperas que yo no me mate.

—No, yo no.

—No lo haré, puedes renovar el pasaporte e irte con Claudia.

—¿Por qué con Claudia?

—Es su momento, se lo merece. Te ha sido fiel todos estos años.

—A diferencia de ti.

—Buen viaje, Massimo.

—Y tú, ¿qué harás?

—Voy a buscar a tu homónimo. Suele refugiarse en casa de Corrado Mantoni.

—Vita, ¿estás bien? Yo quiero que tú estés bien.

—¿Sabes por qué estuvimos juntos durante tantos años? Por tu egoísmo, tu capacidad de pensar solo en ti mismo sin pedir nada a cambio. Pues vuelve a tus asuntos y no pretendas que yo sea feliz para agradarte a ti.

—Pero yo no soy egoísta.

No contesto, lo oigo trastear con algo al otro lado del teléfono, estará escribiendo un email o enviando un mensaje y, mientras tanto, busca mi perdón.

—Buen viaje.

—Te llamo a la vuelta —promete.

Ahora soy yo quien se queda en silencio unos segundos, mientras sigue el tictac.

—¿Y cuándo vuelves?

El ruido se interrumpe, oigo un suspiro, estará sonriendo.

—*Massimo mezzanotte*.

32

Cuando abro los ojos es casi la hora de comer. Desde el sillón de al lado del armario el niño me mira fijo.

—Babusia ha ido al médico, ha dicho vuelve apenas acaba, si Señor Dios quiere. Dejado algo en el horno, solo girar mando. Tienes que comer, si no acabas como el conde Ugolino, así ha dicho, no sé quién es, ¿acaso tu pariente rico?

Ayer por la noche Irina me pidió quedarse a dormir aquí con su nieto, esta mañana temprano tenía una visita médica, me contó, y no quería dejarlo solo. Se acostaron en el sofá del salón. Así que aquí estamos, el niño y yo, en la mañana que toma un poco de aliento antes del calor que ya se anuncia fuerte. Somos daños colaterales de guerras que ni siquiera sabíamos que estábamos luchando.

El pequeño sigue mirándome, me levanto de la cama y me refugio en el lavabo, su voz, sus movimientos, su olor me suben a la cabeza. Tú también tuviste esa edad, Cicú, tú también parecías un pequeño sabio al que ningún malvado habría podido oponerse. Me siento en el borde de la bañera esperando que el tiempo pase

deprisa, que Irina vuelva a recogerlo y me libere del fantasma. Poco después lo oigo llamarme, me busca.

—Perdona, señora, pero yo pienso que Baba hoy no vuelve.

Giro la manilla y me lo veo delante.

—Ayer por la noche preparó maleta, yo vi mientras fingir dormir. Luego habló por teléfono con pariente suya de Ucrania. Luego contó dinero y escondió junto a pasaporte. Luego yo dormí de verdad y soñar mi Tato cabezadura en piscina de grande villa con muchas mujeres de vida alegre y botellas de cerveza helada y desperté todo sudado porque pensé que él muerto y acabado en paraíso de borrachos.

El calor empieza a ser oprimente, bajo las persianas para hacer un poco de sombra y me siento en la cocina con la cabeza entre las manos. Ciertas excusas solo son prolongaciones del dolor: no necesito ir al salón, coger el móvil, buscar su nombre en la agenda, esperar cierto número de tonos y finalmente escuchar su voz para saber lo que, en el fondo, ya sé. A estas horas Irina estará de viaje en busca de su hijo. Cada una tiene su Australia. El niño me observa, parece como si esperara algo de mí, pero yo estoy vacía, no tengo nada que ofrecerle, ni siquiera una galleta para el desayuno. Irina se ha ido, tiene razón él, me lo ha dejado aquí sin decirme ni una palabra. Nos miramos como dos animales abandonados, extiendo un brazo hacia él a través de la mesa.

—Estás triste —le digo.

—Baba me ha recomendado no molestar y controlar tú no haces suicidio en su ausencia. En el caso, llamar a cura guapo. ¿Tú hacer suicidio ahora?

Me quedo de pie en la cocina, en la penumbra de las persianas

bajadas, a esperar que el tiempo pase, mientras desde la televisión del vecino llega una canción muy fácil, hecha a propósito para el verano, diseñada para que las caderas se muevan. Yo también empiezo a moverlas, luego el culo, las piernas, la pelvis, los gemelos, los pies, finalmente. Y brazos y manos y torso, cuello, cabeza. Contraigo cada músculo como un orgasmo y siento la música que entra en los órganos blandos, que atraviesa los huesos, recorre los vasos sanguíneos y bombea en el corazón. De pronto la música acaba, pero el cuerpo sigue bailando. La voz de la presentadora retoma sus discursos sobre la temperatura que aumenta, la operación bikini y cómo resistir al calor. El niño me mira sin decir nada, equipado con una paciencia infinita. Caigo exhausta en la silla, llaman a la puerta. Demasiada gente, refunfuña Orietta, demasiado ruido, demasiada vida.

—Soy Corrado Mantoni —oigo que grita desde detrás de la puerta—, el vecino.

Me bloqueo esperando que no perciba mis movimientos, aunque hasta hace unos minutos estaba saltando en el parquet con los pies descalzos.

—Sé que está dentro, he oído los ruidos. He venido a saludar a Papillon, visto que ya no se escapa a mi casa, y a su nueva amiga. Y también para las felicitaciones.

Reviso el reloj, es el 29 de julio, ¿a qué se referirá?

—He traído un vermut Cinzano y dos vasos, podríamos brindar.

Me acerco a la puerta y no abro, no quiero que me vea en camisón. El niño me sigue, se alisa el mechón hacia atrás.

—Quédeselos, si quiere —grito desde detrás de la puerta.

—¿El Cinzano y los vasos?

—No, los loros. Y también el Cinzano.

—¿Me abandona así, el día de mi cumpleaños, sin ni siquiera una

pizca de remordimiento?

—¿Ni siquiera una pizca de remordimiento? —refuerza el ave.

La presentadora televisiva de la casa de al lado sigue cacareando palabras sin propósito. No existe la guerra para ella, no existen los muertos. Solo las horas en las que hay que evitar salir y las excursiones al supermercado para ancianos sin aire acondicionado en casa. El niño baja la manilla y me mira con una súplica en los ojos. Ya le pesa estar solo conmigo.

—Pase —me rindo, y enseguida me encamino por el pasillo buscando algo que ponerme—. Abra la botella, ya que estamos —le grito desde la habitación.

—Espero, mientras tanto preparo las copas.

Cuando vuelvo a la cocina, aprieta con dos manos el cuello de la botella, me mira orgulloso, tiene que ser una habilidad muy suya la de hacer saltar tapones, un poco como la de capturar loros.

—Tres, dos, uno. Pida un deseo. —Se detiene un instante.

Que se vaya pronto, pienso.

—Que acabe la guerra —digo para contentarlos.

El tapón cede con un mediocre puf. Corrado vierte un líquido amarillo oscuro y espumoso. Levanta el brazo y lo extiende, me invita a hacer lo mismo.

—Chin chin. —Toca mi copa y bebe.

Saco el pastel de carne del horno, en la mesa pongo tres platos, tres vasos, tres servilletas, tres tenedores y dos cuchillos. Con qué facilidad vuelven los gestos desaparecidos, cómo se renuevan las costumbres sin ni siquiera pedir permiso. Le corto la carne al niño y empezamos.

—Rico —exulta Mantoni, limpiándose el labio antes de coger el vaso.

El pequeño engulle en silencio, con los brazos pegados a los

lados del cuerpo, y mastica con la boca cerrada. Me pregunto quién se lo enseñó, yo contigo no lo conseguí nunca, Cicú. Acabado el pastel de carne, empiezo a esperar a que el vecino se vaya, pero en un relámpago de conciencia entiendo que está aquí para quedarse, al menos hasta el final de la botella. De modo que yo también bebo para acortar la espera.

—No soy soltero, sino viudo —confiesa cuando el Cinzano va por la mitad.

—Yo también soy viuda —y me sirvo una dosis—, de hijo único. —No encontré otra palabra en el diccionario. Debe de ser algo que no se puede decir.

El niño me mira un poco asustado, Mantoni se queda en silencio, los ojos clavados en la mesa, tal vez se arrepiente de no estar en el salón de su casa mirando los programas de verano en la tele, pero ahora es demasiado tarde, está obligado a encontrar al menos una frase hecha como homenaje a mi corazón de madre interrumpida. Bastaban estas palabras para quedarme sola, era tan fácil, si lo hubiera pensado antes. El dolor aleja incluso a los huéspedes más insistentes.

—Acababa de licenciarse con la máxima nota. Se habría ido unos días después, un viaje deseado durante una vida. La maleta lista en el pasillo. Pasaporte, billete, gafas de sol y gorra. Una última cerveza con los amigos. No vuelvas tarde. *Massimo mezzanotte*. Salió.

Corrado se vuelve hacia el recibidor.

—Estábamos en otra ciudad. Mi marido volvió a vivir ahí, yo no sería capaz de hacerlo, cada uno hace las cuentas con su dolor. Todo se quedó congelado en ese instante: su cama, la maleta ya cerrada con el candado, un libro que nunca terminó de leer. Las cosas nos sobreviven de forma ultrajante. Massimo miraba una vieja película en la tele, yo estaba en casa de uno que había conocido dos

semanas antes en la fiesta de una amiga. Fueron los últimos momentos normales de nuestra vida.

Se podría escribir un libro, sobre las últimas veces, reflexiono mientras el espumante sigue burbujeando en la copa. El libro de las apuestas perdidas.

—Hay una llamada que cada padre teme más que cualquier otra cosa en el mundo —sigo, empujada por el Cinzano y por la falsa confianza que la ebriedad les infunde a los humanos—. Cuando Massimo me llamó, me vestí deprisa y corriendo y me precipité por las escaleras, pero me costaba entender, el cerebro tiene un benévolo retraso de señal a la hora de asimilar las desgracias. Nuestro hijo había sido atropellado por un coche mientras cruzaba el paso de peatones. El paso de peatones, repitió varias veces mi marido, como si fuera un atenuante ante la muerte. Durante todo el tiempo, mientras me ponía las sandalias, mientras farfullaba una explicación de lo que había ocurrido al hombre que estaba conmigo, mientras bajaba dos plantas por las escaleras saltando de un escalón al otro, mientras arrancaba el coche, mientras corría hacia el hospital, mientras buscaba aparcamiento, durante todo ese tiempo nunca pensé que podía haber muerto. Como si hubiera una puerta cerrada con llave entre esa idea y yo. ¿Con qué amigo había salido? ¿Qué camino había hecho? ¿Estaba solo mientras cruzaba? Metí la primera, apreté los dedos alrededor del volante. ¿Quién ha sido? ¿A qué hora, dónde? Y si hubiera cruzado un minuto antes, y si hubiera esperado, tal vez estaba oscuro, tal vez había una farola rota, tal vez Dios se distrajo.

»Massimo estaba ya en la entrada de urgencias, al principio no lo reconocí, después de aquella llamada sus rasgos ya no volvieron a su lugar, se quedó desfigurado por el dolor.

»Después él cogió la baja de la radio y yo decidí pasar a la

escuela nocturna. Al año siguiente, con la llegada de la pandemia, parecía que todos estuviéramos de baja indefinida, de baja de la vida. Escuchaba las noticias sobre trenes parados y familias separadas por fronteras insuperables entre estado y estado, entre región y región y pensaba en mi Cicú que desde Australia me tendía los brazos, pero no podía volver. Luego también el virus pasó, todos se curaron menos yo. Y nadie volvió.

»Me quedé encerrada detrás de aquella puerta. Sigo esperando, y mientras espero, me muero, no de golpe, a plazos. Los órganos los donamos, para asegurarnos de que algo de él sobreviviera. Mientras firmaba los papeles, pensé en sus ojos marrón dorado, tal vez verían realmente Australia, si otro los llevara hasta allí.

Termino de hablar y me doy cuenta de que nunca lo había contado. Hasta este momento. Las cosas vuelven a ocurrir cada vez que se nombran, pero de forma distinta, como si no nos pertenecieran. Por eso se cuentan, para decir algo más que su verdad.

—Yo, en cambio, soy huérfano de madre —interviene Kostya fracturando el silencio—. Mi padre está en la guerra y la Baba se fue. —Traga el último bocado y se lame el labio superior—. ¿Qué hay de postre?

Mantoni alarga el brazo, le toca los dedos que acaban de colocar el tenedor en el borde del plato. Yo también le cojo una mano, nos quedamos así, como en una sesión espiritista invocando nuestras ausencias.

De pronto llega una nube. Todo se vuelve gris. Empieza a caer una lluvia desganada. Los loros han dejado sus columpios y ahora se ignoran, en los lados opuestos de la jaula. Irina se ha ido. Me ha dejado sola con el niño. Y ya no queda Cinzano.

TERCERA PARTE

IRINA

33

Hay que empezar por el cuello, aunque te parezca el camino más difícil. Agarrarlo con las dos manos y torcerle las orejas, como a un conejo salvaje. Luego tumbas la camisa boca abajo y colocas el borde, pero sin apretar, con la dulzura de un reproche necesario para volver a poner algo en el lugar que le corresponde en el mecanismo del universo. Desde el cuello, tienes que desplazar la punta de la plancha caliente hasta bordear los hombros —hombro derecho, hombro izquierdo— con la firme determinación de no dejar ni un pliegue, ni una encrespadura entre raya y raya, entre celeste claro y celeste oscuro, entre blanco y azul, y entonces proceder hacia las mangas —manga derecha, manga izquierda— empezando en la montaña del antebrazo y deslizando hacia el valle del puño, un único gesto decidido, la mínima incertidumbre podría ser fatal, una duda de más estropea el resultado. ¡Que aquí se plancha, señores míos, no se filosofa!

En la facultad de Kiev me matriculé a escondidas de mi padre, que a nosotros, los hijos, nos quería en la fábrica, mi madre además ni siquiera sabía qué era la filosofía. ¿Filosoqué?, me preguntaba para poder decírselo a sus amigas, quería entender de qué presumir y si había motivos para hacerlo. Se lo apunté en un trozo de papel y ella entendió que no había nada de que presumir. Las vecinas escuchaban envidiosas, los ojos sutiles, Irina que estudia Filonosequé, una buena chica, claro, pero mejor la otra que es

obrera, comentaban a mis espaldas, o el primero, ¿qué hace el primer hijo de Veruska? Bebe, el primero es un borracho, una buena carrera, hasta ahora.

Luego tienes que girar la camisa sobre la tabla y pasar a la parte de delante, empezando por la pechera —pechera derecha, pechera izquierda—, insistiendo en los acoplamientos entre la parte delantera y el cuello, entre la parte delantera y el hombro, entre la parte delantera y la manga, y de ahí te desplazas a los lados —lado derecho, lado izquierdo— como una danza, como un *gopak* —pie derecho, pie izquierdo, deslizo, salto, doblo, y de nuevo pie derecho, pie izquierdo—, que no es una danza rusa, no es rusa para nada, es el baile tradicional ucraniano, no confundamos, hay diferencias: ¡reconozcámoslas!

Camisa de hombre y camisa de mujer, el marido y la mujer, él que se va, ella que se queda. Botones en el lado derecho, botones en el lado izquierdo. Volver al trabajo a la radio o suicidarse en casa. Iniciales bordadas en algodón azulino o nada de iniciales. Sobrevivir o no.

La diferencia es lo contrario de la coincidencia, es el desfase entre conocimiento genérico y ser efectivo. Y la Filosonosequé es el tamiz de las diferencias, entre las de grano más grueso y las sutiles, entre sustancia y sustancia, entre palabra y palabra, entre pensamiento y pensamiento. Creía que el estudio podría salvarme, porque si no, quién lo haría. Familia, para nada. Dinero, para nada. Comunismo, para nada. Acabó por sí mismo, un día de diciembre de 1991, sin ni siquiera luchar, sin ni siquiera un arresto, sin ni siquiera traicionar. Adiós y gracias, cada uno por su cuenta. Libres sí, pero también pobres, la Historia no perdona nada.

Al final quedan las partes pequeñas, ten cuidado: tapeta, puños, dobladillo inferior, todas tareas que hay que hacer con la calma

necesaria de un trabajo casi acabado. Análisis y síntesis, método cartesiano aplicado a la plancha. De lo general a lo particular y de lo particular a lo universal: todo lo que acontece, acontece una sola vez y para siempre.

Desenchufo y empiezo a doblar la camisa, aún más difícil que plancharla. La llave gira en la cerradura, es ella que vuelve, de llamar ni hablarlo, hizo un pacto con la soledad. ¿Dónde guardo camisa de hombre, señora? Ella tira la bolsa de la compra en un rincón en el suelo, cruza el pasillo y va hacia la habitación, levanta los hombros, como si la camisa de hombre hubiera entrado sola en su casa, sin pedir permiso. Pasa por mi lado y no habla, suplica con los ojos que no diga nada, no piense nada, no aconseje nada. Ya la salvé una vez, no me lo ha perdonado. No creo que hubiera muerto, de todas formas, incluso si yo no hubiera llegado. Es un trabajo duro morir, que no se puede improvisar. Se necesita una guerra, y entonces sí que uno es bueno muriéndose, hay que encontrar un enemigo y apuntar a través de la mira. Unos somníferos con el estómago lleno nunca han matado a nadie. Ocurrió el día después de que él se fuera, abrí con mi llave y enseguida sentí un vacío, la ausencia muda de las cosas, los objetos que denuncian su propia falta cuando son desplazados contra su propia voluntad. El agujero dejado por los libros que habían sido suyos gritaba desde la estantería de la librería. Las puertas del armario que hasta el día anterior no cerraban bien porque había demasiada ropa abarrotada, ahora lo hacían perfectamente, el cuerpo demacrado de la madera y los paneles que encajan a la perfección en las bisagras del bastidor. Cierto silencio, la mueca de los lugares abandonados, ese aire detenido donde ya no circulan las palabras. La foto de ellos dos de novios —ella de blanco, él de negro— que se abrazan en la iglesia, desaparecida. Miré en el intersticio entre la estantería y la pared, no

había trozos de cristal. Así entendí que se había ido. Después la vi exánime en la cama y llamé a la ambulancia.

Me siento, me pongo de nuevo los zapatos y coloco las zapatillas en el zapatero, las compré en el mismo mercado donde desde niña compraba la bata —primero blanca, luego negra— y calzado y cuadernos, una vez un compás, las gomas para el pelo, el primer sujetador y el que llevo ahora mismo. Flojo, algo desteñido, no aguanta nada de nada. Hace seis años que no vuelvo al mercado, quién sabe si todavía existe, si las batas, los bolígrafos, los sujetadores y hasta los compases no explotaron, porque la guerra no necesita calcular medidas. La última vez que estuve allí nadie se esperaba que llegase, se pensaba en el dinero, cada vez hay menos, en el mal tiempo, en las pequeñas arrugas alrededor de la boca brotadas de la nada como malas hierbas, en las obras del bajo techo porque siempre llueve en el interior de la casa, en todos los actos que completar cada día antes de que llegue la noche. En la guerra no se piensa para nada.

Compré cinco pares de zapatillas todas iguales, gris chimenea, de una lana gruesa y de rigor soviético, han pasado treinta años y esa fealdad permanece. De gusto, nada. De belleza, nada. De comodidad, nada. Las compré desgarbadas para recordar esto: mejor la guerra que volver ahí, mejor la incomodidad que la esclavitud. El cielo estrellado sobre mí y las zapatillas soviéticas en mis pies, mi recordatorio de libertad. Le mandaré un par también a Roman, tal vez en el próximo paquete, la próxima vez que me llame desde el frente se lo diré. Luego miro el mapa en el móvil y lo busco con el dedo, siempre habría que saber indicar el lugar donde habita un hijo. En cambio, la guerra implica también perder la orientación de lugares y personas. Las zapatillas no le sirven para nada, me digo, servían en la paz para todas las horas pasadas delante del

televisor, con la lata de cerveza nunca vacía, parecía regenerarse por una alquimia milagrosa. De escuela, nada. De proyectos, nada. De trabajo, nada. Cogía mi dinero cada mes, decía que esperaba su buena ocasión, hasta ahora su buena ocasión ha sido una madre que se rompe el lomo en Italia. Dar a luz es para siempre. Después se decidió a enrolarse, quién lo hubiera dicho, pero si no nos sorprendieran, no serían hijos. Si no los viéramos irse, no seríamos las madres.

Dijo que, con el dinero que le enviaba, pagaba la escuela privada para el niño y, en cambio, lo dejó irse solo con mi número de teléfono escrito con bolígrafo detrás de la foto de una desconocida y sin calcetines de recambio. Si no nos decepcionaran, no serían hijos.

Camisa planchada y doblada, tabla de planchar en el trastero, casa limpia, hay un orden en las cosas que nos toca identificar a nosotros. En cambio, a las personas no se les puede planchar la cabeza. Ella está siempre en la cama, hablar le supone un esfuerzo, como subir las escaleras o corregir los exámenes de sus estudiantes, ni siquiera las noticias de la radio le interesan, la guerra nos cansó a todos, ya no hace ruido el dolor de los demás.

Desde que el niño está aquí, se ha vuelto más melancólica. Tras las primeras veces, me pidió que no volviera a traerlo, su voz le provocaba dolor y esperanza, me dijo. Cuando estoy trabajando, lo dejo con el cura guapo, al menos ahí juega con los demás en el oratorio. Habla poco, corre mucho, con los lápices de cera dibuja prados verdosos y tanques caradura, eso dice. No está triste ni alegre, me parece que espera algo, como si tuviera un secreto. Ha caído en un mundo de adultos, toda esa gente que debe hacer las cuentas con su propia infelicidad. Le gustaba venir a casa de la señora y aprender la lengua, cuando llegó ya sabía muchas palabras, las había estudiado con un diccionario que le envié a su padre. Se

crio solo, su madre era rusa, volvió ahí cuando él no tenía ni siquiera dos años, cuando empezó la guerra en el Dombás. El padre le dijo que ella había muerto. Si no cometieran errores, no serían hijos.

A la puerta solo llama el vecino, nos devuelve el ave evadida, se presenta en zapatillas, como si fuera de la casa. ¿Será suya la camisa que acabo de planchar? Seguro que no es una de las de Él, que aquí no volvió nunca más, y el ave homónima no lleva ropa. Y además las suyas llevaban bordadas las iniciales MM, mientras que esta es anónima, parida por el ojo de buey de la lavadora, pero de ascendencia desconocida. Podría ser la del hijo, pero él está lejos, en Australia, no vuelve. De marido, nada. De hijo, nada. De amigos, nada. No somos tan distintas, la señora y yo.

Me asomo a la puerta que está abierta, justo para decirle que me voy y que la cena está en la nevera. El esternón sube y baja, y así me demuestra que está viva, no hay que llamar al 112, de ambulancia, nada. Me siento en la cama del lado de los pies, le rozo una pierna con el antebrazo, como por casualidad, y le muestro la pantalla del móvil, le indico el punto en el que está mi Roman en este momento, las líneas de los combates, los centímetros de territorio que, sobre el papel, han sido retomados, las ciudades reconquistadas, las perdidas, disparos, explosiones, esperanzas. Ella mueve los ojos siguiendo mi dedo, levanta un milímetro el mentón, la cabeza aplastada por un peso invisible que le empuja el cuello. De nuevo le rozo el gemelo, suspira. Le pido que ponga ella también el dedo en el lugar del hijo, apoya la yema del índice en la pantalla y da vueltas, llega a Australia, duda y toca un punto, pero es un instante, se gira de lado y aparta la pierna.

—Mañana deberíamos lavar las cortinas —le dice a la pared de enfrente. La pared no contesta.

—Próxima vez, señora —prometo, esperando encontrármela

viva.

34

El polvo anida en las esquinas; el diablo, en los detalles: no hay solución, en ambos casos. De plumero, nada; de aspiradora, nada; de paño electroestático, nada. Tú te giras, y él reaparece en un eterno retorno que es figura del paso de los mortales por la tierra: polvo somos y en polvo nos convertiremos.

Los libros atraen más. A ella le gusta tenerlos alrededor, en las estanterías, en la mesita de noche, en una mesa baja en el salón, en pilas y pilones en el pasillo. El agujero dejado por los libros de él en la librería se ha llenado muy pronto con otros volúmenes, el que dejó dentro de ella, en cambio, no se llenará.

Cuando le hablo pongo vozarrón, le digo: tirar, tirar todo, papel solo es bueno para encender fuego, inútil guardar nidos de insectos. Hablo así, ella sacude la cabeza, yo me río entre dientes y quito bien el polvo, uno acaba en mi bolso marrón de piel falsa con las tachuelas de plástico dorado. Por la noche me ayudo con el traductor, ella no se da cuenta de nada, tres o cuatro días después el libro vuelve a su lugar y me llevo otro. De libros, en casa de mis padres, nada. Ya costaba demasiado la Filonosequé, imagínate añadir también la Literanosequé. Para mi madre las novelas eran cosas de mujeres de la nobleza o de sirvientas, ella no pertenecía a ninguna de las dos categorías. Libros solo hacer polvo, digo con el vozarrón. Un día u otro yo tira todo, señora, o salir ellos o salir tú.

Encontré también uno para niños y por la noche se lo leo a Kostya para que aprenda la lengua y porque un niño sin historias es

como una casa sin ventanas. Parece un libro de hace cien años. Hay alumnos, un maestro y una maestrita con el bolígrafo rojo. Cada mes un cuento triste, me arrepentí de haberlo empezado, en cambio a él le gusta. *De los Apeninos a los Andes* es su preferido, le recuerda el viaje para llegar hasta aquí. No está tan mal, en definitiva. Pero nada que ver con padre Dante.

Con ella hablo la lengua de los extranjeros: de gramática, nada; de léxico, nada; de morfología, nada. La sintaxis elemental de los excluidos. Mantengo la distancia en las palabras y en los pensamientos, tal vez por miedo a dejar de sentir la nostalgia y olvidar el regreso, como los compañeros de Ulises tras comer el fruto del loto. Para ella yo soy Irina que grita y arrastra palabras, que martiriza los verbos, que mezcla la *Divina comedia* con expresiones de primaria. Pájaro cagado sofá. No morir, señora, mientras estoy fuera para compra. Levantar de la cama antes de llagas. Las únicas verdades que los dueños pueden aceptar son esas, pobres en gramática, que parecen inocuas porque provocan piedad. Nosotros, los extranjeros, somos el polvo de la sociedad: invisibles y ubicuos. Estamos en contacto con el lado corpóreo de la vida de nuestros dueños, la suciedad, los excrementos, los restos. Los observamos vivir y sabemos muchas más cosas de las que ellos saben de nosotros. Sabemos si han dormido o si se han quedado despiertos, si están haciendo dieta o si han ganado peso, si se han peleado con el marido o han hecho el amor, si tienen un amante, si se sienten culpables. Y se sienten culpables, casi siempre, por todo.

Cuando me contrataron en esta casa, ella aún no sabía que estaba deprimida, yo en cambio sí. Habría podido decirle que el marido se iría, que los días se le caerían encima. Para quien observa desde aquí, del lado del polvo, las vidas de los demás son transparentes, pero no podemos decirlo, nos atrincheramos detrás

de nuestras frases entrecortadas, nos hacemos los idiotas para no ir a la guerra. Pero luego la guerra llega, y hay que partir de todas formas. Empezó para ambas el mismo día, para mí con los tanques que cruzan la frontera, para ella con el marido que cruza el umbral de la casa. Inmediatamente después se presentó Orietta, su depresión, así la llama. Ella también es como el polvo: está aquí para quedarse.

Ambas vivimos una batalla, la señora y yo, ambas con un hijo lejos. Hay tantas cosas que yo sé y ella no. Que el marido querrá otro hijo de la nueva pareja más joven, que los amantes que ella invita por la noche quisieran quedarse a dormir pero ella se lo prohíbe, que muchos de los libros que tiene en casa ni siquiera los ha abierto. Que Corrado Mantoni, el vecino, también vive con una especie de Orietta, y podrían juntarlas, porque no es justo estar solos, ni siquiera en guerra.

35

El antical disuelve las incrustaciones, no el dolor, pero ya es algo, hay que estar contentos, hay problemas para los cuales existe una solución. Para otros no: canas, ninguna. Mosquitos, ninguna. Guerra, ninguna.

Sacar la cal de la manilla del grifo o del plato de la ducha es una pequeña victoria sobre la parcialidad de la vida, la ilusión de no ofrecerle siempre el flanco a la derrota, de tomarse una minúscula revancha en lo cotidiano gracias al producto justo, de solucionar los problemas uno a uno en el orden en que se presentan, afinar el método, minimizar la distancia entre teoría y praxis. Limpiar a fondo

se ha convertido para mí en un imperativo categórico.

No todas piensan así, desgraciadamente, algunas hacen trampas. Alexandra, la ucraniana que trabaja para tres señoras distintas en el barrio de Posillipo, esta mañana, mientras esperábamos que empezara la misa, me ha dicho: «¿Para qué te rompes las manos con las baldosas, si ellos ni siquiera lo notan? ¿Qué esperas, un premio? Nos dejan el dinero en la mesa de la cocina, a veces todo en monedas como si fuéramos unas máquinas expendedoras, en una hoja, la lista de las cosas que hacer, que suelen ser el doble de las que conseguiremos acabar, lo saben ellas y lo sabemos nosotras, y se quejan por una tacita rota, una tacita vieja y miserable que ya no tenía ganas de vivir. El año pasado empezó la guerra y de pronto todas nosotras, Olga, Daria, Magda, Tatiana, nos convertimos en personas. Estás cansada, querida, descansa. Te preparo un café, cómo va en casa, y tu hijo, y tu madre, y tu ciudad, ¿caen bombas o aún no? Descubrieron que Ucrania no es solo un país de sirvientas de exportación. Somos valientes, altivas y determinadas. ¡Muy bien! Durante tres meses, quizá cuatro, hasta las vacaciones de verano. Luego volveremos a ser extranjeras».

Alexandra habla mucho, pero no estudió la Filonosequé: dialéctica sirviente-dueño, ninguna; tesis-antítesis-síntesis, ninguna; lógica hegeliana, ninguna. Y sobre todo se equivoca con el antical, el ahorro no es ganancia. Durante las homilías de padre Mattia se distrae para hablar de sus señoras, la rica, la tacaña, la obsesiva. Cuando el cura guapo habla de nuestros hijos lejanos que combaten por la patria, ella chismea sobre las infidelidades de sus empleadoras, hechas y sufridas. Alexandra no tiene hijos, ella no conoce la guerra.

Ni siquiera tiene sobrinos, si no tendría otros temas de

conversación. Un diente que se balancea, de los de abajo. La nueva *skin* de *Brawl Stars*, por solo 9,99 euros te la descargas. Abuela, me aburro, no tengo ni un amigo aquí en Nápoles. Las pesadillas todas las noches, con bombas que silban todavía en los sueños y carreras hacia los refugios. Esta noche me desperté para hacer pipí y me lo encontré al lado, me miraba fijo con ojos embrujados. Kostya, ¿qué pasa? Pero él dormía, ha farfullado algo sobre el padre herido, la visita médica, el distrito militar y se ha vuelto al sofá que se ha convertido en su cama. En el desayuno ya no se acordaba de nada. Para ir a la iglesia se ha puesto la camiseta nueva que le compré rebajada en Oviesse, la eligió él, tiene un Pikachu gigante en el pecho y los hombros cubiertos de frases en japonés. En Ucrania no hay, dijo, por una vez lo vi contento. El poder que tienen los objetos de alegrar a los niños, la magia del capitalismo. Tal vez por eso se decía que los comunistas se comen a los niños, porque les anulan el deseo.

Antes de la misa, hago la cola para la confesión, aunque no tenga nada que confesar, además soy atea y no me sé las oraciones. Padre Mattia lo sabe, pero me escucha igualmente, nos reunimos en la sacristía y le cuento lo que va bien y lo que no, algún libro que he leído y él no, o al revés, le hablo de ella que sale de casa cada vez menos y a veces se tira en la cama días enteros. Los medicamentos un poco los toma y un poco no. Cuando los toma, anda gruñona por la casa, cuando no, está distendida y habla con esa Orietta suya. Le cuento de Kostya, de las pesadillas suyas y mías, no soy capaz de animarlo, ni siquiera sé si soy capaz de hacer de abuela, un buen día me lo encontré delante de mí, creía que estaba estudiando en el colegio y, en cambio, llegó solo en tren, corriendo el riesgo de ser cogido como rehén o deportado con una familia rusa, he oído que esto también está ocurriendo. Padre Mattia suspira, mira el techo de

la sacristía y dice: recemos. Movemos los labios sin emitir sonidos, él repite palabras de fe, yo finjo e imito a los peces del acuario. Gracias, le digo, y él: espera. Me pregunta por Roman, pues sabe que había venido a hablarle de eso y luego no he sido capaz, pero él es mi antical, disuelve en un instante los grumos de discreción. Siempre me preocupó, desde que era pequeño como Kostya, le confieso, pero ahora se está demostrando un héroe. Algo bueno he hecho, en la vida, además de estudiar la Filonosequé.

Padre Mattia me dice que siempre hay algo bueno, hay que saberlo buscar y estar presente para los necesitados, para los enfermos, para quien toma las pastillas o no, porque Dios es medicina y cura. El próximo cargamento hacia la frontera sale a finales de mes, si tengo que enviar algo, aún hay tiempo.

Es bonito hablar con el cura, él ve el rostro de Dios desde aquí abajo, un Dios que sonríe. Para él la existencia de la caridad es una suerte de prueba ontológica en forma de paquetes de arroz y latas de tomate, que cada mes salen con la furgoneta conducida por Peppe Quaranta, un antiguo presidiario que ahora frecuenta la iglesia e hizo unos contactos para abastecer a nuestras familias y a nuestros jóvenes en el frente.

¿Cómo hace para seguir teniendo fe, me pregunto, entre las bombas, los trozos de cielo caídos, los techos de casas que ya no están, un hospital pediátrico del que no queda más que un cráter oscuro, la casa en la que nací y donde mi tía seguía viviendo, y ahora de tía y casa solo quedan ruinas?

El cura susurra una bendición en la lengua de su religión y yo me quedo con mi Filonosequé y con mis dudas. Pienso en la señora y en sus días hechos de nada que son también los de un cráter cuyo fondo no se ve. Pienso en la foto del salón, un paisaje en Australia, y sospecho que nadie fue allí de verdad. Pienso en el pequeño Kostya,

pelo rubio y fino, como yo, y ojos que miran al suelo cada que vez que nombro a su padre. Vuelve pronto, le miento y yo también miro al suelo. La mentira es el pan de todas las guerras.

Padre Mattia se toca la cruz de madera en forma de te que le cuelga en el pecho, la aprieta en el puño, como si necesitara verificar que sigue ahí. Antes de despedirme y recoger al niño, me persigno, no tengo fe en las palabras, pero sí en los gestos. Y este es un gesto que sella los discursos y hace que parezcan cargados de sentido: une la frente con el corazón, algo útil para quien cree. Aún más para quien no cree.

36

Hay al menos cuatro maneras de quitar las manchas de unas sábanas, sin duda menos para las de nuestras conciencias.

Con bicarbonato, limón y cepillo.

Con agua tibia y 4 aspirinas.

Con percarbonato de sodio y sal gruesa.

Con vinagre y agua caliente.

Las manchas cuentan la vida de las personas. Antes de trabajar para ella, lo hacía para una familia con cuatro hijos, la madre y el padre siempre fuera por trabajo, la nana y yo encargándonos de todo en lugar de ellos. Hasta hablaban de tener un quinto, luego él se fue con la secretaria, quizás el quinto lo tendrá con ella, la del colorete rosa melocotón, a juzgar por el halo en sus camisas. La chica mayor sufría anorexia, manchas amarillentas en zapatos y jerséis, restos

del mismo color en la tapa del váter. Se lo hice notar a la madre, tuve que buscarme otro trabajo, pero tenía razón, ¿a quién le gusta recibir malas noticias sobre sus hijos?

Ayer por la mañana Roman me llamó, una llamada más breve de lo habitual, la osadía de las primeras semanas ha dejado lugar a la inquietud. Tras años de lejanía, he afinado mi sentido del oído, como les pasa a las personas que no ven, según se dice. Sé captar por el tono de su voz lo que no sabe o no quiere decirme. Se trata de un radar puesto a punto para suplir la distancia. Detecta también las mentiras, él es bueno inventándolas, pero conmigo no superan la prueba del teléfono. Todo bien, dijo: mentira uno. La guerra acabará pronto: mentira dos. La vida en el frente es dura, pero uno se acostumbra a todo: mentira tres.

No es verdad que acabará pronto, hubiera querido decirle, no acabará nunca, y nada está bien, te has entrenado para contestarme así desde que eras un niño que sufría tanto la nostalgia de su mamá que no sabía expresarlo. La predisposición a la mentira te la infundí yo, porque era yo quien deseaba que siempre me dijeras: está todo bien.

El pago llega con retraso y se me ha acabado el dinero, dijo antes de colgar. Y así las mentiras son cuatro, conté con los dedos. A pesar de esto, se lo pedí a ella, ayer por la tarde, cuando acabé de quitar las manchas del sofá. Estaba tumbada en la cama con los zapatos puestos, había intentado salir, pero Orietta se lo impidió y ella volvió a tumbarse boca arriba. Subí las persianas y abrí las cortinas, la oscuridad de la habitación desapareció, no la del corazón.

—Alquiler subido, pequeño Kostya muchos gastos, mi Roman necesita dinero para guerra. Yo siento pedir, dice también padre Dante: «sabrás lo amargo que es el pan ajeno».

Ella se quedó con los ojos cerrados.

—Hay dinero en el cajón pequeño de la cómoda, coge lo que necesites.

Me acerqué a la jaula de Massimo pájaro, abrí la pequeña rejilla para sacar la bandeja y cambiar agua y comida, luego me armé de valor y busqué el dinero donde ella me había indicado.

—Yo devuelvo pronto. Victoria está cerca, mi Roman volverá de la guerra, niño volverá a Ucrania, y yo volveré a mi vida de mierda.

Ella giró la cabeza del otro lado, en el cuello tenía una mancha oscura que dos días antes no estaba, como la marca de un mordisco o de un beso demasiado apasionado. Un tipo de mancha que ni siquiera el bicarbonato y el vinagre y 4 aspirinas y sal y limón quitan. Tal vez el dueño de la camisa anónima la haya apretado demasiado fuerte esta noche. O quizá sea otro, el de los pelos de barba rojizos que quedaron en el lavamanos la semana pasada. O el que deja la pasta de dientes sin tapa. También podrían ser la misma persona.

Su móvil vibró en la mesita de noche, la pantalla mostró el icono de un corazón, es esa aplicación suya que tendría que encontrarle el amor o algo que lo reemplace. Ella echó un vistazo y lo dejó allí, se quitó las sandalias sin tacón empujando con la punta del pie primero sobre el talón derecho y luego sobre el izquierdo, y se tapó con el cubrecama, llevaba puesta la ropa con la que había renunciado a salir.

—Antes de irte, cierra de nuevo las cortinas, necesito descansar un poco los ojos —balbuceó mientras yo iba a la cocina.

Lo hice y volví a quitar manchas de la colada. Cuando acabé, me encontré con Tatiana y Alexandra, llevamos los paquetes a padre Mattia y ayudamos a Peppe Quaranta a cargar el camión, Kostya se divierte subiendo y el expresidiario le enseña a cambiar las marchas. Con los chicos es muy bueno, parece que disparó a un guardia, pero

era menor de edad, lo condenaron a veinte años y los cumplió todos, tiene los brazos tatuados y mucha paciencia para explicarles a los niños cómo funcionan el motor y los frenos. Los sobres con el dinero los guarda aparte, en una cartera pequeña que lleva bajo la camiseta interior, pegada a la barriga, también tatuada. Se alisa la calva, cuenta y vuelve a contar los billetes varias veces y en cada sobre escribe el nombre de quien lo envía, el destinatario y el importe. El dinero acaba en su riñonera invisible y milagrosamente reaparece en las manos de nuestros parientes del otro lado de la frontera. Nadie recibió ni un céntimo menos, hasta ahora. Quien conoció la pobreza no hace trampas con los pobres, la cárcel también te enseña esto, les dice Peppe Quaranta a los chicos del oratorio que se juntan a su alrededor para escuchar sus miles de aventuras.

Volvemos a casa, Kostya y yo, bajo un sol obstinado, me entran ganas de cogerle de la mano, me acuerdo de que se hace así, por un instante siento la palma pequeña y suave de Roman que se entregaba a mí y no sabía que lo dejaría cuando aún era casi un niño, casi para siempre. Extiendo el brazo y le rozo los dedos, luego vuelvo a pensar en el viaje que hizo completamente solo para llegar hasta mí y me doy cuenta de que, si caminó tanto tiempo sin ningún adulto que lo cogiera de la mano, ya no lo necesita.

Mi habitación es pequeña pero no demasiado caliente, y llena de luz, un consuelo en los días de junio, cuando cada hora es tan espaciosa que de una podrías conseguir dos. Todas mis posesiones cabían en un saco cuando hace veinte años me vine a Italia, fue más fácil que preparar una excursión a los Cárpatos. Mi Roman creció solo, o la madre o la vida, olvídate de la duda cartesiana. Me fui, diciéndome que lo hacía por él y por toda la familia, la verdad es que lo hice a pesar de él. Al final lo que perdí es mucho más de lo que

gané, y no basta con una vida de dinero enviado desde el extranjero para llenar aquel vacío. Preparo el sofá para Kostya y me acurruco en la cama. Pobreza solo es otro nombre que le damos a la guerra.

37

La casa oculta, pero no roba, decía mi madre. No había estudiado la Filonosequé, fue a la escuela soviética y presumía de cierta ignorancia acerca de las cuestiones teóricas. Su principal virtud era ordenar, y es también la única que heredé. Organizaba nuestra vida doméstica a partir de una pirámide de necesidades, en la base las cosas más sólidas, y las inmateriales cada vez más arriba. En el primer estante: la casa, la comida, el trabajo, el dinero. En el segundo: el coche, los electrodomésticos, la ropa y todos los objetos resistentes, destinados a durar en el tiempo. Y más arriba, hacia la cima de la pirámide: lo efímero. Los placeres pasajeros, el amor, los libros, las caricias, las buenas palabras, el sexo. Mi madre se equivocaba, no es verdad que la casa solo oculte, más a menudo roba. A mí me robó la desenvoltura; a mi hijo, a su madre; a Kostya, la infancia. Si solo hubiéramos sido más ordenados y hubiésemos puesto en los estantes más bajos las cosas ligeras: soplar las velas, un helado, una carcajada, un abrazo, pasar tiempo haciendo nada.

Esta mañana Kostya no ha ido donde el cura, ha dicho que se sentía acalorado, me lo creo, hace calor, le he dicho, no estás acostumbrado. He llenado la botella de los Pokémon que compramos en el supermercado y le he preparado un bocadillo con mantequilla, jamón y cebolla, lo he puesto en la mochila de *Minecraft*. Cuando mi Roman era pequeño la botella, la mochila y las camisetas no tenían

un nombre, ahora lo tienen y querer a alguien quiere decir aprender esos nombres. Así el consumismo se ha interpuesto entre nosotros y nuestros afectos. El niño se ha plantado delante de la puerta con los brazos cruzados, lo hacía también el pequeño Roman al final de cada agosto, cada vez que yo tenía que volver a Italia.

—Quiero estar contigo.

—En casa de la señora te aburres, es mejor que vayas con los niños de tu edad a jugar al parque.

Ni siquiera he acabado la frase y me he dado cuenta de que todo estaba en desorden. Estante alto y estante bajo. Las cosas intangibles son las que tienen más peso. Por eso, esta vez, lo he cogido de la mano y ha sido más sencillo de lo que pensaba, he descubierto que todavía necesitaba ser sostenida. En la parada del bus se ha puesto muy cerca, como si tuviera miedo de perderme, y cuando hemos bajado ha empezado a trotar delante de mí para luego volver atrás, como esos perros pequeños con los ojos gigantes que las señoras elegantes de algunos barrios se llevan de paseo, se ve que tienen ganas de correr, pero nunca pierden de vista a su dueña.

La casa está oscura y silenciosa, como siempre, olor a loción de afeitado en el salón, dos vasos de whisky en la mesita de centro, debajo, un par de zapatos de mujer. Kostya ha empezado a dar vueltas mientras yo me he puesto a trabajar. Después de un rato me ha llamado desde la cocina:

—¡Babusia, babusia!

—Silencio, ¡la señora descansa!

—Mira, *nonna*, ¡se ha duplicado!

Es la primera vez desde que está aquí que me llama así, en italiano. La jaula de Massimo pájaro está apoyada en un estante cerca de la ventana de la cocina que da al patio, en el interior hay

dos loros en vez de uno, cada uno en su columpio.

—¿Es un chico o una chica? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Nunca lo había visto —contesto—, debe de haber llegado ayer.

Kostya salta por la cocina y luego va al salón. El loro se ha duplicado, el loro se ha duplicado, aúlla feliz. Hasta que la señora emerge de su habitación, pálida y despeinada.

—He oído gritar —farfulla.

Kostya se inmoviliza como si jugara a un, dos, tres, al escondite inglés. Lo miro de reojo y se escapa al salón.

—Niño ha descubierto nueva ave y se ha asombrado. Yo también.

Se le forma una arruga en medio de las cejas y mira alrededor, aturdida, como si estuviera saliendo de un sueño confuso. Da dos pasos hacia el salón, luego me alcanza en la cocina, mira fijo la jaula y se lleva las manos a la boca.

—¿Y este de dónde ha salido?

—¡Ha salido, ha salido! —celebra Massimo pájaro.

Me mira con sospecha.

—¿Lo has traído tú? Yo no quería otro animal.

—¡Otro animal, otro animal! —grazna Massimo pájaro, mientras revolotea alrededor de su nuevo huésped.

—Nosotros llegamos ahora, él ya estaba ahí dentro. O ella. —Inclino la cabeza hacia un lado, como si con un examen más atento pudiera descifrar su sexo—. ¿Tal vez príncipe azul de ayer noche regaló? —Señalo los vasos a través de la puerta semiabierta.

Se restriega los ojos, como para apartar una alucinación.

—Te has encontrado tú solo a tu lorita —comenta ella—. Has hecho bien, si me esperabas a mí, te ibas a quedar soltero de por vida.

—Por eso se escapaba siempre. —Kostya mete la punta del

índice en la rendija entre los barrotes—. Él en busca de amor, como mi Tato, robacorazones con mujeres de dinero.

—¿Tal vez el señor Corrado introducido ave? ¿Qué piensa, señora?

—Irina, no creo que el señor Corrado sea el tipo de persona que introduce aves sin permiso —contesta, y se nos escapa una carcajada.

38

Lavado, enjuague y centrifugado. El ciclo de la lavadora es como el de la vida, pero para algunos el centrifugado dura más. Para el pequeño Kostya, desde siempre: prelavado, ninguno; lavado, ninguno; enjuague, ninguno. De ese ritual de palingenesia que es la colada conoce solo el centrifugado, tal vez por eso corre siempre, incluso en sueños, aprendió que, si uno está parado, es más fácil que lo apunten. Uno se convierte en blanco. Como para la señora: la depresión la alcanzó cuando se metió en la cama, y desde aquel momento ya no la dejó.

El nuevo loro es hembra, sostiene Kostya, la ha llamado Olga, como su madre. Me dije que ahora los dos huéspedes en la jaula llevaban nombres de fugitivos. Le pregunté cómo había deducido el género del ave, y él me explicó que hizo una investigación con el móvil.

—Los inseparables son loros de pico amarillo que viven siempre en pareja, macho y hembra, y cuando están solos vuelan y vuelan y vuelan en busca de un compañero para toda la vida. Por eso Massimo pájaro era cinturón negro de huidas. También la pobre Olga

se sentía como un copo de nieve en la mitad de agosto. Hay quien escapa por amor y quien lo hace por la guerra. —Se señala a sí mismo, luego frunce la nariz—. Pero aún es tanto misterio cómo ha hecho para entrar en la jaula —añade en italiano, ya mezcla las lenguas incluso en la misma frase, es su manera de situarse en la mitad entre los dos mundos.

—Sabes, Kostya, el amor no conoce barreras —le he dicho, y he seguido cargando la lavadora.

No le he revelado que fui yo quien le enseñé a Massimo pájaro a abrir la puertecita para facilitarle la fuga. Esperaba que al menos él volviera a la libertad.

A media mañana ha entrado en la habitación de la señora, pero hoy no es un buen día. La alegría de ayer ha dejado lugar a una melancolía viscosa. Ni siquiera una sonrisa cuando Kostya imitó a los dos animales en el momento del encuentro.

—Soy pequeña lorita ucraniana, no pájaro de calle, ¿hay lugar para mí? Entra, preciosa, ¡no hay control de documentación para ti!

Ella se quedó con los ojos entornados y luego pidió amablemente que bajáramos la voz porque le dolía la cabeza. Así la casa se ha sumido en el silencio. Loros, nada; radio, nada; señor Corrado, nada. Se fue a la playa, se despidió hace dos días, le sabía mal dejarnos, hubiera querido enseñarle unas palabras a la lorita y a Kostya a nadar en la piscina, debe de ser una de aquellas personas que muestran su cariño a través del adiestramiento. Me explicó que cada año, desde que se quedó viudo, sigue reservando tres semanas de julio en el mismo lugar, el mismo resort, el mismo apartamento donde iba con su mujer. Es como llevarla de vacaciones, dijo, y además no sabría dónde ir, era siempre ella quien se encargaba de organizarlo todo. Perder a alguien significa también tener que reconquistar partes de uno mismo que habían sido delegadas en el

otro. Se fue en taxi, para ese único desplazamiento al año le cuesta menos que el coche, esta también había sido una idea de la mujer, el conductor es siempre el mismo y durante el recorrido de un par de horas hablan casi siempre de ella. ¿Quiere verla?, me preguntó antes de irse. Levanté los hombros, seguí planchando, los loros estaban ocupados arrullando y Kostya estaba jugando con una baraja napolitana que había encontrado en un cajón del salón. El vecino sacó el portarretratos de plástico de la americana de lino claro y me la mostró con orgullo. Se asemejaba un poco a la señora, eso me pareció.

Antes de que la mujer volviera al bolsillo, Kostya llegó corriendo para despedirse, él también con una foto en la mano.

—Mi Mate —comunicó todo orgulloso, presentándosela.

El señor Corrado levantó las cejas perplejo, estaba a punto de decir algo, pero como le hice una señal para que no hablara, se puso de rodillas para abrazar al pequeño, que se liberó, no está acostumbrado a ser apretujado por los adultos. La señora se quedó en la cama, sin ni siquiera venir a despedirse. En esta casa todos tenemos un trozo que nos falta.

39

Es preciso tener el caos dentro para poder dar a luz una estrella danzarina. Para dar a luz a un hijo basta con tener valor, habría tenido que añadir Nietzsche, pero era hombre y ciertas cosas no las podía saber: hijos, ninguno; emparejar los calcetines después de la colada, nada; clasificar cubiertos en el cajón de la cocina, nada.

Esta mañana, en el cenicero, encontré un puro, antes percibí el

olor, luego vi esta media caca maloliente abandonada en el salón. Tiene que ser uno nuevo, el número 16 desde que Massimo marido se fue, el número 3 desde que Massimo pájaro encontró el amor. La precisión es importante, ayuda a descubrir reglas en el desorden. Aristóteles creaba categorías para los entes a partir de sus diferencias, yo catalogo los amantes. El del puro, el de la loción de afeitado, el de los pelos rojos, el de la camisa de rayas, el del calcetín corto, el de la música clásica, el de la pasta de dientes abierta, el de los besos apasionados. Amantes de un solo uso que no duran más de una noche. Llegan tarde, cuando Orietta quizás es más clemente hacia ese único acto de insubordinación. O es parte de la depresión la búsqueda compulsiva de hombres, como si fuera una única ancla que actúa como contrapeso para el cuerpo, es siempre Orietta quien manda. Por cada hombre, un encuentro: vínculos, nada; historia, nada; sentimiento, nada. Son hombres taxi, solo sirven para llevarla hasta la siguiente parada de su soledad. Yo renuncié hace tiempo, a mí el sexo ya no me interesa, mientras que la señora se traga a los amantes como si fueran pastillas. Hasta ahora no han surtido ningún efecto, ni los hombres ni los psicofármacos.

—Qué suerte los loros inseparables —reflexiona Kostya mientras vacío el depósito de la aspiradora—. Nosotros somos todos cartas desemparejadas. —Y se pone a jugar al solitario mientras espera que yo termine.

Más tarde, mientras esperamos el autobús para volver a casa, saca de nuevo del bolsillo la foto de la mujer morena que cree que es su madre, está muy arrugada, detrás, mi número y la dirección de la señora ya están desteñidos.

—¿Tú la conocías? —investiga.

Catalogar, definir, dar una forma al caos. Observo esa joven

estrella danzante que se agarra a mis palabras con todas sus fuerzas, y desaparece toda Filonosequé. La búsqueda de la verdad es un esfuerzo para la gente de paz, nosotros venimos de la guerra. El rostro de la desconocida en la foto tiene la belleza genérica y algo convencional de quien sonríe por profesión, podría ser una modelo, una actriz. Y de todas formas no se le parece, al menos habría podido elegir a una rubia, mi Roman siempre tuvo demasiada fantasía y poca paciencia. Cuando su mujer volvió a Rusia al comienzo de la guerra y lo dejó con el niño de ni siquiera dos años, él salió con los amigos para celebrar con una borrachera, lo supe dos semanas después por teléfono. Por fin volvió de donde había venido, me dijo con amargura. Los inseparables solo existen entre las aves, reflexiono, a nosotros nos ha tocado la jaula medio vacía.

Por fin llega el bus, encontramos lugar al fondo, en los asientos de cuatro.

—Tiene tu misma mirada, ¿ves? —Le cojo la foto de las manos y empiezo a mentir, con cautela—. Y este lunar pequeñito en la mejilla. —Le toco el hoyuelo e indico a la vez un puntito invisible en la imagen consumida. Kostya me mira sospechoso, está intentando entender si de verdad sé algo o no—. Y además le encantaban los helados, también eso lo tenéis en común. Y le gustaba correr, nunca estaba parada, daba patadas hasta por la noche y tu padre se quejaba, le ponía los gemelos morados de tanto pisotón.

—Babusia, dime la verdad.

Un secreto no es una mentira, dice siempre mi Tato, pero yo estoy cansado de los secretos, cansado de la lejanía, cansado de la guerra.

Bajamos del bus, Kostya se pone a correr muy rápido y no vuelvo a verlo hasta que llego a la puerta de casa, me espera sentado en el felpudo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada

en el panel de madera.

—Lávate las manos, me ayudas a preparar la mesa.

—No tengo hambre. Quiero estar solo con Orietta, como la señora.

—Ni hablar, eres demasiado joven para Orietta.

Aprieta los labios, se traga las palabras que quisiera decirme.

Paso por su lado y le rozo el pelo, igual al de mi Roman a su edad. Enciendo el televisor, el telediario habla de nuevo de la guerra y no del calor y de las vacaciones de verano, debe de haber pasado algo. Los tanques grises, las ruinas, los edificios ennegrecidos por las bombas, las calles hechas de polvo y grava. Luego un grupo de soldados contesta a las preguntas del cronista. Ha sido terrible, nos hemos visto en el infierno, cuando nos enrolamos voluntarios no podíamos imaginar que la guerra fuera esto. Una explosión y luego nada, muchos compañeros siguen allí abajo, muertos, heridos, perdidos, se necesitará tiempo para identificar a los vivos y a los muertos. Pobres de nosotros, pobre patria, devolvednos a casa.

Archivar, clasificar, identificar. El caos se come el orden de un solo bocado. La imagen desaparece y la pantalla se vuelve negra, como de luto. Kostya esconde el mando a distancia detrás de la espalda.

—Déjame escuchar las noticias, ¡podría haberle pasado algo a tu padre!

Corre a la habitación y se lleva el mando, da un portazo y grita.

—No me importa, es él quien se fue. ¡Y también estoy cansado de ser huérfano!

Por el teléfono del hijo, nada. Por el consulado ucraniano, nada. Por el distrito militar, nada. Mi Roman parece haber desaparecido en el vacío, ya no tengo un lugar en el mapa donde apuntar con el dedo. He intentado llamar a su padre, estaba vigorosamente borracho ya por la mañana.

—Tu hijo es un vago —me reprochó—, no le enseñaste nada bueno.

—Maksym, esta vez tengo miedo —le dije.

Se aclaró la voz con esa tos ronca que le sale cuando intenta ser amable.

—Las plantas malas tienen la corteza dura. Tu hijo siempre sobrevive. —Tosió de nuevo—. Se habrá escapado con alguna gallinita del gallinero.

Le contesté que en el ejército no hay gallineros ni gallinas, que estamos en guerra, por si no se había dado cuenta.

—Irina, nosotros estamos en guerra, tú estás en Italia. Desde lejos parece todo más claro, pero de cerca las cosas son más complicadas. Bien y mal, justo e injusto, culpable e inocente.

—No es verdad, Maksym, no es todo igual, los vivos y los muertos no son iguales.

Tosió de nuevo.

—Tu Filonosequé no te ha enseñado mucho, Irina, yo fui a la universidad de la botella y sé con certeza que en algunos casos entre los vivos y los muertos hay poca diferencia.

En el desayuno Kostya está de nuevo locuaz, hunde las galletas en el bol haciendo desbordar la leche en el mantel individual de Pokémon.

—Por suerte las galletas saben nadar —precisa en la furia del juego—, y se ponen todas a salvo en mi barriga muerta de hambre.

Cuando acaba, se lame los dedos con las migas.

—¿Me llevas a casa de la señora hoy?

—No, si te portas como un salvaje.

Se alisa el pelo y sonríe, los caninos ya casi han alcanzado la misma longitud que los demás dientes, ahora hay otro que se balancea y tendré que convocar de nuevo al ratoncito de los dientes, veinte años después de la última vez que lo contacté para mi Roman, para que le traiga una monedita por la noche.

—Te llevo donde padre Mattia, esta mañana tengo que hacer unos recados.

—No quiero ir. Hay niños más pequeños que me machacan los que tú sabes y me aburro jugando con ellos.

—Solo un par de horas y voy a buscarte.

Kostya se levanta de la mesa y va a lavarse los dientes, como le pedí que hiciera después de cada comida. Cuando vuelve, se pone la mano en forma de cuchara delante de la boca, exhala y luego huele complacido.

—¡Viento de los Cárpatos!

Le hago okey con el pulgar y me encamino hacia la puerta. Por la calle, da saltitos delante de mí como siempre, de vez en cuando se detiene, se gira para esperarme y sigue preguntando por qué no puede acompañarme.

—Voy al consulado a pedir noticias de tu Tato, pero no tienes que preocuparte, él es fuerte y valiente, y volverá pronto de la guerra.

El niño sacude la cabeza de una forma que no significa ni sí ni no. En sus mejillas aparecen dos halos rosados, aparta la mirada y se escapa de nuevo hasta el final de la acera.

En el patio de la iglesia está Peppe Quaranta que carga los paquetes en la furgoneta junto a padre Mattia, cuenta el dinero que le confían las mujeres en corro a su alrededor, lo guarda en la

riñonera escondida bajo la camiseta.

—¿Sales hoy? —le pregunto.

—Hoy no, mañana.

—¿Pronto? ¿A qué hora?

—Hacia las siete, ¿tienes alguna entrega para mí?

Sacudo la cabeza, ni entrega, ni destinatario.

—La próxima vez voy yo también —interviene el cura guapo—, rezar no basta, hay que ir a los lugares para entender, ver de cerca y tocar con la mano.

En el consulado ucraniano me dan un número y me piden que me quede en la sala de espera. Muchísima gente, casi todas mujeres, algunas con hijos. Hay un silencio extraño, mientras se espera, se habla en voz baja y las historias de una se trenzan con las de otra. Quien quiere volver, quien acaba de llegar, quien pide noticias.

—Hace dos semanas que mi Roman no contesta —le cuento a una joven llamada Svitlana que está sentada a mi lado, podrá tener la edad de mi hijo.

Me sonríe, dice que es normal, cuando están en el frente es difícil comunicarse. Ella lleva casi tres años aquí, fue a la escuela nocturna para aprender mejor la lengua y sacarse el diploma, su hermano se enroló voluntario y las únicas informaciones que consigue pasan por el Ministerio de Defensa.

—¿Tu hijo no te dio un referente, un contacto?

—No. —Suspiro. Referente, nada. Contacto, nada. Noticias, nada.

Dos horas después aparece mi número en la pantalla, entro y me siento en un sillón verde claro con los brazos un poco desgastados. Le explico mi caso a un señor que se parece a mi marido, pero sobrio, apunta mis datos, el teléfono, el nombre de Roman, mi fecha

de nacimiento, me pregunta su número de matrícula. No conozco el número de matrícula. Me pregunta la sección. No conozco la sección.

—Sé que estaba en el frente, donde hubo la explosión, luego no supe nada más de él.

—Por el momento, figura como desaparecido —dice mirando la pantalla del ordenador con una voz neutra, como si me pusiera al día de la previsión del tiempo. Mañana lluvia, temperaturas estables.

—¿Desaparecido significa vivo?

Despega la mirada de la pantalla, se quita las gafas y se masajea las sienes.

—Significa que no lo sabemos. Podría haber sido herido, pero no haber sido encontrado aún por el equipo de rescate, o estar prisionero, o no haber sido reconocido.

Me llevo las manos a la boca, el corazón está a punto de salírseme del pecho a través de la tráquea. Un espasmo me atraviesa como una descarga eléctrica y me vomito en los dedos, en la camisa, un poco también en los pantalones.

El empleado se echa hacia atrás en la silla, saca unos pañuelos de papel de una caja a su derecha y me los ofrece, debe de ser un gesto ya habitual para él proporcionar apoyo a través de unos kleenex, taponar el dolor de los demás que desborda en forma de líquidos orgánicos: lágrimas, vómito, sudor.

—Podría haberse ido por voluntad propia. —Vuelve a estudiar la pantalla, que refleja una luz grisácea en su rostro.

—¿Irse cómo?

—Alejándose. Sin permiso. —Se rasca una ceja.

Me limpio la boca y las manos. En la ropa queda el halo maloliente de los jugos gástricos, estoy en ayunas desde ayer, una verdadera suerte.

—Mi hijo no es un desertor. —Intento sacar con la uña del índice

derecho una manchita tenaz en la tela de los tejanos.

—Nadie lo es. Antes de irse a la guerra.

Se despega de nuevo de la pantalla para echar un vistazo a la fila de mujeres que esperan a mi espalda.

—Haremos todo lo posible —concluye, y coloca el expediente en un archivador con anillas, junto a muchos otros—. La llamaremos en cuanto tengamos noticias.

Me levanto, intento esconder las manchas de vómito con la bolsa de tela que me traje para meter la compra.

—Ah, me olvidaba —me llama de nuevo el funcionario—. ¿Lleva una muestra?

—¿Una muestra de qué?

—Por si fuera necesario un reconocimiento.

No entiendo, mi cerebro rechaza componer las sílabas y otorgar sentido a las frases.

—Si encontraran el cuerpo, una muestra biológica para la prueba de ADN.

Sacudo la cabeza.

—Hace tanto que estoy lejos de casa —digo, como si tuviera que justificarme por no llevar conmigo una muestra de mi hijo, un mechón de pelo, una uña del pie, una gota de saliva. Discúlpeme si no he sido una custodio previsora de sus reliquias, no pensaba que fuera a morir.

Rehago el camino hacia la iglesia andando, caminar me ayuda a aclarar las ideas, y como en todos los momentos difíciles, me consuelo con mi Filonosequé, perdí tiempo estudiándola al menos para eso. No consideres la pluralidad si no es necesario, me digo, mientras intento apartar de la mente la imagen de los cuerpos alineados a la espera de identificación. Guillermo de Ockham desarrolló el método de la navaja: ante un enigma, la explicación

más sencilla es la más probable. Si mi Roman ya no da noticias es porque no puede. O no quiere darlas, que es lo mismo, hay algo que se lo impide. Multiplicar las hipótesis es inútil, hay que proceder a navajazos, trocear las tesis más complicadas y llegar a la raíz, la más evidente.

La furgoneta de Peppe Quaranta está aparcada a la sombra de los pórticos, en el pequeño prado que hay delante de la entrada cinco o seis niños se pasan la pelota. Kostya está en la portería, como un gigante entre los más pequeños. Apenas me ve, abandona el puesto de guardia y corre hacia mí.

—No he dejado pasar ninguna pelota caradura, Babusia. —Me rodea con fuerza las caderas por la alegría, es la primera vez que me abraza.

—Bravo, mi pequeño héroe.

—Ucrania gana siempre.

—Así será.

Nos despedimos de padre Mattia y nos encaminamos hacia casa. Kostya no corre delante, sino que camina a mi lado, me coge del brazo.

—Entonces ¿qué te han dicho los consoladores?

—¿En el consulado, quieres decir?

—¿Han descubierto algo sobre mi Tato?

—Han apuntado todas las informaciones y nos mantendrán informados.

Kostya parece aliviado.

—Todo bien, entonces —concluye, se va dando un salto y me deja sola con la navaja de Ockham en la mano.

Certezas, nada. Respuestas, nada. Todo bien, nada de nada.

41

Antes de nada, necesitaba con urgencia comprarme unos zapatos. Kostya se perdió dos veces entre los tenderetes, no me preocupé porque había sido capaz de llegar solo hasta mí desde Kiev, cómo no lo iba a hacer desde el mercadillo de Poggioreale. Se acurrucó a mi lado mientras me probaba un par con cordones marrones y suela dentada. A él le gustaba otro modelo, empeine dorado y suela roja, pero los dejamos en el mostrador.

—Babusia, ¿para qué necesitas zapatos nuevos?

—Cuando hay guerra, Kostya, hay que pensar en dos cosas: en los zapatos y en la comida, en este orden, porque sin unos buenos zapatos no se puede ir en busca de comida. Lo leí en un libro que encontré en casa de la señora.

El niño se acerca a una mesa llena de fundas para móviles.

—Pero aquí en Italia no hay guerra. Es más importante el móvil.

Me pide con ojos suplicantes que le compre la de *Fortnite*, un videojuego cuyo único objetivo es dispararse mutuamente, me parece. Saco cinco euros del monedero para dárselos al vendedor ambulante a cambio de una funda con la imagen de una llama morada, que enseguida recubre el móvil de Kostya. Nos encaminamos hacia la casa de la señora, yo con mis zapatos de guerra y él con su funda de guerra.

Delante del portón del edificio me paro a buscar las llaves en el bolso, un taxi pasa lentamente a nuestro lado, agarro a Kostya de la muñeca para protegerlo de la maniobra del conductor en aquel espacio angosto.

—¿Ya se acabaron las vacaciones de soledad? —grita alegre el niño.

Le tiro del brazo y balbuceo unas excusas.

Es el señor Corrado, que ya vuelve pocos días después de haberse ido. Se despide del taxista, que le entrega la maleta, se estrechan las manos como si fuera un adiós definitivo.

—Figúrese, Irina, tiene razón. No me divertía, así que decidí volver antes, hace años que no me divierto, en verdad. No se puede volver al mismo lugar durante toda la vida.

Pero a veces volver es necesario, pienso, y echo un vistazo a mis zapatos de suela dentada.

—Y la foto de la mujer fallecida, ¿también volver?

—Esa siempre está en su lugar. —Se pone una mano en el pecho, a la altura del corazón.

—La mía también. —Kostya imita su gesto.

Subimos en ascensor, la maleta del vecino ocupa poco espacio, como si ya supiera, en su fuero interno, que querría volver pronto y se hubiese ido solo para despedirse de aquel lugar.

Kostya corre a enseñarle la funda nueva a la señora, mientras yo me planto en la cocina durante toda la mañana. Preparo y congelo, preparo y congelo. Si se pudiera hacer lo mismo con la vida: apartar los mejores bocados para sacarlos cuando hay escasez, cuando necesitarías compañía, una fiesta, un abrazo, la casa iluminada que te espera por la noche, un *borščˇ* caliente, unas buenas noticias, la voz del hijo desde la otra habitación o al otro lado del teléfono.

Recorto las etiquetas para colocarlas en los recipientes y llamo a Kostya.

—A ver qué has aprendido en estos meses. —Le paso el bolígrafo y empiezo a dictar—: Pasta al horno, arroz blanco, arroz con tomate, pastel de patatas, rosbif, pastel de carne.

El niño clava el codo en la mesa, aprieta los labios y, una por una, dibuja las letras que componen cada palabra.

—¿Por qué has preparado todas estas cosas? ¿Tienes que dar de

comer a un ejército cara-de-buey?

—El tonto hace las cosas cuando debe, el listo, cuando puede. Hoy tenía tiempo, así que he adelantado trabajo.

Kostya observa el resultado con orgullo, incluso si las letras son de distintas medidas y están muy distanciadas entre ellas. Cuando la señora se asoma a la cocina, él le muestra su trabajo, por la emoción se tantea el diente que se balancea.

—Falta una te —dice ella—, pastel, con la te. —Con un gesto rápido la añade ella—. Has aprendido mucho. —Le apoya una mano en la cabeza.

Kostya agita los pies bajo la silla como si corriera. Las etiquetas en los recipientes para congelar son la prueba tangible del tiempo que han pasado juntos, en esta mesa, con bolígrafos y lápices de colores. Todavía con algunas faltas e incertezas, pero son letras de amor, cartas de amor.

La señora pasa las yemas por los trazos a bolígrafo, como si acariciara un recuerdo que emerge, una alegría que con el tiempo se transformó en dolor. Luego cruza los brazos y se encoge en el pijama de florecitas.

—Ha vuelto Corrado —le comunica el niño, tal vez para que se quede un poco más con nosotros.

La señora se detiene, se gira hacia la jaula con los dos loros, inclina la cabeza.

—Te has puesto a preparar provisiones, con este calor —observa y se acerca a la puerta de la cocina para volver a su habitación, mientras Kostya repasa la te del pastel de carne.

—Agua faltará los próximos días —miento—, ha dicho la televisión, por eso he cocinado antes. «Después, más que el dolor, pudo el ayuno», como dice padre Dante.

Kostya deja el bolígrafo y baja la mirada, yo respiro

profundamente y sigo adelante.

—Perdona, señora, yo quería pedirte pequeño favor solo para esta noche. ¿Nosotros podemos dormir aquí? Yo visita médica muy pronto mañana y no quiero dejar niño todo solo. Prometo que no molestamos, invisibles como fantasmas.

La señora abre los brazos, un gesto de acogida o de resignación. Después se encamina por el pasillo lentamente, como si estuviera muy cansada. Kostya me pasa las etiquetas y las pongo en los recipientes que luego coloco en el congelador.

El amor, el amor no se puede congelar, hay que consumirlo fresco.

42

Ordenar los objetos, hacer que desaparezcan de la vista, desaparecer también yo. Arreglo el sofá en el salón, extiendo las sábanas y coloco dos almohadas, una en la cabecera y otra en los pies. En la mesita de centro un vaso con agua, por la noche Kostya tiene ganas de beber, a veces. Hay un libro con la cubierta verde y dos marcapáginas distintos. No es padre Dante, es un autor extranjero, son relatos de marineros. Uno se llama *El corazón de las tinieblas*, leo, e imagino que hablará de guerra. Solo la guerra tiene el corazón de tiniebla. La guerra y un hijo perdido.

Kostya se ha puesto a jugar con los tres cochecitos que traje de casa, ha abierto un cajón del escritorio, ahora es una rampa de salida. La señora está en su habitación con Orietta, yo me he sentado en la cocina y he llamado de nuevo a mi marido.

—Las noticias no se dan por teléfono, Irina. Los hijos no se crían

por teléfono. La guerra no se cuenta por teléfono. Yo siempre estuve, tú no. Si quieres entender, tienes que venir aquí.

—Necesito dos días, o quizá tres, depende del viaje. Solo dime si está vivo —le suplico.

—Desaparecido, eso me han dicho a mí también.

—Y tú, ¿qué crees?

—Lo hablamos cuando vuelvas, en dos días, o quizá tres.

—¡Maksym!

—No estoy bebiendo, te lo prometo.

Llamé a Peppe Quaranta. A las siete en la iglesia, me confirmó.

—¿Llevas mucho equipaje?

—Una bolsa, no muy grande.

—¿Y el regreso para cuándo está previsto?

—Regreso cuando encuentro a mi hijo. ¿Cuánto pago para el viaje?

—Y qué quieres pagar, Irina. Tú y yo somos de los que ya pagaron.

Junté mis cosas, los documentos los escondí en el cinturón secreto. Pedí más dinero a la señora para enviárselo a mi Roman al frente, mentí. Me lo dio sin hacer preguntas, ella que sabe qué significa tener a un hijo lejos.

Cuando es la hora de cenar, entra en la cocina, silenciosa como una aparición.

—¿Ya lo has preparado todo? —Me roza una mano, me sobresalto. Me avergüenzo de mi piel agrietada contra la suya, que es tan suave, y la retiro enseguida—. La cena, quiero decir —añade —. Por mí no te preocupes, no tengo hambre, me voy a la cama —

dice mientras está a punto de salir.

—Mi Roman está vivo. —Las palabras me salen de la boca como empujadas por un mecanismo interior que no sé controlar.

La señora se detiene, suspira.

—Cada madre necesita creerlo. —Se gira, me da la espalda. Su voz llega desde un lugar oculto e invisible—. Yo también lo pensé. Habría tenido que acompañarlo al día siguiente al aeropuerto, no al cementerio. Son cosas que la mente no imagina, pero hay una zona del cerebro predispuesta para estos pensamientos.

Me acuerdo de la fotografía del paisaje australiano expuesta en el salón: un lugar en el que nadie estuvo.

—Yo no sabía. No podía imaginar —miento.

Tendría que consolarla, levantarme y abrazarla, incluso solo tocarle una mano, decir algo, en cambio, me quedo muda.

—Ten mucho cuidado, Irina. La esperanza es una materia que hay que manejar con cautela. Puede explotarte en las manos.

Su voz suena ofendida, malvada. Es la voz de una mujer que ya no tiene un lugar que alcanzar. Habla como si su Orietta la tuviera cogida de la garganta.

—¡Pero esto es distinto! —le grito—. ¡Ninguna prueba de que está muerto!

—Lo digo por ti, para protegerte. Es una ilusión que no puedes permitirte.

No es verdad que el sufrimiento une, el sufrimiento aleja a las personas, las vuelve inalcanzables y remotas, replegadas en la cima de su dolor, un condado del que cada cual es el soberano absoluto. Una mujer que ya no tiene a su hijo y otra que lo está buscando se encuentran en los polos opuestos de un hilo sutilísimo llamado esperanza.

—Esta tuya es envidia. ¡Mi hijo vivo! Mi pequeño hijo vago y holgazán de ojos azules, hijo de maravilla, piernas de ciervo, corazón de conejo, hijo único desaparecido, hijo adorado, hijo abandonado, voz de niño, cuerpo de hombre, hijo mentiroso, hijo testarudo, amamantado, criado, dejado. Hijo reencontrado.

Me abandono en la silla, extiendo los brazos en la mesa, la frente en el antebrazo, me seco la mejilla con la manga. Ahora entiendo por qué la señora está siempre en la cama, sufrir cansa, ya no tengo fuerzas. La oigo volver sobre sus pasos, querrá echarme de su casa, decirme que no vuelva jamás, por las cosas terribles que le he dicho. En cambio, no habla, empieza a moverse por la cocina. Se acerca a un mueble, saca una olla y la llena con el agua del grifo, enciende el fuego. Hemos intercambiado los papeles, yo he asumido su cansancio y ella, mi laboriosidad. Cuando el agua hierve, deja caer los espaguetis, carga el cronómetro con forma de pera, ocho minutos, lo coloca en el centro de la mesa para medir el tiempo entre nosotras como un pequeño corazón verde. Siete minutos, seis, cinco.

—Hace unos días recibí un email de esa chica que hace tiempo frecuentaba mi casa —me cuenta de pronto, como retomando un discurso interrumpido—, una pequeña herencia inesperada. Me envió unas grabaciones que hizo él, diez pistas de audio, escribía canciones. Yo no lo sabía.

Cuatro minutos, tres.

—Los hijos se esconden, pero dejan rastro —añade.

Dos, uno.

—No he tenido el valor de escucharlas —confiesa al final—, siguen ahí. —Señala el móvil.

De la pera sale un trino, luego su corazón mecánico deja de latir. La señora sigue trasteando en la cocina, cajones que se abren y se

cierran, ruido de platos, tintineo de vasos, cubiertos. Saca el pan de la alacena, lo corta, coloca las rebanadas en una cesta de mimbre. Pone el mantel en la mesa, me toca levantar brazos y cabeza para dejar espacio al bordado de florecitas en la tela de lino. No consigo recordar cuánto hacía que alguien ponía la mesa para mí, me servía agua, me cortaba el pan, debía de ser muy pequeña. Ahora también lo soy.

—Ve a llamar a Kostya. —Me apoya la mano en la espalda con una ligera presión, una orden amable—. Aceite y parmesano, como le gustan a él. Yo también comeré un poco.

Nos sentamos a la mesa. Nada de televisión. Nada de radio. Pocas palabras. Kostya ha aprendido a enrollar los espaguetis con el tenedor gracias a un tutorial de YouTube y me lo muestra a mí también.

—Cuando guerra acaba, enseño a mi Tato.

Después, la señora pone en la mesa la cesta con la fruta, platos y tenedores pequeños.

—¿Melocotón o plátano? —le propone a Kostya.

Él sacude la cabeza, recibe un plátano.

En el sofá los dos ya no estamos cómodos, los pies del niño me llegan a la altura de las caderas y cuando patea en el sueño tengo que protegerme con los brazos; en cualquier caso, tampoco habría dormido. A las cinco me levanto, doy vueltas por la casa, conozco cada rincón por haberlo limpiado y ordenado tantas veces, manilla, librería, lavamanos, muebles altos, nevera, colgador, lámpara, mesa, brazo, respaldo, jamba, puerta. Cuánta familiaridad con estos objetos que no me pertenecen. Kostya ha ocupado todo el espacio y duerme el sueño que vuelve a los niños inalcanzables y lejanos. Tiene el labio superior húmedo de sudor, la boca cerrada, pero la frente es serena, los rasgos, distendidos. A tu madre solo la vi un

par de veces, le susurro en el sueño, era hermosa, rubia como tú, pero con la expresión siempre un poco triste, se conocieron en un bar, luego ella se quedó embarazada, naciste tú, un par de años después empezó la guerra en el Dombás y ella se fue. Si te dejó con mi Roman es porque creía que era un buen padre, o porque pensó que no tenía alternativas. Me agacho, lo acaricio. Voy y te lo traigo de vuelta, lo juro. De puntillas cruzo el pasillo, la primera luz se infiltra por las persianas como un rocío de polvo amarillo. Ningún ruido desde la habitación de la señora, me acerco a la puerta de entrada con el bolso al hombro, vuelvo atrás, hay algo fuera de lugar, un vaso que quedó en el lavamanos, los zapatos del niño mal alineados delante del sofá, un trapo caído de su gancho, la gota del grifo, un pliegue en la alfombra, alguien podría tropezar. El libro con la cubierta verde en la mesita de centro me lo meto en el bolso, yo también tengo el corazón de tiniebla. Ya está, ahora puedo irme con la ilusión de haber puesto orden. En otra vida estudié que caos significa «vacío». Me despido de los loros, es hora de levantar la tela oscura de su casita y permitirle al día que empiece.

—Adiós, Massimo pájaro. Me voy, pero vuelvo. Kostya no me perdonará, tampoco la señora, nadie.

—Nadie perdona a nadie —me confirma con su voz ronca. Abro la puerta, salgo a la calle, el alba es un oráculo mudo.

CUARTA PARTE

VITA

43

No es justo estar solos, ni siquiera por la mañana. El descubrimiento de estar viva y el desafío de seguir estándolo, la ansiedad de un día que atravesar como un remiendo paciente, de la mañana a la noche, con la esperanza de que la trama del tiempo no se deshaga entre los dedos. Los ruidos ajenos de las vidas de los demás que se ponen en marcha, misteriosamente impermeables a los grandes y pequeños tropiezos de lo cotidiano, existencias bien engrasadas en el engranaje de las costumbres, que vuelven a salir como coches algo viejos solo gracias a un mantenimiento constante. También la mía era así, ahora es toda ángulos y golpes, y fricción de los días y arena en el motor. Cada reinicio es fatiga.

Desde hace unos días el silencio de la casa es menos denso, hay un soplo, como una fragancia que se expande en el aire y significa que alguien está conmigo, que ya desde el despertar estoy en los proyectos de alguien más, y las habitaciones huelen a tiempo compartido y planes comunes.

Era Massimo quien preparaba el café y me lo traía a la cama, la taza y el platito a juego, durante años el despertar tuvo un olor preciso y también un sonido, de cerámica en el nogal de la mesita. Solo entonces el día tenía permiso para empezar, y ese comienzo nos concernía a ambos, nos reencontraríamos por la noche en esa misma cama que ahora había que dejar, el café de la mañana era como una promesa que ambos cumpliríamos. A pesar de las

incomprensiones, las mentiras, la distancia, las pequeñas y grandes traiciones, raramente las peleas, las sirenas de otras vidas, de otros mundos, de otras historias posibles, aquel gesto era un acuerdo y un juramento, borraba el pasado y nos recolocaba cada día en el punto de partida como la figurita de Monopoly con forma de vela. El más duradero de los votos matrimoniales: una tacita de café a las 6.45, en mi mesita de noche.

El niño ya está sentado a la mesa de la cocina, ha dormido con la camiseta de los dibujos animados que le regaló su abuela y un par de calzoncillos azules de rayas blancas. Se fue de repente y no sabemos cuándo volverá, ni él lo pregunta, el abandono es una posibilidad con la que lidia desde siempre. Mensajes envía de vez en cuando, pero siempre vagos, no nos dice dónde está ni cómo, si necesita ayuda, si ahí está en peligro, en la guerra. Pero se fue a buscar a su hijo y yo por eso la envidio, es verdad.

Lo miro mientras se restriega los ojos un poco hinchados de sueño con los dedos apretados en un puño, me acuerdo de la primera vez que lo vi, hace cinco meses, después de la noche en mi felpudo. Está más alto, más robusto.

—Pikachu —dice, y señala el muñeco amarillo en su pecho, con la cola en forma de relámpago. Bebe el zumo de melocotón que le he puesto y me explica que es un Pokémon de tipo eléctrico, capaz de cargar su cuerpo con electricidad: si se enfada, libera la energía almacenada en el interior de sus mejillas—. Desahoga su rabia —dice.

—Suertudo —suspiro.

—En mi casa de Kiev tenía a un Pikachu así de grande. —Separa el pulgar y el índice una decena de centímetros—. Mi Tato ganó en parque de atracciones: cinco disparos, un regalo. Pero ahora está en casa, hace guardia contra crueles caras-de-peste.

Imagino al muñeco amarillo en la casa vacía, él también, como yo, centinela de la espera y de la soledad.

—Yo también intenté dar en el blanco, cero resultados. Mi Tato decía no importa, hay tiempo para aprender. Luego tiempo no hubo, llega guerra, yo escapé, Pikachu solo en nuestra pequeña casa.

—Mejor así, mejor. Una pistola ensucia las manos para siempre, aunque sea de mentira.

—Pistola salva tu vida, si es de verdad.

Arquea las cejas, tiene el aire de un pequeño sabio. Cuando llegó solo sabía unas pocas palabras, ahora se hace entender bien, en septiembre tendrá que ir al colegio, habrá que comprarle los libros, reclamar todos los documentos, transformar la emergencia en normalidad. Empiezo a hacer planes, pero me freno enseguida, son planes que no me conciernen, ya los hice en el pasado, pertenecen a otra Vita que se me aparece lejana como un insecto prehistórico atrapado en una gota de ámbar, mientras lleva al colegio a un niño alto como este que está sentado a la mesa de mi cocina. Una Vita que existía y que ya no existe.

—Tu abuela solo estará fuera unos días —intento tranquilizarlo.

Padre Mattia me contó por teléfono que se había puesto de acuerdo con Peppe Quaranta para ir con él, pensaba que yo lo sabía, le dije que no, huyó al alba sin dejar ni siquiera una nota.

El niño coge las galletas y las mastica ruidosamente, una lluvia de migas cae en la mesa, da un sorbo de zumo de melocotón y se limpia con el dorso del antebrazo.

—Volverá pronto —digo, y con la mano en forma de concha recojo las partículas de galleta de la superficie de la mesa.

—Babusia tiene la boca como el trasero de una gallina, pocas palabras, nunca explica nada. —Levanta los hombros, con la punta del índice coge las migas más consistentes y luego se relame el

dedo. Acaba el zumo y se queda mirando las galletas de chocolate, le pongo cuatro más en el plato.

—¿Cómo se dice animal listo? —me pregunta con la boca pastosa.

—Zorro, se dice. Listo como un zorro.

—¡Mi Tato es el zorro de Odesa! —repite él marcando el acento en cada vocal.

—Claro, tienes que estar tranquilo. Más tarde intentamos llamar a la abuela.

—Tranquilo —asiente—. ¿Puedo ir a ver los dibujos animados?

Con un pequeño empujón salta de la silla y desaparece en el salón. Otro recuerdo se libera del álbum de las fotos archivadas y se desliza ante mis ojos. Eso es lo que hacen los niños en las mañanas de verano, miran los dibujos animados. Orietta me sigue por el pasillo y me ordena que vuelva a la cama, pero yo no la escucho, me detengo, enciendo el ventilador y me siento al lado de Kostya. En la pantalla aparecen unos tipos bizarros, uno todo verde, una con el pelo rosa y otro con grandes ojos negros sin pupilas, con ellos hay una especie de cíborg, hablan rápido y dicen cosas que deberían ser divertidas. El niño sonríe, ríe.

—¿Entiendes todo lo que dicen? —le pregunto.

—Todo no, pero me sé de memoria los episodios, son los mismos que en Ucrania.

Nos quedamos mirando los dibujos animados en una mañana de verano, nuestros cabellos vuelan de un lado al otro según la dirección de las aspas. De vez en cuanto nos reímos, sin entenderlo todo.

44

Por la tarde el vecino llama a la puerta, pide noticias de los dos loros, luego mira alrededor.

—El niño no está —lo informo—, lo he llevado donde el cura para que jugara en compañía.

—Puedo ir a recogerlo yo, no tengo nada que hacer.

Se afloja el cuello de la camisa. Después de tantos años de vacaciones forzadas en la playa, había perdido la costumbre al calor asfixiante de la ciudad.

—Si le apetece —corto.

—E Irina, ¿no se sabe cuándo vuelve? —Se encamina hacia el salón.

—No contesta. —Levanto las manos—. Su móvil está siempre desconectado.

—Entonces hay que esperar —sentencia Mantoni, y se sienta en el sillón.

—¿Esperar? ¿A qué?

—A que encuentre algún rastro de su hijo.

Entrecierro los ojos, vuelvo a pensar en aquellas diez pistas de audio que recibí por email y que no he tenido el valor de escuchar y en las palabras de Irina: está vivo, lo percibo, una madre lo sabe. El ancla de la ilusión que abre surcos en un fondo de esperanza.

—Hubo una explosión, lo dijeron hace una semana en la radio, ¿no lee los diarios? Todos los soldados que se encontraban allí están muertos o desaparecidos. Él estaba destacado allí, y después ya no dio noticias. Se fue a buscar a un fantasma, sin embargo, al contrario que yo, tenía un motivo para quedarse. Quien tiene un niño no está solo.

—Pero ahora el niño está con usted.

—Yo no puedo quedármelo. No soy una pariente suya, no tengo ningún vínculo ni una autorización, un certificado. ¿Quién dice que no lo haya raptado? Hay que tener cuidado con estas cosas, podría perder el permiso para enseñar, acabar en la cárcel. Tengo miedo.

Corrado se levanta, pasea por la habitación con las manos detrás de la espalda, se detiene delante de la librería, roza con el índice algún lomo, da golpecitos en el suelo con el pie. Solo ahora me doy cuenta de que tiene la misma complexión que Massimo. Se gira con un libro entre las manos, espero que no me lo pida prestado. Los libros prestados no vuelven.

—Pero es una emergencia, luego se irá a su casa.

—Por eso tengo miedo -confieso-, porque se irá.

Hay otras cosas que me dan miedo:

los túneles muy largos, donde no se ve el final. Las películas de zombis. Ver agujas y jeringas. La idea de acabar en prisión. Los objetos perdidos.

El vecino coloca el libro en su sitio pero en otra estantería, según el orden alfabético correcto. No quería leerlo, solo catalogarlo, y este pequeño gesto me coloca un poco también a mí en mi lugar.

Luego mira el reloj, inclina la cabeza como cuando se pregunta algo a un niño.

—Son las seis, voy a recogerlo. ¿Quiere venir conmigo?

Bajo la mirada y sacudo la cabeza, necesito tumbarme, necesito dejar de existir durante un rato.

—¿Y si la invitara a un helado?

El libro que había vuelto a su anaquel era *Viaje al fin de la noche*. Me he ido a la habitación, he cerrado la puerta. El vecino se ha quedado sentado en el salón, esperando.

Y, en fin, me arreglé y salimos, ¿te lo imaginas, Cicú? El vecino y yo, cogidos del brazo a tomar un helado. No tenía nada que ponerme que fuera adecuado para este calor, hace años que no me compro nada. Luego, hurgando entre la ropa vieja, encontré un vestido celeste largo hasta el tobillo con unas cerezas maduras estampadas en la falda y un corpiño con tirantes. No recordaba que lo tenía, pero era de mi talla, así que debí de ser yo quien lo confinó en el fondo del armario. Me recogí el pelo con unas horquillas y bajamos por las escaleras del edificio.

—¿Ha cogido las llaves? —me preguntó prudentemente Mantoni.

Rebusqué un poco en el bolso y las hice tintinear. Caminamos en silencio mientras Orietta me bombardeaba con improperios. Se quejaba del calor, de la compañía anodina del pobre Corrado, de los zapatos incómodos, del cansancio y de aquel vestido ridículo para mi edad. Lo decía por mi bien, habría hecho mejor en descansar en vez de salir, y yo, durante la mitad del recorrido solo pensé en ello: en mi cuerpo tumbado al fresco de la habitación con las persianas bajadas y el ventilador encendido, en la necesidad de esfumarme en el duermevela. Pero delante de las cubetas de colores con los helados se me despertaron las ganas.

Hay cosas que me gustan:

el sonido de las sandalias sobre los adoquines de piedra tenaz en las tardes de verano. El chocolate junto a la fresa. Caminar mucho, incluso cuando hace calor. El aire frío que llega de repente de una callecita sumida en la sombra y te reanima el deseo. Tener un pequeño recado que completar y nada más que hacer.

Tú lo tomabas de doble chocolate, ¿te acuerdas, Cicú? Con leche y negro. O sabor galleta, chocolate negro y una montaña de nata. Como en esa foto en la que sales disfrazado de cowboy con bigotes y perilla amarronados de helado, y en la siguiente el halo oscuro se

había trasladado de la boca al dorso de la mano. Mire, hubiera querido decirle al vecino, cada gesto, cada respiración, cada sonido que procede de ese niño que entró en mi casa es una mecha para encender recuerdos.

En el patio del oratorio él corre hacia nosotros y estalla en carcajadas, se señala el labio superior y nos damos cuenta de que tenemos bigotes de helado.

—Claro que te lo compramos a ti también, en el camino de regreso —le digo—. Gracias, padre Mattia, nos vemos mañana.

El cura guapo me hace una señal, quiere decirme algo en privado, dejo al niño con Corrado y lo sigo a la casa parroquial. Hace tres días que Irina se fue y todo me parece un esfuerzo, desde que ella no está me toca a mí vivir, ya no puedo hacerlo por delegación. Don Mattia dice que Peppe Quaranta lo ha llamado hace unas horas, buenas noticias, Irina cruzó la frontera y subió a un tren hacia el sur. Antes de despedirse, le dijo que no se detendrá hasta que encuentre el cuerpo de su hijo, vivo o muerto. Peppe Quaranta asintió y no preguntó más.

He vuelto al patio, el vecino hablaba con el niño mientras esperaban, me he girado hacia ellos, he sonreído. Y enseguida me he avergonzado de mi vestido de tirantes y cerezas en la falda, de los bigotes de helado, de todas las cosas de la vida que se van por su cuenta, indiferentes a tu ausencia, Cicú, y he sentido dolor por el sonido de las sandalias en la piedra dura, por el chocolate y la fresa, por cada paso de una caminata en una tarde de principios de agosto, por el aire fresco que sube de una callecita oscura y trae alivio, por un escalofrío tibio de alegría en la barriga. No es justo ser felices.

Me he acercado tambaleante a ellos, solo habían pasado unos pocos minutos desde que me había alejado para hablar con el cura,

y todavía había que comprar el helado, un pequeño recado de camino hacia casa. Esto, Cicú, esto les hace la guerra a las personas, las sacude, las mezcla y complica sus dolores. Me puse a caminar delante, sola, sin decir nada, y habría seguido recto hasta el portón sin pararme delante de las cubetas de colores de sabores veraniegos si, en cierto punto, no hubiera oído aquel ruido, ese pisoteo de unos pies talla treinta y cuatro, veintiocho kilos por ciento treinta y siete centímetros, una carrera ligera como un revoloteo de alas, cogerme la mano y arponearme, dar fondo al ancla, aferrarse a mí. Corrado nos alcanzó, y poco a poco nos encontramos caminando al mismo paso. Esto, Cicú, esto les hacen los niños a las personas. Las sincronizan con el tiempo del amor.

45

El móvil vibra en la mesita de noche, pero no me apetece ver quién me ha puesto un corazón. Desde que el niño está aquí, ya no recibo a hombres en casa. No importa, podría haberlo intentado con cien más, mi placer está entre las cosas que ya no vuelven.

Cierro los ojos y me giro del otro lado, no sé qué hora es, he pasado la mañana durmiendo, el niño mira los dibujos animados o no sé qué. Habría tenido que preparar una comida, comer con él, pedirle que se lavara los dientes, decirle que no pasara demasiado tiempo jugando a videojuegos, tranquilizarlo sobre su abuela, su padre, el futuro. Pero hoy Orietta ha neutralizado el tiempo, después de la escapada de ayer a la heladería me convocó a la oscuridad de la habitación con la prohibición absoluta de abandonar la sombra y el flujo oscilante del ventilador. El niño se ha asomado un par de

veces y se ha retirado sin hacer preguntas. En casa reina un silencio perfecto, desde que el loro enamorado ha dejado de hablar y los vecinos, uno tras otro, han vaciado sus apartamentos por la diáspora veraniega. Corrado tampoco ha aparecido, nos hemos quedado el niño y yo, extraños coinquilinos, para repartirnos este aburrimiento de principios de agosto.

Cuando las persianas semicerradas no filtran más luz, entiendo que es de noche y me arriesgo a salir de la cama. Ninguna lámpara encendida, ni siquiera un ruido, busco al niño, pero el niño no está. Lo llamo en voz baja, no contesta. Un miedo conocido me aprieta la boca del estómago, acelero el paso, lanzo un grito. ¡Kostya! Es la primera vez que pronuncio su nombre, como si pudiera herirme la lengua, pero la lengua no sangra y yo me quedo entera. Kostya, Kostya, grito de nuevo. La carrera al hospital, el pasillo de neón, los besos de un extraño aún frescos en la piel, pasar del placer al dolor como si no hubiera ninguna interrupción y uno albergara también el otro, esas arrugas de Massimo que no se borrarán jamás, una bata verde que se nos acerca. Está vivo, está vivo, soy su madre y yo sé que está vivo. Doy vueltas por las habitaciones de la casa, miro detrás del sofá, en el trastero, en el balcón, abro la puerta y bajo por las escaleras, el eco me devuelve mi voz extranjera, así que mi misma llamada me despierta de pronto del adormecimiento.

¿Jugamos al escondite, mamá? Me lanzabas este pequeño desafío para asegurarte de que te encontraba, Cicú, de que no te dejaba desaparecer. Tú cuenta hasta veinte y no mires. Mamá te encuentra siempre, cada vez que te escondas, iré a buscarte.

En la casa grande de Roma habías inventado decenas de minúsculos escondites, el tiempo se dilataba y mi inquietud crecía, como si de verdad las habitaciones pudieran tragarte, y solo cuando por fin te encontraba volvíamos a existir, tú, el hijo, y yo, la madre.

Recorro de nuevo el pasillo, ahora con paso más lento, y dejo de llamarlo, vuelvo a mi habitación, tomo un respiro, cierro los ojos y abro la puerta del armario con una oración. Está acurrucado encima de los cajones con las piernas cruzadas y los pies descalzos, el mechón rubio roza la estantería superior donde están el edredón y las sábanas de recambio, lleva los auriculares puestos en las orejas y el móvil en la mano. Me mira casi con miedo, después de tanto tiempo tal vez no se esperaba que yo apareciera o que siguiera viva siquiera.

—¿Cuánto hace que estás aquí dentro?

Levanta los hombros, se quita un auricular, esconde el móvil detrás de la espalda, temiendo que quiera quitárselo. Le hago un gesto para decirle que salga de ahí y él se desliza afuera. En el estante donde estaba sentado ha quedado la foto de una mujer morena que sonríe, los labios carnosos y el pelo negrísimo, la cojo con los dedos y enciendo la luz para verla mejor: es una imagen de Monica Bellucci cuando era modelo, a finales de los años noventa.

—Es una actriz italiana, ¿la conoces?

Arruga el labio y mira al suelo.

—¿Te gusta? Es muy guapa.

Inhala, exhala, sus pequeños hombros se levantan y bajan, un pájaro sin plumas que aún no sabe que puede volar.

—No es verdad, es mi pobre Mate. —Me quita la foto de la mano y la esconde detrás de la espalda, al lado del móvil.

—Perdóname —balbuceo en voz baja—, no lo sabía. Debo de haberme equivocado.

Tira los auriculares en mi cama y también el móvil, se mete de nuevo en el armario y cierra la puerta.

—Todos los adultos mentirosos. —Su vocecita retumba ahí dentro—. Solo buenos para arreglar la verdad y fingir creérsela. Yo

ya he entendido que esta Mate es falsa, pero es la única Mate que tengo.

Abro la puerta, Kostya inspira profundamente como si estuviera a punto de decirme algo, luego se lo piensa, se muerde el labio y pega un puñetazo contra la madera marrón del estante, el nudillo del índice derecho se le agrieta, sangra un poco. Se mira la mano decepcionado, luego se lleva el dedo a la boca y lo chupa. Pienso que está a punto de llorar y en cambio, no, se esfuerza para contenerse.

—Mi Tato me ha dicho que ella muerta. Pero quizá también esto es mentira. ¿Tú crees que ella viva?

Ahí es donde quería que fuera a buscarlo, en qué pensamiento tan lejano se había escondido.

—No lo sé. —Le cojo la mano—. Es posible.

—Si ella viva, yo ya no huérfano.

Hago que sí con la cabeza.

—Pero me abandonó. ¿Vale igualmente?

Hay cosas que sabía hacer:

jugar a ping-pong, casi como una profesional. Tocar la guitarra, no muy bien. Liar un porro, tanto en ele como en bandera. El split y la rueda, de pequeña. Consolar a un niño.

—Ya está bien, venga, te llevo a un sitio —le digo, y controlo que en el dedo no se le haya clavado una astilla de madera.

Se pasa el dorso de la otra mano por los ojos, luego se restriega la nariz con el antebrazo.

—¿Ahora? ¿A estas horas? —Mira por la ventana.

—Es la hora justa.

—¿Es un sitio secreto?

—No es secreto, pero pocos lo conocen.

—Mejor así —baja saltando del armario—, los secretos son mentiras.

46

El coche está en el garaje, donde Massimo lo aparcó la última vez, quién sabe si ya sabía que era la última o creía que lo sacaría al día siguiente o al otro.

La última vez que fui feliz. La última vez que me contestaste al teléfono. La última vez que bailé hasta el amanecer. La última vez que hice el amor. La última vez que conduje un coche.

Nunca sabemos cuándo es la última vez que hacemos algo. Mejor así: si no, la vida sería una serie de funerales.

La última vez que conduje, lo sé seguro, fue aquella noche. No por elección, pero tampoco por casualidad. Es solo una de las cosas que dejé de hacer:

quedar con las amigas para un aperitivo. Prepararme la comida. Ir a la peluquería. Sentir placer en el sexo. Hacer planes.

Me pongo en el asiento del conductor, el niño en el asiento trasero, nos ponemos los cinturones. Orietta está a mi lado, en el asiento del pasajero, y me recuerda que hace años que no conduzco, que ya no soy capaz de hacerlo y que, aunque lo fuera, podría tener un ataque de pánico por el camino y poner en peligro mi vida y la del niño. Finjo no escucharla, meto la llave y la hago girar, el motor arranca

enseguida, ni siquiera una duda, la inactividad no es más que un paréntesis en la mecánica de su vida, y no un luto duradero. Enciendo el intermitente y suelto muy lentamente el embrague, casi me parece como si tuviera que aprender de nuevo, en cambio me doy cuenta de que sé hacerlo, y el hecho de saber hacerlo todavía me provoca un estupor doloroso. Hay una memoria en el cuerpo que es más persistente de lo que estamos dispuestos a reconocer, y después de pocos metros vuelvo a la pista como si nunca hubiera parado, como si mi luto también pudiera ser un paréntesis.

El sol acaba de ponerse y el cielo está todo rosa; el niño a mi espalda, silencioso.

—Apaga el móvil, ya está bien por hoy —le ordeno en modo automático.

También hay una memoria del ser madre que prescinde del resto, un músculo bien entrenado que basta con volver a activar para que responda a los mismos estímulos.

Tomamos el camino hacia el mar, venía de pequeña con mi padre, le cuento. Reencontrarme con estos lugares me hace volver a ser niña, ya no soy madre, solo soy una hija, convencida de que me quedaré así para siempre y segura de que para siempre recorreremos aquel camino hacia el mar y nos pararemos a comprar los cigarrillos para mi padre y el Cornetto helado para mí al atardecer, para no encontrar tráfico, y luego llegaremos a la playa mientras todos los demás hacen ya cola en el camino de regreso, sonrojados por el sol y ya cargados de yodo, y caminaremos hasta la orilla por una arena que en la superficie ya está fría pero si pones el pie dentro te encuentras con el calor, y juntos nos daremos el último baño. Porque, decía mi padre, ¡si no te das el último baño, el día de playa está desaprovechado!

—Hay que caminar un poquito —le digo cuando bajamos del

coche.

Él levanta los hombros, es tan amable que no me recuerda que recorrió casi tres mil kilómetros solo sin pestañear. Dejamos nuestras huellas en la arena, grandes y pequeñas, al anochecer. Recuerdo bien el sitio, hay que caminar hasta el promontorio rocoso y luego seguir hacia delante, superar una barrera de rocas y asomarse a la playita que está por detrás, un poco escondida a la vista.

—Es aquí, hemos llegado. —Le indico un punto delante de nosotros.

El niño se ha parado a unos metros de mí, con los ojos fijos en el mar.

—Nunca lo habías visto —me doy cuenta mientras me acerco a él.

Asiente con la cabeza.

—De cerca es más grande —comenta.

—¿Te apetece tocarlo?

—La próxima vez. —Sigue caminando.

—Podemos traernos el bañador —propongo—. Si no te das el último baño, el día de playa está desaprovechado.

Levanta las cejas, tal vez se pregunte qué es un día de playa, o por qué está desaprovechado sin el último baño. No sabría qué contestarle, son las frases que seguimos repitiendo porque nos devuelven a esas certezas graníticas de la infancia y nos aseguran que estamos hechos, al menos un poco, de la misma sustancia de entonces.

La barrera de rocas es mucho más baja de lo que imaginaba, todo se empequeñece sin remedio en comparación con el recuerdo. La superamos con poquísimo esfuerzo, pero cuanto más avanzamos, más la voz de Orietta me convence de que lo que busco no está, que ya no soy la niña sin formas que lleva solo la parte de abajo del

bikini y que sigue a su papá con los bigotes en forma de manillar para ir a ver la eclosión de los huevos depositados por las tortugas marinas. Me detengo de golpe, miro hacia atrás, la playa ya está casi absorbida por la oscuridad y le he prometido al niño algo que existía hace cuarenta años y ahora ya no. En cambio, podría haber alguien con malas intenciones, me advierte Orietta, es un lugar solitario y se está haciendo de noche, eres una inconsciente, una loca. Eso ya lo sabía, contesto, y sigo. Recorremos todo el camino de vuelta, del pequeño acantilado a la montaña, hasta que tropiezo con un palito de bambú.

—Ten cuidado aquí —le advierto, y enciendo la linterna del móvil. Ilumino la zona y descubro otros palitos plantados en la arena, unidos por una cuerda para delimitar un área de unos cuantos metros cuadrados, para que nadie la pise—. ¡Aquí están! —grito incrédula—. ¡Siguen aquí, han vuelto!

Me agacho en la arena, el niño me imita, ilumino el cuadrado de playa precintado por los palos.

—Es el lugar de las tortugas —le explico—. Mi papá me traía aquí con la esperanza de ver el momento en que los huevos eclosionan y las pequeñitas encuentran el camino hacia el mar.

El niño se agacha y extiende una mano.

—No podemos tocarlos —lo detengo.

—Pero no hay huevos.

—Están debajo de la arena, pequeños huevos dejados por la mamá.

—¿Dónde está la mamá?

—En el mar.

—¿Vuelve?

Sacudo la cabeza.

—Las abandonó.

—Puso los huevos y volvió al mar porque confía en ellas, sabe que se las arreglarán.

—¿Cómo lo sabe?

—Tal vez por instinto.

—¿Qué es el instinto?

—Cuando sabes hacer algo y no sabes explicar el porqué.

—Mi Tato tiene el instinto para las mentiras.

Nos quedamos un poco en silencio observando la arena, no se diría que oculte un secreto.

—Y con la mamá, ¿no volverán a encontrarse?

—Cuando sean mayores, regresarán para poner sus huevos en la misma playa en la que nacieron, aunque, mientras tanto, se hayan alejado mucho, hayan nadado por muchos mares diferentes, hayan surcado las profundidades de los océanos, hayan visitado otros continentes. Sin embargo, cuando llega el momento, siempre reconocen el camino hacia casa.

El niño sigue mirando fijamente el cuadrado de arena, esperando ver salir algo.

—Yo también de mayor quiero poner los huevos en el mismo lugar donde nací.

—Solo las mujeres ponen los huevos, sabes. Y nosotros no somos ovíparos, somos mamíferos.

—Los mamíferos tienen que estar con la mamá.

Nos miramos en la penumbra y nos reconocemos como lo que somos: dos mamíferos heridos.

—Es tarde, pongámonos en camino —le digo.

Me sigue pensativo, de vez en cuando se gira, esperando captar el momento.

—Yo quiero volver igualmente a mi casa, incluso sin huevos.

Le paso una mano por el pelo, está un poco húmedo y pegajoso

por el salitre.

—Y encontrar a mi Mate, después de que haya nadado en los océanos o donde diablos haya ido a esconderse.

Nos alejamos de puntillas, antes de pasar el acantilado se gira de nuevo, luego me mira.

—Pero es extraño.

—¿El qué?

—Aquí abajo. Tanta vida todavía.

Volvemos hacia el coche. Mientras caminamos, me parece oír detrás de nosotros el chapoteo ligero de minúsculas patas palmeadas que encuentran el camino hacia el mar.

47

El niño se ha duchado y ha caído rendido en cuanto se ha metido en la cama. Hay algo espantoso en el sueño de los niños, repentino y absoluto como un sortilegio. Me siento en el borde de la cama y lo observo, la mejilla en la palma de la mano parece una fruta apoyada en una hoja, él emite un pequeño sonido de animal contento, de vez en cuando aprieta los labios, parece que sonría o que trague algo, produce un chasquido de satisfacción, dobla la pantorrilla formando un ángulo recto con el muslo, vuelve a caer en su sueño profundo. Luego la mordida de la nostalgia se hace demasiado violenta y estoy obligada a apartar la mirada, como después de haber mirado intensamente el sol.

Recojo su ropa y la añado a la que hay que lavar, huele a sal y al sudor aún dulce de esta edad fácil, en la que un compacto sentido de la realidad se funde con el fatalismo suave que vuelve a los

pequeños capaces de soportarlo todo: separaciones, cambios, renuncias, traiciones. Tienen los huesos suaves, los niños. Este rubiecito dejó su casa para venirse aquí y ahora solo le quedo yo, una extraña muy dañada que no puede hacerle de madre. Y, sin embargo, duerme en una cama que no es la suya, con la confianza ciega de que alguien lo cuidará. Tienen el corazón suave, los niños.

Suena el teléfono, me sobresalto, las llamadas a estas horas significan malas noticias, y noches insomnes. Persigo el timbre por la casa y finalmente lo encuentro en el recibidor, donde lo había dejado. En la pantalla, un número desconocido.

—Irina de Ucrania, señora. ¿Escucha mí?

Me quedo en silencio, ya no me esperaba esta llamada.

—Señora. Kostya, ¿está bien?

—Sí. Duerme.

—Yo siento haberme ido así como una ladrona, escrito también por mensaje. Pero tú entiende, señora, «Por mí se entra en la ciudad doliente, por mí se entra en el dolor eterno», dice padre Dante.

También por mí se entra en el dolor eterno, pienso. Sin la perspectiva de contemplar de nuevo las estrellas.

—¿Lo has encontrado? —pregunto solamente.

—Hoy he ido a oficina militar para el reconocimiento, pero su cuerpo no ha sido encontrado después explosión. Nadie saber nada, nadie entender nada. Buscan entre las ruinas, muchos chicos como mi Roman todavía están allí abajo. Pero yo sé que él está vivo, yo madre, yo siente que él vivo.

La llamada, la carrera en coche, el pasillo, el rostro de Massimo desfigurado por las luces de neón, una puerta cerrada, un doctor en bata verde que se acerca.

—Cuando me dijo que iba voluntario a salvar nuestra patria, yo feliz. Pero orgullo es como una enfermedad. Yo tenía que hacerle cambiar de idea, quedarse en el sofá a mirar partidos de fútbol con cerveza en la nevera.

—¿Cuándo piensas volver?

—Señora, he visto caras de jóvenes muertos, he visto cuerpos como restos de coches, he visto brazos sin manos y piernas sin pies y cabezas sin boca, ojos, nariz. En cada uno he visto un trozo de mi Roman, brazos blancos y rosas de hijo, piernas largas de hijo, sonrisa y dientes y nariz y orejas de hijo. Todos eran un poco él, pero ninguno estaba entero. Yo no vuelvo sin hijo. Si hijo desaparecido, yo también desaparecida.

Camino descalza por las habitaciones oscuras y escucho la voz de esta otra madre. En el silencio, el ronquido ligero de un niño nos mantiene unidas a kilómetros de distancia, esa respiración en la noche es el metrónomo de nuestras vidas.

—Cuida de pequeño Kostya hasta que yo vuelvo con mi Roman o hecho funeral por él.

Oigo un aleteo en la otra habitación, me asomo, el niño duerme tumbado boca arriba, la boca semiabierta, un brazo levantado por encima de la cabeza, los dedos apretados en un puño como para animarnos a no rendirnos.

—¿Tienes dinero?

—Hablado con mi marido, él ha vendido caja de vodka en el mercado negro. Yo espero que dinero de vodka se convierte en billete para Italia para mi Roman.

—¿Puedo llamarte a este número?

—Nada de hablar por teléfono. No puedes entender la vida de guerra, señora, tú vives en paz…

Irina se bloquea, ya no está tan segura de ello.

—Dale un beso a mi Kostya. Pero despacio, sin despertar.

48

Incluso cuando duermen, perros y niños dejan al menos una neurona centinela para que vigile por su integridad física, por eso no se les puede ocultar nada.

Cada vez que me pediste un perrito te dije que no, Cicú. Posponía, encontraba una excusa, intercambiaba la adopción por un juguete nuevo o unas breves vacaciones. Para ti, hijo único y único sobrino, habría sido una buena compañía, en cambio nunca ocurrió. Massimo tampoco estaba de acuerdo, nuestra organización de tres no habría funcionado con el añadido de un perro, demasiadas complicaciones, los paseos por la mañana y por la noche, los cuidados cotidianos, las vacaciones de verano. Yo había crecido con un perro y sabía que, en parte, era verdad. En parte no, porque cuando el perro entra en la familia se encuentran maneras de convivir. En realidad, lo que me frenaba era ahorrarte un dolor el día en que se iría. La muerte de mi perro fue el trauma que marcó mi adolescencia, la primera vez que experimenté el abandono, y no quería que lo vivieras tú también.

Luego, como hacen los niños, de un día para otro dejaste de pedirlo, creía que habías perdido interés por los animales y, en cambio, el día de tu decimotercer cumpleaños, ante las velas apagadas, te pregunté qué deseo habías pedido. Sacudiste la cabeza hacia delante con un aire serio.

—Cuando me vaya a vivir solo, adoptaré un perro. He pedido encontrar uno en la protectora, todo blanco y peludo. Lo llamaré

Yuki.

—Yuki es bonito —contesté algo desorientada.

—Significa nieve, en japonés.

Ya estabas planificando tu futuro, un futuro en el que tu padre y yo no habríamos podido impedirte tener un perro. Con los ojos cerrados, ante un pastel de chocolate y nata, trabajabas en tu libertad. Por eso esta noche he soñado contigo en los bosques de eucaliptos de Australia con tu perro al lado, todo blanco y peludo, con una medallita en el cuello con el nombre «Yuki». Luego ha llegado Orietta y me ha desordenado los sueños, me ha echado en cara que hace cuatro años que te fuiste, y ha desaparecido la imagen de Yuki, ese perro blanco que nunca tuviste, a quien le ha sido ahorrado el dolor de esperar en vano a su dueño.

No ha habido forma de volver a dormir. Luego se ha despertado también el niño, ha saltado de la cama y, mientras se vestía, ha empezado a hacerme un montón de preguntas sobre su abuela, como si hubiera escuchado nuestra conversación nocturna.

—Si vuelve a llamar, dile que regrese de inmediato.

—¿La echas mucho de menos? —pregunto mientras nos sentamos a desayunar.

No está bien conmigo, por eso quiere a su abuela.

Como si me leyera el pensamiento, el niño añade:

—Visto en la televisión bombas explotando. Babusia ni siquiera tiene un casco y protección antibalas. Ella cabeza dura, pero la guerra es el peligro de verdad. Una única vida y luego *game over*.

Muerde un bocadillo que exuda crema de avellana y se limpia los labios con la mano, luego coge la servilleta para contentarme. Por el padre, en cambio, no me pregunta, no habla mucho de él. Tal vez el terror de perderlo a él también es tan fuerte que no consigue expresarlo.

—¿Temes por ella?

Dice que sí con la cabeza, sigue masticando.

—Y también por tu padre —intento sondear.

Se detiene, arruga las cejas, luego traga un bocado y bebe un sorbo de leche.

—Tiene que ser muy valiente, y fuerte —lo consuelo.

—Un poco. —Baja la mirada a la taza.

—No tienes que preocuparte —le miento—. Seguro que no le ha pasado nada.

—Lo sé —suspira el niño con determinación.

Siempre con la mirada baja, empieza a agitar las piernas bajo la silla, como cuando por la noche sueña que está corriendo.

—La abuela lo encontrará y lo traerá de vuelta —intento calmarlo.

—Babusia no puede encontrar a mi Tato.

—Claro que sí, ya verás…

—Él está escondido en un lugar secreto.

Deja el desayuno a medias, corre a la otra habitación y vuelve con la foto de Monica Bellucci de joven entre las manos, la mira con atención, luego la rompe en dos trozos, uno cae a los pies de la silla, el que lleva el número de Irina escrito con bolígrafo azul. Nunca lo había visto llorar antes de ahora. Tú tampoco, Cicú, no llorabas nunca. El llanto de un niño es una herida que no sé curar.

Se seca con el dorso de la mano mezclando lágrimas y chocolate, por fin me mira.

—¿Un secreto y una mentira son lo mismo?

49

Tiene la mirada de un adulto y al mismo tiempo me parece más pequeño, como si esa verdad lo hubiera vaciado. La había llevado consigo durante tantos kilómetros, viajando en los trenes, caminando por la nieve, en la furgoneta destartalada, en el metro, y aún le pesaba, a cada paso, a cada chute de pelota, a cada salto. No se puede confiar un secreto a un niño, se le coloca plomo en el corazón, se convierte en un proyectil.

—Él es el zorro de Odesa, espera escondido en un lugar secreto para tener dinero, escapar de Ucrania y *buonanotte ai signori.*

Vuelve a mirar la mitad de la foto que se le ha quedado en la mano. Monica le sonríe con la dulzura de una mamá morena que no se parece ni siquiera un poco a la verdad.

—¿Te lo dijo él? —pregunto incrédula.

Mueve la cabeza para decir que no, arruga los labios, no sabe si continuar, luego se decide.

—Fingía que estaba dormido, en cambio escuchaba. Hay que controlar las palabras de adultos, especialmente si es mi Tato.

Con la punta del índice traza el perfil de su mamá imaginaria en el trocito de foto que lleva en la mano.

—Él y su compañero de alegrías, Danylo, miraban telediario, llamamiento de nuestro presidente bajito para salvar la patria. Danylo decía que guerra es un óptimo negocio, buen salario para soldados y mucho dinero a la familia de quien pierde trozo y muere en combate. Mi Tato dijo que mejor pobre vivo que rico muerto. Danylo contestó: mejor muerto de mentira que muerto de hambre. Luego dijo nombre de Chop, pueblo cerca de la frontera con Hungría donde esconder hasta que llega dinero para parientes. Danylo solo tiene hermano pequeño, mi Tato siempre dice que entre los dos

hacen solo un cerebro. Mi abuelo Maksym, yo visto solo pocas veces, vive en pequeño pueblo a dos horas de Kiev. Por teléfono él siempre alegre de vodka, seguro que bueno para estafa.

—Los adultos a menudo bromean de manera estúpida —intento convencerlo.

—Mi Tato dijo no, demasiado peligro. Dijo que es imposible estafar a ejército. Dijo que nosotros pobres sí, ladrones no.

—¿Lo ves? ¿Qué te decía? —Recojo del suelo el otro trozo de la foto falsa y lo pongo en la mesa.

—Pero después de que Danylo se fue, mi Tato apagó televisor, yo escuché él llorar, nunca ocurrido antes. Después llamó a abuelo Maksym, la misma noche. Yo cansado de guerra, dijo, yo cansado de escapar. Nosotros delante y ella siempre nos alcanza, robando nuestra vida, ahora nosotros tomar algo a cambio. También abuelo Maksym hablaba, pero yo no podía escuchar sus palabras. Hasta hoy guerra ha venido a mí, contestó mi Tato, ahora yo voy hacia ella para retomar mi vida y para futuro de pequeño Kostya. Luego dijo él también nombre de pequeño pueblo cerca de frontera.

Me lo cuenta todo de golpe, como si las palabras llevaran tiempo detrás de la lengua, esperando, listas para salir. No sé qué pensar, tal vez juntó medias palabras escuchadas en el duermevela con la esperanza de que su papá esté vivo. Solo es un niño, tiene que poner en la balanza ilusiones y mentiras.

—¿Y cómo lo haría para cruzar la frontera? Necesitaría documentación falsa…

—Todo se puede comprar con dinero. —Acerca el índice y el pulgar en un gesto que no le queda bien, como un traje varias tallas grande.

—No se puede comprar todo, Kostya. —Lo llamo por su nombre, es la segunda vez, pero la primera él no me oyó, llevaba puestos los

auriculares con la música.

Agacha la cabeza, como si le pesara sobre el cuello.

—Yo he soltado su secreto, equivocado. Pero he pensado que así no era justo: Babusia preocupada, tú preocupada, mientras mi Tato celebra su funeral con dinero de guerra.

Paso los dedos por su pelo liso y fino, del color del trigo maduro. Él aprieta el medio rostro de Monica Bellucci y lo arruga.

—Todo es mentira. —Deja la foto al lado del bol del desayuno y corre a esconderse de nuevo en el armario.

Lo sigo e intento sacarlo.

—No es culpa tuya —lo tranquilizo a través de la puerta de madera, pero él no contesta, tiene que haberse puesto los auriculares, es su manera de que no le alcancen—. Acompáñame al supermercado, compramos los bollitos con la sorpresa en forma de camaleón, así completas la colección.

Intento abrir la puerta, él mueve apenas la cabeza al ritmo de su música, por lo demás está inmóvil, menos los dos pulgares que danzan en la pantalla del móvil, como un pequeño tótem, una divinidad oriental de rostro regordete concentrada en una forma propia de meditación.

Yo también quisiera refugiarme en una cueva oscura y silenciosa, meterme en la cama, bajar las persianas, encender el ventilador y quedarme con los ojos entrecerrados escuchando las historias de horror que cuenta Orietta. Pero hoy es el día en que no puedo detenerme, necesito hacer la compra, necesito consolar penas, necesito desvelar misterios. Desde que Irina se fue, la adulta de la casa soy yo. Dejo que Kostya digiera su rabia, me pongo una camiseta y unos pantalones y voy a llamar a la puerta del vecino. Hoy me toca vivir.

—¿Podría quedarse en mi casa hasta que vuelva, una media hora

máximo? —Señalo con el pulgar la puerta entreabierta al otro lado del rellano—. El niño está en el armario —lo informo, mientras empiezo a bajar por las escaleras.

—Lo echo de menos, sabe —dice él de golpe y yo me detengo un instante.

—Imagino, es el primer verano que no pasa en la casita de la playa.

—No hablaba de eso. —Agita una mano ante los ojos, como para alejar a una mosca, luego sonríe—. El loro. Ya no se escapa desde que encontró una compañera.

—Tampoco habla —añado.

—El amor lo ha vuelto sedentario.

—Y silencioso.

—Ya no tengo excusas para llamar a su puerta.

—Lo hago yo, como ve.

—Perdone, ¿por qué lo ha encerrado en el armario?

—Se ha encerrado solo, es su espacio para pensar.

—¿En qué piensa?

—En los adultos que lo han decepcionado —concluyo, y sigo bajando las escaleras.

50

Doy vueltas entre los pasillos del supermercado con paso indeciso, como una niña a quien le ha sido confiada una tarea que la supera. Las provisiones de Irina ya casi se han acabado, hacía años que no me tocaba hacer la compra, antes se encargaba Massimo. Ocuparme de mi depresión a tiempo completo me dispensó de muchas

ocupaciones molestas. Lleno el carro esforzándome en recordar los gustos de un niño, me pongo en la cola para pagar. Delante de mí hay una chica rubia, al principio no la reconozco, luego es ella quien me llama.

—¡Profesora!

Svitlana se me acerca, no sabe si darme la mano o el codo, en la incertidumbre las dos acabamos haciendo una reverencia ridícula.

—No sabía que vivías por el barrio —le digo, a falta de tema de conversación.

—No por aquí, en verdad. Este supermercado es más barato, hay buenas ofertas. —Baja la mirada hacia el carro lleno y se sonroja.

—Te quedas hasta agosto —deduzco.

Svitlana niega con la cabeza y se coloca un mechón rubio detrás de la oreja, como hacía en clase antes de exponer un tema.

—Me voy mañana, vuelvo a casa.

Levanto las cejas.

—He hecho la compra para llevarla allí, hay tantas cosas que faltan.

Latas, productos de larga duración, de higiene, sanitarios. Solo ahora me doy cuenta de que se trata de una compra de guerra.

—Vas a ver a tu familia —comento.

Mi alumna vuelve la mirada, parece que busca en el expositor de los chicles.

—Familia ya no hay, solo tengo una tía, hermana de mi madre que no veo desde hace muchos años, pero yo no puedo quedarme aquí mirando, necesito hacer algo.

—Pero es peligroso. —Le toco un hombro.

—En clase leímos novelas sobre la Resistencia, la libertad, la justicia. No son solo historias, son un ejemplo de cómo hacer las cosas.

Para mí solo eran libros, entiendo de pronto, para Svitlana, un llamamiento a actuar, ni más ni menos que su carro rebosante de compra.

—Yo he rehecho una vida aquí —continúa, a la espera de que llegue su turno—, pero ¿de qué sirve salvarse si ya no hay un lugar al que volver?

La cola avanza lentamente, solo hay una cajera, bronceada y con la marca del bañador alrededor del cuello, ya gastó sus vacaciones y ahora le toca trabajar.

—Se necesitan medicamentos y productos de primera necesidad, una amiga mía de la primaria aprendió a hacer bombas con botellas vacías y poliestireno, cada tarde queda con otras chicas y trabajan juntas.

—¿Tú también irás a fabricar cócteles molotov? —le reprocho.

Los libros que leíamos no servían para esto, me siento cómplice de una estafa, y también víctima. La guerra nos convierte en esto: todos engañados y todos engañando.

Cuando le toca a ella, la cajera se revisa el esmalte antes de escanear cada producto. Svitlana llena el carrito que trajo de casa y se encamina hacia la salida, yo pongo mis cosas en la cinta negra. Me espera en la puerta para despedirse.

—Nos lo enseñó usted, profesora. Lo que está en los libros también está en la vida.

No sé contestar, me olvido del contagio y le rozo la mano, los dedos delgados y pálidos, con las uñas cortas y la piel delicada. Esos mismos dedos que en unos días fabricarán artefactos mortales.

Mantoni está sentado en el sofá al lado del niño, le está leyendo un libro, y la imagen es como un mordisco en mi barriga.

Dejo la compra en la cocina y le ofrezco un té frío, con la esperanza de que entienda que su turno de guardia se ha acabado y tiene que volver a su casa, en cambio se me acerca y se sienta como si estuviera en un bar.

—Y del padre —me pregunta en voz baja mientras el niño enciende la televisión—, ¿ninguna noticia?

Abro los brazos y sigo ordenando provisiones en la despensa, como si yo también tuviera que prepararme para un asedio: el hambre del niño.

—La incertidumbre tiene que ser dura para Irina —añade, a pesar de mi silencio—, y también para el pequeño Kostya.

El vecino es una de esas personas que sienten placer en pronunciar los nombres de los demás, como si eso facilitara la comprensión de sus vidas.

—Parece que las cosas son distintas de lo que creíamos. —Miro a mi alrededor, como si un enemigo invisible pudiera escucharnos—. El niño me ha confesado que su padre esperaba dejar el ejército fingiéndose muerto o herido para recibir el subsidio, no he entendido bien. Su abuelo habría tenido que ayudarlo, para luego repartirse la suma de la indemnización. Una especie de estafa.

—¿Será posible? —Se rasca la nuca con la mano libre—. Un plan insensato, ¿cómo podría funcionar?

—Es lo que yo también pensé. —Saco de la nevera el té frío de melocotón, el que le gusta a Kostya—. Mientras tanto, Roman ha desaparecido, podría haberse escondido de verdad en un lugar que solo el niño conoce. O quizá murió en la explosión, ayer dijeron por la radio que nadie se salvó, los cuerpos que han encontrado debajo de las ruinas estaban todos sin vida.

—¿Irina no sabe nada? Hay que avisarla.

—No son cosas que se puedan decir por teléfono. Si realmente Roman es un desertor, su móvil podría estar controlado. —Le lleno el vaso.

—Parece una película de espionaje. —Se pasa una mano por la frente y abre mucho los ojos.

—Las vidas de los demás nos parecen más complicadas que las nuestras, pero por lo general menos infelices.

Por una vez Orietta está callada, me deja hablar sin interrumpirme y sin sugerirme las palabras. Tal vez ella también se haya tomado unas vacaciones, justo el día de este aniversario que me ancla al dolor. Ha decidido dejarme sola para celebrar el luto con un té de melocotón.

—Corrado. —Alargo el brazo a través de la mesa y le rozo los dedos. Me parece que se sonroja, pero probablemente sea el calor —. Necesito que me haga una promesa.

Es la primera vez que lo llamo por su nombre, tal vez yo también necesito comprender mejor su vida.

—Claro.

Coge el vaso, no he puesto un posavasos o una servilleta para frenar la gotita que repta por la pared de cristal.

—Yo confío en usted. —Aprieto un poco mi mano sobre la suya, que es tranquila y lisa—. Si algún día yo ya no estuviera, por la razón que fuera, ocúpese usted de los loros. Y del niño, naturalmente.

El vecino arruga los labios y luego bebe de un trago su té, como esos americanos duros que tragan whisky en las películas.

—Está bien, me encargo yo de todo. —Se levanta y va a dejar el vaso vacío en el fregadero—. Pero usted no se vaya.

Después de cenar, el niño me pide seguir jugando con el móvil, acordamos cuarenta minutos y ambos nos quedamos satisfechos. De pronto me he convertido en la que define las reglas, el árbitro de sus días, la jueza de sus comportamientos. No te limpies la boca con la manga, no pases tanto tiempo jugando a videojuegos, dame la mano cuando cruzamos la calle. De nuevo madre, sin haberlo querido. Madre supuesta, madre suplente, madre residual. Cuando me acerco al sofá, ya se ha puesto el pijama y me entrega el móvil como acordamos.

—¿Los dientes? —le pregunto.

Pone la mano en forma de cuchara y sopla dentro.

—¡Viento de los Cárpatos!

Apago la luz, pero desde el pasillo entra un poco de claridad y le ilumina el rostro, me mira con una petición y yo entiendo que me toca hacerlo. Doy un paso y me acerco, me pongo de rodillas.

—*Buonanotte, grazie, prego, amore, scusa* —bromea para recordar las únicas palabras que conocía los primeros días.

—*Buonanotte, maccheroni e polpette* —le contesto y le apoyo los labios en la frente.

Vuelvo a la cocina y cargo el lavaplatos, estoy cansada, el reloj en la pared marca las veintitrés, ya estamos: es la hora.

Una vez, cuando todavía vivíamos en Roma, llegué hasta el portón del que lo atropelló, esperé cuatro horas, inmóvil, con temblores y fiebre alta. Personas que entraban y salían, y yo ahí, inmóvil. Quizá pasó él también, pero yo no lo reconocí, tenía la vista empañada. Y luego entendí que ya no me interesaba, había creído que podía tener un vínculo con mi hijo, que a través de ese desconocido que me lo había quitado lo reencontraría a él también. Un accidente, una casualidad, un error, una fatalidad, un evento culposo. Me fui y no volví nunca más.

Apago la luz y me siento, el mentón apoyado en las manos, el sonido de la manecilla de los segundos articula mis pensamientos. Suena el teléfono, será de nuevo Irina, intentaré que entienda algo, con cautela. Pero en la pantalla aparece el nombre de Massimo. Al verlo, este día y a esta hora, se me hiela la sangre, luego apoyo el dedo en el círculo verde con la indiferencia resignada de los sobrevivientes.

—Perdona, te despierto.

—A estas horas no duermo.

—Tal vez habías cambiado de costumbre.

—No esta noche, en cualquier caso.

—Yo tampoco.

—¿Y Claudia?

—Le he dicho que acabaría tarde en la radio.

—¿Y en cambio?

—Estoy aquí abajo, ¿puedo subir?

Me levanto de golpe, me acerco a la ventana sin encender la luz. En el patio, una silueta oscura que sin duda es la suya.

—No me quedaré mucho. *Massimo mezzanotte*.

Ciertas cosas no cambian.

—No estoy sola.

—Ah, lo siento —duda—, es decir, me alegro —se corrige.

—No es lo que piensas, hay un niño.

Massimo no pregunta, pero percibo que se alarma.

—Un niño de verdad, no se lo ha inventado Orietta.

Lo oigo respirar a través del teléfono, ya sé qué quiere decirme.

—Han pasado cuatro años, y es la primera vez que no estamos juntos.

—Hay que seguir adelante.

—Yo no sé dónde ir, Vita. Me he perdido.

—Yo también me he perdido. Mejor así, más fácil.

Su respiración se vuelve irregular, no consigue contener un sollozo, que explota como un rebuzno.

—Te echo de menos.

La desesperación nos hace banales y descuidados, nos hace predecibles, con sentimientos básicos.

—No me echas de menos a mí, Massimo. Lo echas de menos a él, y a lo que fuimos los tres juntos. Echas de menos el que eras. Fuimos una pareja como muchas, con sus secretos, sus incomprensiones. La noche en que me llamaste, más o menos a esta hora, yo…

—No me interesa dónde estabas, qué hacías ni con quién. Ya no tiene importancia. Me interesa lo que haces ahora. Lo que piensas ahora.

Dejo que persiga esta idea, durante un rato no somos capaces de decirnos nada más.

—Massimo, es tarde —le digo al final.

—Tienes razón, ha sido un error. Me equivoqué cuando me fui en febrero y me he equivocado al volver ahora.

—Hacemos solo lo que podemos. ¿No tenías que estar viajando con Claudia?

—Ya no hay viaje —dice lacónico.

—Yo, en cambio, me voy.

—Creía que viajar ya no te gustaba.

—Será un viaje largo, hacía mucho que deseaba hacerlo y por fin creo que he encontrado el coraje.

—Iría contigo.

—No te divertirías.

—No quieres decirme adónde. ¿Es un secreto?

—Un secreto es una mentira, me lo ha explicado un niño.

—Entonces vuelve pronto —me recomienda.

Y luego sonreímos, cada uno en su lado del teléfono, porque conocemos la respuesta de memoria.

52

Buenas noches, Cicú, y buenas estrellas. Buena última noche de vida y buena primera noche de otra que tal vez no exista, al menos para los que nos quedamos. Ahora que todas las luces están apagadas, me preparo para dormir, saco del botecito de la repisa alta la cantidad de somníferos que me asegura un sueño duradero y con un vaso de agua los ayudo a abrirse paso por el esófago y a concederme la justa calma.

Buenas noches a las habitaciones de esta casa que no conoces, buenas noches al niño que duerme inconsciente, buenas noches al loro que encontró, al menos él, a su compañera y perdió las palabras, buenas noches a la esquina de calle que fue testigo involuntario del final.

Buenas noches a los pensamientos, al cansancio, a las dudas. A las nuevas responsabilidades que Irina, al irse, me dejó en herencia. Buenas noches a los arrepentimientos, a los amores que podían ser y no fueron, a los recuerdos que pican y a los que hacen cosquillas. Buenas noches a esta vida y a las demás que no me pertenecen. A Svitlana, a padre Mattia, al vecino Corrado, a las madres que siguen siendo madres, a los hijos de los demás, que quizá sobrevivieron.

Aquí está, Cicú, este es el momento de las cosas que ya no se pueden posponer:

pagar una factura el último día. Cocinar los huevos antes de que

caduquen. Disculparse inmediatamente después de haber dicho una palabra hiriente. Pedir hora para una visita que evite que los síntomas empeoren. Escuchar tu voz, una última vez.

Me pongo cómoda con dos cojines detrás de la espalda, busco el email de Serena en el móvil, descargo los archivos adjuntos. Luego aprieto la tecla en forma de triángulo y cierro los ojos, para abrir la oscuridad también dentro de mí.

Un susurro durante unos segundos, luego un golpe de caja, y otro y otro más, ritmo constante y tranquilo, idéntico a un latido. Tres notas al piano, agudas, siempre las mismas, como la nana de un recién nacido. Sincronizo la respiración con la música hasta que un golpe de trompeta inesperado corta el tempo, lo lacera, hace estallar la nana en un grito de alegría, o de alarma. Y solo entonces aparece tu voz, Cicú, vuelve de un rincón al centro del cerebro donde había quedado atrapada demasiado tiempo.

Vida vida vida
Dam dam dam
Vida sin reposo, y yo soy tu esposo.
Camino al hilo entre la sombra y el fulgor,
cada paso es un salto, un vacío en el corazón.
No busco el camino más largo, sino el que se enciende,
porque la vida es un fuego que el viento se lleva y prende.
No mido el tiempo en horas, sino en aleteos sutiles,
la aventura más hermosa es descubrirnos mortales.
No hay mapa para un viaje sin retorno,
solo horizontes que se desvanecen cuando el día acaba en torno.
Mi nombre lo dejo en los muros del mundo,
un grafiti en el sol, y en un instante me hundo.
Al final del camino solo queda esto,

un respiro en un latido, pero yo no permanezco.

El ritmo se ralentiza, la trompeta se difumina, las tres notas al piano giran otra vez en su secuencia hipnótica, pero más lentas en cada repetición, un respiro que se calma y poco a poco se extingue. Solo queda la caja que late y late y late. Un susurro.

Y vuelve el silencio.

53

Un secreto es una mentira, mil secretos hacen una vida. Ha amanecido, me he puesto en pie y he descubierto que los pies caminan, he suspirado y los pulmones funcionan, he bebido agua con la boca empastada por el sueño químico de las pastillas y la epiglotis se ha activado. No soy una chatarra, soy un coche sin conductor y con las ruedas deshinchadas. Si no he muerto hasta ahora tal vez no moriré, si pies, pulmones, epiglotis siguen funcionando, tal vez yo también funciono. Si el botecito de los somníferos no lo vacié ayer por la noche es porque necesitaba descansar, no morir. Me asomo a la ventana para mirar la calle que se dora con los primeros rayos. Ya nunca más será nuestro mundo, Cicú. Pero sigue siendo el mundo de los demás.

Entro en el trastero en busca de la bolsa que transportó mi ropa a esta casa. En la habitación, abro la cómoda: siete bragas, siete pares de calcetines, un pijama, cinco camisetas, tres pantalones, actúo con la memoria de otra vida, esa en que iba y volvía, en tren, en avión, en coche, en que dormía en una cama que no era la mía y

ese cambiar de cama y de domicilio sabía siempre un poco a vacaciones, incluso cuando seguía a Massimo por trabajo. Esto también es soledad, Cicú, saber que ya no habrá vacaciones.

Lleno la bolsa y la pongo en la entrada. Luego busco el pasaporte, el carnet de conducir, la tarjeta sanitaria, el cepillo de dientes, el neceser del maquillaje, yo que no cojo un pintalabios desde hace cuatro años. Cargador, móvil, todo el dinero que tengo en casa, en el cajero sacaré más. Libro, libreta, bolígrafo. Gafas de sol, una chaqueta para la lluvia. Y los auriculares para escuchar tu voz, Cicú, las diez pistas de audio que hablan de ti y que me permiten no perder la tuya, tu pista.

Miro al niño que duerme, no tiene la culpa de todos esos adultos en guerra con la vida. En la mesa de la cocina le dejo el desayuno y una nota. He salido pronto, estaré fuera unos días, el vecino se ocupará de ti, recuerda lavarte los dientes después de comer y no pases demasiado tiempo con el móvil. Abajo, mi firma: Vita.

Más abajo: Te he robado los auriculares, a la vuelta te compro otros más bonitos.

Me echo la bolsa al hombro y voy hacia el recibidor. Orietta intenta detenerme, se agarra a mis pantorrillas y me ancla al suelo, se monta en mi espalda con el peso de un peñasco que aplasta las vértebras, llegar hasta la puerta es una lucha cuerpo a cuerpo.

Es una locura, me grita como una madre aprensiva cuyas razones, en el fondo, reconocemos. Hasta ayer no conseguías estar más de medio día fuera de la cama y ahora pretendes conducir, ¿y para ir adónde? Solo tienes el nombre de una pequeña ciudad desconocida y el número de teléfono de Irina, y ni siquiera sabes si contestará a tus llamadas. Y aunque consigas encontrarla, ¿por qué

darle esperanza a partir de lo que te confió el niño? ¿Has revisado que el nombre que te dijo exista de verdad? Estás yendo a un país en guerra. Bombas, puestos de control, pobreza, violencia. ¿Quién te crees que eres?

Ya no sé quién soy. Orietta tiene razón, dejo el bolso y despego los dedos del pomo de la puerta. Ha ganado ella, caigo al suelo y vuelvo a sentir esa debilidad que empieza en la barriga y desde ahí se infiltra en todos los órganos como el fluido de la anestesia. Pero esta vez Orietta no se contenta, quiere ganar del todo, está decidida a aniquilarme, por eso sigue hablando con su voz melosa y apremiante. ¿Qué te crees? No estás yendo a recuperar a tu hijo. Es una indemnización imposible lo que vas buscando. Estás envidiosa de ella, te vas para demostrarle que no tiene razón, que tampoco el suyo está vivo.

Sonrío con los dientes apretados, se me cierra la garganta y por unos segundos no respiro, congelada en un dolor compacto. Luego el aire vuelve a circular, y así la sangre y finalmente los pensamientos. Te has equivocado, querida Orietta, este golpe bajo te ha revelado. No te importa nada de mí, no quieres protegerme, solo quieres volver el duelo contra mí, como la punta de un cuchillo. Has querido apuntar demasiado cerca del corazón esta vez, sin contar que el mío ya descarriló. Salvar a un hijo significa salvarlos a todos.

Doy de nuevo una vuelta a la casa, como cuando se deja una habitación de hotel después de una estancia breve, sin ninguna nostalgia.

Hay cosas que nos sobreviven:

las fotos de la infancia. Anotado en la agenda, el número de teléfono de alguien que no volverá a contestar. Unos pelos en las sábanas, en la almohada, escondidos en un jersey que nos pusimos

el invierno anterior. Momentos de vida conservados en los recuerdos de los demás. La forma de nuestra nariz o la manera de levantar la ceja en un descendiente lejano que nunca conoceremos.

Abro la puerta, me coloco la correa de la bolsa en el hombro y cruzo el umbral.

—¡Adiós, Orietta, y *buonanotte ai signori*!

QUINTA PARTE

KOSTYA

54

Yo nací con la guerra y a la guerra regreso.

Corro y corro y corro en este coche caradura, y a los semáforos, a los policías municipales, a los peajes les hago chao chao con la mano y los mando al diablo. ¿Mochila? Sí, señora. ¿Navegador activado? Sí, señora. ¿Cinturón de seguridad? Sí, señora.

La salida me cogió un poco a contrapié, pero soy especialista en huidas de adultos apesta-aliento y con el tiempo me he vuelto listo como un zorro de Odesa. Cuando abrí los ojos y no oí ningún ruido, salí a explorar. La señora había desaparecido, en la cocina, al lado del paquete de galletas de cacao en forma de estrellas, que ya se han convertido en mis preferidas, y de la taza con la leche, había una nota escrita con bolígrafo rojo. No tuve tiempo de leer porque oí la llave que giraba en la cerradura y la puerta que se abría muy despacio, para no hacer ruido, así que me lancé hacia el recibidor y la vi: tenía la cara de mi Tato estropea-fiestas cuando vuelve del bar con sus amigos de alegría, pero no apestaba a borrachera y tampoco parecía alegre. Nos miramos como dos boxeadores en combate. Ella farfulló: me olvidé de la lista de la compra. Nosotros ya no decimos mentiras, le recordé. Se sonrojó, se miró la punta de las zapatillas, nunca se las había visto puestas. Había vuelto para coger las llaves del coche, quería irse sola, pero yo no dejé que me abandonara como un pedo en el ascensor. La vida no es un videojuego, le dije, como me repetía mi Tato cuando no estaba lleno

de cerveza y quería que yo dejara de jugar a la Play. La señora parecía recién salida de un largo sueño, me contestó que ya se había decidido y que no cambiaría de idea.

—Entonces voy contigo —le dije—. Ya hice el viaje solo.

Ella apretó la boca como el trasero de la gallina. No la dejé decir ni una palabra, corrí para coger la mochila con las pocas cosas que había traído Babusia y reaparecí a la velocidad de un cohete, vestido y hasta con los dientes limpios. ¡Viento de los Cárpatos!

—Seré tu tutorial de carne y hueso. —Apoyé la punta del índice en mi pecho. Conozco la lengua, las calles, sé leer las caras de mi gente, sé distinguir entre silencio de paz y sonidos de guerra: el vuelo de los drones barriga-de-gusanos, el grito de la sirena antes de las bombas come-casas, los uniformes de los soldados y las estrellitas en los galones, el olor de la pólvora, del peligro y del miedo—. Yo nací en la guerra, como el león en su jungla. —Me puse la mochila.

—Los mayores tienen que pensar en los pequeños, no al revés —dijo mientras cerraba la puerta con tres vueltas.

—Cada adulto necesita a un niño.

—Pero no es justo que regreses a la guerra.

—No es justo quedarse solo.

Desde el interior de la casa, me pareció oír la voz de Massimo pájaro.

—Quedarse solo. Quedarse solo.

Me giré hacia la señora, porque desde que llegó la lorita él ya no hablaba. Ella me guiñó el ojo.

—El vecino los cuidará.

—Y todo lo demás puede irse al diablo.

55

La señora frena, baja la ventanilla para pagar el peaje, luego enciende el estéreo. Empieza a sonar una canción, un chico con una voz bonita, pero no consigo entender todas las palabras, las suelta demasiado rápido, solo se me queda en la mente el estribillo.

Cada viaje es una fiesta,
más acierta quien se queda.

La miro por el espejo retrovisor, mueve un poco la cabeza al ritmo de la música, pero tiene los ojos húmedos.

—¿Festival de Sanremo? —intento adivinar, porque mi Tato y yo veíamos siempre el programa de celebridades musicales italianas.

Ella no contesta, la canción termina y nos paramos en la estación de servicio para poner gasolina, hacer pipí, y comprar agua y bocadillos para el viaje.

—Lo he intentado de nuevo, y nada. —Su móvil desaparece en el bolso y ella abre la puerta—. Y también todos los mensajes que le he enviado a tu abuela solo tienen un tic gris.

—Lo habrá apagado para ahorrar batería, me lo enseñó mi Tato.

Por el estéreo suena la misma canción de antes, pero ella la interrumpe, ha cambiado de humor con respecto al viaje.

Nos ponemos de nuevo en marcha, sigo el camino por el navegador y le digo dónde girar, cuál es el límite de velocidad y dónde encontraremos la próxima estación de servicio. Cuando llegué, tenía una dirección y un número de teléfono escritos con boli detrás de una foto. Ahora nada, ya ni siquiera la cara de una falsa madre que sonríe en el fondo de la mochila sepultada por migas de cracker, pero no tengo miedo, ya no estoy solo.

—Yo nací con la guerra —vuelvo a hablar—, pero la guerra también es una mentira. Al principio todos estaban de nuestra parte, ahora han desaparecido. Y para mí ha sido lo mismo. Mi Mate, mi Tato, Babusia: todos se van.

La señora acelera y me mira por el espejo.

—Más acierta quien se queda, como dice la canción. —Señala la radio, imita la música con la boca cerrada.

Le paso el móvil, extiendo las piernas en el asiento e intento dormir un poco. Si más acierta quien se queda, entonces tú y yo, señora, hemos acertado, nosotros que viajamos en este coche medio roto desde hace horas y no sabemos cuántas nos quedan todavía; nosotros que nos hemos ido para juntar a los que se fueron, y esperamos una llamada que no llega nunca; nosotros que perseguimos un puntito rojo en la pantalla, y ni siquiera sabemos si el viaje termina allí. La guerra no tendría que salir nunca de los videojuegos. Golpes de mentira, explosiones de mentira, sangre de mentira, muertos de mentira, una vida de reserva, una partida más que jugar hasta que un adulto apesta-aliento nos quite el móvil porque, verás, demasiado juego hace daño. Pero la guerra de verdad hace más daño, se necesitaría a un adulto más adulto que los demás que diga basta y los mande a todos a dormir o a hacer los deberes o a jugar al parque. Un adulto que vaya donde están mi Tato y mi Mate, donde diablos estén en este momento, y les diga que tienen que volver al mismo equipo, que es el de los sobrevivientes, con una vida aún por jugar.

La música vuelve a empezar, y con ella esa voz de chico que ya viaja con nosotros como el tercer pasajero en esta excursión sorpresa.

—Señora —pregunto mientras la luz roja del atardecer entra en el coche y el aire desde la ventanilla sabe a mar—, ¿esta es la voz

de hijo?

Ella baja la velocidad, pone el intermitente y unos instantes después salimos de la autopista.

—Tenemos que buscar un lugar para esta noche, estoy cansada de conducir —dice en voz baja.

Elegimos un hotel pequeñito junto a la carretera y al rato estamos los dos en una habitación con una sola cama.

—No sabía que él soñara con cantar —dice ella después de haberse lavado los dientes, lleva un pijama con unos pequeños corazones rosas que en casa nunca le había visto puesto—. Los deseos de los hijos permanecen ocultos, o tal vez nosotros, los padres, no somos capaces de verlos: si son demasiado grandes, nos dan miedo.

Voy a lavarme los dientes yo también, cepillo vigorosamente de abajo hacia arriba y luego en sentido contrario, como me enseñó Babusia, experta en limpieza. Mi Tato y yo a menudo dormíamos vestidos, esperando las sirenas, y no siempre con los dientes limpios.

La señora se tumba y golpea dos veces el colchón con la mano, para invitarme a tumbarme a su lado.

—Puedo dormir en el sillón —propongo.

Entrecierra los ojos, me parece haberle dado un disgusto.

—Si lo prefieres… —Se recoge el pelo en una coleta, no sabe si insistir.

—No prefiero, pero yo por la noche doy patadas como un burro, dice siempre mi Tato, él acostumbrado, es mi padre desde el día en que le nací.

La señora se sienta con las piernas cruzadas, está un poco en la sombra, no se adivina qué cara estará poniendo.

—Pensaba que no querías dormir a mi lado. Y tendrías razón,

para ti soy una extraña.

Sacudo la cabeza, no es verdad, ella es la que se quedó. Levanta la sábana, hace un gesto con la mano, me acerco a la cama y de un salto estoy encima. Pongo una almohada entre mis piernas y las suyas.

—Por seguridad —digo.

Apaga la luz, después de un rato su respiración se vuelve más lenta, cierro los ojos y siento cero miedo, aunque no recuerde en qué ciudad estamos y cuánto tiempo nos queda todavía antes de llegar. Ni siquiera sé qué olor tenía mi Mate y si alguna vez me abrazó, pero ahora imagino su cara como la de la señora, su mano ligera como esta que me acaricia el pelo, y el sueño viene a recogerme.

Y en la oscuridad y el silencio de esta habitación desconocida, el teléfono suena, como un aviso de bombas en un país de paz.

56

La voz de Babusia desde Ucrania fractura los tímpanos en el corazón de la noche italiana, cruza calles, cruza fronteras, es más fuerte que las explosiones, que los tanques barriga-de-gusanos, que los drones zumbantes, y llega a nuestra pequeña habitación, arruga las sábanas perfumadas de blanco, las almohadas suaves de detergente, e interrumpe el abrazo de la señora. Ella coloca el móvil en el centro, entre nuestros oídos, porque secretos, entre nosotros, ya no hay. Babusia llora en ucraniano, pero habla italiano. Dice: necesito dinero, necesito ayuda, hijo desaparecido no se puede encontrar, como una aguja en un pajar. Cansada de todo, caras de

soldados, preguntas sin respuestas, personas sinvergüenzas, kilómetros andando, huyendo noche y día. Yo siempre he hecho todo sola, dice Babusia, y se suena la nariz, pero ahora de verdad no sé qué hacer. Quedarme, nada; irme, nada; entender, nada. Si hijo está vivo, imposible volver; si hijo está muerto, inútil volver.

La señora enciende la luz de la mesita y se sienta.

—Cálmate, Irina. ¿Dónde estás ahora?

Babusia menciona la ciudad de Bajmut, nunca la había oído, la buscamos en el móvil, está en el Dombás. La señora me hace una señal para que apunte el nombre, al lado del minibar encuentro un lápiz y una hoja sin rayas ni cuadritos donde apoyar las letras, solo el espacio blanco, pero lo intento igualmente, es ella quien me enseñó a escribir, y escribir sirve para salvar a las personas.

—Tienes que ir a Kiev, Irina, ¿has entendido?

—Yo ya estuve en Kiev, nadie sabe nada, nuestros jóvenes desaparecidos, un misterio.

—Tienes que volver atrás, nos vemos allí, vamos a buscarte.

—¿Vamos dónde? ¿Nosotros, quiénes?

Babusia deja de llorar y por unos segundos ya no la oímos, no oímos ningún ruido, como si hubiera explotado una bomba de silencio. Cojo el móvil y le hablo en ucraniano:

—Babusia, aquí Kostya, ¿me oyes? Babusia, estamos en coche la señora y yo, en verdad ahora mismo estamos en un hotel, estábamos durmiendo cuando has llamado, pero pronto llegaremos a Ucrania, tenemos que decirte una cosa muy importante.

—¡Cosa importante se puede decir por teléfono! Habéis enloquecido todos, hijo, nieto, señora —grita en italiano para que ella también la entienda—. ¡Pobre de mí!

La señora apoya el índice contra la nariz para recordarme que no hay que hablar demasiado, podría haber espías cara-de-peste

escuchando. Coge el móvil y tranquiliza a Babusia.

—Escúchame, Irina. Vuelve a Kiev, espéranos allí y no te muevas, no hables con nadie, ¿tienes un lugar donde quedarte?

—Está casa de marido, poco lejos de Kiev, ya estuve ahí, pero puedo volver.

—Casa de tu marido está bien. Cuando estés allí, nos mandas la dirección, nosotros necesitamos unos días más.

—Yo no entiendo, ¿algo le ha pasado al niño? ¿Algo a la señora? ¿Por qué venís aquí? No es un lugar de vacaciones, hay guerra, hay peligro, este es un lugar del que escapar.

La señora cierra los ojos, suspira y luego sonríe, como cuando caminábamos por la arena y oíamos detrás de nosotros a las tortugas microscópicas que se deslizaban hacia el mar.

—Irina, escúchame bien: «así se quiso allí donde se puede lo que se quiere, y no hagas más preguntas», lo dice también padre Dante. ¿Entiendes?

—Está bien, entendido —dice Babusia, como si fuera una contraseña secreta entre ellas dos, de hecho no pregunta nada más, solo dice que vuelve a casa del abuelo Maksym y que nos espera allí.

—¿Él no sabe nada? ¿Qué te ha dicho? —pregunta la señora.

—Estaba borracho, dijo que hijo no respetó los pactos. Qué pactos, pregunté. Pactos de guerra. No dijo nada más.

Luego se despide y nos pide que no corramos con el coche, que comamos bien y durmamos bien, y se disculpa por habernos despertado y nos dice que esperemos su llamada, y que tengamos cuidado. ¿Prometido? Sí, Babusia.

La señora apaga la luz, pero no el móvil, está revisando el camino para mañana, una larga línea azul llena de ángulos, que parece no acabar nunca. Su voz repite nombres de villas, pueblos y ciudades que ya crucé solo, pero esta vez no dan miedo, son como

una nana que me conduce lejos. Noto los ojos pesados, un corazón de mamá que late contra mi espalda, y finalmente nada más.

57

—Soy ciudadana italiana —grita la señora—, y ciudadana europea, Hungría es parte de la Unión Europea y usted no tiene derecho a detenerme, estudie la ley.

En el control policial, el hombretón en uniforme da dos pasos de hiposaurio, se coloca entre nosotros y nos separa, pone sus manos peludas que pesan cada una dos quintales en mis hombros, siento que me hundo.

—¿Qué pasa? —le pregunto, tengo miedo. Los dos hablan en inglés, y solo consigo entender algo.

—Nada grave, un control aleatorio. Dice que yo soy europea y tú no, y que no tengo tu custodia legal.

—¿Me arresta?

—Claro que no, ven aquí.

En la oficina de Hiposaurio la señora se sienta en un pequeño sillón delante del escritorio, y yo en su regazo. Le habla con voz más dulce, intenta convencerlo por las buenas.

—Perdió a su padre —le explica—, murió en la guerra, voluntario, lo estoy acompañando para que vaya al funeral. Había huido con su abuela, pero después de la mala noticia, ella tuvo un patatús y no se puede mover.

Hiposaurio pone la boca como el trasero de la gallina.

—¿Muere o se salva? —pregunta como si fuera un concurso con premios, la señora parece dudar, no sabe cuál es la respuesta correcta para que nos libere.

—Dios lo sabe —le contesta.

Él nos deja solos en la habitación, que está caliente y huele a polvo, del pasillo llega el ruido de pasos y palabras en una lengua desconocida. De repente siento todo el cansancio del viaje, cierro los ojos para protegerlos del sol que entra por la ventana.

Hiposaurio vuelve dando un portazo, lleva una hoja en la mano, la cara contenta.

—Usted puede irse, señora. —Le hace un gesto para que se levante, yo me agarro a su brazo—. El niño no —tira de mí lejos de ella—, él se queda con nosotros.

La señora se acerca aún más a mí, pero él la bloquea agarrándole la muñeca. Ella le habla en inglés, pero esta vez no consigo entender ni una palabra, está enfadada, empieza a gritar, él le tuerce el brazo y hace que caiga de rodillas. Luego coge el teléfono y ordena algo, se entiende por el tono de su voz. Saca un par de esposas del bolsillo trasero y las balancea delante de mis ojos, la señora grita mi nombre, vuelve a levantarse, pero dos guardias entran en la oficina y se la llevan, mientras desaparece detrás de la puerta me doy cuenta por primera vez de cuánto se parece a mi Mate de mentira.

Nos quedamos solos, Hiposaurio y yo. En el escritorio hay una pistola, idéntica a la del tiro al blanco que nunca aprendí a utilizar. Me acerco despacio mientras él se asegura de que la puerta esté cerrada con llave. Pongo la mano en el arma, el metal está frío y pesado, luego la cojo, tengo miedo de que pueda resbalarse de mis

dedos, abro las piernas como le vi hacer a mi Tato y apunto a su cabeza, como si fuera el blanco de la feria. Él se gira, abre los ojos de par en par y se queda con la boca abierta.

—*Put it down! Put it down!* —grita, y me hace el gesto de que baje el brazo, pero yo no la suelto.

Cinco disparos, un regalo, así decía el dueño del tiro al blanco para atraer a los clientes. Las pistolas ensucian las manos, me acuerdo de las palabras de la señora, pero a veces salvan vidas, le contesté yo. Hiposaurio grita algo en húngaro, podría ser una súplica o un insulto.

—Tato muerto, Babusia moribunda —grito con el llanto que me pica en la garganta—. ¿Tú también quieres morir ahora?

Él entiende que no es una broma, levanta las manos.

—Estáis todos locos, locos por la guerra —dice—. *Crazy for war!*

—Déjame ir. —El brazo me quema por el esfuerzo—. Déjame ir con la señora, o disparo.

Él sigue mirándome fijo con las cejas arqueadas, como si no consiguiera entender. Luego oigo un ruido que destroza los oídos, no como el de la pistola de balines en la feria, y entiendo la diferencia entre una pistola de mentira y una de verdad. Me miro asombrado la mano, como si no la hubiera guiado yo, sino una fuerza maligna que procede de otro lugar, de las sirenas que sonaban cada madrugada a las tres, de los ruidos de las casas que se derrumbaban en la oscuridad y que por la mañana eran montones de piedras mezcladas con pedazos de vida. Un sofá, un colchón quemado, media bañera. Una fuerza procedente de las voces de las personas en cola en la frontera, del miedo que tuve durante todo ese viaje solo, del mordisco del perro cojo en la estación de Leópolis, de la cara desconocida de una mamá que me abandonó. Del Pikachu que mi Tato ganó a cambio de un disparo, que aún me espera, espera solo,

en una casa que tal vez ya no existe.

Hiposaurio está en el suelo, tiene un agujero en la frente. En medio de las cejas, por fin distendidas, ni siquiera una gota de sangre. Relajo el brazo, la pistola cae al suelo sin hacer ruido. Una frase gigante aparece en su cabeza: *you win!*, su cuerpo se vuelve morado, parpadea, luego desaparece con un puf. Y lo mando al diablo.

Hiposaurio vuelve a entrar dando un portazo, abro los ojos, pero tengo que volver a cerrarlos enseguida porque hay demasiado sol. La señora me seca la frente, luego agarra una hoja que él le está entregando, me desliza lentamente por sus rodillas, me coge de la mano y juntos vamos hacia la salida. Ninguna pistola en el escritorio, ningún agujero en la frente. Tampoco esta vez he aprendido a disparar. Dejamos la oficina, Hiposaurio no dice ni una palabra, pero cuando se cruza con mi mirada, me parece que baja la cabeza. Tiene razón la señora, mejor no tenerla, una pistola.

Nos ponemos de nuevo en marcha, no le cuento nada de lo que hice, aunque solo en sueños. Ella tampoco me habla, quizá se arrepiente de haberme llevado con ella, me mira a través del retrovisor, como si tuviera el superpoder de escuchar mis pensamientos, luego vuelve a mirar la calle.

No sé qué habría hecho con una pistola, estando despierto. La verdad, pienso, es que la guerra ya la llevo dentro, y sale cuando ella quiere.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —confieso.

—¿Has tenido miedo de que no nos dejara pasar?

—No —miento, luego me acuerdo de que ya no hay mentiras entre nosotros—. No mucho.

—¿La próxima estación de servicio está lejos?

Reviso en el móvil.

—Trece minutos.

—Nos paramos allí.

—¿Pones canción?

Enciende el estéreo, pero pone la radio, y el coche se llena de voces que hablan una lengua incomprensible, después de un rato la apaga.

—¿No hay canción? —le pregunto.

—Más tarde, o mañana.

—¿Por qué? ¿No te apetece?

—Para tener algo que esperar.

No estoy seguro de haber entendido, me quedo callado. Ella apaga el motor, bajamos del coche, me coge de la mano.

—Esas pistas me llegaron cuatro años después, son una especie de carta de amor perdida.

En la barra pido un bocadillo con salchicha, el más grande que hay, ella pide goulash y una botella grande de agua sin gas, nos sentamos en una mesa para dos.

—Tenías miedo de no reconocer la voz —le digo, luego muerdo el bocadillo.

La señora hunde la cuchara en la salsa roja y la lleva de paseo por el plato. En tres mordiscos me como la mitad del bocadillo, ella nada, tal vez he dicho la cosa más equivocada.

—Más fácil recordar cara, color de ojos, de pelo, y también olor.

Es inútil tomar fotos de personas, de lugares, de animales, hay que salvar la voz, el sonido que hacen las cosas, los ruidos, los sonidos bonitos y feos y todo lo que vuela lejos —explico.

Su cuchara sigue explorando el plato, mientras ella mira fijamente un punto en la mesa verde claro.

—Por la voz se entiende todo —continúo entre un mordisco y otro—. Si una persona está feliz, si tiene miedo, si tiene sueño. También la cara se puede adivinar. Yo por ejemplo me lo imagino rubio, como yo. —Me cojo un mechón de pelo con los dedos un poco aceitosos. Ella sonríe y dobla la cabeza hacia un lado, del bolso saca el móvil, desliza rápido el pulgar, se para, suspira y gira la pantalla hacia mí. No es rubio, lástima. Observo la foto, luego a ella y de nuevo al chico—. Aquí es igual a ti. —Señalo la zona entre las cejas y el nacimiento del pelo.

—Se parece más a Massimo.

—Pero mira, aquí —le rozo los párpados con la punta del índice —, ¡iguales!

Guarda el móvil, traga un par de cucharadas de carne y salsa roja, aparta el plato.

—No había vuelto a enseñarla, después del accidente. Si no se lo decía a nadie, era como si no hubiera pasado. Cuando acabó el Covid todos siguieron con sus vidas, Massimo también, nuestros amigos, los compañeros de trabajo y el resto del mundo. Me quedé sola con Orietta, sin embargo, lo peor no fue pensar en morirme, sino descubrir que podía sobrevivir. Mi culpa es respirar. Pero si él no está en los recuerdos, entonces nunca murió, tal vez por esto me impedí sentir nostalgia. Perdona, son cosas difíciles de explicarle a un niño.

—Yo estoy contento si me hablas de él, así la hacemos juntos, la *nuestralgia*.

Nos encaminamos hacia el parking, muy cerca uno del otro, como en la playa de las tortugas, pegado a nuestro coche hay un camión barriga-de-hierro con una inscripción roja. Un hombre con barba y una gorra verde abre la puerta trasera y empieza a descargar paquetes junto a un grupo de chicos y chicas con camisetas blancas. Cuando nos ve pasar, se quita la gorra y le hace una media reverencia a la señora. Yo tiro de ella hacia el lado opuesto para que vea lo que pone en las cajas. «Ayudas humanitarias para Ucrania», traduzco de mi lengua. Mientras miramos los paquetes que se amontonan, una chica de pelo rizado y rostro cansado se acerca.

—¿Vais a Italia? —nos pregunta después de haber mirado la matrícula.

—No, a Kiev —contesta la señora sin explicar nuestros asuntos.

—Las carreteras están en malas condiciones, es peligroso, os conviene volver atrás —dice Ricitos.

—No es posible —me entrometo y le cuento que vamos a recoger a mi vieja Babusia que se ha quedado sola.

Ricitos se enrolla varias veces un mechón entre los dedos.

—Tenemos que seguir, no hay elección —añade la señora, y me cruza los brazos sobre el pecho.

—Siempre hay elección. —La chica saca un cigarrillo del paquete, lo enciende y se para a hablar con el hombre de la gorra verde, mientras la señora y yo nos encaminamos hacia el coche—. Esperad —nos sigue Ricitos—, podemos ayudaros a cruzar la frontera con Ucrania y escoltaros en el interior del país hasta donde sea posible, antes de avanzar hacia las zonas de guerra.

La señora está indecisa. Ricitos da un paso hacia nosotros, con el cigarrillo consumido por la mitad. El de la gorra verde ha acabado de contar las cajas y nos alcanza, tiene las manos escondidas detrás de la espalda y una sonrisa bajo la barba rojiza.

—Para ti —dice con un vozarrón, y saca un osito blanco muy blanco, lleva una gorra igual a la suya y una sudadera azul y amarilla.

Levanto los ojos hacia la señora y ella hace que sí con la cabeza. Lo agarro con las dos manos, es suave y peludo, lleva los colores de la bandera.

—No hay que estar solos cuando se va hacia el peligro, ¿digo bien, señora? —Capitán Barba nos guiña el ojo mientras yo pongo al peluche en la mochila, nos sigue hasta el coche y, sin que nadie le haya dado permiso, se sube al asiento del pasajero—. ¡Vamos, campeón! Todos a bordo, vamos, os escoltaremos.

La señora se sienta al volante y yo detrás, parece que viajaremos acompañados. Un poco estoy contento y un poco no, no estoy acostumbrado a ser tres.

59

Capitán Barba tamborilea con los dedos sobre la rodilla mientras escuchamos otra vez la canción del hijo de la señora. Ella no le revela nada, porque él es el último que se ha subido a nuestro coche y con él puede haber secretos. Entre ellos dos sentados delante y la furgoneta humanitaria detrás, me siento un *oripok*, un pepinillo feliz en un bocadillo de tranquilidad. Me desparramo en el asiento con la cabeza apoyada en la mochila, estoy cansado, pero de un cansancio contento porque, si me duermo, alguien más pensará por mí.

Cuando me despierto, se han intercambiado los lugares, él está al volante, mientras que ella sigue el camino en el móvil, parecen dos padres que salen de vacaciones, como se ve en las películas. Un

poco duermo de mentira y un poco de verdad, sus discursos se mezclan con mis sueños, y es hermoso no distinguir unos de los otros. Capitán Barba dice que estuvo casado, pero no tuvo hijos, después la esposa le dijo: o ellos o yo, apunta con el pulgar hacia el camión que está detrás, y él los eligió a ellos, no lo cuenta, pero se entiende que ese es el final. Desde aquel momento ya no hay historias, porque la guerra las mata también a ellas, nos toca estar solos, le dice.

Ella no cuenta absolutamente nada de sí misma, pero al rato le pregunta algo sobre el miedo, él mueve la mano izquierda en el aire y balancea la cabeza, luego le hace la misma pregunta también a ella, que no contesta, entonces levanta la visera de la gorra verde con el índice derecho y se rasca la frente, como si tuviera miedo de haber dicho algo equivocado.

—El miedo se siente cuando uno tiene algo que perder —dice después de un rato la señora—. Yo tengo este coche y este niño, con dos cosas solamente es más fácil ser valiente.

—El miedo es de todos —contesta él, y se alisa la barba—, también de quien no tiene nada.

—Hace cuatro años, accidente de tráfico, salió de casa despidiéndose como siempre y no volvió nunca más. Así perdí a mi hijo.

Las palabras llenan el espacio entre nosotros, como aquellas patatitas de poliestireno en los paquetes con objetos frágiles. Un silencio que nos tiene apretados, ya no hay lugar ni siquiera para los respiros.

—Lo perdí a él y también a mí misma, cada herida tiene dos márgenes. Me quedé fuera de mi casa, de mi matrimonio, extranjera de la vida. El miedo es de quien se arriesga.

Gotas microscópicas se precipitan del cielo blanco, pero en

cuanto se pegan a los cristales Capitán Barba las barre con los limpiaparabrisas, como un verdadero *gamer* profesional. Luego ralentiza, cambia la marcha y levanta la mirada, como si le pidiera a la lluvia que deje de caer.

—Durante cuatro años me quedé embalsamada en el dolor. Pero hace unos días, de repente, me pareció que no tenía elección: partir o morir. Me puse en camino hacia los lugares donde las cosas acontecen, donde hay vida y hay muerte, otras madres y otros hijos. Cada cual tiene su duelo, no es justo estar solos.

Se gira hacia mí, agito los pies para que piense que estoy dormido. Me roza una rodilla y yo coloco las manos bajo la mejilla, como en una oración.

Durante un rato no hay nada más, ni palabras, ni música, ni ruidos. También la lluvia caradura está en silencio.

—No sé por qué te cuento estas cosas, hace pocas horas que nos conocemos.

—Los territorios de guerra empujan a la confidencia, cada palabra es un testamento.

La señora se queda unos minutos en silencio.

—¿Qué es? ¿*Casablanca*? —pregunta al final, sonríe.

—Qué va, es mía. —Él se rasca la barba—. Aunque es mi película preferida.

—La mía también. —La señora mira por la ventanilla—. «Louis, creo que este es el comienzo…».

—«… de una hermosa amistad» —concluye Capitán Barba, y se ríen juntos, yo no entiendo por qué, pero tengo los oídos atentos porque con los adultos caraduras nunca se sabe.

—No es verdad que solo te quedan el coche y el niño —continúa

serio Capitán Barba, y la mira por debajo de la gorra.

—No, también me queda su voz. —Alarga una mano hacia el estéreo y pone una nueva canción.

La vida se apaga empezando por los ojos,
el tiempo la araña con sus enojos,
cada palabra que no hemos dicho
queda suspendida bajo el mismo techo.

Pero cuando el cielo se quiebre y caiga,
encontrarás mis pasos en estas vegas.
En la danza ligera de las hojas caídas,
yo seré el viento que luego las cuida.

He dejado huellas que no puedes ver,
y sueños transparentes de cristal también.
La vida nos da, la vida nos quita,
Yo seré el viento que luego te invita.

60

Ante nosotros la frontera con Ucrania, por fin. Será más fácil cruzarla ahora, pienso, comparado con cuando escapé: estoy volviendo a casa. Nos ponemos en la cola para los controles, reconozco los lugares que atravesé hace apenas seis meses, pero esta vez aprieto la mano de la señora y en verdad ya no sé cuál es casa.

Capitán Barba dice que no nos preocupemos, pero yo me preocupo igualmente, por seguridad. La señora saca del bolso el pasaporte rojo y el azul, ya viajan siempre juntos, como nosotros

dos, y se los confía a nuestro amigo voluntario que se encamina hacia el puesto de control junto a Ricitos y nos dice que esperemos en el coche. Pasa media hora, luego otra, y otra más. La señora está cansada, como cuando se queda en la habitación con la luz apagada y las persianas bajadas hablando con Orietta. Se sienta a mi lado en la barriga del coche que descansa como un animal saciado, aunque quede poca gasolina. Cierra los ojos, en su frente aparece una vena verdosa que parece dibujada con un rotulador sin tinta. De vez en cuando los abre e intenta esbozar una sonrisa, hasta ahora no lo ha conseguido. La fila de coches y camiones que escapan hacia Europa sigue corriendo a nuestro lado, las de las personas a pie parece una lombriz enorme sin cabeza ni cola, un único larguísimo cuerpo que aumenta cuanto más pasa el tiempo.

—Ahora vuelve —le digo, me asomo desde el coche para mirar, ella mueve la mano delante de la cara, cierra de nuevo los ojos. Esperar es un dolor que crece.

El cielo ya está oscuro, hace un rato que no hablamos, excepto mi estómago que muge por el hambre como una vaca cara-de-cuernos. El toc toc en la ventanilla nos sobresalta, había empezado a pensar que nos quedaríamos aquí, ella y yo, mirando eternamente la fila de piernas que fluye en un sentido o en el otro.

—Podéis venir —ordena Capitán Barba, la voz consumida y, sin la gorra verde, ya no parece un superhéroe, como máximo, un héroe —. Los controles ya son más duros, por los que intentan escapar sin permiso para evitar ir al frente y los que, en cambio, intentan entrar fingiéndose cooperantes humanitarios como tapadera para actividades ilícitas, como el tráfico de personas o el contrabando. Con los niños, además, son mucho más cautelosos, y es justo que sea así. Hemos sabido de menores desaparecidos y deportados más allá de la frontera bajo falsos nombres.

Capitán Barba nos escolta hasta la oficina donde una rubia larga como un palo de la luz con un uniforme gris tiene nuestros pasaportes en la mano, los abre, mira las fotos, luego a nosotros, luego de nuevo las fotos. Me habla en mi lengua, pero con una voz antipática, hace muchas preguntas: nombre del padre, nombre de la abuela, nombre de la señora que te acompaña, yo lo digo todo bien, ella hace que sí con la cabeza. ¿Te han obligado a ir con ellos? ¿De verdad estás yendo a recoger a tu abuela? ¿A qué ciudad? Está bien, bien. La señora alarga un brazo para coger el documento, pero Palo-de-la-luz la detiene con la mano en forma de pala.

—No he acabado —grita en italiano. Revisa otros papeles, habla con alguien por teléfono—. Repite el nombre de tu padre —me ordena en ucraniano, para que los demás no entiendan, yo obedezco. Lo busca en el ordenador que tiene delante y luego escribe algo con boli en una hoja—. Está bien, bien —repite al final, mira una última vez mi pasaporte y me lo devuelve—. Podéis iros —grita en italiano.

La señora me apoya las manos en los hombros y nos vamos, seguidos por Capitán Barba.

—Es tarde para ponernos en camino, y estamos todos cansados. —Coge del brazo a la señora, como para levantarla—. Nos quedamos a dormir en un pueblito aquí cerca, ya han hospedado a algunos de los nuestros durante estos meses, siempre hay una cama y algo para comer.

—No quiero ir a casa de extranjeros apesta-aliento —le digo en voz baja a la señora—, quiero dormir contigo en una habitación con nevera, Coca-Cola y cacahuetes salados.

—Son ucranianos, como tú.

A fuerza de desplazarme de una frontera a la otra me he vuelto extranjero de todas. Seguimos a Capitán Barba y a los otros

voluntarios hacia unas casitas en una calle oscura, Ricitos guía al grupo y muestra a cada uno a qué puerta llamar. Cuando nos toca a nosotros, señala con el dedo un pequeño edificio de dos plantas en el lado opuesto de la calle.

—Vamos —dice Capitán Barba, y me coge en brazos.

—Nosotros estamos allí, en realidad —dice Ricitos, e indica otra casa al final de la calle.

Capitán Barba me abraza fuerte.

—Yo me quedo con ellos.

Ricitos sacude la cabeza y se pone en camino junto a otros tres.

—Mañana a las nueve en la furgoneta —dice, mientras vemos sus rizos que desaparecen en la oscuridad, el silencio es interrumpido solo por un ruido, como de agua que fluye de una cisterna rota.

—Es la voz del río —explica Capitán Barba—. ¿Quieres verlo?

No contesto, vamos igualmente, el susurro se vuelve más fuerte a medida que nos acercamos, luego nos asomamos a la barandilla y ahí está: grande, liso y cansado, pero no dormido.

—Éste es un confín —me explica al oído con una voz más dulce —. Separa dos estados, Ucrania y Hungría.

—Yo soy como el río —le digo—, fluyo un poco de una parte y un poco de la otra.

Me giro para buscar en la penumbra a la señora, no logro distinguirla, pero siento que está aquí, a nuestro lado, la reconozco por el silencio.

—Todos los días alguien intenta cruzar a nado —cuenta Capitán Barba—. Escapan para que no los llamen a las armas, algunos estuvieron en el frente, vieron a la muerte de cara y no quieren volver.

Pienso en mi Tato corazón-de-oveja, en la villa de Chop, que

Danylo nombró aquella noche en nuestro salón, en su risa mala, en los secretos, en las mentiras, en la cara de la señora Palo-de-la-luz en la oficina de inmigración cuando buscó su nombre en el ordenador y luego nos dejó pasar.

—Tengo sueño —digo, porque la voz del río después de un rato me confunde los pensamientos.

—Vamos —dice Capitán Barba, y nos encaminamos hacia la casa indicada por Ricitos. Su camisa huele a sudor y tabaco, pero los brazos son fuertes y yo me confío.

Mientras nos alejamos, me parece oír a esos hombres-peces que cruzan el confín oscuro como minúsculas tortugas marinas en busca de la libertad. Una sombra pasa delante de la luz de la luna, tiene la altura, el perfil y los movimientos un poco entrecortados de mi Tato, en el aire tibio advierto el olor de su colonia de afeitado, pero es solo una impresión, el hombre acelera el paso, gira el rostro del lado de la oscuridad y se va.

61

Por la ventana entra un sol apagado, en la cama de enfrente hay un niño alto como yo, rubio como yo, duerme en la misma posición que yo, con una almohada bajo la cabeza y otra entre las piernas, tal vez él también patea en sueños como un caballo enloquecido. Podría ser él, si mi Tato cabeza-de-madera no me hubiera enviado lejos como un paquete pedido por internet, si mi Mate no hubiera desaparecido, si también Babusia no se hubiese ido. Bajo las escaleras con los pies ligeros, como si estuviera en un videojuego: mientras sea invisible, no perderé una vida. En la cocina está el resto de la familia, ellos se

han quedado juntos, y juntos da menos miedo. La madre le da la leche a un niño muy pequeño, el padre arregla un hornillo con una pinza con el mango rojo, el abuelo y la abuela miran las noticias en la televisión, se hablan todos en la misma lengua. Con la señora todavía me cuesta, es más difícil quererse con palabras extranjeras.

Una chica mayor va y viene de la cocina, pone la mesa para el desayuno, se da cuenta de que estoy ahí y me invita a sentarme.

—No tengo mucha hambre —explico, aunque no sea verdad—. ¿Dónde está la señora italiana?

A través de la ventana me indica un punto en el patio y corro fuera. Está hablando muy intensamente con Capitán Barba, él la coge de la mano, ella saca el teléfono del bolsillo y guarda su número en la agenda. Vista así y bajo el cielo azul de Ucrania no parece alguien que haya luchado mucho con la vida, y este no parece un país en guerra. Lleva los mismos tejanos de cuando salimos y una camiseta verde militar dos tallas más grande, tiene que habérsela dado él. Apoya la mejilla en la solapa de la chaqueta de Capitán Barba, él la abraza con el brazo derecho, con el izquierdo se quita la gorra y se la pone a ella en la cabeza. Estaba a punto de irse sin ni siquiera decirme adiós, pero yo soy cinturón negro de abandonos y voy hacia él justo a tiempo, antes de que se vaya.

—Cuídala, ¿entendido? —Se agacha y me tiende la mano, luego tira de mí hacia él y me abraza.

Ricitos le hace una señal, tienen que irse, los demás los esperan al final de la calle.

—«¡El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos!» —dice la señora mientras él se pone en marcha.

—¿Es tuya o de la Bergman? —pregunta Capitán Barba, sonríe.

—De ambas —contesta la señora con las mejillas un poco rojas.

—«Buena suerte, *bambina*» —se despide, y no se gira hasta que

sube a la furgoneta, luego desaparece.

—Vamos —suspira la señora—, nosotros también tenemos que irnos.

La familia que podría ser la mía nos regala comida para el viaje, el niño que podría ser yo se ha despertado y ahora ocupa su lugar en la mesa. Yo corro al piso de arriba, me lanzo sobre la cama donde he pasado la noche soñando que estaba en casa, con una mamá de verdad en vez de con una de papel, un padre no fugitivo, unos abuelos que no desaparecen en el corazón de la noche y una hermana mayor que prepara las tazas para el desayuno. Abrazo fuerte el osito de Capitán Barba con la sudadera color bandera, me escondo debajo de la sábana que huele a detergente ucraniano, imagino que puedo cambiarme la *skin* como en un videojuego y quedarme aquí, entre esta gente desconocida pero que habla mi lengua.

Llega la señora y se sienta en la cama.

—Tenemos que irnos, ¿estás listo?

Listo no estoy, pero digo que sí con la cabeza y me preparo.

Subimos al coche, ella delante y yo detrás, de nuevo hay un asiento vacío entre nosotros. ¿Mochila? Sí, señora. ¿Navegador activado? Sí, señora. ¿Pasaporte? Sí, señora. No encendemos el estéreo, no escuchamos canciones, no decimos palabras. La única voz es la del motor y la de los aviones encima de nuestras cabezas con la barriga cargada de bombas cara-de-culo que vuelan hacia los combates. Coches se ven pocos, casi todos dirigiéndose a la frontera, los pueblos que cruzamos son como bocas de un viejo *didúss* sin dientes, por cada edificio entero hay dos en ruinas y uno a mitad, indeciso si caerse o quedarse en pie.

—Le dije el nombre de Tato a Palo-de-la-luz y ella nos dejó pasar —digo cuando el silencio se vuelve más pesado que los

pensamientos en mi cabeza—. Entonces ¿es verdad que está muerto?

—Será un caso de homonimia.

Me rasco la frente, necesitaría mi pequeño libro de las palabras útiles.

—Dos personas que tienen el mismo nombre.

—¿Otro Tato que se llama Roman?

La señora baja el mentón.

—Habría tenido que preguntarnos su fecha de nacimiento, para verificar, en cambio dijo que sí y nada más.

Levanta la mano de la palanca de cambio y gira la palma hacia arriba.

—No quería problemas y nos dejó pasar. A ellos les interesa quién sale, no quién vuelve.

—O lo descubrieron y lo están buscando, como en las películas de suspense.

La señora mira en el espejo central, yo me giro y controlo, no nos sigue nadie.

—¿Intento llamar a Babusia? Hace mucho tiempo que no hablamos con ella.

Tecleo el número, está desconectado. Uno por uno, todos desaparecen.

—Nos llamará —dice ella sin apartar la mirada de la carretera, desde que cruzamos la frontera habla menos y está más concentrada en la conducción, como un *gamer* en el último nivel. Pero este no es un juego, y yo empiezo a notarme un poco cansado.

—Todo equivocado —digo—, te he hecho venir hasta aquí para nada. Tal vez Danylo hablaba así, en broma, solo soy un niño. Lo siento, señora, es culpa mía si has acabado aquí.

El coche empieza a producir una especie de silbido metálico,

como si minúsculas canicas de hierro hubiesen entrado en el motor.

—Puede ser que tu padre no esté en el lugar que crees, puede ser que no lo encontremos, también puede ser que sea una de las víctimas de la explosión, eso lo sabes. De todas formas, nosotros vamos. Amar es algo que se hace de cerca. Y no tienes que sentirlo por mí, tener una esperanza es un regalo que no me hacía desde hace años.

Su voz está casi tapada por un silbido que se vuelve cada vez más fuerte, ella baja una marcha. Mientras reviso el lazo azul de la carretera que se desenrolla poco a poco para buscar la próxima estación de servicio, en la pantalla del móvil aparece una notificación, es Capitán Barba, lo reconozco por la foto de perfil con la gorra verde, la misma que ahora lleva ella. También la señora oye ese bip, entrecierra los ojos y la vena verdosa en el centro de la frente casi desaparece en el espejo retrovisor.

—Escuchemos un poco de música —propone, quizá para tapar ese chirrido metálico.

Me asomo hacia delante para activar el estéreo, pero justo en ese momento el coche se tambalea hacia un lado y acabo con la nariz contra el asiento delantero. Luego acelera de nuevo, ralentiza, avanza cada vez más despacio mientras se arrima al lado derecho de la carretera, se para.

—Final de carrera —dice la señora y suspira, golpea con la mano en el volante y se gira hacia atrás antes de bajar del coche, da una vuelta alrededor, se agacha, se levanta, busca una palanca debajo del volante. Del maletero abierto llega una peste a pescado podrido —. No entiendo nada. —Mira fijo el motor, entra y se sienta a mi lado.

Nos quedamos sin palabras en la carretera desierta, con los aviones que vuelan por encima de nuestras cabezas, el coche se ha

ido al diablo, ni idea de cómo seguir.

—Llama a Capitán Barba. —Le paso el móvil.

Se muerde el labio inferior, se lo piensa un poco.

—Ya estará lejos con su misión —dice.

—Nosotros dos, antes o después, siempre nos quedamos solos.

La señora se pone las manos en la cara, encorva los hombros, luego empieza a sacudirlos, emite un lamento entre un gato enamorado y uno triste. Luego los dedos descubren los ojos y entiendo. Su carcajada rompe el silencio y tapa también el zumbido espantoso de los aviones, es todo tan extraño que yo también me pongo a reír sin saber por qué, algo contagioso que pasa de ella a mí, de mí a ella, como una partida de ping-pong, y no conseguimos calmarnos, un picor de mosquito que cuanto más te rascas, más aumenta. De tanto reírnos nos falta el aliento y nos salen lágrimas, no de llanto, pero tampoco de alegría, algo a medio camino que nunca antes había experimentado, y necesitamos sonarnos la nariz y por suerte tenemos pañuelos, al menos eso lo tenemos, dice ella, y volvemos a reírnos aún más fuerte. Y todo nos parece divertido y terrible e inútil y fundamental.

SEXTA PARTE

IRINA

62

En la guerra, o uno mata al otro, o todos intentan salvarse mutuamente. Yo me fui para encontrar a Roman. El pequeño Kostya y la señora han venido a buscarme a mí. Ahora soy yo quien va hacia ellos con el coche Škoda verde de Maksym, que siempre anda en rojo. Demasiado vodka, demasiadas mujeres, demasiadas *grivnias* echadas a perder en las máquinas tragaperras o en las apuestas. Considéralo un intercambio, querido marido, lo que me sacaste todos estos años a cambio de este coche de segunda mano que compramos con el dinero de los regalos de boda. Tiene la edad de nuestro hijo, en el asiento trasero queda un cerco de su vómito durante el viaje a Odesa, las únicas vacaciones que hicimos juntos cuando nos creíamos una familia. Me acuerdo de él, arrodillado, girado hacia el parabrisas trasero contando los coches por colores. Tres verdes, cinco rojos, ocho azules, uno amarillo. El amarillo trae mala suerte, decía, el amarillo pierde, y nos tocaba el brazo para deshacerse de la mala suerte y pasárnosla a nosotros, convencido quizá de que los adultos fueran inmunes a los efectos de la mala suerte, o de la fantasía. Volví a tu casa, quién sabe dónde estabas, cogí las llaves del coche y la cartera y me fui como una ladrona, te lo mereces, viejo sucio. La cartera era inútil: dinero, nada; tarjeta de crédito, nada; monedas, nada. Te la dejé en un buzón de correos en la esquina de la calle, cerca del supermercado, tal vez te la devuelvan, solo había una tarjeta del bus y la figurita de

Shevchenko. El Škoda en cambio tiene el depósito casi lleno porque lo usas para ir a ligar, y cuando se trata de tus vicios eres un tipo previsor, ni siquiera la guerra te detiene. En el garaje había varios bidones de gasolina, tienes que haber hecho acopio para venderlos al doble de precio, ¡cómo te conozco! Cargué todos los que cabían en el asiento trasero, el maletero no conseguí abrirlo, parecía atascado. Solo espero que sean suficientes para llegar hasta Leópolis. Por teléfono la señora no quiso explicarme cómo se le ocurrió emprender el viaje para llegar hasta aquí llevándose también al niño. Cuando la llamé, solo me dijo que se habían quedado parados en la carretera, poco después de haber cruzado la frontera con Hungría, tenían el coche averiado, estaban bien, intentarían llegar a Leópolis de alguna forma, no estaban muy lejos. También escuché al niño de fondo, me parecía que se estaba riendo, luego ella también se puso a reír, pero no había nada divertido.

—Señora, ¿tú enloquecido? —pregunté—. ¿Orietta te ha lavado el cerebro?

Repitió que estaban bien y que nos encontraríamos en Leópolis. Así que me metí en el coche y me fui enseguida, ¿qué otra cosa podía hacer? He aprendido de nuevo a conducir después de veinte años sin hacerlo, he aprendido de nuevo a hacer ayuno después de haber olvidado qué era el hambre, he puesto en pausa la preocupación, la he apartado en la parte más oscura del cerebro donde habitan los malos pensamientos, y de la búsqueda del hijo he pasado a la búsqueda del nieto.

En los asientos traseros no cargué solo los bidones de gasolina. Por el espejo retrovisor echo un vistazo a las tres pilas de libros que me llevé de la estantería más alta del salón, llenos de polvo y amarillentos por el desuso. Son mis textos de Filonosequé, esos seguro que no me los pedirás, viejo Maksym, ¿a quién podrías

vendérselos? Los he puesto a salvo junto a una decena de escritores muertos: ya fueron víctimas de la dictadura en el siglo pasado, no me apetece que mueran de nuevo en esta guerra.

Controlo la hora y acelero. Otro coche amarillo, trae mala suerte, nadie a mi lado a quien pasársela, así la mala suerte me la quedo yo, como un pasajero acogido por el camino, nos hacemos compañía un rato, la mala suerte y yo. El estómago se anuda por el hambre y la incertidumbre, activo el intermitente, voy hacia la derecha, a la estación de servicio. Recuerdo cuando abrieron las primeras, familias enteras venían a hacer pícnic aquí, en la autopista: la mercancía expuesta, los alimentos en sus papeles de colores, los juegos en las estanterías, una promesa de abundancia y felicidad perpetua para deleitarse la vista o solo oler, después de tanta privación. Camino entre los pasillos con los bolsillos más vacíos que la barriga, pero con el olor no me basta, ya no soy una muchacha que se llena el estómago de sueños y esperanzas. Nos dijeron que seríamos más libres, nos dijeron que ya no sufriríamos el hambre, nos dijeron que las guerras se habían acabado. Fría, caliente, a golpes de bastones, misiles y bombas nucleares. Alargo una mano hacia un paquete de galletas de chocolate, me basta con rozar el papel sedoso para que se me haga la boca agua. Nos dijeron que podíamos vivir a la manera occidental, por fin, ganar cada uno lo que quería, si lo quería, y finalmente gastar, comprar, tener lo necesario y, por qué no, también lo superfluo, ir a la peluquería en vez de cortarnos el pelo en casa una a la otra, ir, volver, quedarnos. Así fuimos libres, luego gastamos dinero, después entendimos que éramos pobres, aunque podíamos comprar en las tiendas, luego dejamos de estudiar, después fuimos al extranjero para buscar trabajo, y nos convertimos en asistentas domésticas y cuidadoras. Quisiera poder decírtelo ahora, mamá, tenías razón tú: ¿de qué sirve toda esa

Filonosequé?

Leche en polvo, harina, azúcar, cacao, aromas naturales, finjo revisar los ingredientes como una madre atenta antes de proceder con la compra. Y en cambio una madre atenta no lo soy, porque he perdido a mi hijo, ya no soy capaz de colocar el dedo en el mapa del mundo para indicar dónde está. Miro a mi derecha, luego al otro lado, luego hacia el cielo, no para elevar una oración al dios de las galletas de chocolate, mi gesto poco trascendental responde a la necesidad por completo inmanente de asegurarme de que no haya una cámara apuntándome a la cabeza. Finalmente, es un instante, el paquete se desliza en mi bolsa casi con naturalidad y yo me encamino hacia la salida sin compras y me voy. En otros tiempos alguien lo habría llamado «expropiación proletaria», alguien más: agarrar por hambre, o caridad.

Yo digo que he robado, en cambio. No me absuelvo, pero tampoco me acuso. La guerra también les hace esto a las personas, las vuelve culpables de los delitos de los demás. Con paso rápido llego a mi coche, me giro hacia atrás un par de veces esperando que nadie me siga, entro, arranco y me voy a toda velocidad, como debo haber visto en alguna película después de un atraco en el banco. Durante una buena media hora el paquete se queda en la bolsa de tela, espero el momento adecuado para pararme y desahogar el hambre y la vergüenza. Pero, cuanto más pasa el tiempo, más el hambre se apaga, masco un chicle de menta, reviso el trayecto, ya no falta mucho, solo dos horas, el tiempo es bueno, en la radio ponen música balcánica, yo no soy una ladrona, soy una madre que va en busca del hijo, soy una abuela que va a recoger al nieto, soy una mujer que hace fructificar sus escasas esperanzas.

El Škoda avanza que es una belleza, viejo cerdo inútil de Maksym, pero todavía eres un buen mecánico, la única cosa que

aprendiste en la vida es saber dónde poner las manos. El paquete de galletas no es un botín ni una indemnización, sino un regalo. Qué contento estará, el pequeño Kostya, cuando lo abra.

63

La radio dice que la guerra acabará pronto porque la ganaremos, Europa está con nosotros, América está con nosotros, está con nosotros también la Historia, estamos de la parte de la razón. La radio dice mentiras, la apago. La verdad es que hemos perdido. Europa perdió, América perdió, perdieron la Historia, el mundo y también la razón, el día en que esos tanques cruzaron la línea de frontera, o incluso antes, con las batallas entre hermano y hermano en Crimea o en el Dombás, o incluso antes, con el Pacto de Varsovia, o incluso antes con la gran hambruna, o incluso antes, con Caín y Abel. Fue entonces cuando perdimos esta guerra.

Bajo la ventanilla y tiro el chicle reducido a una masa dura y sin sabor, la sensación escalofriante de escupir un diente. El navegador del móvil está convencido de que falta poco más de una hora, pero fue proyectado para tiempos de paz, la guerra lo ralentiza todo. La carretera está llena de agujeros y de puestos de control, en muchos trozos está libre y luego de repente aparece una fila de coches a la espera de abastecimiento, un control policial o una columna de vehículos militares. Al pequeño Kostya no le escribo nada, tampoco a la señora, hay que desaparecer, no dejarse interceptar, vivir como sombras. Los civiles en guerra son los fantasmas de la historia.

Hambre, nada. Sed, nada. Pipí, nada. Somos lo que comemos, dice el filósofo, entonces yo no existo, soy un trozo de carretera que

se acorta minuto tras minuto, soy la esperanza de no acabar la gasolina y de no pinchar una rueda, soy un punto que se mueve en un segmento cuyos extremos se llaman espera y miedo. Soy una historia entre muchas, que a nadie le servirá recordar.

El mundo olvidará. Los pueblos borrados, barridos por los bombardeos, de los que no quedará rastro salvo en los recuerdos de quien lo perdió todo. Los niños desaparecidos, evacuados, deportados. Olvidará las celdas de reclusión, las torturas, las cámaras de aislamiento. El mundo olvidará los nombres de los soldados muertos y de los sobrevivientes, las caras de los viejos que se quedaron en sus casas, viviendo bajo sitio, sin agua, sin electricidad, sin esperanza. Olvidará a la mujer que puso a salvo los volúmenes antiguos de una biblioteca, al médico que operó en un trastero, al docente que siguió enseñando online incluso bajo las bombas. Nadie jamás sabrá de ese soldado que salvó a un perro, de ese joven que compartió el último trozo de pan con quien tenía más hambre que él, de un funeral celebrado en silencio, bajo los drones, sin lágrimas. El mundo olvidará los gritos, de miedo y victoria, y nada quedará de todas las voces que el ruido de las armas borra siempre.

Veinticinco minutos, dice el navegador. Pala roja, dice el militar con chaleco antibalas y el casco que le oculta la mitad de la cara. Freno y paro el Škoda en el punto indicado por su dedo. La cara del soldado irrumpe por la ventanilla como la gárgola de una catedral gótica, me pide los documentos del coche y también los míos, su aliento es ferroso, debe de tener hambre, echo un vistazo al paquete de galletas y por un instante pienso en ofrecérselas. Un gesto para la patria, un gesto de madre. Pero no soy suficientemente patriótica

o maternal o generosa. Y además se trata de bienes robados, podría pedirme el recibo como prueba de la compra, tal vez ya me estén buscando por hurto de cookies con gotas de chocolate. Claro, señor, digo. Sí, señor. Enseguida, señor. Me pregunta dónde voy, digo: a ver a mi nieto. Quiere saber por qué, pues porque soy su abuela. Quién sabe si es la respuesta correcta, en el fondo, qué sé yo de la guerra, qué sabemos todos. Ese poco que creemos saber lo aprendimos de las películas y las novelas porque nos prometieron que nunca más, que viviríamos en paz en esta parte del mundo, lo escribimos en las Constituciones. La diplomacia, el derecho, la Filonosequé. La guerra tenía que convertirse en un tabú, como el incesto, como el canibalismo. La épica del dolor y de la victoria, de los perdedores y de las cruces, de las heridas curadas y de las mortales y de los estandartes levantados por brazos muertos y de las marchas forzadas y del regreso a casa y de las cartas a los familiares y del héroe vivo y del héroe muerto y de la estrategia y de la medalla y de los centímetros de tierra sucia de sangre arrancados al enemigo y del aliado y de los discursos de los jefes de Estado y de los complots y de las verdades y de los números de vivos y muertos y de la rendición y de la huida y de la contraofensiva y de los daños colaterales y de los objetivos sensibles y de los niños que salvar que no se salvarán y de los refugiados que no encontrarán refugio porque refugio es casa y de las mujeres violadas por venganza y de los hombres que se convierten en números que se convierten en estadísticas que se convierten en aburrimiento que se convierten en nada. Nos dijeron que todo esto ya ocurrió, cosas de películas, de novelas, de videojuegos. Cosas que les corresponden, como máximo, a pueblos lejanos, gentes inciviles, pobres de espíritu, de alguna forma culpables. La guerra de los demás, la que no hace ruido.

El soldado revisa mi documento, por suerte había renovado el carnet de conducir, pide también la documentación del coche, la busco en la guantera, no está, no sé dónde puede haberla escondido, maldito Maksym, que el diablo te incinere en tu desorden perpetuo. Me tiemblan las manos, se me ocurre que este coche en el fondo lo robé, está a nombre de él, y si ese borracho hubiese puesto una denuncia, ahora me buscarían por robo de galletas con gotas de chocolate y también de un Škoda moribundo, pero invocaría los atenuantes específicos porque se trataría de eutanasia de vehículo.

—Documentos, rápido —reclama el militar—, ¿este coche no es suyo?

Quisiera ser duro, pero tiene la voz un poco incierta de un muchacho, esto me calma, tomo aliento, oxigeno el cerebro, pongo la mano debajo del asiento y noto una funda de piel sintética. Parece que está todo, permiso de circulación, seguro. No, la revisión no la hizo, tacaño.

—¿Es grave, señor?

Levanta las cejas debajo del casco, no lo sabe. No está aquí para hacer de guardia urbano. Entró en el ejército y ahora se encuentra en la guerra, le enseñaron a disparar, a marchar, a estar de guardia, a parar a sospechosos y no sospechosos en los controles policiales, a obedecer las órdenes, a hacerse la cama, a hablar con los dientes apretados, él también en algún lugar tiene a una madre que sueña con él por la noche, y que lo sueña vivo. De todo lo demás no sabe. Revisión del coche, nada. Mujeres conduciendo solas, nada. Galletas con gotas de chocolate, nada.

Me devuelve la funda, me quedo a la espera de nuevas órdenes mientras él reflexiona sobre qué hacer y, de hecho, de repente ensancha los ojos como si se hubiera acordado de algo importante.

—Abra el maletero —me ordena.

Bajo del coche y lo circunnavego mientras él me sigue, no sé qué hay aquí detrás, maldito Maksym, podría haber escondida cualquier cosa: sobras de comida, muebles viejos, una cabeza cortada, doce botellas de vodka, unos preservativos usados, unas dosis de droga, pasaportes falsos, un kalashnikov, un kilo de *holubtsi*.

La cara de la mujer nos mira inexpresiva, tiene largas cejas arqueadas hacia arriba y ojos abiertos de par en par, azul cobalto; los labios entreabiertos de un rojo oscuro algo consumido en los ángulos de la boca; los pechos rectos coronados por pezones turgentes de otro rojo casi marrón; las piernas dobladas en una posición antinatural; el pelo con mechones revueltos, algunos yacen inertes en el suelo del maletero.

—¿Esta también es suya? —pregunta el soldado señalando la muñeca hinchable.

—Sí —confirmo impasible, maldito querido viejo cerdo de Maksym.

—¿Un regalo para el nieto? —Parece que guiñe un ojo bajo el casco.

—Una especie de canguro. —Abro los brazos e intento sonreír.

Sacude la cabeza.

—Pues me la quedo yo.

Agarra la muñeca hinchable por un brazo y la saca del habitáculo, es alta como yo y de perfil un poco se me parece, pero tiene una válvula de plástico detrás de la nuca.

—Claro, señor. —Junto los pies y alineo los brazos a los costados del cuerpo levantando el mentón—. ¿Puedo irme, señor?

—Tenga cuidado, la carretera está llena de peligros.

Me meto en el coche y me voy, por el espejo retrovisor lanzo una última mirada al soldadito, los ojos que desaparecen detrás de la

visera, el chaleco antibalas un poco grande, como si se hubiera consumido ahí dentro. La rubia de grandes ojos azules abrazada a él, la piel rosa que brilla bajo el sol, su única compañera en la carretera, una Marilyn triste que no sabe mantener alta la moral de las tropas, parece que haga chao chao con la manita. *Bye bye, baby*.

64

La carretera es una paradoja, cuanto más se acorta la línea azul en la pantalla, más aumenta el tiempo, se multiplica, se enrolla sobre sí mismo como espirales de anaconda. Soy Aquiles con su tortuga, perseguidor perenne de una meta inalcanzable. Camino y camino y me parece que no avanzo. Y en cambio no, justo cuando ya había dejado de esperar, aparece el cartel con la palabra «L'viv», la antigua Leópolis, he llegado.

«Leópolis está en todas partes». ¿Cómo decía aquel poema precioso que leí hace muchos años, en otra vida? Hablaba de irse y de ir, y hasta de la posibilidad de alcanzar la meta, de la posibilidad de que una meta exista.

Y, de hecho, aquí estoy, también el teléfono me advierte de que he llegado a mi destino. Solo estuve aquí una vez, en la gran ciudad, en los tiempos de la universidad, cuando aún creía en la Filonosequé y le reñía a mi madre que me quería obrera. No sabes mirar más allá, Mate, te detienes en la superficie de las cosas, se acabó ese mundo, ya no somos esclavos. Así decía el poema, ahora me acuerdo: «Y ahora, pero rápido, hacer las maletas, siempre, cada día, / ¡y partir sin aliento!».

Explorar las calles de aquella ciudad con veinte años me pareció

la confirmación de que existía otro mundo, más alejado del mío, con más colores y muchas más palabras. «Ir a Leópolis, / sin embargo existe, / quieta y pura como un melocotón». La piel lisa y sedosa, la pulpa dulce y firme.

Y en cambio, ahora, entre las cúpulas verdes y las colinas, ha caído la guadaña incolora de la guerra que solo tiene dos matices: gris y negro. «Quieta y pura como un melocotón», repito en voz alta, como una especie de rezo. Avanzo entre las calles que conocí, tiempo atrás, como la primera París posible. Estoy cansada, tengo hambre, toda espera ha decaído en mí, han decaído la paciencia y también el respeto. Leópolis soy yo. «Leópolis está en todas partes».

Dejo el coche en el aparcamiento de la estación y voy a pie, con un paquete de galletas de chocolate en la bolsa, a buscar a un niño rubio y a una mujer morena, la única idea de familia que me queda. El móvil está descargado y yo también estoy desorientada, la primera vez que estuve en esta estación, hace cuarenta años, solo era hija, los teléfonos estaban pegados a las paredes, nos orientábamos sin navegadores y conseguíamos no perdernos, a veces incluso reencontrarnos.

En los andenes de los trenes se amontonan esperanzas, madres con niños en fuga y jóvenes que vuelven del extranjero para ofrecerse a la patria. Un piano negro y largo en una esquina rodeado por maletas y carritos de bebé, mudo y olvidado. Es esta la verdadera cara de la guerra, rutas de vidas en vilo a un par de horas de la frontera. Las colas se hacen y se deshacen, siguiendo un orden oculto e incomprensible, luego suena una sirena y como por un hechizo desaparece cualquier otra voz. Con la elegancia de un ballet, todos se tiran al suelo en un único salto de gracia desesperada, las manos cruzadas en la cabeza, la respiración cortada, los movimientos reducidos al mínimo, como si jugaran al escondite con

las bombas. Los que están cerca de las escaleras buscan refugio en los subterráneos, rezando por que la barriga de la tierra se los trague. Yo me quedo inmóvil ante la alarma, me descubro incapaz de hacer movimiento alguno, por hambre, por cansancio, por desconfianza en la posibilidad de una salvación. Vi las calles de Kiev pulverizadas, me adentré hasta las líneas de guerra allí abajo, en el oriente, para buscar a mi Roman, atravesé kilómetros de tierra antaño verde y ahora negra, conocí los distintos sonidos de la guerra y aprendí a distinguirlos como en el campo el canto de los pájaros. Examiné los rostros sin vida de muchachos, carne fresca para una carnicería vana, en todos esos rostros encontré a mi hijo, pero ninguno era él. Y aunque lo piense aún vivo, en esas caras jóvenes, en esos ojos abiertos de par en par, en esas bocas cerradas por labios azules, en las mejillas excavadas por el sueño perpetuo, también mi hijo ha muerto. Los hijos de los demás nos pertenecen. Cada bomba que cae nos golpea. El peso de cada cuerpo sin vida lo llevamos encima.

Llega el estruendo y de arriba caen piedras y trozos de techo, una lluvia blanquecina recubre el mar humano que para como puede los golpes que caen desordenados, tiemblan los cristales, un tintineo siniestro, lamento de materiales inertes. A la segunda explosión siento que me transportan lejos, la alfombra de cuerpos a mi derecha se levanta como una ola y me arrolla, casi no toco tierra mientras me desplazo hacia las escaleras y luego abajo por la rampa y aún más abajo, dos piernas entre las muchas que se articulan privadas de su propia voluntad, arrastradas por la mecánica de miembros desconocidos.

Cuando la sacudida se detiene, me detengo yo también. Silencio y oscuridad y olor a humanidad asustada, la voz de un niño, un golpe de tos, un viejo se queja en voz baja para no dejarse

descubrir por algún dios cruel. El llanto continúa contenido e interminable, es la voz de un río que nos atraviesa a todos, también a quien ya no tiene lágrimas. Aprieto la bolsa entre los brazos y mi pensamiento va a las galletas de chocolate, que no acaben en migas, al menos ellas, que se queden enteras.

Me parece oír de nuevo la sirena, se me ha metido en los oídos, un cable eléctrico tendido de un lado al otro del cerebro que trina sin pausa. Estamos aplastados uno contra el otro en una intimidad deforme, único cuerpo desarticulado hecho de brazos y piernas y bocas y narices y dedos, el cuerpo caótico de la guerra en el que cada uno se funde con los márgenes del otro.

Otro golpe, el más fuerte, los dientes chirrían hasta romperse, no sé si son los míos o los de mi vecino, los nudillos de los puños blancos mientras aprietan los dedos propios o ajenos, las articulaciones doloridas por el esfuerzo de mantener todo junto, piernas brazos manos codos hombros, cada una de las vértebras de cada una de las columnas que aguantan en pie el techo de esta estación, y del universo entero. Y finalmente la oscuridad, o son mis ojos que ya no saben quedarse abiertos.

Pasa un poco de tiempo, el que sirve para entender que tal vez estemos vivos. Desde arriba llega una música, me parece el *Claro de luna* de Beethoven, alguien, dos pisos más arriba, se ha sentado en el piano negro y largo y desde una esquina olvidada por la guerra mueve los dedos para liberarlos del miedo, y liberarnos de los nuestros, si en lo más profundo de esta noche, escondida en una esquinita, está la música.

El eco de las últimas notas se apaga, es como una señal de peligro cesado, al fondo se oye un tímido aplauso, antigua costumbre de normalidad o prueba empírica de seres vivos. La ola humana me empuja de nuevo hacia delante y luego por las escaleras, por el pasillo y de nuevo arriba por la segunda rampa. Lucho entre los cuerpos para salir a la luz, pero algo me retiene, una pequeña fuerza constante me tira desde atrás, hacia las escaleras.

—¡Babusia!

Me aguanta por la bolsa, la mano izquierda agarrada a la de la señora. Él, con la carita pálida y dos sombras negras bajo los ojos; ella, con la mandíbula tensa y el pelo emblanquecido por el polvo. Una madre y un hijo que no se parecen, como todas las madres y todos los hijos de este mundo.

La planta baja de la estación está cubierta de escombros y piedras, pero resiste, y nosotros también. Nos encaminamos hacia la entrada principal, para tomar aire y reencontrarnos con el cielo sucio de hollín encima de nuestras cabezas. Aún plenos de silencio no conseguimos hablarnos, ni siquiera nos abrazamos, caminamos cerca, nos rozamos, necesitamos retomar confianza con el espacio a nuestro alrededor y con la idea de habernos reencontrado de verdad.

—«Y por allí salimos a contemplar de nuevo las estrellas» —grito con mi vozarrón de asistenta del hogar intentando aflojar la tensión —, dice padre Dante.

Miramos arriba, trozos de nubes flotan en un fondo grisáceo, convaleciente de una herida aún abierta. La señora tiene los labios blancos y le tiemblan un poco las manos, yo ya me he acostumbrado a los bombardeos, pero para ella tiene que ser la primera vez. Sin embargo, los ojos están despiertos, no empañados como cuando se quedaba en la cama días enteros. Ha pasado de la guerra de los

fantasmas a la de los vivos. Camina a mi lado con la respiración entrecortada, en medio de las ruinas, tiene la ropa sucia de yeso incrustado, nunca la he visto tan llena de vida. Fuera de la estación me paro y me quito las gafas, ya no distingo nada por el polvo, la señora me las coge de la mano, con un pañuelo de papel las limpia bien y me las devuelve.

—Gracias —murmuro, le aprieto los dedos, ella hace lo mismo.

Nos sentamos en un banco fuera de la estación y solo entonces me acuerdo de la bolsa, meto el brazo y saco los bienes robados. Como si hubiera roto un hechizo, Kostya se levanta de un salto y se lanza a mi cuello, y yo también lo estrecho fuerte, los brazos aún adoloridos por el esfuerzo de contener el miedo. Hay quien roba por hambre, quien lo hace por necesidad, quien, por avidez, yo robé por un abrazo, por fin me absuelvo, abro el paquete y junto a las galletas salen también las palabras.

—¿Cómo habéis enloquecido? ¿Venir aquí, con bombas, en coche roto? ¿Tu Orietta te manda esto, señora?

—A Orietta la dejamos en Nápoles. —Come una galleta ella también y levanta los hombros.

—Tú ganas de bromear, señora. Pero yo necesito saber qué ha pasado.

Ella empieza a hablar, pero Kostya la para apoyándole una manita en el brazo, quiere ser él quien explique, y continúa en ucraniano.

—Fingía dormir, porque es justo entonces que los adultos caradura dicen las cosas importantes, las que no quisieran dejar entrar en los oídos de los niños. Danylo había oído que el gobierno pagaba mucho dinero a las familias de los soldados muertos heroicamente en batalla.

Ese nombre excava una pequeña galería en los recuerdos.

Danylo vuelve ante mis ojos, estaba con Roman desde la primaria, el pelo oscuro muy corto, un poco más pequeño que los demás, los incisivos un poco salidos, lo invitábamos a casa a menudo.

—Mi Tato contestó que no le interesaba morir heroicamente para enriquecer a su padre borracho. Pero no de verdad, contestó Danylo. Nos escondemos en un lugar cerca de la frontera y esperamos el dinero de la indemnización. Conseguimos documentos falsos y la «tarjeta blanca» de un médico, y adiós. La guerra nos ha quitado mucho y ahora nosotros cogemos algo de la guerra, así dijo.

Me acuerdo de él, desde niño tenía siempre hambre y contaba historias increíbles, cuando volvía a su casa le recomendaba a mi Roman que no se creyera todo lo que se inventaba su amigo.

—Mi Tato le dijo que no, que ni hablar. Pero dos semanas después me llevó a la estación, dijo que se enrolaba voluntario junto con Danylo.

—¡Mi Roman no es desertor! —digo en italiano, quiero que lo oiga también la señora.

—¡Muerto tampoco! —grita el pequeño Kostya, las migas de galleta tiemblan en sus labios.

Se me corta la respiración, no contesto, intento juntar las piezas. La salida repentina hacia el frente, las llamadas y los mensajes cada vez más esporádicos y escasos, luego la noticia de la explosión, la desaparición. Muerto, desaparecido, fugitivo. Cuántos nombres distintos puede tener el dolor.

—Antes de irse mi Tato dijo que, cuando ya no daría noticias suyas, quería decir que estaba a punto de volver. Pero han pasado muchos días desde la explosión y él no ha vuelto. Él no sabe estar solo, me necesita como una caracola a su concha. Entonces me acordé del nombre del pueblo que dijo Danylo y se lo chivé a la señora. Si se entera, se enfadará conmigo, ¡no es justo!

Alargo un brazo para acariciarle la cabeza, pero Kostya se aparta.

—¿Y tú? ¿Tú también estás enfadada con él, Babusia?

Me quedo en silencio porque no lo sé.

—La guerra confunde a las personas —interviene la señora mientras con las manos se quita el polvo del pelo—. No podemos quedarnos aquí estableciendo qué es justo y qué no lo es —le contesta a Kostya, pero me está hablando a mí—. Tenemos que llegar a Chop, el viaje es largo todavía, tal vez hasta la noche.

No nos podemos detener, tiene razón ella, desde que dejó su casa infestada por Orietta es como si tuviera todas las respuestas. Encontramos el coche donde lo había aparcado, cubierto de detritos y de escombros, pero vivo. La señora y el niño colocan las bolsas en el maletero, en el lugar donde hasta hace unas horas viajaba la dama rubia de poliéster secuestrada por el soldadito de guardia, mueven libros y bidones de gasolina y suben a bordo.

—¿De quién es este coche, Babusia?

—Se lo he robado a tu abuelo, pero no se lo digas a nadie.

—Solo lo vi una vez, no me acuerdo de él. ¿Se llama Maksym?

—Maksym-el-borracho es el nombre completo.

—El mío también se llama Massimo —añade la señora.

—Y el loro también —resume el niño poniendo en fila el índice, el medio y el anular.

Giro la llave y salimos, en el navegador tecleo el nombre del pueblo que nos ha revelado Kostya.

—¿Tardaremos mucho? —pregunta la señora sentada a mi lado —. ¿A qué hora llegamos?

El niño se asoma con la carita entre los asientos, escruta la pantalla y nos sonríe.

—*Massimo mezzanotte*.

66

Dos horas y media después estamos cerca de la frontera con Hungría, desde aquí la guerra parece más lejana. Bombas, nada; sirenas, nada; ruinas, nada. Las casas están todas en pie, las calles recorridas sin prisa por gente que no responde al imperativo categórico de esconderse, escapar, resistir, combatir, y todas las demás ocupaciones de la guerra. Sobrevivir, claramente, pero es el deber de todos, incluso en tiempos de paz.

Llegamos a Chop cuando ya está oscuro, paramos en un motel en la calle principal.

—Tengo todas las habitaciones vacías —dice la empleada en la recepción—, antes estaba lleno de turistas. —Señala las fotos a su espalda—. Polacos de vacaciones, eslovacos de vacaciones, también rusos de vacaciones, ahora solo hay prófugos, se acabaron las vacaciones. Llamo a mi cuñado para que os acompañe a la habitación.

Después de unos minutos un hombre pequeño con grandes ojos azules, las llaves en la mano, nos coge las bolsas y nos escolta hacia una habitación triple, gozamos de los privilegios reservados a los clientes únicos, le digo.

—Únicos que pagan —me corrige él—. Hasta hace dos semanas las habitaciones estaban todas ocupadas, asignadas de oficio a desplazados y fugitivos. Mujeres con hijos, sobre todo, pero también algunos jóvenes que luego intentaban cruzar la frontera.

Traduzco para la señora las palabras del cuñado, que habla ucraniano con un fuerte acento ruso.

—¿Y lo consiguieron? —pregunta ella.

El cuñado se rasca una oreja.

—Soy hostelero, no policía. No me toca a mí investigar. —Luego

baja la voz y continúa—: Me han dicho que algunos consiguen procurarse un certificado de incapacidad para la guerra, la llamada «tarjeta blanca», pero hay que sobornar a un médico militar, no es fácil. Y además no todos tienen siete mil dólares en el bolsillo hoy en día, ¿no?

El pequeño Kostya me tira del borde de la camiseta y aguza el oído, pero el cuñado cambia enseguida de tema.

—Basta, yo no os he dicho nada, y de todas formas ya se fueron. Los desplazados, las madres, los niños y los fugitivos. Este es un pueblito tranquilo, o al menos lo era. Antes, muchos ucranianos hablaban también ruso, como yo, que soy ruso por parte de madre, es la lengua de mi familia. En todas las escuelas a las que fui se estudiaba en ruso, se leían autores rusos. Hoy quien habla ruso es visto como un enemigo, pero los rusófonos no son necesariamente también rusófilos. Yo amo mi país, los amo a los dos, en verdad, quisiera verlos en paz.

Abre la puerta y nos muestra la habitación: paredes blancas, tres camas individuales, sábanas un poco gastadas, pero en apariencia limpias.

—Pero ahora solo hablo ucraniano. —Nos indica una jarra con agua y tres vasos—. A veces sueño en ruso. Allí nadie me oye.

El lavabo es pequeño, en vez de plato de ducha hay una bañera con una cortina de plástico con pequeñas flores rosas.

—Ya batallamos hasta con el alfabeto. Ellos se han adueñado de la z, pero nosotros tenemos la ï, y esa es solo ucraniana, no existe en cirílico. La guerra de las letras, ni los niños en el colegio.

Se encamina hacia la puerta y se detiene.

—Si tenéis hambre, mi cuñada cocina muy bien, no os preocupéis por las formalidades, sois nuestros invitados. —Pone una mano en la cabeza de Kostya, luego emite un suspiro largo como un

lamento—. Mi hermano está combatiendo del otro lado —susurra, como si alguien pudiera escucharlo, tal vez escondido detrás de la cortina de flores rosas—, para la patria es un traidor, para el ejército es un blanco, para la propaganda rusa es un héroe, para mí es siempre un hermano. Pero frente a la Historia, ¿sabéis qué es?

El niño lo mira con curiosidad, quizá piensa en su padre.

—Para la Historia no existe —dice con un hilo de voz, y desaparece en la oscuridad de las escaleras.

—¿Qué ha dicho? —pregunta la señora, para quien he dejado de traducir.

—Ninguna novedad. —Sacudo la cabeza—. Nos ofrecen algo de comer.

La nuestra es la única mesa puesta, la cocina está abierta para nosotros y para los dueños. Hacia el final de la cena entra un viejo *didúss* con el uniforme de camuflaje y la gorra militar, se sienta a nuestro lado, le traen un vaso, pepinillos y una botella, sin que necesite pedir. Empieza a vaciarla con una calma metódica que me recuerda a Maksym, tiene que tratarse de un profesional y, de hecho, paga por adelantado.

La señora acerca su silla a la de Kostya.

—Miedo, nada —la tranquilizo—, viejo hervido en vodka no hace daño a nadie.

—Buenas noches, señoras guapas, ¿todo bien? —se dirige a nosotras en italiano—. Hay que temer a los abstemios, no a los bebedores, porque no tienen miedo de la verdad. —Levanta el vaso hacia el niño, que le responde con un vigoroso trago de Coca-Cola.

—Felicidades —interviene la señora—, usted habla bien italiano.

—Siete lenguas, señora guapa, ¿y sabe quién es mi maestra de

escuela?

Kostya alarga el cuello con curiosidad.

—Guerra es maestra. —Levanta el índice mirando al niño a los ojos, luego se traga otro vaso como si fuera agua con gas—. Guerra enseña a hablar lenguas que no conoces, a dormir cuando puedes, a obedecer cuando debes, a comer cuando consigues, a salvar la vida de desconocido, a matar a hermano. Guerra es maestra de vida y también de muerte. Bohdan ha hablado.

La señora aprieta la mano del niño y lo mira disimuladamente, él guiña el ojo y arruga la nariz. Ya hablan la lengua del amor, la que no pasa por las palabras, sino por los gestos.

—Jóvenes hoy no quieren hacer guerra. En palabras sí, todos patriotas, todos voluntarios. Ya después de primera marcha, están marchitados ellos. —Ríe enseñando los dientes amarillentos y se acaba la mitad de la botella.

—Hasta hace una semana, aquí lleno de fugitivos y desertores. Se escondían como ratones de cloacas, ¿digo bien «cloaca», señora?

Ella hace una señal con la cabeza y lo anima a seguir.

—¿Y dónde han ido ahora los desertores? ¿Dónde han acabado?

—¿Ratones de cloaca? Bohdan descubrió su alcantarilla y los llevó de vuelta al redil. El gobierno paga por eso. Los que huyeron encontrarán muerte en río Tibisco, ahogados como todos los animales de la especie ratona. ¿Digo bien «ratona»?

—Usted habla muy bien, se lo repito. Pero cuénteme mejor la historia de los ratones.

—Usted es gata demasiado curiosa, señora. ¿Busca a un ratón en particular?

Kostya se pone rojo, la verdad brota en el rostro de los niños como una flor indelicada.

—Mi marido es periodista y he cogido de él el vicio de hacer

preguntas.

—Periodistas de mentira y verdaderos entrometidos he visto muchos pasar por aquí. —La voz del cazador de hombres se vuelve más dura—. Todos descubiertos y devueltos, pero antes una buena lección. Bohdan ha hablado.

La señora desbloquea el móvil, da golpecitos con los dedos durante unos segundos y le enseña la pantalla. Es la tarjeta de periodista de Massimo marido.

—Como ve, en esta mesa nadie le tiene miedo a la verdad. —Y alarga su vaso para que él le ponga de beber. El viejo se quita la gorra en señal de respeto y sirve a la señora, que bebe el vodka de un trago mientras Kostya la mira con las cejas arqueadas—. Entonces ¿dónde han acabado los fugitivos? Hay que desenmascararlos, ¿no?

—Llegan al río Tibisco y esperan el momento bueno, cuando no hay luna, justo como esta noche, intentan cruzar a nado para entrar en Eslovaquia o Hungría. Pocos lo consiguen, río se vuelve su tumba. Bohdan ha hablado.

El pequeño Kostya derrama el vaso con la Coca-Cola en la mesa y la señora finge reñirlo.

—Tenemos que irnos ahora —proclama con la voz un poco incierta por el alcohol—, el niño está cansado y empieza a causar problemas. Despídete del señor, Kostya.

—¿A qué hora os vais mañana? —pregunta el viejo.

—A las diez. —Se levanta y coge al niño de la mano—. Necesitamos descansar. —El niño confirma con un gesto de la cabeza y bosteza ruidosamente.

—Os espero aquí entonces, el pueblo está lleno de peligros, tenéis vuestro guardia personal, Bodhan será vuestra sombra. ¿Hacia dónde vais?

—A Kiev —contesta la señora.

—A Lutsk —digo al mismo tiempo.

Kostya me mira y luego la mira a ella.

—Nos paramos primero en Lutsk y luego vamos a Kiev —explica.

—A Lutsk, ¿a hacer qué?

—A visitar a mi mamá moribunda. —El pequeño frunce los labios, como si estuviese conteniendo el llanto.

Del bolsillo de los pantalones saca la foto pegada con cinta adhesiva de aquella hermosa joven de grandes ojos negros. El viejo la observa, silba, se sirve más vodka de la botella y nos deja ir.

Nos levantamos con prisas y subimos los escalones de dos en dos hasta la habitación.

—He tenido que decir mentira por fuerza. —Kostya abre los brazos y se encoge de hombros—. No es mi culpa, y tampoco mi Tato tiene culpa. Nosotros no queríamos ser malos.

67

Colocamos nuestras pocas cosas en las bolsas y nos quedamos a oscuras.

—Tenemos que irnos ahora —dice la señora—, podría ser la noche justa. —Se asoma para observar el cielo muy oscuro a través de los cristales.

—Pero yo tengo sueño —se queja Kostya.

—Dormirás en el coche. —La señora abre las compuertas y mira hacia la calle.

—¿Y si nos sigue? —pregunta el niño preocupado.

Ella se asoma por la ventana para asegurarse de que todas las

luces alrededor de la recepción estén apagadas.

—Vodka hace bien su trabajo —los tranquilizo—, todo lo que el viejo Bodhan puede seguir en las próximas horas son sus pesadillas. Irina ha hablado.

—¿Sabes caminar sin hacer ruido? —La señora se agacha al lado del niño.

—Como patas de tortugas que van hacia el mar. —Le guiña el ojo, yo no sé qué significa. Tener recuerdos compartidos es la prueba del amor.

Nos quitamos los zapatos y lentamente superamos el alféizar de la ventana que da a la escalera antiincendios, la señora dirige las operaciones, el niño en el centro y yo, perdida en esta noche sin luna ni estrellas, cerrando la fila. Contenemos la respiración a cada escalón, contando con la complicidad de las cigarras que tapan el ruido. Levanto los ojos y me encuentro con la oscuridad, tan compacta y sólida que siento su carga en la cabeza como un Atlante en busca de descanso. En los hombros llevo el peso del mundo, el peso del sueño perdido en las horas de viaje, el peso de los soldados en la línea del frente, el peso de quien los espera en vano, el peso de la edad, de todas las grandes y pequeñas injusticias que nos vuelven humanos, el peso de quien asiste a una guerra desde lejos, culpable pero no partícipe, el peso de una madre a quien le ha sido sustraído el hijo, subido a una cruz con la excusa de salvar la patria. Yo llevo el peso de estar de la parte justa de la Historia, pero también sé que nadie está convencido de estar de la parte equivocada. El peso de quien tiene razón, pero está destinado a perder, porque la razón en este mundo le pertenece a quien puede comprarla.

—Ven, *nonna* —me susurra Kostya en italiano—, el coche está por aquí. —Su manita que me agarra es una respuesta a mis

pensamientos.

—Tú ponte detrás —le indica la señora—, mientras nosotras dos sacamos el coche del aparcamiento hasta la calle con el motor apagado.

Kostya se acurruca en el asiento trasero, ella y yo empujamos el vehículo. La miro, a mi lado, no me parece posible que sea la misma mujer que hasta hace poco pasaba sus días en la cama: el pelo desordenado, el rostro tenso por el cansancio y el miedo, los pies descalzos que pisan hierba y piedras, la misma camiseta verde oliva desde hace al menos un par de días, lejos de casa, de cada cosa conocida, junto a nosotros en esta aventura sin final. Y todo esto ocurre porque está viva.

Por fin nosotras también subimos al coche y arranco el motor, a distancia de seguridad del motel y del viejo cazador de hombres.

—Nadie a la vista. —La señora se gira para controlar la calle detrás de nosotras.

—No está lejos —indico en la pantalla—, para las dos y media deberíamos llegar a la frontera.

Cambio de marcha y acelero, el viejo Škoda parece contento de seguirme o solo se ha resignado, Maksym no ha aparecido para reclamarlo, tal vez esté convencido de que sigue aparcado en el garaje al lado de los bidones de gasolina, o lo ha dejado pasar, habrá pensado que después de tantos años me lo debía y que, de verdad, con este viejo trasto, conseguiría traerle el hijo de vuelta a casa. A veces nuestros hombres ponen en nosotras esperanzas desmesuradas.

—¿Tú quieres escuchar radio, señora? —pregunto cuando la veo manosear el estéreo.

—¿No hay conexión con bluetooth?

—Si se inventó después de 1995, entonces no tenemos. Tal vez

haya radiocasete que aún funciona, podemos exponer en museo.

Ella sonríe, toca la pantalla de su móvil, sube el volumen al máximo y empieza una canción que nunca he escuchado antes, no está entre las que ponen en la radio.

Me voy con el viento que golpea el corazón,
escapo de los lugares que traen dolor.
Bajo cielos distantes, escucho otras voces,
no hay luna en el cielo que ilumine cruces.

Las heridas cuentan historias de guerra,
en ellas brilla siempre una luz que se aferra.
El final del viaje no se puede contar,
si caigo no me levanto, pero aprendo a volar.

La música termina en un susurro, la voz del muchacho ha sido una caricia en la noche.

—Era mi hijo.

—Era muy bueno.

—Yo no lo sabía.

—De los hijos no sabemos absolutamente nada.

—De pequeños se esconden y, si no los buscas, lloran —dice la señora—. De mayores a veces no quieren ser encontrados.

—Mi Roman no es desertor.

—Cuando son niños es fácil —continúa ella—. Jugar, reír, ser siempre dos, encontrar cada vez un punto de contacto entre cuerpos que están hechos de la misma carne, volverse ante la voz que te llama «mamá» para mirar una cosa que te interesa solo a ti y solo porque la hace él.

—Mi Roman vivo.

—Ya no tendremos recuerdos juntos. Es este el punto ciego del

dolor.

Helicópteros militares sobrevuelan la zona, ya casi hemos llegado al pueblo.

—Tiene voz bella —le digo a la señora.

—Cuando era pequeño cantábamos juntos, luego nunca más.

—Así ocurre.

—Así.

68

El pueblito está despoblado, casi oscuro, solo las luces redondas del Škoda iluminan la calle. Desde las ventanillas abiertas se oye la voz del río y la seguimos como una llamada en código. No hay puestos de control, pero esta vez tenemos la respuesta lista, hay que llevar al niño a un lugar seguro, huimos de la guerra, vamos hacia la frontera. Kostya duerme el sueño obstinado de los inocentes, mueve los pies de vez en cuando como si tomara carrerilla para un salto.

La orilla del río está desierta, unas ráfagas de viento mueven las copas de los árboles y entonces parece que entre el follaje se oculte una presencia, mitad hombre y mitad bestia, como en los cuentos de terror que nos contaban de pequeños, y allí abajo en la lejanía brilla la llama en la chimenea de la Baba Jaga, la bruja mala. Pero este no es un cuento con final feliz. Todos acabamos mal, quien más, quien menos, por esto inventaron la Filonosequé.

—Despacio, frena. —La señora me sujeta la mano sobre el volante—. Hay alguien.

Me acerco al margen derecho, apago el motor. Al fondo de la calle, en la ribera del río, puntitos rojos se mueven en el aire.

—Brasas de cigarrillos —adivina ella, y abre la puerta.

—¿Dónde vas, señora? Esta es noche de guerra.

Se va a pie, la sigo con las luces apagadas y el motor al mínimo, a medida que nos acercamos las lucecitas rojas aumentan y se entreven las siluetas de cinco hombres. Cuando advierten el ruido tiran las colillas, los oigo tomar las armas, entonces bajo yo también, levanto las manos hacia el cielo negro y hablo en mi lengua.

—No tengáis miedo, no somos guardias, buscamos a un muchacho, os suplico, ayudadnos. Somos dos madres.

Se quedan inmóviles, nadie habla.

—En el coche está mi nieto de diez años, está dormido, no disparéis —suplico.

Las armas bajan, una luz se enciende en la oscuridad y aparece el rostro de un joven hombre con el pecho desnudo, tiene que haberse quitado la ropa para reducir la fricción con el agua cuando se tire al río. No se parece ni un poco a mi hijo. Tiene el pelo rubio cortísimo, los ojos celestes embrujados por el miedo, el rostro hundido, el mentón afilado, la boca como una mueca de cansancio. Entre todas las cosas que se mueven en el mundo, las más deseadas son las que más tememos. Extiende un brazo de manera que la llama del mechero me ilumine a mí también, se queda mirándome con la boca abierta.

—Mate —dice solamente.

Extiendo la mano, pero él da un paso hacia atrás, vuelve a la sombra. Es mi hijo. La luz se apaga y solo queda su voz que habla desde el corazón de la noche.

—¿Kostya? ¿Está bien?

—Bien, sí. —Extiendo un brazo en dirección hacia el coche—. Está ahí en el coche, duerme, solo es un niño.

No encuentro las palabras. Mi hijo es un desertor, mi hijo está

vivo. La oscuridad es un agujero negro que traga toda dulzura.

—¿Quién está contigo? ¿Te han seguido? —La voz se vuelve dura, golpea y corta—. ¿Cómo me has encontrado, quieres que me metan en la cárcel? ¿Quieres que vuelva a primera línea?

Sacudo la cabeza para decir que no, él no me ve.

—¿Te lo ha dicho Maksym, ese viejo inútil?

El ruido de grava pisada me indica la dirección de sus pasos, se aleja para que los compañeros de huida no lo oigan, y yo lo sigo unos metros más adelante. Mientras tanto, la señora vuelve hacia el coche para no dejar solo a Kostya, y porque es difícil ponerse entre una madre y un hijo.

—Estamos en una misión secreta, Mate, tienes que irte enseguida, es peligroso.

La brasa del cigarrillo tiembla en la penumbra, él aspira de nuevo y tose, se apoya la mano izquierda en el pecho, tan delgado que en el centro ha aparecido una suerte de hundimiento, como cuando era pequeño. Un vendaje grisáceo sube de la muñeca hasta los dedos.

—¿Qué pasa? ¿Te han herido?

De nuevo el ruido de pasos que se aleja, vuelve atrás. Otra bocanada y tose de nuevo.

—Hay guerra, Mate, ¿te has dado cuenta?

—Todos lo saben.

—Todos los saben, nadie la conoce, menos nosotros que estábamos allí abajo, en primera línea del frente. Nos dijeron que acabaría pronto, que los enemigos no tenían hombres, dinero, fuerzas suficientes, que toda Europa, todo el mundo estaba con nosotros. Que América intervendría para defendernos. Nos prometieron la gloria, y mucho dinero. Nos fuimos para volver como héroes y hombres libres.

Tira la colilla y enciende otro cigarrillo, acaricia la mano vendada

con la derecha.

—Nos dijeron tantas cosas, Mate, nada es verdad, ni lo que dicen del otro lado de la frontera y tampoco lo que nos cuentan aquí. Porque ¿sabes cuál es la verdad? No existe el enemigo.

—¡El enemigo es quien toma nuestra tierra! —digo, pero me arrepiento enseguida, porque solo quisiera abrazarlo, apretarlo contra mi pecho como un recién nacido, como el niño que juega a esconderse para que lo encuentre, como el chico que no fue a clase para que lo perdone de nuevo—. ¿Danylo está contigo? Os fuisteis juntos.

—¿Eso también sabes? Un pajarito ha cantado. —Sonríe, piensa en su hijo, no hay rabia en su voz.

—¿Se ha escapado contigo?

Recuerdo que venía a nuestra casa después de la escuela, tenía el pelo muy corto y los dientecitos de conejo.

—Está bajo tierra, Mate. Consiguieron hacer de él un buen soldado, al final.

Podría estar él en su lugar, involuntario héroe de esta guerra. En cambio, está aquí, delante de mí, pálido y delgado, una mano vendada, la voz endurecida por la angustia.

—No recibí más noticias de ti, te creía en el frente, cuando oí lo de la bomba te imaginé muerto.

—Y en cambio aquí estoy, Mate, ¿no te basta? ¿Preferías un héroe muerto a un desertor vivo?

La mano se mueve sola, se lanza al aire y encuentra su mejilla en la oscuridad, sin verla. Una madre sabe siempre dónde está el hijo. El contacto produce un pequeño clac en la noche, una rama que se quiebra, una cáscara de huevo que se rompe. Nos quedamos uno frente a la otra, sin mirarnos a la cara, pero ambos asombrados por ser aún capaces de tocarnos, de hacernos daño como una

madre y un hijo.

—Estás vivo. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Sabes cuántos hay ahí abajo? —Señalo el río sin verlo, confiando en el sonido que nos alcanza desde la oscuridad—. Tienes que darle las gracias a tu hijo de que a esta hora no seas comida para los peces. Le has dicho un montón de mentiras. Nos las has dicho a todos.

—Tú no sabes nada de nosotros, tú nunca estuviste.

—Le has contado que no tiene una madre.

—No es una madre, de hecho, es una traidora.

—Y tú, en cambio, ¿tú qué eres?

—Yo soy uno que entendió a tiempo —me calla.

—Dime la verdad, por una vez. ¿De verdad pensabas que podías hacerte pasar por muerto y estafar al gobierno junto a aquel liante de tu padre?

El silencio de mi hijo dura demasiado, hasta que la respuesta ya no me sirve. Miro su rostro en la penumbra de esta noche de verano, y como una transparencia aparece su rostro de niño, sus hombros delgados, el pecho exiguo, una rodilla raspada, una fiebre pasajera, la maestra que ya no sabe cómo hacer para que esté tranquilo en el pupitre. La primera vez que me fui a pesar de sus lágrimas y todas las otras veces, cuando poco a poco ya no lloraba, su tristeza se hacía cada vez más distante, un dolor paciente y consolidado por la costumbre. Soy una traidora yo también, me confieso, «Caína está esperando al asesino».

Una mano fría, como si saliera del río, me agarra el antebrazo.

—El hijo que tenías ya no está. Lo perdiste en la guerra, está muerto, este es su funeral. Es verdad, nos fuimos con aquella intención, Danylo y yo, nos merecíamos una indemnización, después de tantos años pasados escapando, temblando bajo los ataques. Hicimos el curso de adiestramiento y enseguida nos enviaron al

frente. He visto hombres mutilados, sin una pierna, un brazo, sin la vista. Uno un poco más joven que yo había perdido media cara, en lugar de los labios, en la enfermería, le habían puesto una especie de chupete de caucho para que pudiera comer. No besará a una chica nunca más, pensé, y que era una desgracia que siguiera vivo. Otros no estaban heridos, pero habían enfermado por dentro, no dejaban de hablar ni siquiera en sueños, era ese el peor momento. Pocas semanas después Danylo y yo ya no teníamos plan, solo queríamos escapar, el frente no es un lugar para los seres humanos. Soy un cobarde, no un traidor. Quien se dice valiente solo es obstinado. Le pedí a Danylo que apuntara a mi mano, lo hacían muchos. Al principio no quiso, tuve que darle dinero, el último que tú me enviaste. Sudaba frío cuando apretó el gatillo, lo vi llorar. Ver llorar a un hombre es peor que verlo sangrar.

—Mi dinero para que te hiriera.

—Yo habría tenido que hacer lo mismo por él, pero enseguida me pasaron a la enfermería, me arriesgaba a perder la mano, había dado en el punto equivocado. Como castigo él fue enviado a primera línea, no volvió. Pocos días después me escapé.

—Pero si todos escaparan, la perderíamos hoy mismo esta guerra.

—No marca la diferencia quien escapa y quien se queda. Nos dejarán solos, se cansarán de enviarnos armas y dinero. Es esto lo que he aprendido: pierde quien se queda solo.

Me aprieta el brazo con sus dedos delgados, fríos, los mismos que de pequeño me retenían para no dejar que me fuera.

—Tenía diez años, Mate, cuando te fuiste, ahora tengo veinte más. Si has venido hasta aquí para reñirme, llegas tarde. Yo ahí abajo no vuelvo.

—¿Qué harás ahora? Te has puesto del lado equivocado.

—Me he puesto del lado de los vivos.

Enciende otro cigarrillo, la llama le ilumina la mano vendada, quisiera poder cogerla entre las mías y darle un besito en la pupa, volver a cuando las palabras de una madre tenían el poder de borrar el daño.

—Te he decepcionado, Mate, tanto en la paz como en la guerra. Ningún héroe para ti, ni siquiera una medalla de recuerdo que se pueda limpiar.

La colilla cae al suelo y desaparece bajo la suela del zapato, los pasos se alejan en la penumbra. La nuca rubia de mi hijo se desvanece en la noche, como una guerra que ha perdido sus facciones.

Nos quedamos solos, los dos arraigados en una culpa que no conocemos.

EPÍLOGO

Querido Cicú:

Hace bastante que no escribo, pero me he traído la libreta con la cubierta negra, junto a las pastillas y los consejos del doctor Pirozzi. Creo que estaría orgulloso de mí, no habría imaginado que me iría de viaje de nuevo. ¿Recuerdas el que hicimos juntos cuando tenías nueve años? Tú y yo en coche hasta Capo Nord para ver el sol de medianoche. De vez en cuando, en el espejo retrovisor me parece detectar tu carita que sonríe, en lugar de la del niño que me ha llegado, y ese también es un sol.

Ahora en cambio solo hay noche, tan larga que no termina nunca. Es la noche de las sirenas y de las bombas, la noche de los drones, la noche de los lamentos y de los heridos, la noche de los cristales rotos, la noche de los fugitivos y de los héroes. La noche está hecha de lo que somos nosotros.

Mientras tanto, he descubierto nuevas cosas que me gustan:

los *varenyky* con nata ácida. Los hombres con barba y gorra verde. Vigilar en el coche el sueño de un niño rubio. La oscuridad que se vuelve precaria a las cinco de la madrugada. Tu voz que canta palabras que no conocía.

Quiero enviárselas también a tu padre, en cuanto vuelva, pero antes me las quedo un poco más para mí sola, como un secreto entre una madre y un hijo, como una de sus pequeñas mentiras.

Hay cosas de este viaje que no lamentaré:

el aire que sabe a sangre incluso antes de que la sangre se vierta. El gris y el negro de los campos bombardeados. El desperdicio de las vidas, de las casas, de lo que cae en pedazos y no vuelve. El *borščˇ* cuando se sirve frío. La hora más densa de la noche que te hace imaginar que no pasará jamás.

Esta es una despedida, Cicú, lleno la última página de la libreta negra que finalmente me ha acompañado de verdad en un viaje. No volveré a escribirte, no de esta forma. Te escribiré llevándote conmigo, en los silencios y en las palabras, en el aliento que libero con la respiración, en el agua tibia mezclada con limón que bebo por la mañana, en cada caricia que le haré a un perro dormido al sol, en el sueño, en el insomnio y en todas las asincronías entre mente y cuerpo. En el tropezar en el último escalón de una rampa, en el extender las manos para atenuar la caída. En el estornudo, detrás de cada bostezo, en el leer una página en clase con mis estudiantes fuera del tiempo. En los aplausos en el teatro, en el contestar a un mensaje, en el quitarse la ropa para disponerse al amor. En el hacer y deshacer un proyecto, te llevaré conmigo en cada objeto, antiguo o nuevo, que usaré, en el hacer hervir un huevo. En los días en los que me parecerá posible, en aquellos en que volverá Orietta, pero no le haré caso.

Te llevaré a Australia de verdad, y nos divertiremos. Te llevaré cantando tus palabras, que saltarán como canguros entre las calles de Sidney y de Canberra. Y acabará la guerra, no esta, no la siguiente, tal vez, pero la que vendrá haremos que acabe antes de empezar.

Quedan dos páginas más, Cicú, luego tengo que despedirme. No cabe todo lo que tengo que decirte, pero hay espacio para algo. Para recordar tus manitas, por ejemplo. Pequeñas patas anfibias sin dirección, lanzadas al azar hacia el mundo, y aquel mundo era yo.

Me agarrabas el pelo, las gafas de sol, la punta de la nariz, me metías las uñitas en la boca para sondear la consistencia de la lengua, hacías deslizar tus yemas por los dientes, cerrabas los puños si no estabas contento y me golpeabas las mejillas, la frente, dejando minúsculos arañazos de gato recién nacido. Abrías la palma rugosa, la apoyabas en mi pecho en busca de latido y calor. De alimento, sobre todo. Mientras chupabas, caías en un sueño sin rivales y sin tiempo, parecía que duraría para siempre, y en cambio era una trampa, el tiempo ya estaba ahí al acecho para separarnos. El parto es un exilio sin retorno, Cicú. Este es el trabajo de una madre.

A mi lado el niño duerme, y yo estoy en el mundo solamente para proteger su sueño. Antes he hablado con su padre, sabe un poco de inglés, yo un poco más, ha sido suficiente para entendernos. Ya no recuerdo bien qué le he dicho, de las madres y de los hijos, de la dificultad de amarse y del hecho de que crecer complica las cosas. Tiene poco más de tu edad, pero ha tenido muchas más oportunidades de cometer errores. Le sabía mal por Irina, más que por todo lo demás, eso lo he entendido. Las madres no juzgan, le he dicho, invítame a un cigarrillo. Era el último del paquete, lo he cogido igualmente y lo he encendido con el suyo, reencontrándome de pronto con un gesto que se remontaba a mis veinte años. Hemos venido para traerte de vuelta a casa, lo he tranquilizado. Mejor dicho, para ponerte a salvo, porque salvación y casa no son siempre la misma cosa. La he decepcionado, me ha confesado. Estás vivo, tienes tiempo, esto cuenta, le he dicho, y él lo ha entendido.

Haré lo imposible por él, Cicú, así lo he decidido. Le pagaré la «tarjeta blanca» con el dinero del seguro, nunca tuve el coraje de tocarlo, pero ahora lo usaré para sobornar a un médico y a un

empleado de la oficina del Ayuntamiento, para conseguir un certificado y documentos falsos para la expatriación. Vida por vida, hijo por hijo. Es justo, no es justo, ya no me lo pregunto. Solo salvando a otro uno se salva a sí mismo.

Un susurro llega del asiento trasero, Kostya se despierta, se restriega los ojos con los puños, está asustado.

—¿Dónde está Babusia? —Explora el habitáculo. Yo apunto el dedo contra el cristal. Kostya se ilumina—. ¡Mi Tato cabezadura! —exclama, pero se queda inmóvil donde está.

—¿Te llevo con él?

Bajo la ventanilla, el aire del alba es fresco, tiene un olor dulce, aún no contaminado por la guerra. Oigo un revoloteo de alas entre las ramas de un árbol que me recuerda el de mis loritos, pero cuando me giro no hay nadie.

—Tengo hambre —dice Kostya—, ¿quedan galletas?

—Ven aquí. —Le hago una señal.

Kostya salta por encima del asiento y se acurruca en mis brazos, luego bosteza, quiere otra, el hambre de los niños es prepotente. Mira a su padre de lejos, necesita tiempo para poder volver con él, como un felino que perdió confianza en el dueño. Le aparto el pelo de los ojos, tendríamos que cortarlo cuando lleguemos a casa. Él hunde la carita entre mi hombro y el cuello, escucho todos los latidos de su corazón. No necesita nada más por el momento, yo tampoco. Hemos escapado de tantas cosas, es justo detenernos ahora.

No hay lugar en el mundo, Cicú, en el que tú y yo estemos de nuevo juntos. Allí abajo, cerca del río, otra madre consuela a otro hijo, sus sombras se tocan en la mañana que supera la noche.

NOTA

Los versos del epígrafe están extraídos del poema de Patrizia Cavalli «Me voy a la guerra dejando una ciudad», en *Poesie* (1974-1992), Einaudi, Turín, 1992.

Los versos de Dante Alighieri están extraídos de *Comedia*, traducción de José María Micó, Acantilado, Barcelona, 2018.

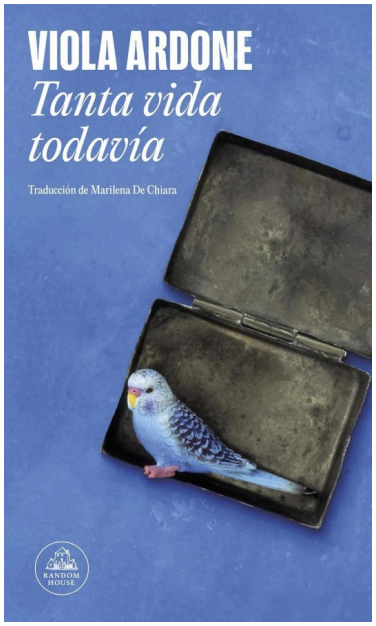
La cita de Joseph Conrad es de *La línea de sombra*, traducción de Ricardo Baeza, Debolsillo, Barcelona, 2024.

La cita de Lev Tolstói es de *Guerra y paz*, traducción de Joaquín Fernández Valdés, Alba, Barcelona, 2021.

La cita de Friedrich Nietzsche es de *Así habló Zaratustra*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 2011.

Las citas de Adam Zagajewski están extraídas del poema «Ir a Leópolis», en *La vita degli oggetti*, traducción de Krystyna Jaworska, Adelphi, Milán, 2012.

Una novela sobre el poder de la conexión humana en medio de la soledad.
El fenómeno literario en Italia que ha conquistado a cientos de miles de lectores.
«La maravillosa historia de dos mujeres sostenidas por un niño».
YoDonna



Vita transcurre los días en silencio, acompañada de Irina, una empleada doméstica que ha aprendido italiano leyendo a Dante, y por Orietta, el nombre que le ha dado a su depresión. Pero una mañana aparece en su puerta Kostya, el nieto de Irina, un niño de diez años que ha cruzado Europa huyendo de la guerra de Ucrania. Desde ese momento, todo cambia: estas dos mujeres deberán

enfrentarse a su propia historia recorriendo un camino en el que la solidaridad se abre paso como una forma de resistencia al dolor.

En una prosa contenida, Viola Ardone construye una novela conmovedora sobre lo que sucede en nuestras vidas cuando irrumpe lo impensable, una historia sobre madres e hijos, sobre las ficciones que nos sostienen, sobre el cuidado como lenguaje común y sobre esos encuentros inesperados que tienen la capacidad de reordenar un mundo roto.

La crítica ha dicho:

«La novela de Ardone trabaja por capas, pero las fronteras entre ellas son porosas. Y ahí está lo mejor de la literatura: hay pocas divisiones reales. Así, *Tanta vida todavía* nos coloca ante los fragmentos de un cristal roto, un mundo hecho añicos, pero nos muestra que recomponer las piezas es posible. Y nos ayuda a ver a los demás en su totalidad, adivinando sus cicatrices, en una lentitud que no es parálisis, sino cuidado».
La Repubblica-Napoli

«Viola Ardone consigue lo más difícil: abordar los problemas de nuestro tiempo con la lucidez de una aguda observadora y, al mismo tiempo, con la pasión que caracteriza su escritura».
Corriere del Mezzogiorno

«Ardone no decepciona, logra introducir una veta de humor en las tragedias de la vida y sabe explorar el corazón de sus protagonistas con delicadeza y realismo, abriendo siempre la puerta a la

esperanza. […] Una historia maravillosa de dos mujeres sostenidas por un niño».
YoDonna

«Una novela sobre la atrocidad de las guerras públicas y privadas, sobre el vínculo materno capaz de sobrevivir a la muerte, sobre la importancia de resistir al mal y de convertir lo humano en nuestra única brújula».
Il Mattino

«Una novela de una fuerza extraordinaria que mira de frente nuestro presente y lo cuenta a través de tres voces destinadas a entrelazarse en la página».
Gazetta del Sud

«Una maravillosa novela con la que Viola Ardone confirma su increíble talento».
Elle

«Ardone construye personajes que hablan al alma de cualquiera y que viven en el centro de los grandes acontecimientos y no, como ocurre a menudo, en el pequeño ombligo de los recuerdos».
La Repubblica

Viola Ardone (Nápoles, 1974) es profesora de italiano y latín. Es autora de novelas traducidas en todo el mundo, entre las que cabe destacar *El tren de los niños* (2019) y *La decisión* (2021), ambas con exitosas adaptaciones audiovisuales y teatrales. *Tanta vida todavía*, su novela más reciente, la ha consagrado como una de las grandes voces de la literatura italiana contemporánea. Colabora con *La Repubblica* y *La Stampa*.



Título original: *Tanta ancora vita*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2025, Viola Ardone, Giulio Einaudi Editore
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Marilena de Chiara, por la traducción

Questo libro è stato tradotto grazie a un contribute del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano.
Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional de Italia

Diseño de portada: Adaptación de la portada original de Riccardo Falcinelli / Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Den Reader / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de

lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4698-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Tanta vida todavía
Prólogo
Primera parte. Kostya
Segunda parte. Vita
Tercera parte. Irina
Cuarta parte. Vita
Quinta parte. Kostya
Sexta parte. Irina
Epílogo
Nota
Sobre este libro
Sobre Viola Ardone
Créditos